

IDAD A
CCIÓN G

...ria ó pais de
...continuo, y si
...todo 9 provinci
...n 1833 lo fue tamb
...dividida en 8 prov
...situdes de la guerra
...ocidas por la amb
...mudanzas en



ÓNOMA
P06537
P64
C. 1
ERAL DE

43037

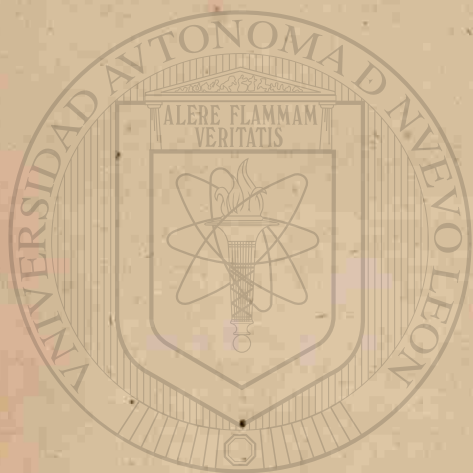
010379



1080021942



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



POESÍAS

Y DOS COMEDIAS

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ 6537

P64



POESÍAS

Y LAS DOS COMEDIAS,

LOS ZELOS INFUNDADOS,

Y

LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS,

LIBRERÍA DE LOS SS. D. VICENTE SALVÁ É HIJO,

CALLE DE LILLE, N.º 4.

1836.

FONDO EMERITO
VAL VERDE Y TELLES

46657



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA

DEL
EDITOR.

El tomito de Poesías y la comedia Los zelos infundados, que ha dado á luz Martínez de la Rosa en 1833 y 1834, no están impresas como las demas obras literarias que reunió en cinco volúmenes el año de 1827; pero segun ahora se publican, pueden ya formar parte de aquella coleccion. He agregado la comedia Lo que puede un empleo! representada en Cádiz el año 1812, para no omitir nada de cuanto ha salido de su pluma en este género, y porque juzgo que ni desdice de los otros escritos del autor, ni este debiera nunca haberla separado de ellos. Tal vez la excluyó por mirarla como producción de circunstancias; pero el variar de ideas un sugeto por haber obtenido algun destino, no es accidental ó pasajero, sino que durará tanto como los hombres.

Se habia hecho tan escasa esta comedia que llegué á creer serian inútiles mis diligencias para

010379

conseguirla. Sin embargo he logrado juntar la edicion de Madrid de 1814, que parece hecha por la original de Cádiz; otra de Barcelona de 1820, repetición casi exacta de esta, y una valenciana del año 1821 con el título de Lo que puede un empleo, ó don Meliton. Esta última debió de sacarse de alguna copia manuscrita, y tal vez de las que suelen andar en manos de los cómicos para el teatro, porque está llena de variantes que no la hacian admisible para mi objeto. He seguido pues generalmente el testo de la de Madrid, adoptando alguna de las pequeñas diferencias que se notan en la de Barcelona, y dos tan solo de la de Valencia, por juzgarlas necesarias.

He reproducido el poema de Zaragoza, aunque se halla en el tomo tercero de la coleccion, no solo por estar entre las Poesías publicadas en Madrid, sino para que este volumen abraze todas las composiciones sueltas de nuestro poeta.

No entraba en mi plan incluir ninguno de los escritos históricos ó políticos del mismo autor, á saber, La revolucion actual de España, Granada, 1813; el Bosquejo histórico de la vida de Hernna Perez del Pulgar, Madrid, 1834, ni el Espíritu del siglo, cuyo primer tomo salió á luz el año próximo pasado. Generalmente hablando, ni los lectores que gustan de las variadas producciones de la literatura, tienen grande aficion á las obras serias de otra clase, ni los

poetas son los mas venturosos, cuando pisan los distritos de la historia ó de la politica. Acostumbrados á vagar por un mundo que no es el nuestro, conocen poco á los hombres como son en realidad, y no es extraño que se equivoquen cuando tienen que estudiarlos ó dirigirlos.

Como mi objeto ha sido el ya indicado de completar la coleccion de las Obras literarias de Martinez de la Rosa, he procurado que el papel, la letra y hasta la ortografia guardasen uniformidad con los otros volúmenes. Heme desviado por tanto un poco de la usada en las ediciones que me servian de originales, corrigiendo á mas las erratas manifiestas de imprenta ó de pronunciacion provincial, como el gozquecillo de la pág. 25, que antes decia gosquecillo. Igual libertad he creído debía tomarme, si el verso estaba falto de su justa medida, como el de la página 56:

Y la perdiste muy niño,

que era imposible leer interponiendo el aun despues de perdiste. Mas claro es que sobraba una sílaba en la pág. 323, si se leía como antes:

Ya estoy,

DON ANSELMO.

Y si tiro mas recio;

por lo que he suprimido la y, que ninguna falta hace.

Para que los compradores de este tomo no carezcan de la ventaja de poseer el retrato del autor, he puesto uno, que si bien diverso del que llevan las Poesías impresas en Madrid, se acerca mas á mi modo de ver al original. En los retratos, aun de los poetas, buscamos con preferencia la verdad de la cabeza, y no el tener una con todo el aire de romántica é ideal.

Paris, á 19 de marzo de 1836.

PRÓLOGO

DEL AUTOR.

Habiendo cultivado la poesía casi desde mi infancia, y sin haber perdido esta afición en todo el curso de mi vida, he hallado en ella tanto esparcimiento y consuelo, ya como distracción en mis ocios, ya como desahogo de cuidados y penas, que debiera ser bastante crecido el número de mis composiciones, si las hubiese guardado con esmero. Pero mirándolas como un mero pasatiempo, y sin ánimo de darlas á luz; descuidando á veces el copiarlas por escaso aprecio ó por desidia; y habiendo perdido no pocas en circunstancias azarosas, trastornos y viages; hallé que no eran bastantes las que tenia á la mano, cuando publiqué en Paris mis *Obras literarias*.

Volví luego á mi patria, á fines del pasado año de 1831; y al verme en mi hogar, en el seno de mi familia, y alentado hasta por el hermoso cielo de Andalucía, sacudí la pereza, reuní antiguos borradores, condené unos, cor-

regí otros, añadí algunas composiciones nuevas, (las postreras tal vez de mi vida) y con las que me han parecido mejores, he formado la coleccion que ahora presento al público.

A él es á quien toca juzgarlas, sin que valga reclamar su indulgencia con súplicas y escusas: inútiles, si son sinceras; y que indisponen el ánimo, en vez de cautivarle, si dejan traslucir por desgracia vislumbre de amor propio. Solo puedo decir en verdad que me ha arretrado no poco, al publicar mis composiciones, el recuerdo de haber dado á luz anteriormente un *Arte poética*; porque he temido, quizá con sobrada razon, que se juzgue á mis obras por mis propias reglas; y no hay muchos padres que tengan la virtud y entereza de un Guzman el Bueno, para dar ellos mismos armas con que degüellen á sus hijos.

Mas sea cual fuere el concepto que se forme de estas composiciones, estoy muy lejos de ofrecerlas á la juventud estudiosa como dechados y modelos; debiendo repetir, como otras veces, que el fin que me propongo al publicarlas, es servir de estímulo con mis propios conatos, no presentarme como maestro.

No quisiera sin embargo desaprovechar la ocasion, que ahora se me viene á las manos, de decir en breves palabras mi sentir y dictámen respecto de las dos sectas enemigas, que tan cruda guerra tienen trabada en el campo

de la literatura; apresurándome á advertir de antemano que como todo partido extremo me ha parecido siempre intolerante, poco conforme á la razon, y contrario al bien mismo que se propone, tal vez de esta causa provenga que me siento poco inclinado á alistarme en las banderas de los *clásicos* ó de los *románticos* (ya que es preciso apellidarlos con el nombre que han tomado por señal y divisa); y que tengo como cosa asentada, que unos y otros llevan razon, cuando censuran las exorbitancias y demasías del partido contrario, y cabalmente incurren en el mismo defecto, así que tratan de ensalzar su propio sistema.

No tiene duda, á mi entender, que las obras de imaginacion, así como las Bellas Artes, están sujetas á algunas reglas fijas, invariables, fundadas en los principios de la sana razon, y hasta puede decirse, que en la misma naturaleza del hombre: así, por ejemplo, conviene que en toda composicion, cualquiera que sea su clase, haya *unidad* en el conjunto, *proporcion* en las partes, *variedad* en el ornato, *correspondencia* entre el asunto y el estilo; mas no por esto se infiere que no esten sujetas á mudanza, al sabor de los siglos y de las naciones, algunas reglas prescritas por los maestros del arte, los cuales á su vez las tomaron de la contemplacion y estudio de los modelos de su tiempo. Que ni se deben medir con escala

mezquina las obras de la imaginacion, ni condenarlas livianamente, porque no quepan en los moldes de Aristóteles ó de Horacio, ni decir al genio del hombre, como Dios á las olas del mar: *no traspasarás este límite.*

Al contrario, nada mas acertado y conveniente que dejar á la imaginacion un vastísimo espacio para que campee con desahogo, sin ostigarla á seguir paso á paso las huellas de los antiguos: ¿mas qué acontecerá probablemente, si por el ansia de seguir una senda distinta, se corre á ciegas sin concierto ni guia, y se desprecian como inútiles trabas los consejos de la razon y del buen gusto? — Que á fuerza de mofarse de la supersticiosa observancia de las reglas, se sacudirá todo freno; y que siguiendo el curso natural de toda secta, ya sea religiosa, ya política, ó bien literaria, los primeros caudillos echarán por tierra los antiguos ídolos; y sus discípulos y secuaces, llevados del anhelo de la novedad, sobrepujarán la licencia y estravíos de sus propios maestros.

En nuestra misma patria, sin tener que buscar ejemplo y desengaño en la agena, podemos ver palpablemente el cuadro que acabamos de bosquejar. Apenas salió nuestra poesía de su larga infancia, y comenzó á dar muestras de vigor juvenil en el siglo décimo quinto, tomó el rumbo que era natural que si-

guiese, cuando á la propia sazón, y en las naciones mas cultas de Europa, habia revivido el amor á las letras desenterrando monumentos antiguos, y contemplando con ciertos visos de adoracion los modelos de Grecia y de Roma. Así es que en las composiciones graves de aquella época se nota el prurito de ostentar erudicion, de zurcir retazos de historia, de amontonar alusiones á la mitología y á la fábula; en tanto que otros poetas, de menos saber y doctrina, lucian el propio ingenio en composiciones amorosas, llenas de agudezas y conceptos, de melindres y juegos pueriles, no poco semejantes á los que en tiempos posteriores afearon las gracias de nuestra poesía.

Con la mayor civilizacion y cultura, con el vuelo que dieron á la nacion sus descubrimientos y victorias, y sobre todo con el trato continuo entre España é Italia, adquirió nuestra literatura aquel sabor de antigüedad, aquel *gusto clásico* que la distinguió en el siglo décimo sexto, y que se echa de ver generalmente desde Boscan y Garcilaso hasta Fr. Luis de Leon y entrambos Argensolas. De donde provinieron, á mi entender, muchas de las excelentes dotes que esmaltan las composiciones de aquella época, pudiéndose comparar algunas de ellas con los modelos de la antigüedad; al paso que la misma causa perjudicó no poco, en mi dictámen, á la originalidad y valentía que

hubiera desplegado la poesía castellana, si no hubiese tenido tanto empeño de mostrarse fiel imitadora.

Conociéronlo así, tal vez por instinto, algunos hombres de clarísimo ingenio, que florecieron en el siglo siguiente; tales como un Lope de Vega, un Góngora, un Quevedo; y queriendo abrir nuevo camino, corrieron desatentadamente sin reparar en precipicios y derrumbaderos, confiados en salvarlos con sus fuerzas y arrojo. Ni aun así lo lograron; antes bien deslustraron malamente las raras prendas que realzaban su mérito; pero así que se agolpó tras ellos una turba de poetas de menos valer, se acreció su osadía al par que su flaqueza; y teniendo á mengua someterse á las reglas del arte, no hubo linage de extravagancia ni de absurdo en que no incurriesen, hasta que la poesía y la lengua espiraron entre sus manos.

En los poetas españoles del siglo décimo séptimo se vé, si no me engaño, un ejemplar patente de los extravíos á que conduce el ciego anhelo de la novedad, el menosprecio de los buenos modelos, el ansia de rebuscar conceptos peregrinos y espresiones aventuradas, por no parecer escritores vulgares. Y cuando se advierte en nuestros días la misma tendencia, aun en las naciones mas adelantadas, no me ha parecido inoportuno señalar este riesgo, y con tanta mas razón cuanto la nueva escuela lite-

raria cuenta como patronos autores de mucha nombradía, y deslumbra con el brillo de sus doctrinas y de sus obras.

En buen hora que no se canse al público con églogas imitadas de Teócrito ó de Virgilio, despues de tantas copias como se han hecho de aquellos bellísimos originales: convingo de buen grado en que puede componerse una epopeya de gran mérito, perfecta si se quiere, sin haber menester que se asemeje á la *Iltada* ni á la *Eneida*; mas cuenta con llevar tan al cabo este sistema que se concluya por mirar con cierta esquivéz y desdeño las obras maestras de la antigüedad, que serán bellas, admirables, mientras exista el mundo. ¿Cuándo envejecerán, á pesar del trascurso del tiempo y de los antojos de la moda, las lindas composiciones de Anacreonte, las geórgicas de Virgilio, las elegías de Tibulo?... Yo de mí sé decir que me encanto con las obras de tales maestros y con las composiciones clásicas de nuestros antiguos poetas; y que no temeré aconsejar respecto de ellas á los jóvenes aplicados lo mismo que aconsejaba Horacio á los Pisones, respecto de los modelos griegos: de noche, de día, nunca los solteis de las manos.

Que esto no impide, y antes bien facilita, el que se cultiven con aprovechamiento las literaturas extranjeras; admirando las dotes peculiares que cada una de ellas posee, y aun imitando

lo que mejor parezca; aunque sin olvidar por ningun término el gusto propio de cada nacion, la índole de su poesía, el genio de su lengua.

Ni tampoco se opone la estimacion y apego á las obras de la antigüedad á que se atiende cual conviene al espíritu del siglo en que vivimos, que quizá exige en las composiciones mas caudal de doctrina, mas sentimiento, mas vida; en vez que nuestros antiguos poetas, encaminándose de mejor grado á la imaginacion que al corazon y al entendimiento, abusaban con sobrada frecuencia de su facilidad portentosa para versificar, y hasta de la música apacible y sonora del habla castellana.

Campos enteros hay que dejaron por cultivar, ó á cuyos lindes se acercaron apénas: tales como el *Idilio* (bien sea al gusto griego, bien al que ha tentado en nuestros dias el delicado Góssner); la *Elegia amatoria*, de que nos dejó Roma tan cumplidos modelos y que han ensayado con buen éxito varios escritores extranjeros; el *poema didáctico*, en que solo contamos alguno que otro bosquejo, y todos ellos imperfectos; la *poesia filosófica*, nutrida de pensamientos profundos, de sentimientos tiernos, tan acomodada al gusto de nuestro siglo, mas adelantado en saber, ó quizá mas grave y melancólico á fuerza de desengaños y desdichas; otros géneros en fin de composicion, ya del todo nuevos, ya presentados bajo distinto

aspecto, para que despierten la atencion apareciendo originales.

Solo conviene no perder de vista, si he de decir con lisura lo que siento, que si á nuestros antiguos poetas les causó no poco perjuicio la misma fogosidad y lozanía de su ingenio, ahora corremos el peligro de que por parecer filósofos profundos, cortemos las alas á la imaginacion, y no seamos en realidad sino declamadores frios y desmayados; á no ser que, por huir de este escollo, demos en el escollo opuesto, y remontemos tan desacordadamente el concepto y la frase, que cueste traductores entendernos.

No alcanzo hasta qué punto habria adquirido nuestra lengua desembarazo y soltura, si hubiese habido muchos poetas tan osados como Juan de Mena, que la trataba á fuer de esclava, ó del temple y vigor de un Herrera, que la levantaba á la par del griego y del hebreo; mas puesto que ya se halla formada con el uso de buenos escritores y la sancion del tiempo, y que es necesario acomodarse á su índole, ó si se quiere á sus caprichos, debe evitarse con especial cuidado violentarla con trasposiciones que no consiente, y que en vez de dar á una composicion mayor dignidad y nobleza, ponen en prensa el entendimiento y menoscaban el deleite.

Por cuya razon, sin que sea menester re-

currir á otras, tengo para mí que una de las principales dotes de la poesía es la claridad; procurando que los pensamientos aparezcan fáciles y espontáneos, y la espresion fiel y sencilla. En los escritores griegos sobre todo se nota aquella *candidez* inimitable, que parece hija de la misma naturaleza, sin que se columbre ni por asomo el conato del arte; y no por eso bastardeaban sus conceptos por vulgares y viles, ni se arrastraban torpemente el estilo y la frase.

No recuerdo un solo rasgo sublime, en cualquiera lengua que sea, que no esté espesado con suma sencillez; y sin esta cualidad esencialísima, mal pudieran escitar en el ánimo la impresion viva, instantánea, que los distingue.

Los pensamientos deben nacer nobles, por decirlo así, y entonces es cuando se muestran asequibles y llanos, sin deslucir su origen; así como el lenguaje puede ser ingenuo y sencillo, sin que por eso se aplebeye.

No es fácil, ni con mucho, señalar en estas materias el limite propio, preciso, á que debe llegarse sin pisarlo; y harto sé por mi propia esperiencia que es mas cómodo dictar preceptos que ponerlos uno mismo en práctica; mas no por eso me he retraido de dar esta especie de aviso, ya que no sea consejo: ocioso, si se quiere; tal vez desacertado; pero nacido ciertamente de buena intencion y deseo.

INDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTE TOMO.

POESÍAS.

PARTE PRIMERA.

El Recuerdo de la patria.....	Pág.	1
La Espigadera.....		4
La Niña descolorida.....		6
La Barquera.....		8
La Victoria de Salamanca.....		9
Las Burlas de Amor.....		10
Anacreóntica.....		11
La Aparicion de Venus.....		12
El Propósito de un amante.....		13
Anacreóntica.....		14
El Sátiro.....		15
Las Guerras de Amor.....		16
El Amor en venta.....		20
Admonicion á un poeta novel contra la tentacion de escribir sátiras.....		21
Los Juegos del Amor.....		26
Himno á Baco.....		27
Poco peso!!!.....		31
Erótica.....		32
El Amor y la mariposa.....		33
Los Besos.....		34
Los Votos de un amante.....		35
La Alhambra.....		36
Cancion báquica.....		37
El Amor cautivo.....		41
El Triunfo.....		43
El Cementerio de Momo. Epitafios.....		44
Himno epitalámico.....		51
Anacreóntica.....		53

La Luna.....	Pág. 54
Las Aves. — El Nido.....	55
— El Picbon mensagero.....	57
— La Golondrina.....	59
— El Jilguero.....	60
— La perdiz.....	61
Anacreóntica.....	62
Enigma.....	63
Vénus y los Amores. — El Nacimiento de Vénus..	64
— El sueño del Amor.....	65
— El Despique de Vénus.....	66
— El Amor y la sensitiva.....	67
— El Castigo del Amor.....	68
— El Nido de los Amores.....	69
— La Mansion del Amor.....	71
— La Muerte de Adónis.....	73
La Bodá de Portici.....	76
Cancion del cautivo.....	84

PARTE SEGUNDA.

La Soledad.....	87
El Arbol de la esperanza.....	89
El Relox de arena.....	90
La Muerte.....	92
Al Sueño.....	93
Mis penas.....	94
Inscripcion para el sepulcro de un emigrado....	95
La madre desventurada.....	Ibid.
Cancion guerrera con motivo de levantamiento de los Griegos.....	97
Discurso moral sobre los límites de la razon humana	101
Fantasia nocturna.....	106
La Tormenta.....	108
Himno sacro.....	110
Discurso moral sobre la paz del ánimo.....	113
El Huérfano.....	117
El sepulcro de Hindelbank.....	119
Epístola al duque de Frías en la muerte de su esposa.	124
Discurso moral sobre la templanza de los deseos..	131
La Vuelta á la patria.....	136
Fragmentos de un poema.....	141
Zaragoza. Poema.....	199
Los zelos infundados, ó el marido en la chimenea.	
Comedia en verso.....	237
Lo que puede un empleo! Comedia en prosa.....	401

POESÍAS.

PARTE PRIMERA.

EL RECUERDO DE LA PATRIA.

(En Londres, año de 1811.)

Ví en el Támesis umbrío
Cien y cien naves cargadas

De riqueza ;

Ví su inmenso poderio,

Sus artes tan celebradas,

Su grandeza :

Mas el ánimo afligida

Mil suspiros exhalaba

Y ayes mil ;

Y ver la orilla florida

Del manso Dauro anhelaba

Y del Geníl.

La Luna.....	Pág. 54
Las Aves. — El Nido.....	55
— El Picbon mensagero.....	57
— La Golondrina.....	59
— El Jilguero.....	60
— La perdiz.....	61
Anacreónica.....	62
Enigma.....	63
Vénus y los Amores. — El Nacimiento de Vénus..	64
— El sueño del Amor.....	65
— El Despique de Vénus.....	66
— El Amor y la sensitiva.....	67
— El Castigo del Amor.....	68
— El Nido de los Amores.....	69
— La Mansion del Amor.....	71
— La Muerte de Adónis.....	73
La Bodá de Portici.....	76
Cancion del cautivo.....	84

PARTE SEGUNDA.

La Soledad.....	87
El Arbol de la esperanza.....	89
El Relox de arena.....	90
La Muerte.....	92
Al Sueño.....	93
Mis penas.....	94
Inscripcion para el sepulcro de un emigrado....	95
La madre desventurada.....	Ibid.
Cancion guerrera con motivo de levantamiento de los Griegos.....	97
Discurso moral sobre los límites de la razon humana	101
Fantasia nocturna.....	106
La Tormenta.....	108
Himno sacro.....	110
Discurso moral sobre la paz del ánimo.....	113
El Huérfano.....	117
El sepulcro de Hindelbank.....	119
Epístola al duque de Frías en la muerte de su esposa.	124
Discurso moral sobre la templanza de los deseos..	131
La Vuelta á la patria.....	136
Fragmentos de un poema.....	141
Zaragoza. Poema.....	199
Los zelos infundados, ó el marido en la chimenea.	
Comedia en verso.....	237
Lo que puede un empleo! Comedia en prosa.....	401

POESÍAS.

PARTE PRIMERA.

EL RECUERDO DE LA PATRIA.

(En Londres, año de 1811.)

Ví en el Támesis umbrío
Cien y cien naves cargadas

De riqueza ;

Ví su inmenso poderio ,

Sus artes tan celebradas,

Su grandeza :

Mas el ánimo afligida

Mil suspiros exhalaba

Y ayes mil ;

Y ver la orilla florida

Del manso Dauro anhelaba

Y del Geníl.

Ví de la soberbia corte
 Las damas engalanadas,
 Muy vistosas ;
 Ví las bellezas del norte,
 De blanca nieve formadas
 Y de rosas :
 Sus ojos de azul del cielo ;
 De oro puro parecía
 Su cabello ;
 Bajo trasparente velo
 Turgente el seno se vía ,
 Blanco y bello.
 ¿ Mas qué valen los brocados,
 Las sedas y pedrería
 De la ciudad ?
 ¿ Qué los rostros sonrosados ,
 La blancura y gallardía,
 Ni la beldad ?
 Con mostrarse mi zagala ,
 De blanco lino vestida,
 Fresca y pura,
 Condena la inútil gala,
 Y se esconde confundida
 La hermosura.
 ¿ Dó hallar en climas helados
 Sus negros ojos graciosos ,
 Que son fuego ,
 Ora me miren airados ,

Ora roben cariñosos
 Mi sosiego ?
 ¿ Dó la negra cabellera
 Que al ébano se aventaja ?
 ¿ Y el pie leve,
 Que al triscar por la pradera,
 Ni las tiernas flores aja,
 Ni aun las mueve?...
 Doncellas las del Genil,
 Vuestra tez escurecida
 No trocará
 Por los rostros de marfil
 Que Albíon envanecida
 Me mostrára.
 Padre Dauro, manso rio
 De las arenas doradas,
 Dígnate oír
 Los votos del pecho mio ;
 Y en tus márgenes sagradas
 Logre morir !

LA ESPIGADERA.

Zagala donosa,
 Linda espigadera,
 Que el dorado fruto
 Llevas á la aldea,
 Pon sobre mis hombros
 La carga ligera;
 No mas afanada
 Mis ojos te vean.
 Mira que envidiosa
 Vénus te aconseja
 Malogres tus años
 En ruda faena.
 ¿Qué placer te brindan
 Las desnudas eras,
 Los tostados haces,
 Las aristas secas?
 El sol con sus rayos
 Abrasa la tierra,
 Sin que levé sombra
 De su ardor defienda:
 Enjutas del rio
 Se ven las arenas;
 Y al márgen se apiñan

Las mustias ovejas.
 Sin flores el prado,
 Los campos sin yerba,
 Los árboles secos,
 La fuente sedienta,
 Ni cantan las aves,
 Ni céfiro vuela;
 La triste cigarra
 Tan solo resuena...
 ¡Ay! ven; y en la gruta,
 De musgo cubierta,
 En pláticas dulces
 Pasemos la siesta:
 Que Amor te convida,
 Te llama, te espera,
 De gente curiosa
 Guardando la puerta.

LA NIÑA DESCOLORIDA.

Pálida está de amores
 Mi dulce Niña :
 Nunca vuelvan las rosas
 A sus mejillas !

Nunca de amapolas
 O adelfas ceñida
 Mostró Citerea
 Su frente divina :
 Téjenle guirnaldas
 De jazmin sus Ninfas ;
 Y tiernas víolas
 Cupido le brinda.

Pálida está de amores
 Mi dulce Niña :
 Nunca vuelvan las rosas
 A sus mejillas !

El sol en su ocaso
 Presagia desdichas ,
 Con rojos celages
 La faz encendida :

El alba en oriente
 Mas plácida brilla ;
 De cándido nácar
 Los cielos matiza.

Pálida está de amores
 Mi dulce Niña :
 Nunca vuelvan las rosas
 A sus mejillas !

¡ Qué linda se muestra ,
 Si á dulces caricias
 Afable responde
 Con blanda sonrisa !
 Pero muy mas bella
 Al amor convida ,
 Si de amor se duele ,
 Si de amor suspira.

Pálida está de amores
 Mi dulce Niña :
 Nunca vuelvan las rosas
 A sus mejillas !

Sus lánguidos ojos
 El brillo amortiguan ;
 Retiemblan sus brazos ;
 Su seno palpita :

Ni escucha, ni habla,
 Ni vé, ni respira;
 Y busca en mis labios
 El alma y la vida...

Pálida está de amores

Mi dulce Niña :
 Nunca vuelvan las rosas
 A sus mejillas!

LA BARQUERA.

Niña de las redes,
 Eres segun creo
 De la mar nacida
 Y hermana de Vénus :
 Al nacer, corteses
 Las olas les dieron
 Color á tus ojos,
 Mudanza á tu pecho ;
 La cándida espuma,
 Que rizan los vientos,
 Dió sal á tu boca,
 Blancura á tu cuello ;
 Y el mar en la orilla,
 Buscando y huyendo,
 De tratar amores
 Te dió el mal ejemplo.

LA VICTORIA DE SALAMANCA.

SONETO.

(Publicado en Cadiz, año de 1812.)

Libre quiso correr el turbio Sena ;
 Y apenas lo pregona envanecido,
 Con propia sangre mirase teñido
 Y arrastrando mas bárbara cadena :
 Furioso rompe el cauce que lo enfrena,
 Hierve, y se ensancha, y tala embravecido,
 Y el continente cubre, y su bramido
 De escándalo y terror al orbe llena.
 Ufano ya con tan inmensa gloria,
 Disputa al mar el sumo poderío,
 Y señor se proclama de la tierra ;
 Mientras, burlando al insolente río,
 Corre el Tórnes cantando su victoria,
 Y dando al mundo la señal de guerra.*

* Amenazaba ya el levantamiento general de Europa
 contra Bonaparte.

LAS BURLAS DE AMOR.

Pues los hombres todos
 A tu ley se humillan,
 Amor, no con burlas
 De sus males rias.
 Presos de un cabello
 Algunos suspiran,
 Cual náufrago triste
 Que el moro cautiva;
 Quién un lunar breve
 Cual su estrella mira;
 Quién de unas pestañas
 Vé pender su vida...
 Solo yo, Dios ciego,
 Resistí á tus iras;
 Pues solo alcanzaron
 Rendirme á Dorila
 Los leves hoyuelos
 De su mano linda,
 De su hermoso brazo,
 De su blanda risa.

ANACREÓNTICA.

Bebamos, muchachas;
 Ninguna descanse,
 Y el vaso precioso
 Su giro no pare:
 Los ojos se anublen,
 Los pechos se abrasen,
 Los pies se entorpezcan;
 Las lenguas se aten.
 Que rabien las tias,
 Que riñan las madres,
 Que llueva, que truene,
 Que nieve, que escarche,
 Que rujan los vientos,
 Que bramen los mares;
 Mas vino y mas vino,
 Mas baile y mas baile.

LA APARICION DE VÉNUS

De pompa ceñida bajó del Olimpo
 La Diosa que en fuego mi pecho encendió;
 Sus ojos azules de azul de los cielos,
 Su rubio cabello de rayos del sol:
 Al labio y mejilla carmin dió la aurora;
 Dió el alba á la frente su blando color;
 Y al pecho de nieve su brillo argentado
 La cándida senda que Juno formó.
 En trono de nácar la luna de agosto,
 El iris en mayo tras nube veloz,
 Y en fértil otoño la lluvia primera,
 Tan gratas al alma, tan dulces no son.
 No tanto me asombra del mar el bramido,
 De horrisonos truenos el ronco fragor,
 Y el rayo rasgando la cóncava nube,
 Cual temo sus iras, su adusto rigor...
 Mas, ay! que los vientos ya baten las alas;
 Ya el carro de nubes apresta el Amor;
 Ya céfiro riza la pluma á los cisnes;
 Y en coro levantan las Gracias su voz:
 Cual rápida estrella que cruza los aires,
 Cual fúlgida aurora que el polo alumbró,
 Fugaz desaparece la plácida Diosa;
 Y el orbe se cubre de luto y dolor.

EL PROPÓSITO DE UN AMANTE.

Dulces himnos de alabanza
 Al Amor sumiso entone
 Quien su pérfida venganza
 En el pecho no sintió.
 Tal, inmóvil en la orilla,
 Canta al ruido de las olas
 Quien jamas en frágil quilla
 El furor del mar probó.
 Yo algun dia por mi daño
 En sus redes sorprendido,
 Libre ya, su torpe engaño
 Por do quier publicaré:
 Del candor con la apariencia
 Cubre artero su malicia;
 Cual rapaz, finge inocencia
 Con la venda engaña y vé.
 Hierre aleve cuando juega;
 Busca y huye á un tiempo mismo;
 Amenaza cuando ruega;
 Cede, y queda vencedor:
 Falso el llanto y dulce acento;
 Falsas son sus blandas quejas,

Falso al fin es su contento ;
Cierto solo su dolor...

Mas perdona, Amor divino
Si rebelde osé agraviarte ;
Ya á tu yugo el cuello inclino ;
Vuelvo dócil á tus pies :

Ya, vencida mi porfía,
Torno alegre al cautiverio ;
Tuya, Amor, el alma mia,
Mi existencia tuya es !

ANACREÓNTICA.

¿Quién bebió en esta copa ?

Fue sin duda una abeja ;

Y ha dejado el veneno,

Y tambien la saeta...

No fue una abeja, huésped ;

Un niño hermoso era.

¿Un niño ? — Sí. — ¿Con armas ? —

Y en la frente una venda... —

No sigas ; que en mi pecho

Ya ha dejado otras señas.

EL SÁTIRO.

¡O tú, mas feble á seductor halago
Que tierno lino al revolar del viento,
Cuando mecido en la feraz llanura

Trémulo ondea!

Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,
Su negra boca á tu semblante uniendo
De rojas moras con fealdad teñida,

Sátiro inmundo ;

No más te acuerdes de mi amor primero,
Ni el labio mio con su blando bozo
El pecho halague que punzaron antes

Ásperas cerdas.

Al pie del sauce, en tu apacible baño,
Yo ví estampada la redonda huella
Del torpe amante, y del brutal retozo

Turbias las aguas.

Anda pues, falsa, y su enastada frente
Ciñe en el bosque con lasciva yedra ;

Mientras, oculto con mi fiel zagala,

Plácido rio.

LAS GUERRAS DE AMOR.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

El ocio desdena ;
La paz aborrece ;
Tan solo apetece
La lucha y la lid ;
Barreras y muros
Encienden su enojo ;
Ya ostenta su arrojo ;
Ya luce su ardid.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Los fáciles triunfos
Empañan su gloria ;
Difícil victoria
Redobla su ardor :

Su yugo süave
No humilla al rendido
Al pie del vencido
Se vé el vencedor.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Anhela en su fuga
La astuta enemiga
Que osado la siga
Su tierno amador ;
Si finge rigores,
Son iras fugaces ;
Suspira por paces,
Si finge rencor.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor ;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Tormenta de mayo
Parecen sus celos,
Que anuncia en los cielos
El iris de paz ;

Si triste y llorosa
De amor se querella,
Mas dulce y mas bella
Se os brinda su faz.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor,
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Con treguas violadas,
Con pactos fingidos,
Lograd fementidos
La palma y laurel:
La misma enemiga,
Que finge despecho,
Celebra en su pecho
Vuestro ánimo infiel.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

La Diosa de Chipre,
Si oyó el juramento,
Lo escribe en el viento,
Lo graba en el mar:

Que allí estan los nombres
De tiernas amantes,
Que á un dueño constantes
Supieron amar.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

Mas ¡ay! que el Dios fiero
Ya blande su lanza,
Y excita á venganza
Con hórrida voz:
Estragos y ruinas
El campo presenta;
La tierra ensangrienta
La lucha feroz.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.

En tanto, luchando
Con blando desvío,
El ídolo mio
Me muestra esquivéz;

Y en dulce desmayo
Suspensa su alma,
Del triunfo la palma
Me ofrece otra vez...

Alumnos de Marte,
Seguid su furor;
Con guerras mas dulces
Me brinda el Amor.

EL AMOR ENVENTA.

Acudid, zagalas...
¿Qué lindo Amor vendo!
Miradle en mi mano,
Por las alas preso.—
¿Es dócil? — Y niño.—
¿Donoso? — Hechicero.—
¿Calladito? — Mudo.—
¿Complaciente? — Ciego.—
¿Alegre? — Cual mayo.—
¿Veloz? — Como el viento.—
¿Y fiel? — Cual vosotras.—
Ya no le queremos.

ADMONICION Á UN POETA NOVEL
CONTRA LA TENTACION DE ESCRIBIR SÁTIRAS.

Sé dócil, Fabio, atiende á mis razones;
Y no corras derecho al precipicio,
Sin ver el grave riesgo á que te expones.
Eres mozo y honrado; vesal vicio
Alzar impune la soberbia frente,
Y á su aspecto no mas, sales de quicio;
Sin reparar, ó jóven inocente,
Que con vano sermón nada se alcanza,
Si se va contra el viento y la corriente.
¿No es mejor que á la insípida alabanza
Consagres tus vigiliás y sudores,
Ganando para tí lucro y holganza?
Celebra á los magnates y señores;
Por Mecenas elige al mas menguado,
Y derrama á dos manos tus loores;
Que aunque en lugar de incienso regalado
Mezcles inmunda pez, resina y breá,
Y al ídolo en su altar dejes ahumado,
Verás cuál se entumece y pavonea
Con el tributo vil, y paga ufano
Cuanto su necio orgullo lisonjea.
Si es de mal corazon, llámale humano;

Si pródigo, galan y generoso ;
 Sabio y modesto , si ignorante y vano :
 Miente y adula á roso y á veloso ,
 Seguro que ninguno te desmienta ,
 Cierto de hallar aplauso numeroso ;

Y en un año, en un mes , por mí la cuenta
 Si has menester Apolo ni Pegaso
 Para lograr honores , fama y renta .

No traigo á la memoria un solo caso
 En que el decir verdad premio consiga ;
 Y antes por ello ví mas de un fracaso :

Así , no es de extrañar que el tropel siga
 La senda mas trillada y espaciosa ,
 Que al término conduce sin fatiga ;

En tanto que apocada y temerosa
 Se esconde la virtud bajo la tierra ,
 Y aun allí el vicio con furor la acosa .

Mas si vivir no quieres siempre en guerra
 A sombra de desvan , pobre y desnudo ,
 A Persio y Juvenal con llave encierra ;

Deja el veraz estilo , áspero y rudo ,
 Y alambica un elogio almibarado
 Que cuele blandamente sin embudo .

Yo no he visto en mi vida potentado
 Que un Licurgo no fuese en su alto asiento ,
 Y de todas virtudes fiel dechado ;

Ni uno tampoco he visto que , al momento
 Que por tierra cayó , no mereciera

Servir , cual otro Luna , de escarmiento .

No he visto un general que no pudiera
 A César y á Pompeyo dar lecciones ,
 Y que no esté atrasado en su carrera ;

Ni un asentista , henchido de doblones ,
 Que no fuese columna del Estado ,
 Del pueblo entre las crudas maldiciones .

¿ Quién halló un juez venal en alto estrado ?
 ¿ Quién no encontró talento á un palaciego ?
 ¿ Quién conoce un bribon condecorado ? . . .

Pues en la corte estás , y no eres ciego ,
 Díme si , aunque demonio te volvieras ,
 Halláras leña en que cebar tu fuego .

Juro y rejuro , hablándote de veras ,
 Que falta material á la censura ,
 Como mentir y calumniar no quieras :

Y si debiste al cielo por ventura
 Musa festiva , alegre y burladora ,
 La diestra armada de manopla dura ,

Hazle amansarsu furia azotadora ,
 O procura que pague el escudero
 El encanto fatal de su señora .

Este es el medio , Fabio , que prefiero ;
 Que no es nuevo pagar el inocente ,
 Y ostentarse el culpable erguido y fiero :

Y si lanzar no puedes de la mente
 La viva comezon de íncuba Musa ,
 Que ni paz ni reposo te consiente ,

De aquel feliz arbitrio al menos usa,
Y en posadera ruin descarga recio,
Sin tener que pedir perdon ni escusa.

A un alcalde pedáneo llama necio;
Dí que roba á man-salva un boticario;
Trata á un pobre cornudo con desprecio;

Saca á plaza un poeta perdulario;
Empluma alguna vieja Celestina,

O acusa á un fiel de fechos de falsario...
Mas cuenta que la misma ventolina

No te engolfe despues en mar bravía,
Do el piloto mas diestro halla su ruina.

Regla sin excepcion: en viendo usia,
Hermanadas estan virtud y ciencia,
Y las debes tratar con cortésia;

Y si asomos vislumbres de *excelencia*,
O de una placa atisbas los reflejos,
Ya les puedes hacer la reverencia.

Mas si infundados juzgas mis consejos,
Por norma elige al cazador prudente,
Que audaz persigue á liebres y conejos;
Y cura bien no echarla de valiente.

Con los soberbios tigres y leones,
De corva garra y de aguzado diente.

Del mar en las undívagas regiones
El pez mayor embiste al pequenuelo;

Y huye de los hambrientos tiburones;
Y en las aves aligeras del cielo

Tras la paloma arrójase el milano,
Y del buitre rapaz no turba el vuelo.

Tan natural y propio al ser humano
Es perseguir al débil y abatido,
Y evitar aun el riesgo mas lejano,

Que no verás rapaz recién nacido
Que al flaco gozquecillo no atormente,
Y de robusto can no huya al ladrido.

Lo mismo debe hacer hombre prudente;
Que lo demas son pláticas de antaño,
De que se burla ya la culta gente.

Y si tal vez creyeres que te engaño,
A salvo pongo el ánima y conciencia
Con prevenirte á tiempo de tu daño:

Haz por juego siquiera la experiencia;
Mas no te quejes del rigor del hado,
Cuando sufras la dura penitencia.

Yo por mi parte huiré de tal pecado,
Aunque Apolo me ofrezca su corona:
Que es lícito en el mundo ser malvado;

Mas decir la verdad no se perdona.

LOS JUEGOS DEL AMOR.

Con un cristal Cupidillo
 Jugando, el sol reflejaba;
 Y a Dorila deslumbraba
 Con el vivísimo brillo:
 Mas con maligna intencion
 El cristal inclinó luego;
 Y al instante prendió el fuego
 En el tierno corazón.
 Quitóse el cendal un día,
 Y los ojos vendó á Flora;
 Y la inocente pastora
 Del leve juego reía:
 Mas el rapaz se ocultó;
 Afigióse la doncella;
 Y al ir ciega tras su huella,
 Presa en sus redes quedó.

HIMNO Á BACO.

Ven, padre Liéo,
 Del cielo descende;
 Mis venas enciende
 Con sacro furor!
 Cantar soberano
 Ya el estro me inspira;
 Mi trémula mano
 Ya pulsa la lira;
 Y en coro resuenan
 Mil himnos de honor.
 Ven, padre Liéo,
 Del cielo descende;
 Mis venas enciende
 Con sacro furor!
 Festivos cantares
 El Gárges entona;
 Los templos y altares
 De vides corona;
 Y al Númen propicio
 Demanda favor.

LOS JUEGOS DEL AMOR.

Con un cristal Cupidillo
 Jugando, el sol reflejaba;
 Y a Dorila deslumbraba
 Con el vivísimo brillo:
 Mas con maligna intencion
 El cristal inclinó luego;
 Y al instante prendió el fuego
 En el tierno corazón.
 Quitóse el cendal un día,
 Y los ojos vendó á Flora;
 Y la inocente pastora
 Del leve juego reía:
 Mas el rapaz se ocultó;
 Afigióse la doncella;
 Y al ir ciega tras su huella,
 Presa en sus redes quedó.

HIMNO Á BACO.

Ven, padre Liéo,
 Del cielo descende;
 Mis venas enciende
 Con sacro furor!
 Cantar soberano
 Ya el estro me inspira;
 Mi trémula mano
 Ya pulsa la lira;
 Y en coro resuenan
 Mil himnos de honor.
 Ven, padre Liéo,
 Del cielo descende;
 Mis venas enciende
 Con sacro furor!
 Festivos cantares
 El Gárges entona;
 Los templos y altares
 De vides corona;
 Y al Númen propicio
 Demanda favor.

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Ya escucho las voces
De alegres Bacantes,
Las ruedas veloces,
Los ejes sonantes,
Del viejo Sileno
La risa y clamor...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Al carro glorioso
Preceden cautivos
Amor desdenoso,
Los celos esquivos,
Las iras de Vénus,
De Marte el furor...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Tu néctar sabroso
Se brinda al deseo
Muy mas oloroso
Que aroma sebo;
La púrpura tyria
Le envidia el color...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

La paz embalsame
Tu dulce ambrosía;
Sus mieles derrame
La pura alegría;
No amarguen las penas
Tu grato dulzor...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

En vasos preciosos
Aromas humean;
Amantes y esposos
Tus aras rodean;

Por víctima ofrecen
Su cándido amor...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Detente, profano
No toques impuro,
Con pérfida mano,
Con labio perjuro,
La copa dorada
Del sacro licor...

Ven, padre Liéo,
Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

Mas ya de beleño
Coronas mi frente;
Ya el lánguido sueño
Cantar no consiente;
Las cuerdas responden
Con leve rumor...

Ven, padre Liéo,

Del cielo descende;
Mis venas enciende
Con sacro furor!

POCO PESO!!!

Sobre una peña estribando
Amor colocó una rama;
Y en un extremo se posa,
Mientras el otro levanta:
Cuélganse dél á porfía
Las inocentes zagalas;
Mas ninguna vencer puede
A un niño tierno y con alas.
Añaden por peso votos
Y prendas mil de constancia;
Y el Dios añade una rosa,
Y mas ligeras las alza,
Dábanse al fin por vencidas;
Pero dejólas vengadas
Una leve mariposa,
Inclinando la balanza

ERÓTICA.

Favor, sagradas Musas,
 Favor por esta vez!... Si grave un día
 Rehusó la lira mía,
 Coronada de pámpanos y rosas,
 Acompañar canciones amorosas,
 Ya con maligno juego
 Ocultando su pérfida venganza,
 El Dios alado y ciego
 A cantar me condena su alabanza.
 ¿Qué mas quieres de mí?... Ya ante tus aras
 Me postro humilde y tu piedad reclamo;
 Mi libertad maldigo;
 Tu esclavo soy, por mi señor te aclamo!
 Sin amor; ¿qué es la vida? El mundo yerto
 Aparece desierto:
 En vez de amenos prados, solo abrojos
 Miran los tristes ojos;
 Y en desabrida calma,
 Sin dicha ni esperanza ni deseo,
 Se estrecha el corazón, se nubla el alma.
 Mas el divino Amor une los seres
 Con lazos de placeres:
 El bruto, el pez, el ave,
 Siguen su ley suave:

Ama la erguida palma;
 Ama la yedra al olmo; aman las vides
 Abrazadas al álamo de Alcides;
 Y hasta la flor mas leve
 Con su seno convida
 A recibir el germen de la vida.
 Amemos pues, amemos;
 Que el tiempo ante nosotros
 Con pie veloz se aleja,
 Y pesares nos deja...
 Solo en los brazos del Amor divino
 Se mira sin horror la negra tumba,
 Y sembrado de flores el camino.

EL AMOR Y LA MARIPOSA.

MADRIGAL.

Rico el matiz, leve el ala,
 Como linda mariposa,
 Vaga Amor de rosa en rosa,
 Mostrando viveza y gala;
 Mas si una luz mira ciego,
 Vuela, llega, en torno gira,
 Se acerca, tócala, espira,
 Y consúmese en su fuego.

LOS BESOS.

Cien veces ciento
 Mil veces mil,
 Mas besos dame,
 Laura gentil,
 Que flores crían
 Mayo y Abril,
 Y arenas llevan
 Dauro y Genil.
Mucho demandas.—
 Poco pedí.—
¿Bástate un beso?—
 Dámele, si;
 Pero tus labios
 Clávense en mí;
 Y hasta la Muerte
 Nos halle así!

LOS VOTOS DE UN AMANTE.

Mi bien, mi consuelo, mi gloria, mi vida,
 Ven, Laura querida, y en plácidos lazos
 Te ciña en mis brazos, te escuche, te mire,
 De júbilo espire!
 Amor murmurando va el claro arroyuelo;
 Las aves del cielo nos cantan amores;
 Del campo las flores el aire embalsaman...
 También ellas aman
 Tu mano divina ya trémula estrecho;
 Palpita tu pecho, tu frente se arde;
 Ya tiembles cobarde, ya tierna suspiras,
 Y apenas respiras...
 ¿Qué dudas, bien mio? Descansa en mi seno;
 El cielo sereno á amar nos convida;
 Y al sueño rendida oculta la Luna
 Su luz importuna.
 Oh, nunca la Aurora de tí me separe;
 El tiempo repare su curso violento;
 Y al mismo momento que vaya á perderte,
 Me hiera la Muerte!

LA ALHAMBRA.

Venid á mis voces, doncellas hermosas
 Que hollais la ribera del Dauro y Genil ;
 Venid coronadas de sándalo y rosas,
 Mas puras, mas frescas que el aura de Abril.

Flotando en la espalda los negros cabellos,
 Los ojos de fuego, los labios de miel,
 La túnica suelta, desnudos los cuellos,
 Cantando de amores seguidme al vergel...

Amor resonaron las grutas del rio ;
Amor en las selvas cantó el ruiseñor ;
Amor las montañas, el bosque sombrío,
 La tierra, los cielos repiten *amor*.

Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,
 Que ya de tres siglos la mano arruinó,
 Rodando en los muros de mármoles y oro,
 Un sordo murmullo de *amor* resonó...

¿Qué se hizo su gloria, su pompa, su encanto,
 Los triunfos y empresas de tanto galán?
 ¿Las cañas y fiestas, la música y canto,
 Jardines y baños y fuentes dó están?

El jaspe ya cubren abrojos y espinas ;
 Do rosas crecieron, la zarza se vé ;
 A llanto provocan las miseras ruinas ;
 Los rotos escombros detienen el pie...

¡Ay! Ninfas del Dauro, venid á mis voces,
 Mirad cuál fenecen la gloria y beldad :
 Y en tanto que vuelan las horas veloces,
 De amor las dulzuras, la dicha gozad !

CANCION BÁQUICA.

CORO.

En coro cantemos,
 Dulcísimo vino,
 Tu influjo divino,
 Tu grato favor.

A influjo tan grato
 No hay firme recato,
 Ni puerta, ni muro,
 Ni alcázar seguro,
 Ni dudas, ni zelos,
 Ni esquivo rigor.

CORO.

En coro cantemos,
 Dulcísimo vino,
 Tu influjo divino,
 Tu grato favor.

Por tí la doncella
Se ostenta mas bella ;
La grave matrona
De hermosa blasona ;
La triste viüda
Se enciende en amor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo festivo
No siente el cautivo
Tormentos ni penas,
Ni duras cadenas ;
Y en plácido encanto
Se iguala al señor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo el piloto
Se burla del Noto ;

Y al eco del trueno
Cantando sereno,
Del viento y las olas
Desprecia el furor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Tú mueves el labio
Del necio y del sabio ;
Tú arrancas del seno
La hiel y veneno
Que esconde la envidia,
Que oculta el rencor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Contigo el cobarde
De aliento hace alarde ;
El vil codicioso
Se ostenta garboso ;

El débil anciano
Recobra vigor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Tus puros colores
Envidian las flores;
Tu esencia olorosa
La mirra preciosa;
La miel de romero
Tu dulce sabor.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

Los males y penas
A olvido condenas;
Las dichas fugaces
Eternas las haces;
Y al hado futuro
Le robas su horror.

CORO.

En coro cantemos,
Dulcísimo vino,
Tu influjo divino,
Tu grato favor.

EL AMOR CAUTIVO.

Zagalas crueles,
No mas rigor ya;
Que Amor como niño
Merece piedad.
Los grillos de flores
Al punto soltad;
Las duras espinas
Hiriéndole están.
Si burlas donosas
De tierno rapaz
Con leve escarmiento
Quisiereis vengar,
Quitadle las flechas,
Robadle el carcax;
Con vuestros ojuelos
No ha menester mas.
Mirad cómo tiembla
Con ansia mortal;

Y juntas las manos,
 Demanda la paz.
 No herir vuestros pechos,
 Quisiera jurar;
 Mas teme os ofenda
 Su amarga piedad.
 Si os huye, es ingrato;
 Si os sigue, es audaz;
 Sentís sus perfidias,
 Y os cansa leal...
 En esto Cupido
 Se escapa sagaz,
 Y lanza riendo
 La flecha mortal:
 Su Madre en los brazos
 Le vuelve á estrechar,
 Y vé á las zagalas
 Heridas llorar.

EL TRIUNFO.

El placer que rebosa en mi alma,
 Zagalas del Dauro, festivas cantad:
 El Amor ha dejado los cielos,
 Y el nido en mi pecho por siempre hizo ya.
 ¿Qué ventura en la tierra hay que iguale
 Al sumo contento que ofrece el amor?
 Los sentidos, el alma y potencias
 A tanta delicia bastantes no son.
 En el bosque de nardos y rosas
 Al fin de mi amada vencí la esquivéz:
 Tuya sey, pronunciaron sus labios;
 Y al punto en sus labios su aliento espiré.
 Blando lecho brindaron las flores;
 La tórtola amante mas tierna gimió;
 Y las ramas de un sauce inclinando,
 El hurto dichoso cobija el pudor.

EL CEMENTERIO DE MOMO.

EPITAFIOS.

Yace aquí un mal matrimonio,
 Dos cuñadas, suegra y yerno...
 No falta sino el demonio
 Para estar junto el infierno.

¡En sepulcro de escribano
 Una estatua de la Fé!...
 No la pusieron en vano;
 Que afirma lo que no vé.

¡Ya hay pleito sobre el sepulcro,
 Y aun no está el hombre enterrado?
 Este sí que era letrado!

Yace aquí Blas... y se alegra
 Por no vivir con su suegra.

Agua destila la piedra,
 Agua está brotando el suelo...
 ¿Yace aquí algun aguador?—
 No señor: un tabernero.

Un delator aquí yace...
 Chito! que el muerto se hace.

Aquí yace una doncella...
 Y han borrado de labor...
 Siempre es bueno hacer favor.

Yace en esta estrecha caja
 El sastre mas afamado;
 Y dicen que no ha robado...
 Al menos en su mortaja.

¡Cuñados en paz y juntos!...
 No hay duda que están difuntos.

Aquí yace una beata
 Que no habló mal de ninguna...
 Perdió la lengua en la cuna.

Aquí un médico reposa,
 Y al lado han puesto á la Muerte...
 Iban siempre de esta suerte.

Al pie del sepulcro un cuerno!...
 ¿No admite dos el infierno?

Aquí un hablador se halla...
 Y por vez primera calla.

Aquí yace una viüda
 Que murió de pena aguda,
 Apenas hubo perdido
 A su séptimo marido.

Aquí se enterró un suizo,
 Por el dinero lo hizo.

Aquí yace una soltera,
 Rica, hermosa, forastera,
 Que sordo-muda nació...
 ¡Si la hubiera hallado yo!

Sub hoc tumulo... adelante;
 Que este será algun pedante.

Aquí yace un andaluz...
 Por eso han puesto esta cruz.

Don Juan de Az...pei...ti...gu...rrea...
 Para el diablo que te lea.

Ya que no pide doblones,
 * Pide esta vieja oraciones.

Canónigo... de repente...
 Y morir en Noche Buena!
 Se le indigestó la cena.

Eche una limosna, hermano;
 Y que no suene el dinero,
 No reviva este usurero.

Aquí enterraron de balde,
 Por no hallarle una peseta...
 No sigas: era poeta.

Una palma han colocado
 En la tumba de Lucía...
 Es que dátiles vendía.

Aquí yace un cortesano,
 Que se quebró la cintura
 Un día de besamano.

Aquí jaz ó mui illustre
Senhor João Mozimho Souza
Carvalho Silva da Andrada...
 Sobra nombre ó falta losa.

Aquí yace un juez de vagos,
 Que en Madrid ocioso anduvo...
 ¿Y en qué diablos se entretuvo?

Aquí reposa un francés...
 Al fin parado le véis.

Aquí yace entre laureles
Un gran autor de comedias,
Que murió helado en el patio
Sin que un cristiano lo viera.

Aquí yace Sor Belen,
Que hizo almíbares muy bien,
Y pasó la vida entera
Vistiendo niños de cera.

Aquí yacen cuatro socios,
Que juntaron gran caudal:
Un médico, un boticario,
Un cura y un sacristan.

Aquí yace el Rey Ramiro,
Que libró á España del feudo...
Al moro que hoy lo cobrâre,
La ganancia no le arriendo.

Aquí yace un oidor sordo...
Un rélator tartamudo...
Un vista con cataratas...
¡Pues anda bonito el mundo!

Aquí yace un contador
Que jamas erró una cuenta...
A no ser á su favor.

Un borrego han esculpido
En esta tumba modesta...
¿Tuvo el difunto el toison?...
Fue escribano de la Mesta.

Aquí á una bruja enterraron,
Chamuscada á fuego lento...
Nunca es malo un escarmiento.

Aquí yace un cobrador
Del voto del Rey Ramiro...
¿No era mejor dar mugeres?
Y quedarnos con el trigo?

Aquí yace un mayorazgo
Junto á su hermano mellizo:
Este se murió de hambre;
Y aquel se murió de ahito.

Aquí Susana reposa...
Por supuesto no la casta...
Con que vmd. lo diga, basta.

Aquí yace un proyectista,
Que quiso dar por asiento
Agua, tierra, fuego y viento.

Aquí yace un egoísta
Que no hizo mal ni hizo bien.
Requiescat in pace, Amen.

Aquí yace Don Matías,
Acusado de tacaño:
Y daba *gratis* al año...
Pesámes, pascuas y días.

El general que aquí yace,
Hizo lo mismo que el Cid...
Entraba muerto en la lid.

Aquí yace un alquimista,
Que en oro trocaba el cobre...
Y murió de puro pobre.

Aquí yacen dos maestrantes...
Ocupados como antes.

HIMNO EPITALÁMICO.

Placer de los cielos, delicia del mundo,
O Númen fecundo, propicio á mi voz,
De tiernos amantes corona el deseo,
Desciende, Himenéo, descende veloz.
Al mar y á la tierra y al aire sereno
Tú colmas el seno de germen feraz;
Y el orbe enlazando con dulces cadenas,
Sus ámbitos llenas de vida y de paz.
Tú al nido aprisionas con grillos suaves
Las tímidas aves en plácida union;
Y al yugo amoroso tú inclinas la frente
Del tigre inclemente, del fiero leon.
Si gime viüda la tórtola bella,
Con blanda querella te pide otro amor;
Sin fruto dorado la palma viüda
Te expresa, aunque muda, su triste dolor.
Sin tí los mortales, cual fieras atroces,
Ni oyeran las voces de patria y hogar:
Sus muros te deben las altas ciudades;
Las mismas Deidades te deben su altar.
Mas ya gratas pulsán las cítaras de oro,
Y aclaman en coro tu gloria inmortal;
Y al son armonioso las alas extiendes,
Y en triunfo descienes al lecho nupcial.

Con falsa modestia la Diosa de Delos
Se oculta en los cielos tras nube fugaz;
En tanto que Vénus mas plácida y bella
Refleja en su estrella su cándida faz.

Sin dejo amargoso purísima muestra
La copa en su diestra de dulce licor;
Y uniendo á sus rosas la blanca azucena,
Su frente serena descubre el Amor;
Mas siempre festivo tu antorcha divina,
Que el lecho ilumina con claro esplendor,
Apaga; y fingiendo temor y recelo,
Se esconde en el velo del sacro Pudor.
Los Dioses sonrien, la esposa suspira;
Ternura respira su blando desden;
Y ai tímido esposo las Gracias y Amores
Con cándidas flores coronan la sien.

ANACREÓNTICA.

Deja que estalle el trueno;
Echa vino y bebamos:
¿ Viste nunca una cepa
Herida por el rayo?
Hasta el mismo Vesubio
Paga tributo á Baco;
Y respeta el viñedo
En su lava plantado.
Busqué en vano de Italia
Los héroes y los sabios;
Escombros y cenizas
Mis ojos solo hallaron:
De Roma apenas dura
El vano simulacro,
La sombra de Pompeya,
La tumba de Herculano...
Mas hallé de Falerno
El néctar regalado;
Y apuré una botella
A la salud de Horacio.

LA LUNA.

Ven al vergel delicioso
 Que ciñe el Dauro tranquilo;
 Ven, no tardes, dueño hermoso;
 Que Amor nos presta su asilo,
 Apartado y silencioso.

Su cáliz abren las flores
 Al céfiro que las mece;
 Cantan dulces ruseñores;
 Y la Luna se embebece
 Escuchando sus amores.

Crejóse de amor exenta,
 Y al amor mostróse esquivia;
 Mas ya su engaño lamenta,
 Y en la noche fugitiva

Con ver su amor se contenta.
 Duérme entre tanto su dueño,

Y ella al amor le provoca;
 Mas por no turbarle el sueño,
 Apenas sus labios toca
 Y desiste de su empeño...

Despierta, ingrato Pastor,
 Y goza tanta ventura;
 Mira que vuela el amor,

Que su dicha poco dura,
 Menos dura que una flor:

Mas por su dulce embeleso
 Bien puedes trocar tu calma;
 Que un halago, un solo beso
 Da tanto placer al alma,
 Que se rinde al blando peso.

Ven, corre, vuela á mis brazos,
 No tardes, hermosa Lidia,
 Estréchame en dulces lazos;
 Y el Zagal nos tendrá envidia
 Contando nuestros abrazos:

La misma Luna en el cielo
 De amor al vernos se abrasa;
 Y con triste desconsuelo
 Nos contempla, corre, pasa
 La faz envuelta en su velo.

LAS AVES.

EL NIDO.

¿Dónde vas, zagal cruel,
 Dónde vas con ese nido,
 Riyendo tú, mientras pian

Esos tristes pajarillos?
 Su madre los dejó solos
 En este momento mismo,
 Para buscarles sustento
 Y dárselo con su pico...
 Mírala cuán azorada
 Echa menos á sus hijos,
 Salta de un árbol en otro,
 Va, torna, vuela sin tino:
 Al cielo favor demanda
 Con acento dolorido;
 Mientras ellos en tu mano
 Baten el ala al oírlo...
 Tú también tuviste madre,
 Y la perdiste muy niño,
 Y te encontraste en la tierra
 Sin amparo y sin abrigo!
 Las lágrimas se le saltan
 Al cuitado pastorcillo,
 Y vergonzoso y confuso
 Deja en el árbol el nido.

EL PICHON MENSAGERO.

«Vuela al punto,
 Pichon bello,
 Y esta carta
 Da á mi dueño...
 Noche y día,
 De ella lejos,
 No respiro
 Ni sosiego:
 Con su imagen
 Me desvelo;
 Pienso en ella
 Cuando duermo:
 Su voz oigo,
 Su faz veo;
 Y en su boca
 Y en su pecho
 Tierno imprimo
 Dulces besos...
 Vuela al punto,
 Pichon bello;
 Y á mi amada
 Dí que muero!...»
 Apenas estas palabras

Pronunciára el triste Delio,
 Perdió de vista en los aires
 Al alado mensagero;
 Que la inocente avecilla
 Doblaba el rápido vuelo,
 Por ver á la hermosa Flora
 Y hallar en su boca el premio.
 Ya divisaba la torre,
 En que le aguardan inquietos
 La doncella en las almenas,
 En el nido los hijuelos;
 Cuando de tiro alevoso
 Vé la luz, oye el estruendo,
 A par que del plomo ardiente
 Siente la herida en su pecho.
 Trémula el ala repliega,
 Se abate con desaliento,
 Y en derredor de la torre
 Gira con mortal anhelo:
 Tres veces tocó á su cima,
 Y tres le faltó el esfuerzo;
 Mas vé á Flora que le llama,
 Oye sus dulces acentos,
 Y animase y vuela y cae
 Con el billete en su seno.

LA GOLONDRINA.

Vuelve, vuelve, golondrina,
 Que ya Favonio se acerca,
 Y las aves y pastores
 Saludan la primavera:
 En mis tranquilos hogares
 Todos alegres te esperan,
 Cual huésped agradecido,
 Cual nuncio de buenas nuevas.
 Aquí no hallarás los lazos
 Que en los palacios se encuentran,
 Y bajo el rústico techo
 Seguros tus hijos quedan:
 Aun está cual le dejaste,
 Tu frágil nido de tierra,
 Y al verle todos los días
 Lamentábamos tu ausencia...
 Mas tal vez en este instante
 La costa africana dejas,
 Cruzas el mar presurosa,
 Y tocas nuestras riberas
 Ni en su margen te detienes;
 Veloz hácia el Dauro vuelas;
 Y el tierno pecho te anuncia
 Que tus amigos te esperan...

Pronunciára el triste Delio,
 Perdió de vista en los aires
 Al alado mensajero;
 Que la inocente avecilla
 Doblaba el rápido vuelo,
 Por ver á la hermosa Flora
 Y hallar en su boca el premio.
 Ya divisaba la torre,
 En que le aguardan inquietos
 La doncella en las almenas,
 En el nido los hijuelos;
 Cuando de tiro alevoso
 Vé la luz, oye el estruendo,
 A par que del plomo ardiente
 Siente la herida en su pecho.
 Trémula el ala repliega,
 Se abate con desaliento,
 Y en derredor de la torre
 Gira con mortal anhelo:
 Tres veces tocó á su cima,
 Y tres le faltó el esfuerzo;
 Mas vé á Flora que le llama,
 Oye sus dulces acentos,
 Y animase y vuela y cae
 Con el billete en su seno.

LA GOLONDRINA.

Vuelve, vuelve, golondrina,
 Que ya Favonio se acerca,
 Y las aves y pastores
 Saludan la primavera:
 En mis tranquilos hogares
 Todos alegres te esperan,
 Cual huésped agradecido,
 Cual nuncio de buenas nuevas.
 Aquí no hallarás los lazos
 Que en los palacios se encuentran,
 Y bajo el rústico techo
 Seguros tus hijos quedan:
 Aun está cual le dejaste,
 Tu frágil nido de tierra,
 Y al verle todos los días
 Lamentábamos tu ausencia...
 Mas tal vez en este instante
 La costa africana dejas,
 Cruzas el mar presurosa,
 Y tocas nuestras riberas
 Ni en su margen te detienes;
 Veloz hácia el Dauro vuelas;
 Y el tierno pecho te anuncia
 Que tus amigos te esperan...

No tardes, llega, avecilla;
Llega, y bien venida seas;
Que Dios bendice el hogar
Que da asilo á la inocencia.

EL JILGUERO.

«¿Porqué me dejas, ingrato?
Vuelve á mi voz, jilguerillo;
Y no pagues cual Damon
Mis cuidados y cariño.
Eras mi solo consuelo,
Eras mi mejor amigo;
Contigo partí mi lecho,
Mi seno te di por nido...
Noches enteras pasaste
En mi regazo dormido;
Y apenas rayaba el alba,
Me despertaban tus trinos:
Tú mis lágrimas veías,
Tú escuchabas mis suspiros,
A tí solo confié
El nombre del fermento...
Así Flora se quejaba;
Mas vió en la rama de un mirto
Acariciando á su esposa
Al pintado pajarillo:

Envidia tuvo al mirarle;
Sintió su dolor mas vivo;
Y prorumpió en estas voces,
Dando un profundo gemido:
« Sé feliz, ave inocente,
Con tu esposa y con tus hijos;
Que no hay ventura en la tierra
Si está el corazón vacío!»

LA PERDIZ.

Cesa un instante siquiera,
Cesa, avecilla, en el canto;
Y no atraigas á los tuyos
Con tu pérfido reclamo:
El mismo dueño á quien sirves,
Te arrancó del nido amado,
Te robó la libertad,
Te desterró de los campos;
Y por complacerle ahora,
De tanta crueldad en pago,
A tu esposa y á tus hijos
Tú misma tiendes el lazo.
La voz del amor empleas,
Brindas con dulces halagos,
Cuando la tierra y el cielo
A amar están convidando;

Pero entre tanto escondida
 La muerte acecha á tu lado,
 Pronta á salpicar con sangre
 Las bellas flores del prado;
 ; Ay! deja al hombre cruel
 Valerse de esos engaños;
 Llamar con voz alevosa
 Y vender á sus hermanos.

ANACREÓNTICA.

Pronto, zagalas, éal
 La lira, el tirso, el vaso;
 Venderé mis cantares,
 Si ofreceis dulce pago:
 Por un beso, una copla;
 Y dos por cada abrazo;
 Y por abrazo y beso,
 Si son á un tiempo, cuatro;
 Mas si alguna hasta el bosque
 Viniere á mi reclamo,
 Sin madre, abuela, tia,
 Ni importunos muchachos,
 Le cantaré mas versos
 Que hay flores en el prado,
 Y arenas en el rio,
 Y luces en los astros

ENIGMA.

Amor manda cuando ruega,
 Vé con los ojos vendados,
 Brinda paz y da cuidados,
 A un tiempo concede y niega,
 Busca delicias fugaces,
 Y halla continuos desvelos;
 Se atormenta con los celos,
 Y se cansa con las paces.
 Le ablanda el duro desden;
 Le irrita el humilde ruego;
 En nieve le trueca el fuego;
 Con daño compensa el bien.
 Es cual niño veleidoso,
 Y cual pájaro fugaz;
 Si callar debe, locuaz;
 Y cuando hablar, silencioso;
 Vario cual tarde de Abril,
 Que el sol brilla y se oye el trueno,
 Quédase el cielo sereno,
 Y nublase veces mil:
 Amor se abate y se engnie,
 Ya receja y ya adelanta,
 Busca y huye, gime y canta,
 Sufre y goza, llora y rie;

A la par quiere y no quiere,
Se enoja y se desenoja,
Vase, vuelve, tira, alfoja,
Nace, crece, vive, muere...

¿Quién tendrá el arte ó poder
De sondear este abismo;
Quién, Amor, cuando tú mismo
No te puedes comprender?

VENUS Y LOS AMORES.

EL NACIMIENTO DE VENUS.

En el seno de una concha,
Como en Oriente la perla,
Nació la Diosa que anima
El cielo, el mar y la tierra:
Rizando en torno la espuma,
Mil Cupidillos la cercan,
Y al leve carro de nácar
Uncen dos tórtolas bellas;
El iris de cien colores
Sobre sus sienes despliegan,
Y al mismo tiempo en los astros
Lució su brillante estrella.
En coro á la Diosa aclaman
Los Tritones y Nereidas,

De coral la sien ceñida,
Libres al viento las trenzas:
En tanto que los Amores
Sobre los delfines juegan,
Y por donaire á las Ninfas
Salpican pecho y cabeza.
Unos á nado las siguen;
Otros en torno revuelan;
Y alguno mas atrevido
Cálase al fondo tras ellas...
Mas por descuido ó malicia
La antorcha en la mano lleva,
Que en vez de apagar su llama,
Dentro del mar centelléa:
Arden las inquietas olas;
Arde la profunda arena;
Y de vivientes sin fin
La inmensa region se puebla.

EL SUEÑO DEL AMOR.

De cristal en frágil cuna
Duerme el Niño ceguezuelo,
Con la sonrisa en los labios
Y la congoja en el pecho.
Bésalo al lado su Madre;

Las Gracias le están meciendo;
 Y el Pudor por resguardallo
 Le cobija con su velo:
 Pero traidores le acechan
 Los cuidados y los celos;
 Y apenas duerme un instante
 Cuando suspira despierto.

ALERE FLAMMAM
 VERITATIS EL DESPIQUE DE VÉNUS.

Ven, acude, cefirillo,
 Donde mi Lesbía reposa,
 De manso arroyo al murmullo,
 De verde sauce á la sombra:
 Con ala tímida oréa
 Su pecho y su faz hermosa,
 Y con tu plácido aliento
 Espira en su dulce boca.
 Densa turba de Amoreillos
 Revuela en torno y la ronda,
 Como un enjambre de abejas
 Al rededor de una rosa:
 Cuál en su cándido seno
 Rojos claveles deshoja;
 Cuál prende sus rubias trenzas
 Con jazmines y violas;

Uno, las alas plegando,
 Sobre una rama se posa,
 Al leve peso la inclina
 Y el gallardo cuerpo toca;
 En tanto que otro á las Gracias
 De Vénus las galas roba,
 Y el breve talle de Lesbía
 Con el ceñidor adorna...
 Pero celosa su Madre
 Al punto venganza toma;
 Y con la misma lazada
 Allí al Amor aprisiona.

EL AMOR Y LA SENSITIVA

Por los jardines de Páfos
 Iba Amor buscando yerbas,
 No para sanar heridas,
 Para enherbolar sus flechas;
 Cuando oculta entre las flores
 A la sensitiva encuentra,
 Rizada como las plumas
 Que el Dios en sus alas lleva;
 Atrevido fue á tocalla,
 Y tímida se repliega;
 Le aplica el rapaz sus labios,
 Y ella sus hojas le cierra.

Una vez y otra porfia ;
 Le hechiza la resistencia ;
 Y por la púdica planta
 Las flores mas lindas dejaba.

EL CASTIGO DEL AMOR.

Revolando bullicioso
 En los árboles de Gnido,
 Amor asustó en mal hora
 A Marte y Vénus dormidos.
 En vano el Dios intercede
 Por el imprudente Niño ;
 Su Madre esta vez al menos
 Resuelve darle castigo.
 Con un cendal delicado
 Vendarle los ojos quiso ;
 Pero sus ojos brillaban
 Por entre el cándido linón.
 Las tiernas alas le corta
 Para tenerle sumiso ;
 Y otras plumas le nacían,
 Y de colores mas vivos.
 Tentó con tallos de flores
 Echarle á la planta grillos ;
 Pero las aves del cielo
 Los tronchaban con el pico.

Impacientóse la Diosa
 Con la sonrisa del hijo,
 Y en una dorada jaula
 Dejó al infeliz cautivo.
 Entonces fueron los llantos
 Que daba lástima oírlos ;
 Y á su reclamo acudió
 La bandada de Amorcillos
 Desgajan unos la rama
 De que estaba suspendido,
 Y por romper sus prisiones
 Luchan otros con ahinco...
 Pero ya Venus y Marte,
 Del bosque en lo mas sombrío,
 Nuevo lecho preparaban
 Por el deleite mullido :
 Enlazábanse sus brazos ;
 Se mezclaban sus suspiros ;
 Y de haberlos despertado
 Gracias daban á Cupido.

EL NIDO DE LOS AMORES.

En lecho de mirto y rosas
 Arrullando está Dione
 Una turba de Amorcillos,
 Cual nido de ruseñores.

Muestran los recién nacidos
 Condicion tímida y dócil;
 Mas baten las tiernas alas,
 Y ya á volar se disponen:
 Remedan unos el llanto,
 Para ablandar corazones;
 Mientras adormidos otros
 Fingen que ni ven ni oyen:
 Los grandezuelos descubren
 Mas dañadas intenciones,
 Y en vez de inocentes juegos,
 Aguzan flechas y harpones;
 Pero con doble malicia
 Las armas visten de flores.
 Y doran la aguda punta
 Que el letal veneno esconden:
 Solo el mas gentil de todos
 Aljaba y arco depone,
 Y en vaso espumoso forma
 Leves pompas de colores:
 A su blando soplo ascienden,
 Y céfiro las acoge,
 Del cielo el iris retratan,
 Brillan, vuelan, y se rompen.
 « ¡Ay cuitadilla de mí!
 (Dijo suspirando Clóris)
 Venid, zagalas, y ved
 La imágen de mis amores!

LA MANSION DEL AMOR.

Red en los árboles veo;
 Liga en la yerba sentí...
 O me engaña mi deseo,
 O el Amor se hospeda aquí.
 ¿Quién ha mecido estas flores?
 ¿Quién ha libado su miel?
 Es un enjambre de Amores,
 Que revuela en el vergel.
 En medio va mi zagala,
 Y á porfia la enamoran:
 Vénus misma no la iguala,
 Y ellos cual madre la adoran.
 Entonan himnos suaves,
 Y al mirarla se embelesan;
 Y les responden las aves,
 Y con los picos se besan.
 La vid al álamo enlaza,
 Y hasta su copa se eleva;
 Al olmo la yedra abraza,
 El aura semillas lleva:
 No hay flor que no ame á otra flor;
 No hay ser que el amor no inflame;
 No hay ave que á otra no llame
 Al dulce nido de Amor.

Al Amor todo convida:
 Amor da al hombre consuelo;
 Amor al mundo da vida;
 Aman la tierra y el cielo.

¿Quién da á la Aurora

Luz y rocío,

Galas á Flora,

Mies al estío,

Y al bosque umbrío

Pompa y verdór?...
 Solo el Amor.

Y por los huecos

Vuelven los ecos:

Amor... Amor

¿Quién el sustento

Conduce al nido?

¿Quién puebla el viento

Y el mar tendido?

¿Al firmamento

Quién da esplendor?...
 Solo el Amor.

Y Vénus bella

Desde su estrella

Repite: *Amor!*

LA MUERTE DE ADONIS.

«Hijos del alma,

Llorad, Amores;

Finó mi dicha,

Murió mi Adonis:

Siempre en mi labio

Suena su nombre;

Vuélvelo el eco,

Y él no responde...

¿Dó estás, bien mio,

Dónde te escondes,

Que de tu amada

La voz desoyes?

Ven á mis brazos,

No me abandones;

Yo dejé el cielo

Por tus amores:

Tuya mi gloria,

Tuyos mis dones;

Celos y envidia

Diste á los Dioses!

En tu regazo

Me vió la noche;

Sin voz ni aliento

La aurora hallóme;
 Aun reclinadas
 Están las flores;
 Tu hermosa huella
 Aun se conoce:
 Ven, amor mio,
 Ven á mis voces,
 Antes que el llanto
 Mi aliento ahogue!... »
 Así Vénus afligida
 Clamaba en busca de Adonis,
 Que exánime y desangrado
 Yace á la falda de un monte:
 Trémula llega la Diosa;
 A su amado reconoce;
 Y respirando en sus labios,
 Quiere que á la vida torne.
 Mas ya la barca fatal
 Apresta el duro Caronte,
 Y del Tártaro al abrirse
 Crujen las puertas de bronce:
 En turba al mancebo aguardán
 Las Sombras de sus mayores;
 Y por los cóncavos senos
 Lúgubre cancion se oye:
 « Ya el lago cruza,
 Ya llega el jóven,
 Que mas hermoso

No lo vió el orbe.
 Al pie de un trono
 Nació entre flores;
 Creció colmado
 De ricos dotes;
 ¿ Pero qué vale
 Su escudo al hombre,
 Cuando la Muerte
 Descarga el golpe?
 Al bello príncipe
 Llorá Dione,
 Faunos y Ninfas,
 Gracias y Amores;
 Mas hasta el límite
 De estas regiones
 Ni el eco llega
 De sus clamores!
 Con gozo feroz las Parcas
 El lúgubre canto acogen;
 Como las aves siniestras
 Ven de una lid los horrores.
 Y en tanto cien Cupidillos
 Cercan el cuerpo de Adonis,
 Y con las alas enjugan
 La sangre que aun tibia corre.
 En señal de eterno luto,
 Los arcos y flechas rompen;
 Y sus cabellos cortando,

Los funerales disponen;
 Al bello garzon reclinan
 En lecho ornado de flores;
 Queman aroma sabéo,
 Vierten esencias y olores;
 Y Céfito, á ruego suyo,
 El blando aliento recoge,
 Y de sus arpas eólias
 Saca tristísimos sonos.

LA BODA DE PORTICI.*

ESPOSO:

«Ven, cara Esposa, ven al nupcial lecho,
 Por el Amor mullido
 Para labrar su nido!
 Présago el corazon late en mi pecho;
 Tu dulce aliento aspiro;
 Tu hermosa imágen veo;
 Dudo, temo, deseo;
 Ni aliento ni respiro;

* Pueblo deleitoso, á pocas leguas de Nápoles, y en las inmediaciones del Vesubio: hállase labrado cabalmente sobre la antigua ciudad de Hérculano, que por alguno que otro punto aun se descubre soterrada.

Y trémulo de ardor y de esperanza,
 Oigo el canto nupcial: *ven, Himené!*
 ¿Quién en el mundo alcanza
 Tan soberano bien? En dulces lazos
 Mil veces, Laura mia,
 Te estrecharé en mis brazos
 Y gustaré en tus labios la ambrosía;
 Me llamaré tu dueño;
 Y guardaré tu sueño,
 Reclinada la sien sobre las flores
 Que yo mismo cogí con mil amores.
 Mas; ay! que aun hora mismo el alma ambla
 El triste pensamiento
 Que enturbió en aquel punto mi contento
 En el verjel cercado,
 De mi padre heredado,
 Junto á un lecho de césped y de rosas,
 Cual tú frescas y hermosas,
 La boca descubrí de horrenda sima,
 Que al vella pone grima;
 Y el techo divisé de una morada
 Bajo lava y escombros sepultada...
 ¿Quién sabe si otro tiempo
 El dueño de este asilo
 Vivió alegre y tranquilo,
 De dulces bienes lleno,
 De su esposa en el seno,
 Y allí la muerte dura

Apagó con un soplo su ventura!
 Tal vez el infeliz la juzgó eterna,
 Y eterna fé sincero prometia;
 Y de su esposa tierna
 Iguales juramentos recibía,
 Cuando tembló la tierra
 Que en sus entrañas al volcan encierra;
 Corrió la lava ardiente,
 Cual fervido torrente;
 Y el lecho y el hogar y el pueblo junto
 Despareció en un punto....
 Mas por qué, Laura mia,
 Con tan fúnebre imágen me atormento,
 Cuando el alma no basta al sumo gozo
 Que me espera en un hora, en un momento;
 Cuando á mi lado estático te admire;
 Y te estreche en mi seno palpitante,
 Y en tu regazo de placer espire!

POETA.

Enmudeció el Esposo; y mas cercano
 Suena el canto nupcial, poblando el viento
 De júbilo y contento:
 Un coro de doncellas,
 Mas que las Gracias bellas,
 Por la espalda flotando el blanco velo,
 De flores y arrayan cubren el suelo;
 Y con mano sostienen cariñosa

El paso incierto de la tierna Esposa.
 Síguenla las matronas
 Con ramos y coronas,
 Premio de la virtud y la hermosura;
 En tanto que una lágrima indiscreta
 Muestra á la turba inquieta
 De una madre el afan y la ternura.

CORO DE DONCELLAS.

Cual nieve cándida
 Brilla á la aurora,
 Si el sol la dora
 Con su esplendor;
 La vírgen tímida
 Mas pura brilla,
 Si su mejilla
 Tiñe el pudor.

CORO DE MATRONAS.

Con leve púrpura
 Nace la rosa,
 Crece medrosa,
 De escaso olor;
 La besa el céfiro,
 Sus hojas riza,
 Y la matiza
 Tierno el amor.

POETA.

Mientras sonaba el alternado acento,
 Sus alas plegó el viento;
 La mar clara y serena
 Dormíase en la arena;
 Y luces de colores en guirnaldas
 De los copados árboles pendían
 Y al aire blandamente se mecían...
 Amor la dulce calma y noche pura,
 Amor tanta hermosura,
 Amor el firmamento
 Con estrellas sin cuento,
 Amor el aura espira,
 Y amor y solo amor todo respira.
 Mas ya llega festiva
 La turba alegre y viva;
 Y un coro de zagalas y pastores
 Mueve la leve planta entre las flores.

El galan se acerca,

Y á su amada cerca;

Ya tímido cede,

Duda y retrocede;

Ya nueva esperanza

Le anima, y avanza;

Mas luego se humilla,

Dobla la rodilla;

Y ablanda el desden

De su dulce bien.

La linda zagala

Ostenta su gala;

Con posturas mil

Del cuerpo gentil;

Ora á dulces lazos

Brinda con sus brazos;

Ora se retira;

Ora en torno gira;

Tan rápido el pie

Que apenas se vé...

Mas el fino amante

La sigue constante;

Ni un punto sosiega

La estrecha, le ruega;

Temores, deseos,

Dulces devaneos,

Y riñas fugaces,

Y treguas y paces,

Y grato favor

Muestra allí el amor.

Pero en tanto que crúzanse veloces

Los licenciosos brindis de Liéo,

Y el aire pueblan las alegres voces:

Ven, Himenéo, ven!... ven, Himenéo!

Una zagala hermosa,

De su amante celosa,

Del concurso se aleja y torna acáso:

La vista hácia el ocaso;

Del Vesubio en la cima descubriendo
 Negra columna que á los cielos sube,
 Cual tenebrosa nube...
 Se aterra, corre, grita;
 Y al seno del festin se precipita.

Súbito cesa el canto:
 Al júbilo, á la danza, á los amores,
 Sucede negro espanto;
 Como en radiante estío
 Repentina tormenta
 Inunda el campo y el ganado ahuyenta.
 Entre la densa turba desaladas
 Buscan las madres á sus tiernos hijos;
 Grita la hermana en vano
 El nombre del hermano;
 Corre la esposa en brazos del esposo;
 Y del tropel medroso
 La fuga y los clamores
 Redoblan de la noche los horrores.

« ¿Dónde estás, Laura mia,
 (Frenético Lisardo repetía):
 Ven á mis brazos, ven; y si la suerte
 Nos condena á la muerte,
 Un instante siquiera
 En mi seno te estreche, y luego muera!
 Así clamaba al cielo
 Con triste desconsuelo,
 Sin hallar rastro ó huella

De la amada doncella,
 Que pálida y sin vida
 En la arena cayó desvanecida.

Al lado está su madre,
 Sola su madre en la desierta orilla;
 Y en su regazo á la infeliz sustenta,
 Y de pavor no alienta;
 Lloro, sollozo, gime,
 Y tiernos besos en su frente imprime;
 Mientras descibe con sensible anhelo
 Las mustias flores y el ajado velo.

Cual estatua de mármol reclinada
 Sobre la tumba helada,
 Así aparece Laura desde lejos,
 De la pálida luna á los reflejos;
 Cuando la vé su esposo,
 Y vuela presuroso,
 Y acude, acorre, llega,
 Y á su dolor se entrega;
 Siendo su pena tanta
 Que se anudó su voz en la garganta.
 Cien veces y otras cien la mano ardiente
 Lleva á la yerta frente;
 Se inclina al bello rostro, observa, mira
 Si su amada respira;
 Y en su ciego delirio casi toca
 Los labios con su boca...
 Mas en el punto mismo

Volvió Laura del largo parasismo;
A tiempo que la Aurora,
El pavoroso anuncio disipando,
Daba al mundo su luz consoladora.

CANCION DEL CAUTIVO.

Crura sonant ferro, sed canit inter opas.

TITULO.

Así el cautivo entre cadenas canta.

LOPE DE VEGA.

Mientras miraba
Cómo peinaba
La mar serena
La leve arena
De África altiva,
Triscar festiva
Ví una doncella,
Donosa y bella;
El pie liviano,
Breve la mano,
Nevado el cuello,
Rubio el cabello...
Y olvidando mi pena,
El peso no sentí de la cadena.

Tierno la miro,
Triste suspiro,
Y susurrando
Céfiro blando,
El sordo ruido
Lleva á su oido:
Torna asustada
La faz rosada;
Mírame altiva;
Húyeme esquivá;
Seguirla intento,
Fáltame aliento...
Y al pie veloz enfrena
El grave peso de la atroz cadena.
; Oh ilusion fiera!
La imágen era
De mi querido
Dueño perdido,
Que me fingia
La fantasía;
Y Amor me dice:
« Sigue, infelice,
Sigue su huella,
Lograrás vella...
Y Eco retumba:
« Ni aun en la tumba;
Que el hado te condena
A morir con la bárbara cadena.»

Cancion, advierte
 Mi humilde suerte,
 Y al duro cielo
 No alcés el vuelo :
 Tu ala rastrera
 Cruce ligera
 La mar salada ;
 Busca á mi amada,
 Dile que vivo
 Triste y cautivo ;
 Que el dulce canto
 Trócese en llanto...
 Mas su nombre resuena
 Al ronco son de la fatal cadena.

PARTE SEGUNDA.

LA SOLEDAD.

Único asilo en mis eternos males,
 Augusta soledad, aquí en tu seno,
 Lejos del hombre y su importuna vista,
 Déjame libre suspirar al menos :
 Aquí, á la sombra de tu horror sublime,
 Daré al aire mis lúgubres lamentos,
 Sin que mi duelo y mi penar insulten
 Con sacrilega risa los perversos,
 Ni la falsa piedad tienda su mano,
 Mi llanto enjuge y me traspase el pecho.
 Todo convida á meditar : la noche
 El mundo envuelve en tenebroso velo ;
 Y aumentando el pavor quiebran las nubes
 De la luna los pálidos reflejos :
 El informe peñasco, el mar profundo
 Hirviendo en torno con medroso estruendo,
 El viento que bramando sordamente
 Turba apenas el lúgubre silencio,
 Todo inspira terror, y todo adula
 Mi triste afán y mi dolor acerbo.
 La horrible magestad que me rodea,

Cancion, advierte
 Mi humilde suerte,
 Y al duro cielo
 No alcés el vuelo :
 Tu ala rastrera
 Cruce ligera
 La mar salada ;
 Busca á mi amada,
 Dile que vivo
 Triste y cautivo ;
 Que el dulce canto
 Trócese en llanto...
 Mas su nombre resuena
 Al ronco son de la fatal cadena.

PARTE SEGUNDA.

LA SOLEDAD.

Único asilo en mis eternos males,
 Augusta soledad, aquí en tu seno,
 Lejos del hombre y su importuna vista,
 Déjame libre suspirar al menos :
 Aquí, á la sombra de tu horror sublime,
 Daré al aire mis lúgubres lamentos,
 Sin que mi duelo y mi penar insulten
 Con sacrilega risa los perversos,
 Ni la falsa piedad tienda su mano,
 Mi llanto enjuge y me traspase el pecho.
 Todo convida á meditar : la noche
 El mundo envuelve en tenebroso velo ;
 Y aumentando el pavor quiebran las nubes
 De la luna los pálidos reflejos :
 El informe peñasco, el mar profundo
 Hirviendo en torno con medroso estruendo,
 El viento que bramando sordamente
 Turba apenas el lúgubre silencio,
 Todo inspira terror, y todo adula
 Mi triste afán y mi dolor acerbo.
 La horrible magestad que me rodea,

Lentamente descarga el grave peso
 Que mi pecho oprimió: por vez primera
 Se mezclan mis sollozos á mis ecos,
 Y apiadado el destino da á mis ojos
 De una mísera lágrima el consuelo...
 Llanto feliz! Cual bienhechor rocío
 Templa la sed del abrasado suelo,
 Calma la angustia, la mortal congoja
 Con que batalla mi cansado esfuerzo;
 Y en plácida tristeza absorta el alma,
 No envidiará la dicha ni el contento.
 Solo en el mundo de ilusiones libre,
 De vil temor y de esperanza ageno,
 Encontraré la paz que vanamente
 Me ofreció con su mágia el universo.
 ¿Qué importa que á mi planta mal segura
 Aun falte tierra en que estampar su sello,
 Y al carcomido escollo amenazando,
 Me estreche el mar en angustioso cerco?
 ¿No me basto á mí mismo? ¿No me es dado
 Alzar mis ojos sin pavor al cielo,
 Sentir mi corazón que quieto late,
 Y el mundo contemplar con menosprecio?
 Yo ví en la aurora de mi edad florida
 Sus encantos brindarse á mis deseos:
 Gloria, riquezas, cuantos falsos bienes
 Anhela el hombre en su delirio ciego,
 En torno me cerearon: oficiosa

La amistad redoblaba mi contento;
 La pérfida ambicion me sonreía;
 Me brindaba el amor su dulce seno...
 Temí, temblé, me apercibí al combate;
 Demandé á mi razón su flaco esfuerzo;
 Y apenas pude en afanosa lucha
 Rechazar tanto hechizo lisonjero...
 ¡Qué fuera, ó Dios, si al rápido torrente
 Yo propio me arrojára! En presto vuelo
 Pasaron cinco lustros de mi vida,
 Y el cuadro encantador huyó con ellos;
 Huyó, volví la vista, lancé un grito...
 Y en vez de flores encontré un desierto.

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

Al pie nace de una cuna
 El árbol de la esperanza;
 Y al son del viento se mece,
 Frágil cual trémula caña:
 Solo un instante por dicha
 Manso el céfiro le alhaga,
 Que el cierzo helado lo seca,
 Y el austro ardiente lo abrasa.
 Crece, da vistosas flores,
 Y el fruto rara vez cuaja:

Cual tierna flor del almendro,
Muere por nacer temprana.

Cuanto mas alto se encumbra,
Mas peligros le amenazan;
Como el cedro que descuella,
Los rayos del cielo llama.

Reposa el águila altiva
En su copa soberana;
Mientras insectos traidores
Están royendo su planta:

Hondas echa las raices;
Lejos extiende sus ramas;
Y apenas da escasa sombra,
La Muerte su tronco tala.

EL RELOX DE ARENA.

¿Cuán rápida descende
La arena ante mi vista;
Y cada leve grano
Lleva un misero instante de mi vida...

Tardos los juzga el Tiempo,
Y el curso precipita,
Y el frágil vidrio estalla
Entre las manos de la Muerte impía:

Al viento arroja el polvo
Con bárbara sonrisa;
Y amor, gloria, ilusiones
Al borde de la tumba se disipan...

¿Dónde voló mi infancia,
Mi juventud florida,
Mis años mas dichosos,
Mis gustos, mis encantos, mis delicias?

Todo pasó cual sueño;
Todo finó en un día,
Cual flor que al alba nace,
Y al trasmontar del sol yace marchita.

Mi corazon sensible
A la piedad divina,
A la amistad sincera,
Del amor á las plácidas caricias,

Abrió su incauto seno,
Exento de perfidia;
Y la maldad proterva
Clavó con sangre en él duras espinas...

¿Por qué, decid, crueles,
Desgarrais tan aprisa
La venda de mis ojos,
Que el fementido mundo me encubria?

Amar es mi destino,
Amar mi bien, mi dicha;
El cielo bondadoso
Para amar me dió un alma compasiva:

Si aborrecer es fuerza,
 Trocad el alma mía;
 Que el odio y la venganza
 En mi pecho jamás tendrán cabida.
 ¡Así, Dios de clemencia,
 Mis súplicas recibas
 Con tu piedad, y enjúgues
 Las lágrimas que riegan mis mejillas!

LA MUERTE.

Al borde está de una tumba
 La inexorable deidad,
 Mal ceñido el negro manto,
 Lívida la horrenda faz,
 Y la planta descarnada
 Sobre una corona real:
 En tablas de bronce y mármol,
 Carcomidas por la edad,
 Apoya el brazo siniestro
 Con terrible magestad,
 Y la historia de cien siglos
 Debajo borrada está.
 Reina en torno hondo silencio,
 Destrucción y soledad,
 Como en el Averno lago
 En que hasta el aire es letal:

Ni al rededor nace yerba,
 Ni osan las aves volar.
 Ante sus ojos perenne
 Arde una luz funeral,
 Cual si la densa tiniebla
 Luchase por disipar;
 Mas apenas la vislumbra
 Entre sombras el mortal,
 Cuando su débil reflejo
 Se pierde en la eternidad!

AL SUEÑO.

Único alivio del mortal infausto,
 Bálsamo dulce del herido pecho,
 Ven, blando Sueño, y mis cansados ojos
 Lánguido cierra!
 Ven, y cobija con tu sgraves alas,
 Dios silencioso, mi apartado lecho,
 De amor un tiempo venturoso nido,
 Mísero ahora.
 Goce adormido en tus tranquilos brazos,
 Al son del viento que las hojas mueve,
 O al sordo ruido de lejana lluvia,
 Plácida calma.

La hermosa imagen de mi dueño ausente
Miren mis ojos y mis brazos ciñan;
Y el dulce néctar de su dulce boca
Ávido beba.

Ni oscura sombra ni mortal gemido
Turben, ó Sueño, mi feliz descanso;
Ni de mi frente en el beleño escondas
Áspero abrojo.

MIS PENAS.

SONETO.

Pasa fugaz la alegre primavera,
Rosas sembrando y coronando amores;
Y el seco estío, deshojando flores,
Haces apiña en la tostada era:
Mas la estación á Baco lisonjera
Torna á dar vida á campos y pastores;
Y ya el invierno anuncia sus rigores,
Al tibio sol menguando la carrera.
Yo una vez y otra vez ví en mayo rosas.
Y la mies ondear en el estío;
Ví de otoño las frutas abundosas,
Y el hielo estéril del invierno impío:
Vuelan las estaciones presurosas...
¡Y solo dura eterno el dolor mío!

INSCRIPCIÓN

PARA EL SEPULCRO DE UN EMIGRADO.

Detente, amigo, y dí: *blanda y ligera*
Esta tierra te sea... si es que puede
Serlo nunca jamas tierra extranjera.

LA MADRE DESVENTURADA.

Junto al tronco que hirió el rayo,
Está la infeliz Dorila,
Y en el aciago torrente
Clavada tiene la vista.
Al hijo de sus entrañas
Perdió la triste en mal dia,
Recuerdo de un caro esposo,
Su único bien y delicia:
Y de entonces la cuidada
Ni sosiega ni respira,
Secos de llorar sus ojos,
Su débil razon perdida:
Ya errante vaga en los bosques,
Como cierva fugitiva;

Ya inmóvil yace en la yerba,
 Sin dar señales de vida:
 Álzase luego azorada;
 Huye, vuelve, corre, grita;
 Acusa al cielo y la tierra;
 Desgarra pecho y mejillas...
 Mas tal vez ilusión breve
 Da tregua á su amarga cuita;
 Teje una cuna de mimbres,
 Y vivo al hijo imagina;
 Sobre la grama le mece,
 Con frescas flores le brinda,
 Y cariñosa le arrulla
 Con esta canción sentida:
 « Duerme, tierno niño,
 Duerme, dulce amor,
 Mientras con las ramas
 Te guardo del sol:
 La rosa de mayo
 Te envidia el color;
 Los rubios panales
 Tan rubios no son...
 Duerme, tierno niño,
 Duerme, dulce amor,
 Alivio y consuelo
 De mi corazón:
 Por tí, hijo del alma,
 Por tí vivo yo;

Así desde el cielo
 Te bendiga Dios!... »
 Un quejido dió la triste
 Que el pecho se le partía;
 Y cuajáronse en sus ojos
 Las lágrimas suspendidas:
 Otra vez corre al torrente,
 Causador de su desdicha;
 Y con la cuna en los brazos
 Al fondo se precipita.

CANCION GUERRERA

CON MOTIVO DEL LEVANTAMIENTO
 DE LOS GRIEGOS.

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
 De la Patria la voz escuchad;
 Y rompiendo las viles cadenas,
 Del combate las armas forjad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armado:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¿No mirais á esos fieros tiranos
Al nacer vuestros hijos sellar;
Aherrojar vuestros padres y hermanos,
Vuestro lecho y amor profanar?

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

Vuestro campo á otro dueño da fruto;
A otro dueño labrais vuestro hogar;
Y pagáis vergonzoso tributo
Porque el aire podais respirar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

El infiel prorumpió en su venganza:
« De mis siervos el Dios dónde está?...
Con blandir en el aire mi lanza,
Al amago en el polvo caerá. »

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

Sangre inunda las aras divinas;
Sangre miro los campos regar;
Sangre empapan las tumbas y ruinas;
Sangre corre en la tierra y el mar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

¿Qué tardais?.. Al combate, á la gloria!
 No hay ya medio; ó morid ó triunfad:
 Si os negáre el laurel la victoria,
 Del martirio la palma alcanzad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¡Oh portento! En los cielos ya brilla
 Del Señor la gloriosa señal:
 Del infiel se tronchó la eucha;
 Y ceñís la corona inmortal.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

DISCURSO MORAL

SOBRE LOS LÍMITES DE LA RAZON HUMANA.

¡Cuán grande, Aurelio, se presenta el hombre
 No de indignas pasiones vil esclavo,
 Como el cautivo en la africana costa
 Al suelo con cien grillos amarrado,
 Sino libre y audaz, con noble orgullo
 Las alas de su mente desplegando,
 De recorrer ansioso en raudo vuelo
 La tierra, el cielo, el tiempo y el espacio!...
 Al par abarca la creacion inmensa:
 Sigue veloz el curso de los astros;
 Puebla el mar, surca el aire, el globo mide;
 Nueva senda al oriente busca osado:
 Y apenas la descubre, otra ambiciona,
 Y encuentra un mundo en el opuesto ocase.

Aun aquellos estudios, caro amigo,
 Que el ignorante vulgo juzga vanos,
 Quizá en su seno la semilla encierran
 De los frutos mas ricos y preciados;
 Cual nacer suele corpulenta encina
 De ruin bellota que arrojó el acaso.
 El que observó la fuerza y el impulso
 De impalpable vapor encarcelado,
 Las alas de los vientos dió á la industria,

Movió sin ellos las pesadas naos;
Y otro débil mortal, en pobre albergue
De la ciega Fortuna desdeñado,
Al sacar de un cristal leve destello,
Desarmó al cielo y le arrancó su rayo.

En nuestra propia edad, con nuestros ojos
Tales portentos vemos: asombrados
El campo contemplamos recorrido
Desde la infancia del linage humano;
Y otro mayor, sin límites, inmenso,
Mas allá de los siglos columbramos!

¿Te envaneces, Aurelio?... Un breve instante
Replégate en tí mismo; y si te es dado
Un misterio sondar, uno tan solo
De tantos y tan íntimos arcanos
Como en el hombre mísero se encierran,
De tu débil razon muéstrate ufano.

¿Quién piensa en tu interior? ¿Qué fuerza mueve
Tu voluntad, tu cuerpo, un solo brazo?

¿Dónde se alberga tu memoria? ¿En dónde
Su imagen graban los objetos varios
Que te circundan? La vejez, los males,

¿Cómo van el reflejo amortiguando
De ese ser inmortal, hijo del cielo,

Que no cabe del mundo en los espacios?

¿Dó estaba al nacer tú? ¿Cómo á tus miembros
Unirse pudo en tan estrecho lazo?

¿Quién lo desata luego? ¿A dónde vuela,

Del sepulcro los límites salvando?...
Yo tambien, como tú, mancebo un día
De altivo pecho y corazon hidalgo,
Mi incomprendible ser penetrar quise,
De mi ciega ignorancia sonrojado:
Demandé á la razon su opaca antorcha,
La empuñé audaz, precipité mis pasos;
Mas al bajar á tan profundo abismo,
Faltóle el aire y se apagó en mi mano.

No empero desistí del loco empeño:
De mi flaca razon desconfiado,
Nueva senda tenté; recorrí ansioso
Las ruinas de cien pueblos celebrados;
Removí los escombros de los siglos,
El tesoro buscando de los sabios;
Y en pórticos, en templos, en liceos,
Solo encontré ceniza y polvo vano.

Una noche... (recuérdolo ya apenas,
Y aun me infunde tristeza el recordarlo)
Libre dejé vagar mi fantasía
Por lejanas regiones: de los magos
La oscura ciencia, como el mundo antigua...
El saber del Egipto, al vulgo insano
Vedado siempre, y con teson y audacia
Desde el Nilo á Grecia trasplantado...
Roma pidiendo humilde á los vencidos
Leyes, aras, doctrinas... de Bizancio
Hirviendo el seno en frívolas disputas,

Mientras sus puertas rompe el otomano...
 Error, delirio, vanidad, miseria,
 El imperio del mundo disputando;
 Y siempre el hombre, deslumbrado, ciego,
 Corriendo tras un triste desengaño...
 Al grave peso, á la mortal angustia,
 Mi mente se rindió; torpe letargo
 Se apoderó de mis cansados miembros;
 Y aun zumbaba en mi oído un rumor vago,
 Como al huir la horrisona tormenta
 Retumba el trueno en el confin lejano.
 «Oid la verdad, mortales!... Calla, alevé!
 Yo la encontré!... Yo solo!... Error!... Engaño!...
 Seguidme!.. Vedla aquí!... Muera el impío!...
 Lejos, lejos del templo los profanos!... »
 Y entre el ronco clamor gritos de muerte,
 Y en la oscura tiniebla serpeando
 Relámpago fugaz, que no alumbraba,
 Y abrasaba los pueblos y los campos.
 A las discordes voces y alaridos,
 Al confuso tropel, á los estragos
 Que con mis propios ojos ver creía,
 Me faltó el respirar; secos mis labios,
 En vano clamar quise: « deteneos;
 Infelices, ¿ qué haceis? ¿ No sois hermanos? »
 Ellos en su delirio proseguian;
 Y al abismo bajaban despeñados
 Los unos tras los otros, cual las olas

Se estrellan cantra el límite vedado.
 Mas al fin, en las márgenes del Sena
 De clara aurora el resplandor brillando,
 Una sonora voz anunció al mundo
 De la razon el siglo fortunado:
 Grata esperanza reboseó en los pechos;
 Olvidó el hombre su penar amargo;
 Y esperó ansioso libertad, ventura,
 Cual blanda lluvia los sedientos campos.
 ; Vana ilusion ! Usurpan las pasiones
 De la razon el cetro soberano;
 Y apiñando cadáveres y escombros,
 En vez de altar le erigen un cadalso.
 De víctimas culpadas ó inocentes
 Allí corre la sangre en holocausto;
 Y los mismos verdugos se proclaman
 De la razon pontífices sagrados:
 « No hay Dios (gritan impíos); en la tumba
 La nada envuelve al justo y al malvado... »
 Y al descargar la bárbara cuchilla,
 Feroz sonrisa horrorizó en sus labios.
 Déjame al menos, deja que respire...
 ; Ay! Tú no has sido, Aurelio, desdichado;
 No sabes, no, qué bálsamo es al alma
 El consuelo de un Dios, que seque el llanto
 De tus ojos, que escuche tus suspiros,
 Cuando te ves del mundo abandonado!
 ; Gimes solo? Él te vé; su acento es ese

Que responde á tu acento; él con su mano
 Tus hierros aligera; él te sostiene
 En el mismo suplicio... Y si al amago
 De la muerte vacila tu constancia,
 Y atras vuelves el rostro con espanto,
 Él ofrece piadoso á tu inocencia
 Eterna paz, inmarcesible lauro,
 Una patria mejor... donde no alcanza
 El brazo ni la voz de los malvados.

FANTASÍA NOCTURNA.

« Para mí da la tierra tantos frutos;
 Nada el pez, paca el bruto, el ave anida;
 Dos mundos ciñe el mar; luce la luna,
 Alumbra el sol, y las estrellas brillan... »
 Así en la humilde grama reclinado,
 Vuelta al cielo la frente envanecida
 Soñaba el hombre, y de natura toda
 Señor, árbitro y dueño se imagina.
 En la copa de un álamo cercano
 Un águila caudal posaba altiva;
 Tal como ardiendo el rayo entre sus garras,
 Al pie de Jove se ostentára un día:
 « ¿Quién como yo? (con su ademan clamaba)
 Las aves por su reina me apellidan:
 Si me place abatirme hasta la tierra,
 Cruzo de un vuelo la region vacía;

Y el rumor de mis alas al ganado
 Y al mísero pastor atemoriza:
 Si me place, remóntome hasta el cielo;
 Clavo en el sol la penetrante vista;
 Y la nube que aterra al débil hombre,
 Miro bajo mi planta suspendida. »
 Al pie del árbol mismo, entre la yerba,
 La luciérnaga apénas relucia;
 Mas no menos sus títulos de gloria
 Recordaba á la par desvanecida:
 « Los prados me dió el cielo por recreo,
 Las flores por morada y por delicia;
 Para mí sola el céfiro las abre,
 Las tiñe el sol, y el alba las rocía:
 Me apaciento en la tierra como el bruto;
 Las alas bato como el ave altiva;
 Doy luz al hombre, que camina á ciegas;
 Y alguna estrella mi esplendor envidia. »
 Entre tanto los astros lentamente
 Por el cielo su curso proseguian;
 La tierra reposaba silenciosa;
 El mar en la ribera se dormía...
 Mas con un soplo el viento meció el árbol,
 Y al águila ahuyentó despavorida;
 Desgajóse una rama, y turbó el sueño
 Del que señor del orbe se creía;
 Y al miserable insecto hundió en el polvo
 Una hojilla del árbol desprendida.

LA TORMENTA.

¿Hubo un día jamás, un solo día,
 Cuando el amor mil dichas me brindaba,
 En que la cruda mano del destino
 La copa del placer no emponzoñara?
 Tú lo sabes, mi bien: el mismo cielo
 Para amarnos formó nuestras dos almas;
 Mas con doble crueldad, las unió apénas,
 Las quiso dividir, y las desgarró.
 ¡Cuántas veces sequé con estos labios
 Tus mejillas en lágrimas bañadas,
 Tus ojos enjugué, y hasta en tu boca
 Bebí ansioso tus lágrimas amargas!
 Con suspiros tristísimos salían
 Mezcladas, confundidas tus palabras;
 Y al repeler mi mano con latidos,
 Tu corazón desdichas presagiaba...
 Todas, á un tiempo, todas se cumplieron:
 Y si tal vez un rayo de esperanza
 Brilló cual un relámpago, el abismo
 Nos mostró abierto á nuestras mismas plantas.
 ¿Lo recuerdas, mi bien? Morir unidos
 Demandamos al cielo en noche aciaga,
 Cuando natura toda parecía
 En nuestro daño y ruina conjurada:

La tierra nos negaba hasta un asilo;
 La lluvia nuestros pasos atajaba;
 Bramaba el huracán; el cielo ardía,
 Las centellas en torno serpeaban...
 ¡Ay! ojalá la muerte en aquel punto
 Sobre entrambos el golpe descargara,
 Cuando sin voz, sin fuerzas, sin aliento,
 Te sostuve en mis hombros reclinada.
 «¿Qué temes? Vuelve en tí; soy yo, bien mio;
 Es tu amante, tu dueño quien te llama;
 Ni el mismo cielo separarnos puede:
 O destruye á los dos, ó á los dos salva.»
 Inmóvil, muda, yerta, parecías
 De duro mármol insensible estatua;
 Mas cada vez que retumbaba el trueno,
 Trémula contra el seno me estrechabas;
 En tanto que por hondos precipicios,
 Casi ya sumergido entre las aguas,
 A pesar de los cielos y la tierra
 Conduje á salvo la adorada carga...
 Hora ¡ay de mí! por siempre separados,
 Sin amor, sin hogar, sin dulce patria,
 El peligro mas leve me amedrenta;
 La imagen de la muerte me acobarda:
 Ni habrá un amigo que mis ojos cierre;
 Veré desierta mi fatal estancia;
 Y solo por piedad mano estrangera
 Arrojará mi cuerpo en tierra extraña.

HIMNO SACRO.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Tú diste luz al vasto firmamento,
 Su asiento al mundo, su lindero al mar;
 Su trono al sol, sus alas diste al viento;
 Los cielos ves bajo tus pies rodar.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Tu diestra vierte el aura y el rocío;
 Conduce el trueno, el rayo en tempestad:
 Da pompa á mayo, y mieses al estío,
 Riqueza á octubre, á enero magestad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Sonó tu acento; y descubrióse el mundo.
 Tus obras llenas de tu gloria están;
 La tierra, el aire, el fuego, el mar profundo
 Augusta muestra de tu ciencia dan.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Cual fuerte cedro encúbrase el potente;
 Su altiva cima al cielo toca ya:
 Igual á tí proclámase insolente;
 Moviste el labio... ¿en dónde, en dónde está?

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Estalla y cruje un polo y otro polo
Al dar el Angel la postrer señal:
Quedó el sepulcro despoblado y solo;
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.
Jehová!... Jehová!... Los cielos se estremecen;
Cercado está de fuego y magestad:
Mil siglos, mil, á un soplo desaparecen....
El tiempo fue: nació la eternidad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

DISCURSO MORAL.

SOBRE LA PAZ DEL ÁNIMO.

¿Oyes ese rumor de ciega plebe,
Que inquieta hierva en pórticos y plazas,
Mientras la envidia, el odio y la calumnia
Para saciar la sed, sangre demandan?...
Del tribunal las puertas se estremecen,
Del tropel á las recias oleadas;
Y hasta en los mismos templos de los Dioses
Con ahullidos se invoca su venganza!...
En tanto reclinado sobre el lecho,
Reflejando en la faz la paz del alma,
A sus caros discípulos y amigos
Por la postrera vez Sócrates habla:
Uno en el manto la cabeza envuelve,
Para ocultar sus lágrimas amargas;
Mira otro al cielo y su injusticia acusa;
Y otro los ojos en la tierra clava.
Solo él tranquilo, plácido discurre;
La ingratitude perdona de su patria;
Y á sus fieles amigos aterrados
Consuela con dulcísimas palabras:
Mas allá del sepulcro vé un reflejo,
Que de su pecho alienta la esperanza.
Y con sereno rostro y labio puro

Estalla y cruje un polo y otro polo
Al dar el Angel la postrer señal:
Quedó el sepulcro despoblado y solo;
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.
Jehová!... Jehová!... Los cielos se estremecen;
Cercado está de fuego y magestad:
Mil siglos, mil, á un soplo desaparecen....
El tiempo fue: nació la eternidad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

DISCURSO MORAL.

SOBRE LA PAZ DEL ÁNIMO.

¿Oyes ese rumor de ciega plebe,
Que inquieta hierva en pórticos y plazas,
Mientras la envidia, el odio y la calumnia
Para saciar la sed, sangre demandan?...
Del tribunal las puertas se estremecen,
Del tropel á las recias oleadas;
Y hasta en los mismos templos de los Dioses
Con ahullidos se invoca su venganza!...
En tanto reclinado sobre el lecho,
Reflejando en la faz la paz del alma,
A sus caros discípulos y amigos
Por la postrera vez Sócrates habla:
Uno en el manto la cabeza envuelve,
Para ocultar sus lágrimas amargas;
Mira otro al cielo y su injusticia acusa;
Y otro los ojos en la tierra clava.
Solo él tranquilo, plácido discurre;
La ingratitude perdona de su patria;
Y á sus fieles amigos aterrados
Consuela con dulcísimas palabras:
Mas allá del sepulcro vé un reflejo,
Que de su pecho alienta la esperanza.
Y con sereno rostro y labio puro

A la copa fatal la diestra alarga.

No son, Delio, los hierros mas pesados
Los que agena crueldad tal vez forjára;
Que libre el alma en la prision respira,
Y al justo los suplicios no acobardan:
Las cadenas mas graves y enojosas
Son las que el hombre con su mano labra,
Y esclavo de sus miseras pasiones
Con lento paso por el cieno arrastra.

Aquel mortal que aclama afortunado
El ciego vulgo en la soberbia estancia,
De mármoles bruñidos las paredes,
Los ricos muebles de luciente plata;
Tal vez envidia en la medrosa noche
El hondo sueño y la profunda calma
En que yacen sus siervos sumergidos,
Mientras á nuevo afan los llama el alba.

Sobre lecho de sándalo y de rosas,
En los brazos se mece de su amada

El muelle sibarita: en sus oídos
Resuena el eco de lejana flauta;

Y en vaga nube aromas de Oriente

Al rededor los aires embalsaman...

Mas solloza infeliz: las mismas flores,

Si se doblan sus hojas, le maltratan;

Y al apurar la copa del deleite,

Prueba las heces en el fondo amargas.

¿Imaginas acaso mas dichoso

Al que respira del favor el aura;

Y del poder alzándose á la cumbre

Una turba de esclavos vé á sus plantas?

¡Qué ciego error! como traidora sierpe,

Para encumbrarse el pérfido se arrastra;

Y hasta en el seno que le diera abrigo,

Acecha el corazon y el dardo clava:

Suspira, teme, gime, se estremece;

Su propia sombra cual rival le espanta;

Y hasta en los muros mismos del palacio

Su sentencia de muerte vé grabada.

¿Dónde presumes se encontró el modelo

De los rudos tormentos, penas, ansias,

Que del mortal la ardiente fantasía

En el profundo Tártaro soñára?...

La imágen de la tierra copió el hombre;

Y con pavor y asombro retratadas

Vió en vez de Furias las pasiones mismas

Que con eterno yugo le avasallan.

Este á colmar aspira con metales

Ancho tonel sin fondo; junto al agua,

De sed espira aquel; voraz envidia

Está royendo á esotro las entrañas;

Mientras con vano afan á la ardua cumbre

Los mas conducen la pesada carga.

¡Cuán pocos, de su estado satisfechos,

Exentos de temor y de esperanza,

La paz del alma conservar procuran,

Cual sumo bien á que ninguno iguala.
Solo en fácil y grata medianía
Disfruta el hombre dicha tan colmada,
Sin que el hado propicio le embriague,
Ni le rinda vilmente la desgracia:
En el lóbrego seno de honda mina,
De la tierra en las íntimas entrañas,
El esclavo infeliz alienta apénas,
Y su existencia, cual la luz, se apaga;
Mas si osado el mortal remonta el vuelo,
Y en leve globo por los aires vaga,
En la etérea region se desvanece,
La vista pierde, el respirar le falta.

Yo también ¡ay de mí! débil juguete
Una vez y otra de la suerte varia,
Subí á las nubes y bajé al abismo,
Cual frágil nave en áspera borrasca;
Y al verme, Delio, solo y sin amparo,
Perdido el rumbo entre las ondas bravas,
La vista alzaba al cielo, y le pedia
Tranquilo puerto, venturosa calma.

EL HUÉRFANO.

Mientras el crudo diciembre
Arroja nieve y granizo,
Y del palacio las puertas
Connmueve el ábrego impío,
A su amparo en noche oscura
Se acoge un mísero niño,
Que abandonaron sus padres
Y no halla en el mundo asilo:
Ambas manos junto al pecho,
Tiembla de susto y de frio;
Y hasta el aliento le falta
Para demandar auxilio...
Jamás tuvo el inocente
Quien oyera sus suspiros,
Quien enjugase su llanto,
Quien le llamára su hijo!
En el hueco de unas rocas
Le hallaron recién nacido,
Sin mas protector que el cielo,
Ni mas padre que Dios mismo;
Solo Dios, que abre su mano
Para el tierno pajarillo,
Y hasta en el aura derrama
Las semillas y el rocío.

Huérfano desventurado,
 No llores tan afligido;
 Y llama á la misma puerta
 Que hora te sirve de arrimo:
 Llama otra vez, que su dueño
 En blando lecho adormido,
 En sueños vé los tesoros
 Que conducen sus navíos;
 Y no ha de ser tan cruel,
 Que al escuchar tus gemidos
 Te niegue un mísero sustento,
 Te niegue un mísero abrigo.

• Amparad piadosos

A un niño infeliz;

Y Dios os lo premie

Mil veces y mil!

Solo y desvalido

¡Ay triste! nací;

Que mi propia madre

Me alejó de sí...

Si madre tuvisteis,

A Dios bendecid;

Y en memoria suya

Doléos de mí!

Nunca una palabra

Cariñosa oí;

Llanto de mis ojos

Por leche bebí...

Por Dios y su Madre,

Piadosos abrid;

Si no, á vuestra puerta

Me vereis morir!...»

Apénas estas palabras

Sollozaba el huerfanito,

Cuando dentro del palacio

Sonó de un can el ladrido:

Cien esclavos acudieron;

Y amenazaron al niño,

Si en mal hora el dueño adusto

Despertaba á sus gemidos.

EL SEPULCRO DE HINDELBANK.

Era una tarde de agosto,

Y ya el sol se iba escondiendo,

La alta cumbre de los Alpes

Dorando con sus reflejos,

Cuando á un valle no lejano

Bajé por agrio recuesto,

Triste y angustiada el alma,

Débil y rendido el cuerpo...

* En este pueblecito de Suiza (canton de Berna) se halla efectivamente un sepulcro tal como aquí se describe.

El sitio agreste, sombrío,
 La soledad, el silencio,
 El rumor de una cascada
 Que resonaba á lo lejos,
 En apacible tristeza
 Mis pesares convirtieron;
 Sentí mas leve mi planta
 Y mas tranquilo mi pecho.

El ánimo embebecido

Vagaba en mil pensamientos,
 Y libre el pie por el valle
 Giraba con rumbo incierto,
 Cuando sin yo apercibirlo
 Me ví cercado de un pueblo,
 Con sus rústicos hogares
 En la llanura dispersos;
 Por lo humilde y por lo pobre,
 Por lo escondido y secreto,
 Resguardado de los vicios,
 Defendido de los vientos.

Felices (clamé) mil veces
 Los que á la suerte debieron
 Nacer en este recinto,
 Y morir donde nacieron!
 Su patria su mismo hogar,
 Estos montes su universo,
 Su mar el vecino lago,
 Y su tesoro su apero:

Jamas oyeron el nombre
 De señores ni de siervos,
 Ni la ambicion ni la envidia
 Turbaron nunca su sueño:
 Contentos los halla el alba;
 El sol los deja contentos;
 Y corre su mansa vida
 Como este manso arroyuelo...

Al pronunciar estas voces,
 Me hallé á las puertas de un templo,
 Sencillo cual las costumbres
 De aquel inocente pueblo;
 No de mármoles labrado
 Ostentaba el pavimento,
 De bronce y jaspe los muros,
 Ni la techumbre de cedro;
 Pero en su pobre recinto
 El ánimo mas sereno
 De la tierra se alejaba,
 Y remontábase al cielo.
 En el quicio me detuve,
 Lleno de santo respeto;
 Que hasta pavor me infundia
 De mis pisadas el eco...
 Mas al fin osé internarme;
 Y ví un sepulcro entreabierto,
 Por una mano piadosa
 Cavado en el mismo suelo:

La piedra rota en pedazos,
 Como en el día tremendo
 En que al son de la trompeta
 La tierra abrirá sus senos;
 Y alzándose de la tumba
 De hermosa matrona el cuerpo,
 Que al dar la vida á su hijo,
 Ambos al par la perdieron.
 La infeliz madre parece
 Temer de la losa el peso,
 Y su mano la sustenta
 Resguardando al niño tierno:
 Que es madre bien se conoce
 En el cuidado y afecto
 Con que le eleva en sus brazos,
 Y humilde le ofrece al cielo:
 «Tú, Dios mio, me le diste;
 A tí, mi Dios, lo devuelvo;
 Y el hijo de mis entrañas
 Gozoso vuela á tu seno!...
 El inocente se muestra
 Alegre el rostro y risueño,
 Y por su madre parece
 Interceder con su ruego;
 En tanto que ella sumisa
 De Dios aguarda el decreto,
 Y el íris de la esperanza
 Le brinda paz y consuelo.

Inmóvil y silencioso
 Permanecí largo trecho,
 Cual si inquietarlos temiese
 Con el soplo de mi aliento:
 Vivos á entrambos veía,
 Escuchaba sus acentos,
 Y de terror religioso
 Sentí embargados mis miembros...
 Mas las sombras de la noche
 Iban tan densas creciendo,
 Que apenas ya consentían
 Ni distinguir los objetos:
 La madre y el tierno niño
 En breve desaparecieron;
 Y al borde yo del sepulcro,
 La vista fija en su centro,
 De la eternidad creía
 Estar pisando el lindero.

EPÍSTOLA *

Desde las tristes márgenes del Sena,
 Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
 De nieve el suelo, y de tristeza el alma,
 Salud te envía tu infeliz amigo,
 A tí mas infeliz!... y ni le arredra
 El temor de tocar la cruda llaga,
 Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos
 Bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera
 Si no llorara el hombre?... Yo mil veces
 He bendecido á Dios que nos dió el llanto
 Para aliviar el corazon, cual vemos
 Calmar la lluvia al mar tempestuoso.
 Lloras pues, lloras: otros amigos fieles,
 De mas saber y de mayor ventura,
 De la estóica virtud en tus oidos
 Harán sonar la voz; yo que en el mundo
 Del cáliz de amargura una vez y otra
 Apuré hasta las heces, no hallé nunca
 Mas alivio al dolor que el dolor mismo;
 Hasta que ya cansada, sin aliento,

* Se incluyó esta composicion en la *Corona fúnebre*, publicada en el año de 1830 per el excelentísimo señor duque de Frias con motivo del fallecimiento de su Esposa.

Luchando el alma y reluchando en vano,
 Bajo el inmenso peso se rendia...
 ¿Lo creerás, caro amigo?... Llega un tiempo
 En que gastados del dolor los filos,
 Ese afan, esa angustia, esa congoja
 Truécanse al fin en plácida tristeza;
 Y en ella absorta, embebecida el alma
 Replégase en sí misma silenciosa,
 Y ni la dicha ni el placer envidia.
 Tú dudas que así sea: y yo otras veces
 Lo dudé como tú; juzgaba eterna
 Mi profunda aficcion, y grave insulto
 Anunciarme que un tiempo fin tendria...
 Y le tuvo: de Dios á los mortales
 Es esta otra merced; que así tan solo,
 Entre tantas desdichas y miserias,
 Sufrir pudieran la cansada vida.
 Espera pues: da crédito á mis voces,
 Y fiate de mí... ¿Quién en el mundo
 Compró tan caro el triste privilegio
 De hablar de la desdicha?... En tantos años,
 ¿Viste un dia siquiera, un solo dia,
 En que no me mirases vil juguete
 De un destino fatal, cual débil rama
 Que el huracan arranca, y por los aires
 La remonta un instante, y contra el suelo
 La arroja luego y la revuelca impío?...
 Lo sé: contra los golpes de la suerte,

Cuando solo en nosotros los descarga,
 El firme corazón opone escudo;
 Mas no acontece así... ¿Y acaso piensas
 Que no he perdido nunca á quien amaba
 Mas que á mi propia vida?... Si un momento
 Te da tregua el dolor, vuelve los ojos
 A un huérfano infeliz, enfermo, triste,
 Solo en el mundo, sin tener ya apénas
 A quien llorar... que á todos en la tumba
 Unos tras otros los hundió la muerte.

En la misma estacion (¿vés? tu desgracia
 Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)
 Perdí una madre tierna, idolatrada,
 Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas
 Mi triste padre descendió á la tumba;
 Y abrazados bajaron, de consuno
 Pronunciando mi nombre, que á lo lejos
 Sonó en mi corazón, no en mis oídos...
 Corrí, volé, llegué; mas ya fue en vano:
 La fatal losa á entrambos cobijaba;
 Y para colmo de pesar y angustia;
 Aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, mas consuelos
 En tu grave afliccion... Aunque rebelde
 Se vuelva contra mí tu pena misma,
 Por fuerza has de escuchar mi voz severa,
 Que no aduló jamas á la fortuna,
 Ni ahora adula al dolor.— Tú en tu desgracia

Hallaste mil consuelos, que la suerte
 Cruelmente me negó: viste á tu Esposa
 Y la cuidaste en su dolencia extrema;
 Tú recibiste su postrer suspiro;
 Tú estrechaste su mano; tú la viste
 Tender á tí los brazos, y cual prendida
 En los tuyos dejar su amada hija...

Pero yo propio, sin querer, ahondando
 El puñal en tu pecho, renovando
 Ante tu vista la funesta imágen
 De la noche fatal, en que aun luchaba
 La vida con la muerte... Ya sus penas
 Para siempre acabaron: ella misma,
 Vueltos al cielo los piadosos ojos,
 Se lo rogó en su angustia; y la esperanza
 Brilló al morir en su serena frente.

¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro
 Penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces
 Nuestro acerbo dolor se templaría!
 En este mismo instante, en que lamentas
 De tu mísera Esposa el fatal hado,
 ¿Quién te ha dicho, infeliz, que mas dichosa
 No esté gozando de eternal ventura?
 ¡Callas, y sobre el pecho la cabeza
 Dejas caer!... No calles, no; responde
 Sondea, si te atreves, el abismo
 Que de tu amada Esposa te separa;
 Cruza la eternidad; y luego dime

En dónde está, si es mísera ó dichosa,
 Si pide luto ó parabien.
 No ha mucho
 (A tí contarlo puedo; alegres otros
 Riieran de mi triste desvarío)
 Hallándome en la orilla encantadora
 Del mar tirreno, la ciudad dejaba,
 Madre de los placeres; y á Pompeya
 La débil planta absorto dirigia...
 Fuentes, jardines, quintas y palacios
 A mis ojos brillaban; mas la mente
 Penetraba mas hondo, y poco á poco
 Se iba estrechando el corazon... las flores
 Entre lava nacian; y esos pueblos,
 Hoy ricos, florecientes, ocultaban
 Otros pueblos felices algun dia,
 Labrados sobre otros que ya fueron.
 Llegaba al fin á divisar los muros
 De la ciudad desierta; y ya anunciaban
 Que fue un tiempo morada de los hombres
 Los sepuleros que orlaban la ancha via:
 A su arrimo descansa el pasajero;
 Que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,
 A las puertas tocaba; y en su linde
 El vacilante pie se detenia,
 Cual si temiese profanar osado
 La mansion de los muertos.—Ni un acento,
 Ni una voz, ni un murmullo... hasta parece

Que el eco está allí mudo, y no responde.
 Cruzaba lento las estrechas calles
 Sin huella humana; pórticos y plazas
 Sin un solo viviente; en pie los muros,
 Desiertos los hogares; y en los templos
 Sin víctimas las aras... y aun sin Dioses.
 ¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino
 El mundo ante mis ojos parecia
 Cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga
 Asomaba á mis labios, recordando
 La ambicion de los hombres, sus venganzas,
 Sus proyectos sin fin: un breve soplo
 Sus bienes y sus males como el humo
 Disipa; y la ceniza á cubrir basta
 Una inmensa ciudad, cual leve polvo
 Cubre un vil hormiguero...
 Así abismado
 En tristes reflexiones, recorria
 Aquel vasto recinto silencioso,
 Cual una sombra vaga entre sepuleros:
 Los lazos que me ataban á la tierra,
 Alojarse sentia; y libre el alma
 Lanzábase, dejando atras los siglos,
 Al espacio sin límites... ¡Si vieras
 Lo que es la triste vida, comparada
 A aquella inmensidad! De cierto, amigo,
 Cuajadas en tus ojos quedarian
 Esas copiosas lágrimas que viertes;

Y en la tierra fijándolos, tú propio
Allí vieras el término á los males,
El descanso y la paz, de que ya goza
La que tú lloras; tú que por el suelo
Arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede
Volverte á unir á tu adorada Esposa,
Consagra á su memoria los instantes
Que de ella ausente estés; y su recuerdo
Tu corazon anime; y en tus labios
Resuene siempre su apacible nombre...
; Ni cómo de tu Esposa olvidarias
El claro ingenio, el alma generosa,
La divina beldad; dotes preciados
Que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hácia el opaco bosque
De cipreses y adelfas caminando,
Pendiente de tu diestra una corona
De tristes siemprevivas; y los ojos
Apénas alzas, descubrir temiendo
El monumento de perpetua pena
Que de tu Esposa las cenizas guarda...
Tanto infeliz como acorrió piadosa,
Tanto huérfano pobre y desvalido
De que fue tierna madre, los que un dia
Su bondad y sus prendas admiraron,
En largas filas, silenciosos, mustios,
Tus pasos lentamente van siguiendo,

Y cercan su sepulcro... ¿No los oyes?
Suyos son los tristísimos sollozos,
Suyas las quejas y el confuso llanto
Que interrumpen las fúnebres plegarias...
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,
Ni una flor que enviarte: que las flores
No nacen entre el hielo; y si naciesen,
Solo al tocarlas yo se marchitarán.

DISCURSO MORAL

SOBRE LA TEMPLANZA EN LOS DESEOS.

¿De qué se queja, Arnesto, el débil hombre
Si su menguada condicion olvida;
Y sin límite esplaya sus deseos,
Cual turbio mar sin fondo y sin orilla?...
Nace llorando en angustiosa cuna,
Y largo tiempo con afan respira;
Amparando su frágil existencia
De una madre el amor y las caricias:
Como sueño fugaz vuela su infancia,
Sin que acierte á gustar su breve dicha;
Y apénas ya garzon saluda ufano
La grata primavera de la vida,
Él propio acorta el término á sus bienes,
Y cuanto toca, con su ardor marchita.

De una ilusion en otra, de un delirio
Precipitase en mil; ansia, suspira,
Corre con loco afan, tiende los brazos
Tras una y otra sombra fugitiva;
Y al ir ya á estrechar contra su seno,
La suerte con un soplo la disipa.

Así agota su mísera existencia;
Eternos juzga los veloces días;
Y los granos de arena cuenta ansioso
Que miden los instantes de su vida;
Mientras de males y dolor cargada
La vejez lentamente se avecina;
Y al ir el infeliz á dar un paso,
Abierta ante sus pies la tumba mira.

¿Quién en el mundo, quién, dime uno solo
Que el breve espacio con sus ojos mida;
Y el ímpetu modere y el aliento,
Con la meta fatal siempre á la vista?...

Corren los unos á estrellarse ciegos;
Con gesto y voz aquellos los animan;
Y otros los siguen, y otros los empujan;
Y todos á la par se precipitan...

Labra en arena su ventura el hombre:
Y segura y eterna la imagina;
Sin reparar en la funesta playa
Las rotas naves y recientes ruinas:
Como al pie mismo del Vesubio ardiente
Cercas, hogares, pueblos se fabrican

De otros pueblos con míseros escombros,
Con la tostada lava apenas tibia!

Aunque la ciega suerte muestre acaso
La engañadora faz grata y propicia,
No en tu ilusion presumas, caro Arnesto,
Que disfrute el mortal dicha cumplida:
El goce de los bienes mas ansiados,
De otros mayores el afan excita;
Y apenas á una cumbre asciende el hombre,
Otras mas altas sobre sí divisa
Cual el viagero en los fragosos Alpes
Cien y cien montes trepa con fatiga;
Y cuando sueña el término cercano,
Vé allá en los cielos la nevada cima:

En frágil tabla al piélago sañudo
Se arroja el mercadante: hogar, familia,
Patria, amigos, esposa, hermanos, hijos,
A la sed de riqueza sacrifica;
Sin que le asombre la distancia inmensa,
El hondo mar, el ignorado clima,
Ni pestilente fiebre que le aguarda
Cual triste nuncio en la fatal orilla.

Llega, corre, se afana, de mil siervos
Rinde el esfuerzo á la mortal fatiga;
De avara acusa el mísero á la tierra;
Y estéril halla la opulenta mina.

Árbitro de la Grecia, en regio trono
El hijo de Filipo se vió un día;

Y en tan estrechos límites se ahoga,
 Y estiende victorioso sus conquistas:
 Tiembla á su voz la Europa, tiembla el Asia;
 Cien y cien reyes doblan la rodilla;
 Y al llegar á los términos del mundo,
 Aun halla estrecho el ámbito y suspira.
 ¿Pero á qué en el torrente de otros siglos
 Buscar tanto escarmiento, tanta ruina,
 Cuando á mirarlas con los propios ojos
 Nos condenó á los dos la suerte impía?
 Al abrirlos al sol por vez primera,
 Temblaba ya la tierra estremecida;
 Y al pasar la niñez en leves juegos,
 A raudales la sangre se vertía:
 La juventud en vano lisonjera
 Nos brindó con amores y delicias;
 Mientras la voz de la afligida patria
 Ahogaba en nuestros pechos la alegría,
 Y en vez de amenos prados, solo vimos
 A hierro y fuego yermas las campiñas.
 ¿Mas qué fue del mortal que allá en su mente
 El destino del Orbe revolvía,
 Y árbitro de la suerte y la victoria
 La tierra un tiempo le aclamó sumisa?
 El eco de su nombre llenó el mundo,
 Cuando apénas sus pálidas mejillas
 El bozo sombreaba; y en los Alpes
 Borró las huellas que dejara Anibal:

Venció, tornó á vencer, domó la Italia;
 Llevó despues al Nilo sus insignias;
 Y al imperio aspiró del rico Oriente
 Por los tristes desiertos de la Siria.
 Mas revolvió la vista hácia su patria,
 Que desgarraba sus entrañas mismas,
 Y el corazon latiéndole en el pecho,
 A su ambicion el lauro pronostica:
 Voló, llegó, paró con fuerte diestra
 El carro que al abismo ya corria;
 Mas le cargó de grillos y cadenas,
 Y un monte de trofeos le echó encima.
 En su cumbre asentado, vió á sus plantas
 Una diadema en sangre humedecida;
 Y la recoge audaz, su frente ciñe,
 Y á la Europa aterrada leyes dicta.
 Búscales ahora, búscales, si puedes,
 En el estrecho hogar de estéril isla,
 Cual leve punto en el espacio inmenso,
 En el seno del piélago perdida...
 Míralo; él es, Arnesto: solo, inmóvil
 Sobre una roca en la desierta orilla,
 Quien vió á sus pies postradas cien naciones
 Y cien coronas en el polvo hundidas,
 Vé crecer y llegar las recias olas,
 Que amenazan su planta estremecida;
 Y apénas á su mísero sepulcro
 Asilo y paz concederán un día!

LA VUELTA Á LA PATRIA.

(Granada, 27 de octubre de 1831.)

Amada patria mia,
 Al fin te vuelvo á ver!... Tu hermoso suelo,
 Tus campos de abundancia y de alegría,
 Tu claro sol y tu apacible cielo!...
 Sí: ya miro magnífica estenderse
 De una y otra colina á la llanura
 La famosa ciudad; descollar torres
 Entre jardines de eternal verdura;
 Besar sus muros cristalinos rios;
 Su vega circundar erguidos montes;
 Y la Nevada Sierra
 Coronar los lejanos horizontes.
 No en vano tu memoria
 Do quiera me seguía;
 Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;
 El corazon y el alma me oprimía!
 Del Támésis y el Sena
 En la aterida márgen recordaba
 Del Dauro y del Genil la orilla amena;
 Y triste suspiraba;
 Y al ensayar tal vez alegre canto,
 Doblábase mi pena,
 Mi voz ahogaba el reprimido llanto,

El Arno delicioso
 Me ofreció en balde su feraz recinto,
 Esmaltado de flores,
 Asilo de la paz y los amores:
 « Mas florida es la vega
 Que el manso Genil riega;
 Mas grata la morada
 De la hermosa Granada... »
 Y tan sentidas voces
 Murmuraba con triste desconsuelo;
 Y el hogar de mis padres recordando,
 Los mustios ojos levantaba al cielo.
 Tal vez en mi dolor mas me aplacía
 De agreste sitio el solitario aspecto;
 De las ciudades azorado huía,
 Y ansioso, palpitante,
 Los escabrosos Alpes recorria;
 Mas su nevada cumbre
 No tan viva y tan pura reflejaba
 Del sol la clara lumbre
 Cual la Nevada Sierra,
 Cuando el astro del dia
 Un torrente de luz vierte en la tierra.
 De Pompeya las ruinas pavorosas,
 Sus calles silenciosas,
 Sus pórticos desiertos,
 De yerba ya cubiertos,
 Mi profundo pesar lisonjaban;

Y graves reflexiones
 En mi agitada mente despertaban:
 ¿Qué vale el poder vano
 Del miserable humano?
 En abatir su orgullo y su renombre
 La suerte se complace;
 Y las obras que eternas juzga el hombre,
 Con un soplo deshace...
 Por el rastro de escombros junto al Tiber
 Hoy busca el caminante
 Del sumo Jove la ciudad triunfante:
 Rompe el arado la fecunda tierra,
 Que cual lóbrega tumba
 Los sacros restos de Herculano encierra;
 Y si Pompeya en pie mira sus muros,
 Los siglos carcomieron su cimiento;
 Y al respirar el viento,
 Tiemblan sobre su planta mal seguros.
 Así en mi juventud yo ví las torres
 De la soberbia Alhambra quebrantadas
 Amenazar del Dauro la corriente
 Con su ruina inminente;
 Cada rápido instante de mi vida
 El plazo apresuró de su caída;
 Y del antiguo Alcázar soberano,
 En que el moro poder vinculó ufano
 Su gloria á las edades,
 Tal vez un día ni hallarán mis ojos

Los míseros despojados...
 A tan funesta imágen, en el pecho
 Mi corazón se ahogaba;
 Y en lágrimas deshecho,
 Al pie de los sepulcros me postraba...
 ¿Cuál es tu mágia, tu inefable encanto,
 Oh patria, oh dulce nombre,
 Tan grato siempre al hombre?
 El tostado africano,
 Lejos tal vez de su nativa arena,
 Con pesar y desden los prados mira,
 Y por ella suspira:
 Hasta el rudo lapón, si en hora infausta
 Se vió arrancado del materno suelo,
 Envidia y ansia las eternas noches,
 Los yertos campos y el perpetuo hielo;
 Y yo, á quien diera la benigna suerte
 Nacer, Granada, en tu feliz regazo,
 Y crecer en tu seno,
 De tantos bienes lleno;
 Yo triste, ausente de la patria mia,
 De tí me olvidaria!
 En las ásperas costas africanas,
 Al naufrago inhumanas,
 Yo tu sagrado nombre repetia;
 Y las inquietas olas
 Llevábanlo á las costas españolas:
 En el polo apartado

Oyólo de mi labio el mar furioso,
 Por el teson del bátavo enfrenado;
 Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,
 El alto Pirineo, el Apenino;
 Y del Vesubio ardiente
 En el cóncavo hueco
 Por vez primera repitiólo el eco.

* Alude este pasage á haber penetrado el autor dentro del cráter del Vesubio en la madrugada del dia 7 de abril de 1824.

FRAGMENTO PRIMERO.

FRAGMENTOS

DE

UN POEMA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dijo de su libro el rey Ferris,
 Por el caso del hada, y el hada,
 Oyó el hada, el hada, y el hada,
 Al ella Ferris, el hada, y el hada,
 Y del Vesubio, el hada, y el hada.

NOTA. Hace no pocos años emprendí la composición de este poema, que ni concluí entonces, ni es probable lo concluya en mi vida; por cuyo motivo me he determinado á ofrecer al público estos cortos fragmentos, eligiendo para ello los que de mejor grado lo consienten, por presentar cada uno de por sí un cuadro completo y distinto.

FRAGMENTO PRIMERO.

Aparece una Vision al conde Pedro Navarro, hallándose en el palacio de la Alhambra, y le exhorta á guerrear contra el África.

En el soberbio alcázar mahometano,
 Del pérfido Boabdil dejado apenas,
 Cuando cayó del trono soberano
 Despeñado á las líbicas arenas,
 Reposaba el caudillo castellano
 Dando tregua del mando á las faenas;
 Y ya batiendo el sueño el ala grave,
 Le rociaba con bálsamo suave:

Cuando á un tiempo sonó de ronco trueno
 El fragor por tres veces repetido;
 Turbóse el aire á la sazón sereno,
 Con ráfagas ardientes encendido;
 Y la tierra sintió su íntimo seno
 Por opuestos vaivenes combatido,
 Cual vacilan inciertas las montañas
 Al arder del Vesubio las entrañas.

Temblaron los magníficos salones,
De mármol, oro y nácar fabricados,
Con versos y amorosas inscripciones
Cual filigrana arábica labrados;
Crujieron los soberbios artesones
En cien y cien columnas sustentados,
Arrancándose al ímpetu violento
Los mosaicos del rico pavimento.

Tranquilo el Adalid en tanto sueña,
Y al lado de su amada se imagina,
Que con grato ademan y faz risueña
Hechizo añade á su beldad divina;
Mas cuando el Conde en abarcar se empeña
La levisima imagen peregrina,
Puso fin á tan vano pensamiento
Raro prodigio, singular portento.

Abrirse vé bajo su misma planta
La tierra de ambos polos sacudida;
Sulfúrea niebla que la vista espanta
La imagen le arrebató apetecida;
Y en medio de los aires se levanta,
Sobre un grupo de nubes sostenida,
Ajusta Diosa, cuya sombra crece
Y allá en los cielos penetrar parece.

A la invencible Pálas se asemeja
Con noble manto y bélicos arneses;
Rojo el redondo escudo al sol refleja,
Cual ígneo globo en los estivos meses;
Con soberbio desden á sus pies deja
Rotas lanzas, banderas y paveses;
Y el reluciente yelmo de diamante
La magestad redobla del semblante.

* Y así (le dice) en ocio vergonzoso,
De amor arrastra la fatal cadena
Quien tantas veces se ostentó brioso
Cual nuevo Cid en la sangrienta arena;
Y á tiempo que tu nombre victorioso
Del mundo por los ámbitos resuena,
La espada y lanza de tu lado arrojas,
Y el sacro lauro de tu sien deshojas!

* No basta que ya España el claro nombre
De gente en gente extienda sin mancilla,
Coronando sus triunfos y renombre
Del manso Dauro en la fecunda orilla;
Ni que gloriosa al universo asombre,
Libre ya el cuello de la infiel cuchilla;
Que en vez de yugo el cetro peregrino
Guarda á su diestra el próspero destino.

«Mira á Colon, del viento combatido,
 Con pocas naves náufragas y solas
 En no surcado mar desconocido,
 Romper el seno á las hinchadas olas:
 El valladar de Alcides destruido,
 Eusancharse las costas españolas;
 Y cediendo á su esfuerzo sin segundo,
 Crecer los mares y doblarse el mundo.»

«¿Qué importa que la suerte rigurosa
 Una vez y otra vez se oponga acaso,
 Y con llanura inmensa, procelosa,
 Las sendas borre al temerario paso?
 La castellana enseña victoriosa
 Lleva Colon al escondido ocaso;
 Y el sol hasta en su término postrero
 Oye absorto aclamar el nombre Ibero.»

«Mas en tanto que al héroe sobrehumano
 Un Nuevo Mundo atónito proclama,
 Vuelve, ó Conde, la vista al Lusitano
 Que alcanzó en el Oriente eterna fama:
 «La tierra, el cielo, el mar luchan en vano
 Contra un débil mortal (osado esclama):
 Yo, arrojando el rigor de la fortuna,
 Sorprenderé del sol la misma cuna.»

«Y mírale en la quilla mal trabada
 Nueva senda buscando al rico Oriente:
 En vano por mil siglos respetada,
 La undosa espalda el yugo no consiente;
 En vano de tormentas coronada
 El arduo Promontorio alza la frente;
 Visita al chino en su region distante,
 Y une el índico golfo al mar de Atlante.»

«Si los prodigios de inmortal memoria
 Que la presente edad ostenta ufana,
 Tu pecho encienden en amor de gloria,
 Último linde á la ambicion humana,
 Del alto templo la imparcial historia
 Te señala la cumbre soberana,
 Y la senda que intrépidos hollaron
 Los que el Asia y la América hermanaron.»

«De borrascoso ponto antemurada,
 Con escollos y montes guarnecida,
 El África feroz levanta osada
 La cerviz, largos siglos no vencida;
 Y en solo un lustro apénas quebrantada
 Por el brazo español, mas no abatida,
 Aguarda un héroe que le imponga el yugo:
 Que así al destino en sus arcanos plugo.»

« Fronteriza á la costa en que sin freno
 Guadalmedina ensancha su corriente,
 Y de arena cubriendo el campo ameno,
 Puentes, diques ni márgenes consiente;
 Allende el vasto mar, en cuyo seno
 Hunde veloz la entumecida frente,
 En la africana playa tiene asiento
 Noble ciudad de antiguo fundamento. »

« El arado romano abrió la tierra
 En que estriban sus muros orgullosos;
 Con las olas el mar la entrada cierra
 A estraños enemigos belicosos;
 En torno la defiende erguida sierra
 Del embate de vientos procelosos;
 Y el hondo rio, que sus puertas baña,
 De verdor cubre la feraz campaña. »

« Roto el yugo del vándalo y romano,
 Propio señor con su poder sustenta,
 Que á los campos del Rif y al mar cercano
 Estiende el cetro y su grandeza ostenta:
 Tiembla á su nombre el mísero cristiano,
 Y de la costa bárbara se ahuyenta;
 Que el terror de espantoso cautiverio
 Llevó al mundo la fama de su imperio. »

« De antemural le sirve y de atalaya
 A la fuerte ciudad inmensa roca,
 Que defendiendo la vecina playa,
 Al mar insulta, al ábrego provoca;
 De oriente á ocaso rápida se esplaya
 La altiva cima que á los cielos toca;
 Y la deforme, carcomida planta
 De las olas el ímpetu quebranta. »

« Rudo escollo del piélago ceñido
 Ni flor, ni yerba, ni árboles consiente;
 Jamas abrió su seno empedernido
 A puro arroyo ó cristalina fuente;
 Ni oyó en la noche el plácido gemido
 De enamorada tórtola inocente,
 Ni vió jamas sobre el desnudo risco
 Saltar el corderillo en el aprisco. »

« Solo cruza su cima pavorosa
 Con fugaz ala el buitre carnicero;
 Solo busca su planta cavernosa
 En la tormenta el tiburón roquero;
 A su amparo se esconde cautelosa
 La presta nave del pirata fiero;
 Y el náufrago descubre á un tiempo mismo
 El escollo, los hierros, el abismo. »

« Vé, vuela, ó Conde, y con osada mano
 Del rudo Escollo la altivez enfrena:
 Tiemblo al rumor el árabe inhumano,
 Aun mal seguro en su desierta arena;
 La orgullosa ciudad mire cercano
 El férreo yugo y la servil cadena;
 Y el negro espanto que en sus muros cunda,
 Por el África toda se difunda. »

Dijo: y cual suele boreal aurora
 Bañar el polo en apacible lumbre,
 Que el albo campo con sus rayos dora,
 El mar de hielo y la nevada cumbre;
 Y luego de su luz consoladora
 Deja apénas la pálida vislumbre,
 Que vagando levisima en el viento;
 Va á perderse en al alto firmamento:

Así desapareció la sacra Diosa;
 Y el puro resplandor de su faz bella
 Reflejaba en la esfera tenebrosa
 Cándida luz de matutina estrella;
 Mas alzando la frente respetosa,
 Columbró el Conde la celeste huella,
 Y al punto la Deidad en rauda vuelo
 Cruzó el espacio y remontóse al cielo.

Lo vé, grita, despierta, y pavoroso
 Tres veces toca con sorpresa el lecho;
 Tres veces duda, y lleva receloso
 La incierta mano al palpitante pecho;
 Y agitado del sueño portentoso,
 Aun mal de sus sentidos satisfecho,
 No fue parte á calmar su fantasía
 La fresca aurora del cercano día.

Del sol apénas el fulgor primero
 Por los labrados arcos penetraba,
 Cuando impaciente el ínclito guerrero
 Por los regios alcázares vagaba:
 En su armadura de bruñido acero
 Tal vez los tristes ojos enclavaba,
 Arrancando de largo en largo trecho
 Hondos sollozos del hirviente pecho.

En el ánimo inquieto revolvía
 Los recuerdos del sueño prodigioso,
 Y el anuncio fatídico creía
 Dictado por el cielo misterioso:
 Ya á la heroica demanda apercibía
 Con noble aliento el brazo valeroso,
 Anhelando eclipsar con su denuedo
 El renombre del ínclito Gofredo;

Ya la dulce memoria de su Elvira
 La triunfadora diestra desarmaba,
 Trocando en torpe ardor la noble ira
 Que el corazon magnánimo inflamaba:
 Débil solloza y mísero suspira
 El que al Africa toda amenazaba;
 Cual si de Armida en la mansion amena
 De Reinaldo arrastrase la cadena.

Mas instable que mar tempestuoso
 Siente el Conde su vago pensamiento;
 Ora incierto, ora altivo, ora dudoso;
 Ya tímido, ya osado, ya violento:
 Ya de Elvira recuerda el rostro hermoso,
 Ya del templo inmortal el alto asiento;
 Hasta que al fin aserenando el alma,
 La severa razon logró la palma.

¡Ay de la triste que en tranquilo sueño,
 Al son de blanda música adormida,
 Creyó en los brazos de su dulce dueño
 Verse, al abrir los ojos, sorprendida!...
 Resuelto el Conde á su glorioso empeño,
 Ordena al punto la veloz partida;
 Y convoca á los ínclitos guerreros,
 De sus riesgos y triunfos compañeros.

FRAGMENTO SEGUNDO.

Junta de capitanes, en la cual resuelven llevar á cabo
 la expedicion propuesta por el Conde.

En la regia, magnífica armería
 En que su gloria lliberis ostenta,
 Con noble magestad y gallardía
 El Conde á los caudillos se presenta:
 Bajo la alzada cúpula sombría
 Entre instrumentos bélicos se asienta;
 Y con grave ademan y voz severa
 Les comenzó á decir de esta manera:

« Ilustres compañeros de mi suerte,
 Baldon y torpe injuria reputára,
 Si á vencer ó morir con pecho fuerte
 En habla artificiosa os animára:
 Si la victoria próspera ó la muerte
 La inconstante fortuna nos depara,
 Con igual paso de la gloria al templo
 No os llevará mi voz, sino mi ejemplo. »

«Mas vivimos, y aun hay quien nos afrente
Y el nombre insulte de la madre España;
Respiramos, y aun hay quien insolente
La mar infeste que sus costas baña:
Mengua fuera sufrirlo bajamente;
Correr al desagravio es leve hazaña;
Si honra y patria nos llaman á porfía,
Acudir es deber, no bizarría.»

«Humean nuestros campos, nuestros lares,
Por enemigo bárbaro incendiados;
Cautivos pueblan los inmensos mares,
Al banco y duros remos amarrados;
Mientras libre y tranquilo en sus hogares,
Al hierro y á las llamas nunca dados,
Cadenas forja el árabe inhumano
Para oprimir el cuello castellano.»

«Del África en los lindes comprimido,
Dentro del mar osado se adelanta,
En altísimo escollo guarecido,
Jamás hollado de estrangera planta:
De inmenso foso en torno defendido,
Nuestras naves insulta, al orbe espanta;
Y cual marino lobo en honda cueva,
La presa acceha en que sus garras ceba.»

«¿Mas qué vale por foso el ancho lago,
Por fuerte amparo el África vecina?
Antes que sienta el formidable amago,
Con sangre llore su esterminio y ruina:
Asombrada presencie el fiero estrago
La orgullosa ciudad que al Rif domina;
Y la bárbara Libia mire abierto
Fácil camino al árido desierto.»

«Yo á la gloriosa lid al punto vuelo:
Ni obstáculos, ni tregua, ni tardanza,
Cuando la amada patria en triste duelo
Con su voz nos provoca á la venganza:
Ya tiende ante mi vista el fausto cielo
El iris de la próspera esperanza;
Y antes que el sol tres veces nos alumbre,
Veré de Gibralfaro la alta cumbre.»

«A su abrigo y amparo guarecida
Del embate de duros aquilones,
En el tranquilo puerto nos convida
La armada de veleros galeones:
Allí la invicta hueste apercebida
Desplegará los ínclitos pendones,
Que han de ostentar en la africana orilla
Las armas de Aragon y de Castilla.»

« No ha de decir el vulgo malicioso
 Que el oro ansiamos de opulenta mina,
 La púrpura oriental y ámbar precioso,
 El diamante y la perla peregrina;
 No dirá, cual de Gama valeroso,
 Que ansiamos los tesoros de la China,
 Y que en vano en su seno los encierra
 El hondo mar ó la profunda tierra. »

« Hierro el África ofrece en sus arenas,
 Hierro en sus altos montes escarpados,
 Hierro en sus naves, hierro en sus cadenas,
 Hierro en sus lijos á la lid armados:
 Contra tigres, leones, pardas hienas,
 El hierro esgrimiremos esforzados;
 Y el agua que con hierro conquistemos,
 Teñida en nuestra sangre beberemos. »

« No nos espera el laso americano,
 En el pendiente lecho remecido,
 Tras brillante oropel y vidrio vano
 Hácia el yugo corriendo embebecido;
 Ni quien monstruo repunte sobrehumano
 Al caballo y ginete todo unido,
 Y en ciego error y femenil desmayo
 Confunda al vil mosquete con el rayo. »

« El que en mil años de continúa guerra
 Domó al África y Asia juntamente,
 Amagó á Europa, amedrentó la tierra,
 Oprimió con su armada el mar potente,
 Ya de su propio hogar la entrada cierra
 Contra el furor del español torrente;
 Y á nuestros pies rindiendo su corona,
 Vencedores del mundo nos pregona. »

Grato murmullo en la soberbia estancia
 Del Conde invicto respondió al acento;
 Y del próximo triunfo la esperanza
 Infunde á los caudillos nuevo aliento:
 De tomar contra el árabe venganza
 Repiten á una voz el juramento;
 Y al recordar de España las cadenas,
 En santa indignacion arden sus venas.

Como suele tal vez del mar rizado
 Alzar la luna su apacible frente,
 Y al blando influjo en breve serenado
 Se torna de cristal resplandeciente;
 Así calma al concurso entusiasmado
 Alzándose Aguilar pausadamente,
 Varon de autoridad, caudillo viejo,
 Bravo en la lid, sesúdo en el consejo. »

El nevado cabello descubria
De fresco y verde lauro entrelazado,
Y en la robusta lanza sostenia
El cuerpo de los años agobiado:
Al venerable Néstor parecia,
De los príncipes griegos rodeado;
Y haciendo al Adalid grave mesura,
Así dice con voz clara y segura:

« Aunque no halague al ánimo lozano,
Bien merece, caudillos valerosos,
El prudente consejo de un anciano
Escucharse de jóvenes briosos:
Ver de la vida el término lejano
No deshonra á soldados animosos;
Que don fue solo de propicia suerte
Vencer mas riesgos sin hallar la muerte.»

« De mi verdad testigo sabe el cielo
Que al tranquilo sepulcro ya cercano,
Por postrera merced tan solo anhelo
Perder la vida con la lanza en mano:
Y si empapé en mi sangre el patrio suelo
Por ensalzar el nombre castellano,
Mas gozoso la sangre de mis venas
Del África vertiera en las arenas.»

« Tanto disto, mancebos generosos,
De aconsejaros tregua ó paz villana
Con los que en guerra hieren alevosos
Y en paz cautivan con cadena insana;
Mas si tronchar sus hierros ominosos
Fue grave empresa á la constancia hispana,
No por lucir el temerario arrojo,
Del cielo provoquemos el enojo.»

« Lidiar con hombres, aterrar las fieras,
Dasafiar la furia de los vientos
Con leve lino y frágiles galeras,
Contrastar los sañudos elementos,
Sorprender al alarbe en sus riberas,
Debelar sus ejércitos sangrientos
Y domeñar á bárbaras naciones,
Digno es de vuestro esfuerzo, campeones.»

« ¿Mas qué furor, qué gloria, qué esperanza
Allí nos lleva con arrojo impío,
Donde el airado cielo en su venganza
La lluvia niega y plácido rocío;
Donde el sol encendido rayos lanza
Contra el árido escollo en largo estío,
Y el mísero mortal, del mar cercado,
Maldice al cielo en sed atormentado?»

« ¿Allí donde jamás el ave anida,
Ni se arrastra el reptil, ni el bruto pace,
Ni la fiera voraz busca manida,
Ni crece el árbol, ni la yerba nace;
Y en triste afán, cansado de la vida,
El cautivo infeliz postrado yace;
Y la móvil arena y roca dura
Aun le niegan tranquila sepultura? »

« No, intrépidos amigos, no violemos
La eterna ley del hado envanecidos:
Al corazón del África lleguemos,
Arrollando sus pueblos aguerridos;
La Europa á nuestras plantas humillemos;
Nuevos mundos busquemos atrevidos;
Mas no osemos llevar los patrios lares
A rudo escollo en turbulentos mares. »

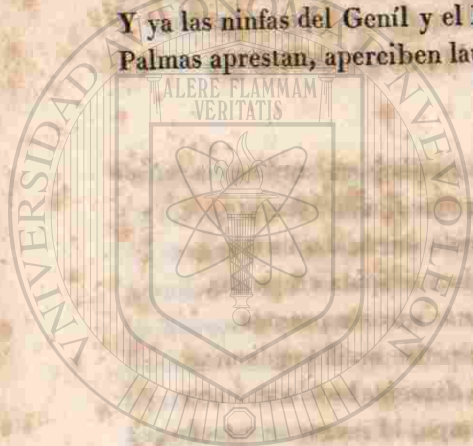
« Sufra también la mar nuestra coyunda
(El Conde le interrumpe); luce, brame,
Y el escollo batiendo furibunda,
Su independencia y libertad reclame:
Por su rebelde espalda se difunda
El eco triunfador que á España aclame;
Y mal su grado en las inquietas olas
Refleje las banderas españolas. »

Si, volemos, caudillo valeroso
(El fiero Ponce arrebatado esclama),
Que en tu frente relumbra prodigioso
El sacro fuego que tu pecho inflama. —
Sigamos su estandarte victorioso!
El inmenso concurso á un tiempo clama;
Y en son confuso que á lo lejos zumba,
Sigámosle! la bóveda retumba.

¿Visteis de cumbre en cumbre despeñado
De los Alpes rodar hondo torrente,
Que en retorcido curso arrebatado
Va aumentando su rápida creciente;
Mas por opuestas rocas represado,
Permanece suspenso en la pendiente,
Brama, lucha, forceja, hínchase, crece,
Los diques rompe, el monte se estremece?

Así la ilustre junta numerosa,
Contra el África altiva embravecida,
A la voz del anciano magestosa
Mostróse un breve espacio suspendida;
Mas sintiendo crecer impetuosa
La cólera en el pecho reprimida,
A las armas corriendo furibunda,
Las puertas abre y el palacio inunda.

Óyese á un tiempo el grito de pelea
 En pórticos, jardines y salones,
 Y el hierro de las lanzas centellea,
 Entre insignias y bélicos blasones:
 El pendon de Castilla al aire ondea,
 Coronando los regios torreones;
 Y ya las ninfas del Geníl y el Dauro
 Palmas aprestan, aperciben lauro.



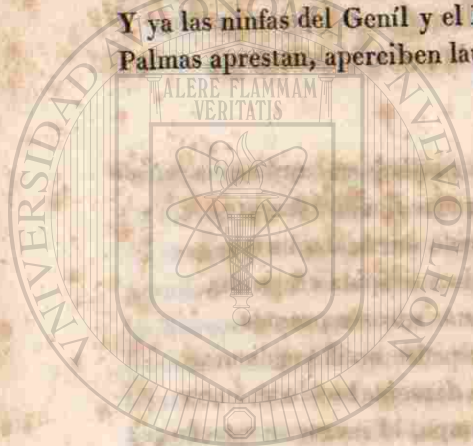
FRAGMENTO TERCERO.

Tristeza de Elvira: preséntase á su vista el Conde:
 despedida de ambos amantes.

Lejos en tanto del marcial concurso,
 En solitaria quinta deleitosa
 Que ciñe el Dauro en apacible curso,
 Cual fértil isla de la Cípria Diosa,
 Fijo en su amor el plácido discurso,
 Suspensa el alma en inquietud sabrosa,
 Con el laud Elvira combatia
 Triste ilusion de inquieta fantasía.

En medio el sol de la celeste esfera
 Con sus ardientes rayos la inundaba;
 Y el tibio amante por la vez primera
 Su anhelada venida retardaba:
 Ansiosa Elvira que á su dueño espera,
 Cien veces en el sol los ojos clava,
 Gime impaciente, y trepa á la colina
 Que el vasto campo en derredor domina.

Óyese á un tiempo el grito de pelea
 En pórticos, jardines y salones,
 Y el hierro de las lanzas centellea,
 Entre insignias y bélicos blasones:
 El pendon de Castilla al aire ondea,
 Coronando los regios torreones;
 Y ya las ninfas del Geníl y el Dauro
 Palmas aprestan, aperciben lauro.



FRAGMENTO TERCERO.

Tristeza de Elvira: preséntase á su vista el Conde:
 despedida de ambos amantes.

Lejos en tanto del marcial concurso,
 En solitaria quinta deleitosa
 Que ciñe el Dauro en apacible curso,
 Cual fértil isla de la Cípria Diosa,
 Fijo en su amor el plácido discurso,
 Suspensa el alma en inquietud sabrosa,
 Con el laud Elvira combatia
 Triste ilusion de inquieta fantasía.

En medio el sol de la celeste esfera
 Con sus ardientes rayos la inundaba;
 Y el tibio amante por la vez primera
 Su anhelada venida retardaba.
 Ansiosa Elvira que á su dueño espera,
 Cien veces en el sol los ojos clava,
 Gime impaciente, y trepa á la colina
 Que el vasto campo en derredor domina.

En la ancha vega el céfiro meciendo
 Los rubios dones del feraz estío,
 La grata soledad, el ronco estruendo
 De espumosa cascada, el bosque umbrío,
 Los sauces blandamente humedeciendo
 Las tiernas ramas en el manso río,
 Todo respira amor, y todo inspira
 Dulce tristeza á la sensible Elvira.

Tal vez al revolver festivo el viento,
 Torna la bella faz alborozada;
 Ya escucha de su amor el grato acento,
 Ya su planta en las flores enredada;
 Mas en breve, burlando su contento,
 Las alas pliega el aura sosegada;
 Y en breve, por doblar su desconsuelo,
 Tiende otra vez el licencioso vuelo.

Como al bajar la lluvia apresurada,
 Ostenta manso el lago cristalino
 Su tersa plata en círculos labrada,
 Que nacen, crecen, mueren de contino;
 Elvira de mil dudas contrastada
 Inquieto siente el pecho alabastrino,
 Y nacer y morir cada momento
 Un deseo, un temor, un pensamiento.

Ora imagina al descuidado amante
 En hondo sueño ó baño delicioso,
 Ora en las selvas persiguiendo errante
 Al leve ciervo y jabalí cerdoso:
 Ya en la caza le sigue palpitante,
 Ya maldice su bárbaro reposo;
 Ya le amenaza con esquivo ceño,
 Ya el regazo apercibe al dulce dueño.

Mas el tirano Amor, no satisfecho
 Del duro afán de su cautiva hermosa,
 Con sonrisa cruel vierte en su pecho
 La copa de los celos ponzoñosa:
 Ante sus ojos pinta en blando lecho
 Al falso amante y la rival odiosa;
 Y al acercarse Elvira en triste anhelo,
 Maligno corre el misterioso velo.

Cual herida de rápida saeta
 Salta veloz la cierva fugitiva,
 Y monte y selva y prado corre inquieta,
 Y el propio esfuerzo su dolor aviva;
 La triste Elvira su dogal aprieta,
 Y la herida de amor siente mas viva:
 Si abriga el duro dardo, sangre vierte;
 Si lo intenta arrancar, halla la muerte.

A su ciega pasion abandonada,
 Recuerda sus delicias, sus amores;
 Aun vé la tierna yerba reclinada,
 Aun vé oprimidas las nacientes flores;
 Allí se arroja en lágrimas bañada,
 Allí crecen su angustia y sus furores;
 Y allí donde su amor grabó la huella,
 Entre la grama esconde su faz bella.

Mas á un leve rumor alza la frente;
 Y cual inmoble estátua vé delante,
 Ceñido de armadura reluciente,
 Suspenso y mudo al perturbado amante:
 Incierta mira, enjuga el lloro ardiente,
 Torna á clavar la vista penetrante;
 Hablar intenta, mas la pena aguda
 Su pecho oprime y su garganta anuda.

Un ¡ay! profundo arroja dolorida;
 Los celos, el furor le dan aliento;
 Y de opuestos afectos combatida,
 Así le dice con turbado acento:
 «Huye, cruel, si de mi triste vida
 Ver no anhelas el último momento;
 Huye, y no añada tu perjuro labio
 El doblez, los insultos al agravio.»

«Huye: ¿qué te detiene?... No deseo
 Verte apurar el torpe fingimiento;
 Harto me has dicho; aléjate; ya veo
 Tu mentido disfraz, tu aleve intento;
 Ya tus disculpas pérfidas preveo;
 Ya escucho tu engañoso sentimiento;
 Tu propia turbacion, tu falsa pena
 Te acusa, te confunde, te condena.»

«Si te enoja mi amor, si otro te inflama,
 No has menester pretestos, alevoso;
 Vuela á los pies de la traidora dama,
 Jura, engaña, sedúcela doloso;
 Fingido ardor á tu fingida llama
 Ofrecerá su pecho cauteloso;
 Y ella misma, burlando tu esperanza,
 Dejará satisfecha mi venganza.»

«Mas no eres tú ¡ay de mí! yo solamente
 Yo la culpada soy: yo, dueño mio,
 Te abrí mi incauto pecho; yo imprudente
 Provoqué con caricias tu desvío;
 Tuyo fue mi querer, tuya mi mente,
 Tuyo mi corazon y mi albedrío...
 ¿No lo vés? ahora mismo, en mi tormento,
 Por tí solo respiro, por tí aliento.»

«No mas, mi bien (el Conde enternecido
Le interrumpe veloz); no mas, Elvira;
Que tu amoroso acento dolorido
Mas me atormenta que tu injusta ira:
Llámame ingrato, aleve, fermentido;
Traspasa el pecho que por tí suspira;
Y no aumentes mi pena y amargura
Mostrándome tu amor y tu ternura.»

«¿Dudas, Elvira?...El cielo soberano
Vé mi pasión, mis ansias, mi tormento;
El cielo sabe si luchando en vano,
Cedí rebelde á su inspirado acento:
Cedí; y al punto en su tremendo arcano
Escribió mi solemne juramento:
Partir es fuerza, Elvira; mi tardanza
Ya del cielo provoca la venganza.»

«A domeñar al África orgullosa
La fé, la patria, el pundonor me llama;
Ya en la ciudad la hueste numerosa
Las armas ciñe y su adalid me aclama;
Ufanos todos á la lid gloriosa
Sedientos vuelan de perpetua fama;
Solo yo triste, mísero, abatido,
Mi fé, mi patria, mi promesa olvido.»

«Ese mi crimen, esa mi falsía,
Esas mis artes son: vé, vuela ansiosa,
Recorre la ciudad, insta, porfía,
Busca mi nuevo amor... ¿Callas llorosa,
Y me ocultas tu faz?... No, Elvira mía,
No te miren mis ojos desdeñosa;
Culpa al cielo, no á mí: yo al par contigo
El fatal voto y su rigor maldigo.»

«Mas yo te juro, Elvira, yo te juro
Por esta espada nunca envilecida,
Por tu faz bella, por tu llanto puro,
Por tu amor mas precioso que mi vida;
Aunque me oponga el mar su inmenso muro,
Aunque el África toda luche unida,
Llegar, vencer, tornar, y en dulces lazos
Gozar del triunfo en tus amantes brazos.»

«Sí, triunfa, hombre feroz; tu Elvira en tanto
(Clama la triste) mísera, abatida,
En largo afán y congojoso llanto
Esperará muriendo tu venida...
¿Qué mas quieres, cruel? Mira mi llanto,
Mírame al menos á tus pies rendida,
Mira; y parte despues: tu saña fiera
Ya ha inmolado la víctima primera.»

«Mas no, detente, escucha; que azaroso
 Me anuncia el corazón horror y muerte;
 Oye, infeliz; que el cielo misterioso
 Tu fin aciago por mi voz te advierte...
 ¿A dónde, á dónde vas? Vuelve piadoso;
 Teme el rigor de la enemiga suerte;
 Tiembla por tí, por tu infeliz Elvira;
 Que al solo amago de dolor espira...»

Quisiera proseguir; y sostenida
 En el trémulo brazo, alzarse intenta;
 Mas ríndese otra vez desfallecida
 Al inmenso pesar que la atormenta;
 Cual pálido jazmin descolorida
 La faz divina su beldad aumenta;
 Esmaltando el negrísimo cabello
 La blanda candidez del rostro bello.

Por el dulce deleite adormecidos
 Aparecen sus ojos amorosos,
 Mientras el albo pecho con latidos
 Ostenta sus contornos mas hermosos:
 Admiranla en los aires suspendidos
 Los festivos Amores silenciosos;
 Y desde el alto Olimpo Citerea
 En contemplar su imagen se recrea.

FRAGMENTO CUARTO.

Reúnese la hueste en el puerto de Málaga: se hace
 á la vela, y navega con varia fortuna.

Pobladas de caudillos esforzados
 Guadalmedina ostenta sus riberas;
 Por sendas, por llanuras, por collados
 Divísanse pendones y banderas;
 Vé la ciudad sus ámbitos cegados
 Con aprestos y máquinas guerreras;
 Torres, murallas, calles, plazas, puertas,
 De gente armada miránse cubiertas.

No en tanta copia apiñanse á bandadas,
 Cuando anuncia el otoño el sol tardío,
 Las aves que en las zonas mas templadas
 Hicieron su mansión en el estío;
 Y del blando reposo despertadas
 Al mostrar el invierno el ceño impío,
 Las costas cubren con ansioso anhelo,
 Buscando el mar y el africano suelo.

Brilló por fin la aurora suspirada,
Eterna en los decretos del destino,
En que ya á punto la invencible armada
Tienda al próspero viento el blanco lino:
La numerosa hueste desplegada
Del mar ocupa el término vecino;
Y ya en el puerto agítanse las naves,
De tanta hueste con el peso graves.

El campo, el muelle, el dilatado muro
De gente y armas y pendones lleno,
Con mil bateles en tropel oscuro
Del puerto hirviendo el anchuroso seno,
Sin nube el firmamento, el aire puro,
El azulado mar manso y sereno,
Glorioso el sol con su radiante lumbré
Coronando del cielo la alta cumbre;

Cien naves cual en fiesta empavesadas
Con flámulas y ricas banderolas,
Que del festivo Céfito agitadas
Reflejan sus colores en las olas;
De laureles las popas coronadas
Luciendo las insignias españolas;
El ronco parche y la guerrera trompa
Del triunfo anuncian la solemne pompa.

Con vivo afán y singular concierto
La inmensa armada su partida apresta;
Y ya impaciente en el confuso puerto,
La tardanza menor juzga molesta:
Mas á una seña del piloto esperto,
La alegre chusma muéstrase dispuesta,
Y aplaude ufana el próximo momento
De dar el leve lino al vago viento.

Ya en un áncora sola remecida
El corvo diente en desclavar forceja
La inquieta nave, y con veloz huida
Entre vivas sin fin el puerto deja;
Ya en media luna ordénase estendida
La inmensa flota, y rápida se aleja;
Y del sol al ocaso resplandece,
Cual nevada ciudad cuando amanece.

Entre tanto Favonio apénas mueve
Las tiernas alas y la espuma riza;
Y cediendo la armada al soplo leve,
Sobre las mansas olas se desliza:
Ni empaña el cielo nubecilla breve,
Ni otro signo al piloto atemoriza;
Que nunca mas sereno el occidente
Vió esconderse del sol la roja frente.

La clara noche de tan fausto día
 Prosigue el rumbo la veloz armada,
 Cual si los mismos astros á porfía
 Le mostrasen la senda deseada:
 El alto polo ofrécele su guía;
 Muestra su faz la luna plateada,
 Y sobre el manto azul ostentan bellas
 Sus benéficas luces las estrellas.

Mas su trémulo brillo se oscurece
 Con el primer albor de la mañana;
 Y la plácida Aurora resplandece,
 Matizando los cielos de oro y grana:
 Desde el erguido mástil no aparece
 La abandonada costa, ya lejana;
 Y la chusma con himnos de alegría
 Saluda alborozada al nuevo día.

Natura toda en celestial contento
 Aclama al rubio Dios del claro oriente,
 Que con angusto y grave movimiento
 Asoma sobre el carro refulgente:
 A su vista cobrando nuevo aliento,
 En las velas espira blandamente
 El Céfito festivo, y abre paso
 Al veloz sulco del ligero vaso.

Mas al bañarle el húmedo rocío,
 Y al recorrer el mar en fácil juego,
 Va perdiendo insensible el tierno brío,
 Y anhela tras el plácido sosiego:
 En la ribera busca asilo umbrío,
 Del claro sol contra el radiante fuego,
 Y plegando las alas y talaes,
 Dormidos deja los tranquilos mares.

Terso cristal parece la llanura:
 Y con vislumbres cándidas albea,
 Cual la bóveda azul en noche oscura
 Con la luz de la hermosa Citerea:
 Sin leve niebla ó nubecilla oscura
 El sol desde su trono centellea;
 Y el quieto golfo, cual radiante espejo,
 Reverbera su trémulo reflejo.

No con tan vivo rayo el Can impío
 Acongoja á los míseros mortales,
 Cuando enciende rabioso en seco estío
 De Palmira los vastos arenales;
 Y aquejado de sed, falto de brio,
 Recostado en las ruinas inmortales,
 El triste caminante ansioso espera
 Que el sol recorra la estendida esfera.

Con no menor afan y desconsuelo
 Yace la gente en la española armada,
 Mientras el astro en el ardiente cielo
 Prosigue su carrera sosegada:
 Mas con vana esperanza y ciego anhelo
 Ven próxima la noche deseada;
 Y ni un soplo levísimo del aura
 Sus fuerzas y sus ánimos restaura.

Tres veces en tan mísera agonía
 Los vé la luna, y silenciosa pasa;
 Y el sol tres veces en eterno día
 Con encendidos rayos los abrasa:
 Ya furiosa la turba acusa impía
 Al mismo cielo de su suerte escasa;
 Ya en lánguido desmayo, torna luego
 Del vano enojo al fervoroso ruego.

En el dormido lago en tanto flota
 La armada lentamente remecida,
 Y los robustos árboles azota
 La licenciosa vela no regida:
 Así tal vez en la region remota
 Por el helado Bóreas combatida,
 Muéstrase inmóvil temeraria armada,
 Con cadenas de hielo aprisionada.

Ya el quinto sol en el ocaso brilla
 Y el cetro deja á su apacible hermana,
 Y á igual distancia de una y otra orilla
 Clavada está la flota castellana:
 Apenas una blanca nubecilla
 Sobre la mar remóntase liviana;
 Y anunciando mas próspera fortuna,
 Vuela á oponerse á la naciente luna.

Roja la faz, en torno coronada
 De pálidos reflejos aparece;
 Y por vagos celages eclipsada
 Ya se oculta fugaz, ya resplandece:
 A lo lejos divísase agitada
 La mar que hácia la orilla se ennegrece;
 Y pardas nubes, cual lejanos montes,
 Empañan los remotos horizontes.

En breve el Austro con impuro aliento
 Las arroja del África impelidas,
 Y dejan en el alto firmamento
 Las estrellas y luna oscurecidas:
 Plegando el mar con ímpetu violento
 Corren, crecen las olas conmovidas;
 Y antes que brame el viento furibundo,
 El verdinegro mar hierve profundo.

Su espalda baten con inquietas colas
 Los présagos delfines azorados,
 Y entre el ciego tumulto de las olas
 Veloces saltan en tropel formados:
 Tiemblan, crujen las naves españolas
 Con violentos vaivenes encontrados;
 Y ya el cauto piloto apercebido
 Oye del viento el áspero silbido.

El África y el Noto procelosos
 Llegan, luchan, horrisonos espantan;
 Y en el mar arrojándose furiosos,
 Desde el íntimo fondo lo levantan:
 Ya entre opuestos contrastes poderosos
 Las ondas con las ondas se quebrantan;
 Ya agitándose en vórtice violento,
 Ceden al veloz ímpetu del viento.

Con mil y mil relámpagos se enciende
 El tenebroso polo en viva llama,
 Y de la negra nube se desprende
 El rayo ardiente que la esfera inflama:
 La rápida centella el aire hiende;
 Muge el hinchado golfo; el viento brama;
 Y en el cielo estallando el ronco trueno,
 Lo repite del mar el hondo seno.

Por las revueltas olas contrastada,
 Entre el horror de la tiniebla umbría,
 Vaga en los mares la deshecha armada,
 Con rumbo incierto, sin gobierno y guía:
 De un monte en otro monte despeñada
 Tienta en vano la prora abrirse vía;
 Ya al cielo toca la apremiada antena,
 Ya rechina la quilla en la honda arena.

Ni salud ni esperanza: negro espanto
 Súbito asalta á la esforzada gente,
 Que con vano teson á riesgo tanto
 Osó oponer el ánimo valiente:
 Mas ni esfuerzo, ni voz, ni débil llanto
 Ya el terror á los míseros consiente;
 Y en silencioso pasmo á cada instante
 El abismo, la muerte ven delante.

No así el ínclito Conde: su voz suena
 Entre el ronco fragor del mar y el viento;
 Exhorta, anima, acude, acorre, ordena,
 A la postrada turba infunde aliento;
 Su ejemplo, su ademan, su faz serena,
 Aun son mas poderosos que su acento;
 Y allí donde el peligro y gloria crece,
 El magnánimo pecho al riesgo ofrece.

Mas su heróica firmeza satisface
 Del irritado cielo la venganza,
 Y en acercar benigno se complace
 El término feliz de su esperanza:
 La negra nube en lluvia se deshace;
 Recobra el mar su plácida bonanza;
 Y en breve zumba hácia el confin remoto
 Confuso el trueno, ensordecido el Noto.

En sus rápidas alas conducida
 Huye la tempestad; y alzando el vuelo
 El Aquilon acósala en su huida,
 Despejando veloz el ancho cielo:
 Y al ver que el alba, de jazmin ceñida,
 Rasgaba de la noche el negro velo,
 Encoge el duro aliento, y da suave
 Plácido impulso á la ligera nave.

Dispersas todas por el ancho lago
 Las mira el Conde, al despuntar el dia,
 Que aun mal seguras del tremendo amago
 Tímidas siguen la azarosa via;
 Mas reparar ansiando el grave estrago,
 La hueste y chusma anímanse á porfia;
 Y en breve olvidan riesgos y pesares,
 Sulcando alegres los tranquilos mares.

FRAGMENTO QUINTO.

Agüeros pavorosos en África. — Prediccion del
 Alfaqui. — Aprestos de defensa.

Ya el cielo que al perínclito guerrero
 La corona del triunfo preparaba,
 Con tristes signos de fatal agüero
 Luto y horror al África anunciaba;
 Mas al cumplirse el plazo postrimero,
 Su adusto ceño de mostrar acaba,
 Cual lo vió un dia con asombro el mundo;
 Y la Atlántica hundióse en el profundo.

El vasto mar luchando turbulento
 En sus cóncavos senos cavernosos,
 Amenaza con ímpetu violento
 De la ciudad los muros orgullosos;
 Con débil planta y desigual aliento
 Huyen ancianos, jóvenes, esposos;
 Conduciendo la madre palpitante
 En sus brazos de amor al tierno infante.

Mas su heróica firmeza satisface
 Del irritado cielo la venganza,
 Y en acercar benigno se complace
 El término feliz de su esperanza:
 La negra nube en lluvia se deshace;
 Recobra el mar su plácida bonanza;
 Y en breve zumba hácia el confin remoto
 Confuso el trueno, ensordecido el Noto.

En sus rápidas alas conducida
 Huye la tempestad; y alzando el vuelo
 El Aquilon acósala en su huida,
 Despejando veloz el ancho cielo:
 Y al ver que el alba, de jazmin ceñida,
 Rasgaba de la noche el negro velo,
 Encoge el duro aliento, y da suave
 Plácido impulso á la ligera nave.

Dispersas todas por el ancho lago
 Las mira el Conde, al despuntar el dia,
 Que aun mal seguras del tremendo amago
 Tímidas siguen la azarosa via;
 Mas reparar ansiando el grave estrago,
 La hueste y chusma anímanse á porfia;
 Y en breve olvidan riesgos y pesares,
 Sulcando alegres los tranquilos mares.

FRAGMENTO QUINTO.

Agüeros pavorosos en África. — Prediccion del
 Alfaqui. — Aprestos de defensa.

Ya el cielo que al perínclito guerrero
 La corona del triunfo preparaba,
 Con tristes signos de fatal agüero
 Luto y horror al África anunciaba;
 Mas al cumplirse el plazo postrimero,
 Su adusto ceño de mostrar acaba,
 Cual lo vió un dia con asombro el mundo;
 Y la Atlántica hundióse en el profundo.

El vasto mar luchando turbulento
 En sus cóncavos senos cavernosos,
 Amenaza con ímpetu violento
 De la ciudad los muros orgullosos;
 Con débil planta y desigual aliento
 Huyen ancianos, jóvenes, esposos;
 Conduciendo la madre palpitante
 En sus brazos de amor al tierno infante.

Bajo la inmensa turba desaparece
 El valle, la colina, la alta sierra;
 Cunden las turbias olas, y parece
 Que huyendo va la contrastada tierra:
 A un tiempo su cimiento se estremece
 Al duro embate y poderosa guerra,
 Y en sus cimas arranca el raudó viento
 Rocas y troncos del eterno asiento.

En la anchurosa playa desatado
 El huracan su furia desenfrena;
 Y en veloz romolino trasformado,
 Montes levanta de menuda arena:
 Ya gira, ya se arrastra, ya apremiado
 Por la inmensa balumba hórrido suena;
 Ya, venciendo su grave pesadumbre,
 La arroja del *Morábito* á la cumbre.

Todo horror, todo asombro: macilento
 Su escaso resplandor el sol envía;
 Y en vagas nubes de color sangriento
 Lides retrata, al fenecer el día:
 Fatal cometa cruza el firmamento,
 Rompiendo el manto de la noche umbría;
 La flamígera crin en torno tiende,
 Y cual inmensa hoguera el cielo enciende.

Y es comun voz que á su reflejo oscuro
 En la encantada torre al mar vecina,
 Do el conde don Julian gozó seguro
 El premio vil de su traicion indina,
 Vaga en custodia del hendido muro
 Pálido Espectro en la desierta ruina;
 Y al trémulo fulgor de opaca tea
 Disípase la Sombra gigantea.

A tantos signos de terror y espanto
 Falta el esfuerzo á la africana gente;
 Y con tímida voz y débil llanto
 Implora la piedad de Alá potente:
 En confuso tropel cercan en tanto
 La sacra cueva y misteriosa fuente;
 Y de anciano Alfaquí, sabio adivino,
 Los secretos indagan del destino.

Sobre un monte de escombros, contrastado
 Por las hinchadas ondas, aparece;
 Y de cendal blanquísimo velado
 Su venerable rostro resplandece:
 Profeta de los cielos inspirando
 En gesto, en ademan, en voz parece;
 Hierven sus venas; y su airado acento
 El mar acalla y encadena el viento.

« Bastardos nietos, que cubrís de afrenta
A Muza y á Tarif esclarecidos,
¿ Qué mezquino temor os desalienta,
Y os arrastra á mis pies despavoridos?...
Si Alá tremendo su venganza ostenta,
Si su anuncio burlasteis descreídos,
Osad mirar con ánimo sereno
Arder el rayo y reventar el trueno. »

« Con faz tranquila y sosegado pecho
¿ No visteis de Granada el triste llanto,
Y el trono de Alhamar rodar deshecho,
Y hundirse las mezquitas con espanto?
Allí el paterno hogar, el propio techo,
Allí las aras del profeta santo
Debisteis defender; allí con gloria
Morir vengados, ó alcanzar victoria. »

« Mas no; que en ocio infame y torpe vida
Visteis triunfar los fieros castellanos,
Y de Boabdil la patria envilecida
Besar esclava sus sangrientas manos:
Y al arrojarse al mar en presta huida
Vuestros hijos y míseros hermanos,
Oyendo el fin de la fatal contienda
Pedís al mar que al África defienda! »

« En vano, pueblo iluso: ya cumplido
Del triste vaticinio el postrer plazo,
Los que el mundo á sus pies vieron rendido,
Verán en su garganta el duro lazo:
Que en el séptimo cielo suspendido
De Alá iracundo el poderoso brazo,
Entrega de Ismael la infeliz tierra
A hierro, á fuego, á destructora guerra. »

« Ministro de su cólera divina
Los duros grillos el infiel quebranta;
Y del vil polvo, amenazando ruina,
Contra el África altivo se levanta:
Tal vez en su delirio ya imagina
La Libia mancillar con torpe planta,
Y en los desiertos montes de la Luna
Buscar del Nilo la escondida cuna. »

« De Alcides las columnas abrazando,
Ya que el Hercúleo Estrecho enseñorea,
Ciego en la cumbre de su orgullo infando
Con el soñado imperio se recrea;
Ya con Europa al África enlazando,
De domar su altivez se lisonjea;
Y el luso audaz y el fiero castellano
A su cetro inmortal tienden la mano. »

«Insensatos!... No en vano Alá potente
Forjó de rudos montes la cadena;
Y de Shara defiende el seno ardiente
Con anchos mares de infecunda arena:
En nuestra aciaga orilla eternamente
A derramar su sangre los condena,
Sin que el eterno muro nunca allanen
Ni el corazón del África profanen.»

«Mortales, escuchad! que un rayo puro
De fuego celestial ya se desprende;
Y á las nubes rompiendo el centro oscuro,
A mis labios fatídicos desciende:
El velo en que se esconde lo futuro
Ante mis ojos deslumbrados hiende,
Y su preñado seno ostenta junto
Cien naciones, cien siglos en un punto.»

«En sus inmensos términos ya veo
Agolparse sucesos portentosos;
Cubrir la mar el pérfido europeo,
Y asaltar nuestros límites fragosos;
Tras uno y otro esfuerzo giganteo
Vacilar los imperios poderosos;
Y en el firme cimiento mal seguros
Temblar tronos, alcázares y muros.»

«Árido escollo, nunca salpicado,
Por lluvia celestial ni clara fuente,
Por arroyos de sangre acanalado
Pagará su tributo al mar potente:
Ora esclavo, ora libre, encadenado
Verá sobre su cumbre juntamente
A los hijos del Tajo y del Danubio,
A los que el Etna espanta y el Vesubio.»

«Allí de Argel el anchuroso puerto
Entre cárdenas llamas resplandece;
Y de confusos árboles cubierto,
Selva ardiendo del Líbano parece:
Mas cual nube de arena en el desierto,
En hondos remolinos desaparece
La armada infiel; y solo ven mis ojos
Tristes reliquias, míseros despojos.»

«Mas el vecino Imperio llora en tanto
El baldon que sus glorías amancilla;
Y la regia ciudad con vil espanto
Allánase á las armas de Castilla:
Tronchado el cetro y desceñido el manto,
Ante el bárbaro infiel la frente humilla;
Y nuevo horror ofrecen, nuevo estrago
Las venerandas ruinas de Cartago.»

«De Fez el reino con sus propias manos
El seno rasga y la cerviz doblega;
Cúbrese de pendones castellanos
De Orán el puerto, la ciudad, la vega;
De la gran Lepti en los inmensos llanos
Retumba el eco de fatal refriega;
Y cual lago de sangre, pone espanto
El turbulento golfo de Lepanto.»

«Al arma, Musulmanes! que es llegado
El férreo siglo de la eterna ira;
Y nuestro propio Imperio amenazado,
Pendiente el lauro ó la cadena mira...
Mas en alas del tiempo arrebatado
El vasto espacio ante mis ojos gira;
Y cual las ondas que á mis pies se estrellan,
Así cien y cien siglos se atropellan.»

«Al arma, sús, al arma! ¿Qué os suspende?
Ya olvida Alá piadoso su venganza;
Y el brazo protector benigno tiende,
Que á cielo y tierra y al abismo alcanza:
El fuego mismo, que su soplo enciende,
Anuncio es de consuelo y de esperanza;
Que alumbra, no aniquila, cuando muestra
El rayo ardiendo en su potente diestra.»

« ¿ Por tres siglos no vió su eterno muro
La opulenta Salén amenazado,
Y hasta el excelso trono de oro puro
Por la vil planta del infiel hollado?
Mas su orgullo y poder y cetro duro
¿ Qué se hicieron?... Cual monte desplomado
Cayó el infiel; y tres generaciones
Vió el Jordán perecer en sus regiones.»

Dijo: y cual suele al súbito estampido
De inflamado volcan temblar la tierra,
Y el monte en sus entrañas encendido
Lanzar el fuego que su seno encierra;
Así el inmenso pueblo, conmovido
A la inspirada voz de sacra guerra,
Arde en furor; y cual sonante llama
Por los vecinos campos se derrama.

El bélico clamor á un tiempo llena
El dilatado imperio: allí talando
Espesos bosques, la segur resuena;
Allí las largas naves aprestando,
En confuso tropel hierva la arena;
Arden mil forjas; crujen atronando
Cien y cien yunques; y el pendon sangriento
De los hijos de Agar tremola al viento.

Véanse desiertos rústicos hogares,
Al trance de la guerra abandonados;
Chozas, cabañas, pueblos, aduares,
Arden entre las selvas y sembrados:
Con altísimos pinos y sillares
Afirmanse los muros quebrantados;
Y el hondo río su raudal estiende,
Las torres ciñe y la ciudad defiende.

No lejos de su márgen, oprimidos
Con ruda argolla y bárbara cadena,
Los míseros cautivos afligidos
Hondos fosos escavan en la arena:
La diestra suspendiendo estremecidos,
Tal vez recuerdan con amarga pena
Que á sus hijos del alma, á sus hermanos,
La tumba están abriendo con sus manos.

Mas tal vez la esperanza lisonjera
Su pecho inunda en plácido consuelo:
Ya unidos rompen la cadena fiera;
Ya unidos besan el nativo suelo:
En cada nubecilla pasagera
Una vela cristiana vé su anhelo;
La mar registran, y les roba el viento
La vaga nube y el fugaz contento.

FRAGMENTO SEXTO.

Alarde del ejército africano: su caudillo Almanzor.

En regio alarde indómito campea
El arrogante ejército africano;
Y en la playa révuélvese y ondea,
Cual mies mecida en anchuroso llano:
El confuso rumor de atroz pelea
Imita el eco hácia el confin lejano;
Y los fieros bridones reprimidos
Responden con relinchos y bufidos.

Nunca hueste tan fiera y numerosa
Vió el África en su bárbaro hemisferio;
Nunca creyó su frente belicosa
Tan exenta de extraño cautiverio:
Y volviendo la vista rencorosa
Al ancho mar hasta el confin hesperio;
Torna á ver amagado su recinto
Y al claro Guadalete en sangre tinto.

Entre la inmensa turba de guerreros
 Señálase por gala y bizzarría
 La flor de los valientes caballeros,
 Gloria y columna de Granada un día:
 Patria y hogar abandonando fieros,
 Por no humillarse á la coyunda impía,
 Corrieron á librar de sus furores
 La region de sus ínclitos mayores.

En caballos mas rápidos que el viento,
 De oro y seda labrados los jaeces,
 Su propia gloria y su heredado aliento
 Ostentan los gallardos Alabeces:
 El famoso estandarte dan al viento
 Que al triunfo los condujo tantas veces;
 Y en adargas de Fez áurea corona
 Su regia estirpe y su blason pregoná.

De púrpura los ricos alquiceles,
 La argentada armadura en son de guerra,
 Corren al par los ínclitos Gomeles,
 De nuevo hollando la nativa tierra:
 Ansiosos de mas palmas y laureles
 Viólos un tiempo la Nevada Sierra;
 Y hora defienden con invicto pecho
 El propio trono y el paterno techo.

Con rojas plumas y leonados trages,
 Por el sangriento fin de sus hermanos,
 Luce el fiero escuadron de Abencerrages,
 Armados con despojos castellanos:
 En sus adargas bárbaros salvages
 Luchando con leones africanos,
 De divisa les sirven, dando muestra
 Del invencible esfuerzo de su diestra.

En el torvo semblante descubriendo
 Los reprimidos celos y rencorés,
 Sus huellas los Zegríes van siguiendo,
 En la lid bravos, si en la paz traidores:
 Las antiguas discordias encendiendo,
 De sus rivales visten los colores;
 Y al natural impulso de venganza,
 En su mano blandir sienten la lanza.

Cogidos los garbosos capellares,
 Descubriendo marlotas de brocado,
 La tribu de valientes Alhamares
 Cabalga altiva á su siniestro lado:
 Verdes plumas y blancos almaizares
 Sobre el casco finísimo acerado,
 Y en los escudos llevan y pendones
 Las cifras de su amor y sus blasones.

No lejos, con galope reprimido,
De fiero bruto la altivez domando,
Sobre el dorado fuste suspendido,
Acaudilla Gazul su noble bando:
Cuando del son del atabal herido,
El duro hierro en el ijar clavando,
En escape veloz el aire azota
La suelta faja y la gentil garzota.

Hueca retumba la oprimida tierra
Al peso de la hueste numerosa,
Que el vivo simulacro de la guerra
Ostenta en la llanura polvorosa:
Embiste, corre, escapa, vuelve, cierra,
Huye otra vez, revuelve mas furiosa;
Y de lanzas y dardos densa nube
El sol entolda y á los cielos sube.

Mas él es... Almanzor! Rojo el turbante
Sobre la hueste infiel descuella tanto,
Que cual coloso ó bárbaro gigante
El corpulento moro pone espanto:
Fiero rival de Aleides, arrogante
Ancha piel de leon viste por manto,
Que unido con dos garras de oro puro
Sobre el hombro siniestro va seguro.

Hijo feroz del África, en su seno
Descubre de su madre la fiereza,
En su sangre del áspid el veneno,
Y del tigre en su pie la ligereza:
Tendido el arco, de temor ageno,
De los montes penetra en la aspereza;
Y á la hircana leona embravecida
Los hijos arrebató en su guarida.

La caza y los peligros son su encanto,
Sus amores las lides sanguinosas,
Su música mas grata el triste llanto
De huérfanos, de madres y de esposas:
Cubre su nombre de terror y espanto
Las vecinas naciones belicosas;
Y la victoria, fiel á sus deseos,
Le ofreció en cada lid nuevos trofeos.

Aunque de noble estirpe, nunca pisa
Del palacio los pérfidos umbrales;
Nunca con blando halago ó falsa risa
Dora aleve sus odios capitales:
Su torvo ceño y su bramido avisa
El furor de sus ímpetus mortales;
Y cual rayo y relámpago, en un punto
Vénse el amago y la venganza junto.

Hora á una voz la hueste envanecida
 Por supremo caudillo le pregona,
Vengador del Profeta le apellida,
 Y audaz le ofrece la triunfal corona:
 Mientras la madre patria enternecida
 En sus brazos sus hijos abandona;
 Y hasta el monarca mismo pone ufano
 La sacra enseña en su invencible mano.

Mas ya con lento paso van creciendo
 De los montes las sombras desiguales,
 Y en el rojo occidente apareciendo
 Cárdenas nubes, lúgubres señales:
 Ya toca á recoger el ronco estruendo
 De añafles, trompetas y atabales;
 Y ordenándose en rápida carrera
 Obedece veloz la hueste fiera.

Al pie de un monte que el contorno otea,
 El campo asienta el bárbaro africano;
 Y en ver desde su altura se recrea
 Nacer un pueblo en el tendido llano:
 Con mil confusas luces centellea
 Desde la playa hasta el confin lejano;
 Y en la atezada noche véense claras
 Selvas ardiendo, lumbres y almenaras.

Allá dentro del mar, sobre la cumbre
 Del altísimo escollo, inmensa hoguera
 Arde también, y con su viva lumbre
 Tocar parece la celeste esfera:
 Centéplala la absorta muchedumbre
 Cual si ardiente volcan del mar naciera;
 Y con pavor y asombro desde lejos
 Vé en las ondas los pálidos reflejos.

A su confusa luz atalayando
 En ancho cerco la llanura inmensa,
 Vela Almanzor con su invencible bando
 Del fuerte antemural en la defensa:
 En sus robustos hombros estribando
 Del imperio la mole vé suspensa;
 Y con inquieto afán en la alta torre
 La mar domina y su estension recorre.

Con sublime terror le lisonjea
 El ronco viento que en su torno zumba,
 El ancho mar que enrojecido ondea,
 Y el ponto hirviente que á sus pies retumba;
 Mientras el hueco monte titubea
 Al abrirle en su centro inmensa tumba,
 Que en sus senos sepulte semivivos
 A millares los míseros cautivos.

Mas del bárbaro imperio la fiereza
 Los diques rompe del celeste enojo;
 Y ya sobre su indómita cabeza
 Desciende el rayo á confundir su arrojo...
 De su poder, su gloria y su grandeza
 Ni rastro existe, ni se vé despojo;
 Quedando apénas, porque al mundo asombre,
 De tan gran reino por vestigio *un nombre*.*

Así del Asia en la region distante
 Crecieron cien imperios poderosos,
 Que hasta el cielo con ánimo arrogante
 Levantaron sus vuelos orgullosos:
 Y hora al pisar el triste caminante
 Los áridos desiertos espantosos,
 Pisa con sacro horror y mada pena
 Hundidos cien imperios en la arena.

* Vélez de la Gomera.

ZARAGOZA.

POEMA.

Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes en la materia, como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana, para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que affigieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearón por último la invasion de Andalucía por el ejército enemigo y la disolucion del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á

Mas del bárbaro imperio la fiereza
 Los diques rompe del celeste enojo;
 Y ya sobre su indómita cabeza
 Desciende el rayo á confundir su arrojo...
 De su poder, su gloria y su grandeza
 Ni rastro existe, ni se vé despojo;
 Quedando apénas, porque al mundo asombre,
 De tan gran reino por vestigio *un nombre*.*

Así del Asia en la region distante
 Crecieron cien imperios poderosos,
 Que hasta el cielo con ánimo arrogante
 Levantaron sus vuelos orgullosos:
 Y hora al pisar el triste caminante
 Los áridos desiertos espantosos,
 Pisa con sacro horror y munda pena
 Hundidos cien imperios en la arena.

* Vélez de la Gomera.

ZARAGOZA.

POEMA.

Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes en la materia, como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana, para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que affigieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearon por último la invasion de Andalucía por el ejército enemigo y la disolucion del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á

Cádiz, y de allí pasado á Inglaterra, imprimió su Poema en Londres en el año de 1811. »

« Del mismo modo que se publicó entonces, se reimprime ahora, habiendo juzgado conveniente dejar esta obra cual la inspiraron las circunstancias de aquella época, y como se presentó al concurso; á pesar de que alguna vez se resienta de que la compuso el autor siendo todavía muy jóven, y apremiado por el corto plazo concedido por la Junta Central. »

Tal es la advertencia que estampé al frente de este Poema, cuando el año de 1827 lo publiqué en Paris entre mis *Obras literarias*; y no habiéndose nunca impreso en España, me ha parecido oportuno verificarlo ahora, para completar con él esta coleccion.

POEMA.

Sobre ruinas y triunfos, Zaragoza
De la terrible lucha reposaba
Que por dos lunas agitó su suelo ;
Cuando, á la voz de Marte pavorosa,
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
Con las llamas y el hierro amenazando,
Lanzáronse mil bárbaras legiones.
En vano ; oh Dios! en vano
A poner freno á su furor insano
Braman los aquilones;
Rompen sus cauces los hinchados rios;
Tala el invierno la aterida tierra;
Y de inclemente nieve coronada
Alza su frente la riscosa sierra.
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña
Arrasar montes, devastar los llanos,
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa
Rasgar el seno de la triste España,
Que incauta un tiempo los llamára hermanos?
¿Quién osará del rápido torrente
El ímpetu atajar? Cayó Castilla ;

Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;
 Y al furor de la bárbara cuchilla,
 Con la sangre de mayo salpicada,
 Tendió Madrid la desdorada frente.
 Por vez segunda el Tajo caudaloso
 Al inclemente yugo se condena;
 Y allá bajo la tierra, prodigioso
 Sepúltase Guadiana,
 Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando

Las palmas bate, y por los aires suena
 Su horrisono clamor... ¡Ay, cuánto, cuánto,
 Misera España, de destrozo y ruina,
 Cuánto de luto y de amargura y llanto
 Tu suelo amaga y tu beldad divina!

Ya cien y cien legiones

Del Ebro cubren la anchurosa márgen:
 Tiembla bajo la inmensa pesadumbre
 La sacra orilla; plumas y penachos
 A merced de los céfiros ondean;
 Y los petos y yelmos centellean
 Del claro sol á la radiante lumbré.
 Los normandos frisonés
 Baten con grave pie la helada tierra;
 Piérdense los contrarios escuadrones
 Allá á lo lejos entre densa nube;
 Crece el estruendo, y el clamor de guerra
 Puebla los vientos y á los cielos sube.

De juncos y de adelfas coronadas
 Las Náyades, al eco tremebundo,
 Sacan del agua los nevados pechos;
 Y del bélico apresto amedrentadas,
 Lanzan un grito, y cálanse al profundo.

Tened, tened, impíos;
 Suspended esas huestes ominosas
 De muerte y destruccion: ¡á dónde, á dónde
 Correis, blandiendo en la terrible mano
 La ardiente antorcha y el acero insano?
 Piedad, piedad, crueles!
 Merced á Zaragoza!
 Misera, abandonada,
 Aun gime dolorida;
 Aun brota sangre la reciente herida
 Que en ella abriera vuestra cruda espada.
 ¿No escuchais cuál resuenan por los vientos
 Los agudos lamentos
 De viudez y orfandad? ¿El sordo ruido,
 Cual de lejano trueno, que retumba
 Allá en el hondo de la negra tumba,
 Do mil valientes víctimas cayeron?
 Piedad por una vez: si buscáis ruinas,
 Si saciaros quereis en fiero estrago,
 Sobradas ruinas ¡ay! hartos despojos
 Han que mirar los ojos.
 Tended la torva vista, que aun humean
 Los techos incendiados;

Aun espantan con sangre mancillados
El suelo ilustre y los endeblés muros.

Si empero tanto horror, si tantas muertes,
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
La invicta Zaragoza el santo grito
De vencer ó morir; grito tremendo,
Que sobre el trono estremeció al Tirano.
Amenazado, herido,

Ruge con mas furor el leon hispano,
La sangrienta guedeja sacudiendo;
Y al agresor se arroja, y se complace
La presa entre sus garras dividiendo.

Seguid, seguid: la heróica Zaragoza
Al combate se apresta, á la venganza;
La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudisteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué librais la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?

¿No vió el Jalon profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas,
Y arrebatár su rápida corriente
Rotas corazas, petos y ciméras?
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallén? ¿Oh nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras!

Decid cómo animosos
Los ínclitos del Ebro batalláran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentáran,
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragonés; heridos suenan
Cascos y petos; mézclanse las haces;
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.

En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las bárbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la patria. ¡Cuántos, cuántos
Siguieron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo julio; y siete desplomarse
La soberbia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse.
Hiela el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;
Y en cobarde rencor trocando el brío,

Cuando la noche á la callada tierra
 En luto envuelve y en horror sombrío,
 Bombas arrojan, que en su lumbre encienden
 El aire tenebroso por do hienden.

A leve impulso, la muralla frágil
 En polvo cae deshecha;
 Y cual tigre rabioso,
 Por ruinas y cadáveres trepando,
 Entra osado Verdier por la ancha brecha,
 Y Lefèvre orgulloso
 La destructora turba acaudillando.
 De enemigos cubiertas
 Véñse calles y plazas; atronando
 Rompen las hachas los robustos quicios:
 Caen las ferradas puertas;
 Arden los edificios;
 Y el crudo incendio y la espantosa ruina
 Mira el pueblo valiente
 Con pecho quieto y con serena frente.

Ya en roncos alaridos
 Celebra el triunfo la contraria gente,
 Cuando el cañon horrisono tronando,
 Las espesas falanges desordena:
 Agítase en confusos remolinos
 La destrozada hueste; pavorosos
 Caudillos y soldados se atropellan;
 Y por el plomo destructor heridos,
 Caen en la dura tierra confundidos

Con los tibios cadáveres que huellan.
 En tanto los terribles moradores
 Arrójanles por claros y troneras
 Mil muertes y otras mil; allí arruinando
 La quebrantada, altísima techumbre,
 Desquícianla; y desplómase atronando,
 A impulso de su grave pesadumbre.
 Allí, incendiadas vigas y sillares
 De los deshechos muros arrancando,
 Los impelen con ímpetu; los vientos
 Braman con son horrisono apremiados;
 Y los fieros guerreros á millares
 Quedan entre las ruinas sepultados.
 Ni fuga ni piedad: por todas partes,
 A la señal belísona, furiosas
 Arrójanse las tropas valerosas
 Que nacer viera el Llobregat ameno.
 La sorpresa, el desórden, la estrechura
 Redoblan el horror del trance fiero;
 Combaten crudamente brazo á brazo
 Guerrero con guerrero;
 Saltan rotos los hierros centellantes;
 La tibia sangre por do quier humea;
 Cada golpe una muerte; cada acero
 Húndese en cien entrañas palpitantes.
 ¿Qué enristrar vale la potente lanza,
 Qué el robusto frison, el fuerte escudo?
 Con ímpetu de rayo se abalanza

El bravo Aragonés; burla los golpes;
 Y entre el fuego y horror del trance crudo,
 La vista apenas á seguirle alcanza.
 Hiérenle; y fieramente embravecido,
 Los montes de cadáveres salvando,
 Penetra por las astas enemigas,
 En sed de guerra ardiendo y de venganza.
 ¿Dó tornarán los fieros enemigos
 La amedrentada faz? Hierro sus sienes,
 Hierro amenaza sus cobardes pechos:
 Destrozados, deshechos,
 Ni oponer osan el comun estrago
 La desesperacion; el asta fuerte
 Cae de su débil diestra desprendida;
 Y al inclemente amago
 Inclinando cobardes la cabeza,
 Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.
 ¡Cuántas allí! Confusos, perseguidos,
 Los restos de las bárbaras legiones
 La Ciudad abandonan, que engreidos
 Leve triunfo á su esfuerzo imagináran.
 La triste nueva de terror sombrío
 Cobija el enemigo campamento;
 Muere en los pechos el antiguo aliento,
 Muere en los brazos el usado brío.
 Al rayo abrasador del Can ardiente
 Allí lánguido yace el cruel guerrero;
 Mas allá, sobre el arma reluciente

Débilmente apoyado,
 Los mustios ojos fijos en la tierra,
 Reposo anhela el mísero soldado;
 Y apareciendo á su afligida mente
 De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
 Dentro del pecho congojoso encierra
 Hondos sollozos de furor y angustia.
 Lefèvre en vano intenta
 Las tropas alentar, con faz mentida
 Encubriendo el dolor que le atormenta:
 Recorre el campo; y su mirar incierto,
 La rienda del caballo abandonada,
 El tardo paso su penar anuncian;
 Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
 Sin dello apercebirse,
 Se escapa de sus labios un gemido.
 Cayó toda esperanza: desde el monte
 Descubren á los bravos combatientes,
 Que vuelan al socorro apetecido
 De la heróica Ciudad; la nueva hueste
 El pavor de los Galos acrecienta;
 Y cual banda de buitres, que se ahuyenta
 Cuando brilla relámpago á lo lejos,
 Anunciando el horror de la tormenta;
 Así dispersos huyen, arrojando
 Las mal usadas armas, y á la noche
 Su salud en la fuga encomendando.
 Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;

Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.

¡Y aun osaréis luchar con los valientes
Que tantas veces con heroica planta
Vuestras altivas águilas hollaron!

¡Oh, cuánto afán y destruccion y mengua
Costaros ha la bárbara osadía!

¡Cuán terrible y sangriento
Será el nuevo escarmiento!

Aquí mi voz llegára: y las legiones
Ya con hórrido estruendo

A la Ciudad augusta se acercaban.
Sus negras alas desplegó la noche;

Y como en su alta cima vé Moncayo
Las oscuras tormentas apiñarse,

Y al viento desafía,
Al ronco trueno y al ardiente rayo;

Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veía

Desparecer, bajo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.

Cánticos, himnos, voces de alegría
Sus espaciosos ámbitos llenaban;

Y el parche y las trompetas pregonaban
Que era llegado de la gloria el día.

Las calles y las plazas y los muros
Puéblanse, al ronco son, de gente armada;

Mil y mil combatientes

Embrazan el paves, ciñen la espada,
Y de verdes coronas

Ornadas muestran las augustas frentes.
Las ínclitas matronas,

Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada patria,

Y el hierro empuñan sus endebles manos.
¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,

Y agítase mi pecho, arden mis venas;
Ensáchase mi ser: ante el Tirano,

De verdugos cercado y de suplicios,
Libre de vil temor, de bajo susto,

Yo cantaré tus glorias: sí, tu mano
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto

Se helará, al espirar, entre mis labios.
¿Mas quién entre los ínclitos guerreros

El sagrado estandarte tremolando,
Los inflama al combate, á la victoria?

Él es, él es: su rostro resplandece
Con rayos mil de gloria,

Gual iris tras tormenta en el estío;
Sus mayores su escudo le prestaron,

Apolo su beldad, Marte su brío.
No hay duda, él es; ceñido de laureles,

Al invencible Alfonso se asemeja
Cuando le vió triunfante Zaragoza,

Rescatada por él de los infieles.
Salud, héroe inmortal; salud mil veces,

Divino Palafox; la madre España
 A tí tiende sus brazos congojosa,
 Como al hijo de amor; por tí respira;
 Agítase contigo en la pelea;
 Y su dolor y angustias olvidando,
 En tus glorias y lauros se recrea.

Alienta, triste patria; que el acero
 Ya en su terrible diestra centellea,
 Cual rayo en tempestad: su ademán fiero
 Es precursor del triunfo; la victoria
 Entre el marcial estruendo le acompaña.
 Miradle, sí, miradle: repitiendo
 El sacro nombre de la madre España,
 Se abalanza á las bárbaras legiones,
 Seguido de la hueste numerosa;
 Trábase la árdua lid; el bronce suena;
 Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
 Cercado de enemigos escuadrones,
 Hiende, rompe, destruye, desordena
 Cuanto se opone á su denuedo y brío:
 ¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre
 Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío
 Con sus nacientes rayos no rompiera,
 Envuelve á los feroces combatientes,
 Los mezcla, los confunde, y acrecienta
 La horrenda mortandad: caen los valientes;
 No hay perdón al rendido; á hierro y fuego

Destruyense las haces inclementes.
 ¿No basta tanto estrago, tanta ruina?
 Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo
 Allí, y allí también; en la colina,
 En la márgen del Gállego, en el puente,
 En los vecinos campos inundados
 Por la profunda, rápida corriente.

La pericia, el furor, la muchedumbre
 De la contraria hueste son en vano:
 Cede al valor el número, y el arte
 Al amor de la patria soberano.
 El furibundo Marte,
 La flamígera antorcha sacudiendo,
 Recorre el campo; acá y allá revuelve,
 Sobre muertos y heridos, los caballos
 Del carro destructor; y á la venganza,
 A muerte incita con clamor horrendo.

A la voz imperiosa
 Renacer siente el enemigo bando
 Su bravura feroz; y se abalanza
 Al fuerte parapeto, el nombre odioso
 Del sanguinario Déspota aclamando.
 De horror y muerte y destruccion preñadas,
 Con estruendo espantoso
 Revientan las terribles baterías;
 Yerma el inmenso llano de enemigos
 El fuego asolador; retumba el bronce;
 Murallas, combatientes, cielo y tierra

Confúndense entre el humo y desaparecen.
¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,
Que el mundo encadenaron?
Finó su gloria; cual ligera niebla
Ante recio huracan, se disiparon.

Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,
Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
De mirto y de arrayan; y el dulce canto
La victoria remonte al alto cielo.

En sus ilustres lares,
Tiernas amantes, cándidas esposas,
Con voces armoniosas
Repetirán los plácidos cantares.

Volad, héroes, volad: en la muralla
Las banderas espléndidas ondean;
Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;
Sobre tronchadas águilas y picas
Pebeteros riquísimos humean.

Todo era salvas, júbilo, alegría,
Cuando la noche que en el negro carro
Rodando por el cielo tenebroso,
Ya medio curso recorrido habia,
Llamó á los vencedores al reposo.
Pensativo, sangriento, polvoroso,
El fuerte Palafox, en el alcázar,
A nueva lucha y prez se apercibia:
La soledad, el lúgubre silencio,
La techumbre de cedro, opaca, altísima,

Un temor inspiraban misterioso;
Y el viento que á lo lejos sordamente
Vagando por las bóvedas se oía,
El horror angustísimo aumentaba.
El ánima del héroe se gozaba
En la terrible magestad sombría,
Cuando temblar sintió bajo su planta
Los profundos cimientos del palacio:
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
Y sobre negra nube se levanta
La venerable Sombra
De Rebolledo el Grande: en la tiniebla
Se vé centellear su faz divina;
Tal como suele boreal aurora,
Cuando en los reinos de la eterna noche
Cielos y tierra y mares ilumina.
Cércanle en torno insignias y trofeos;
Cúbrelo con su manto la victoria;
Y en el noble ademan, fiero y sombrío,
Ostenta grave su valor y gloria.
« Ilustre nieto, (dice en voz pausada)
El placer penetró mi hondo sepulcro,
Cuando incansable, en el ardiente estío,
Lidiar te ví y vencer. Mas árdua lucha,
Mayor constancia, esfuerzo y heroismo
Hora la patria exige: cuantos males
Abortar pudo el Genio de la guerra,

Cuántas plagas ; oh Dios! guarda el abismo
 Para affligir los míseros mortales,
 Y el cielo airado en su venganza encierra,
 Van sobre tu cabeza á desplomarse.
 Naturaleza toda conjurada
 Vendrá de lleno sobre tí : la tierra,
 En sus profundos senos agitada,
 Sacudirá con horroroso estruendo
 Defensores, murallas y edificios;
 Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
 Con mano yerta y pálida tendiendo
 El cetro asolador, en vasta huesa
 La patria trocarán de los valientes.
 Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
 Allá sobre los cielos esplendentes,
 El nombre escrito está de Zaragoza,
 Y el de Numancia allí, y el de Sangunto:
 Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
 Se hundirán los tiranos y sus tronos;
 Morirán astros; finarán imperios;
 Eterno, empero, su renombre y gloria,
 Durará á par del mundo su memoria.
 Y la tuya también : grato el destino
 Correr me ha concedido ante tu ojos
 El velo diamantino
 Que cubre el porvenir. Gemirá España
 En congojoso afán; hijos y hermanos
 Con sangre regarán el patrio suelo;

Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo
 Dejó impune el sufrir á los tiranos.
 Mas no feroz el Déspota del Sena
 Aherrojará sus inocentes manos,
 Ni atará al carro á la nacion, que un dia
 Tierra y mar abarcaba, ambas regia.
 Así plugo á los hados : Zaragoza
 Caerá en espiacion; y de sus ruinas
 Se alzará sobre el trono refulgente
 La libertad de la española gente.
 Claro honor de mi estirpe, tú el primero
 Arrostrando impertérrito la muerte,
 Debes abrir á la Ciudad augusta
 El ínclito sendero
 De la inmortalidad : jamas cobarde
 Tender el cuello á la cadena insana!
 Jamas besar la mano enrojecida
 Con la inocente sangre castellana!
 Jamas! sí; yo lo juro... arrebatado
 Clamó así Palafox : la helada planta
 Abrazó de la Sombra, arrodillado;
 Y al estallido súbito de un trueno
 Se disipó el Espectro, como el humo,
 Al querer estrecharle contra el seno.
 El héroe se inclinó : su pecho fuerte
 Sintió oprimido de respeto santo;
 Y entorpecer sus agitados miembros
 El terror silencioso de la muerte.

En éstasis profundo sumergido,
No levantó la faz hasta que el día,
Con pálidos fulgores asomando,
Comenzó á disipar la noche umbría.

Ya el tibio sol con paso perezoso
Su rostro por los montes descubria,
Cuando, el cándido lino tremolando,
De la pérfida hueste un mensajero
Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios
Palaz sonrisa, que el rencor no encubre;
Y mal oculta entre la verde oliva,
La ominosa cadena se descubre ¹².

«Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
Guerra á la usurpacion: muramos todos,
Muramos, sí, vengados;
Antes que vernos á las torpes plantas
De bárbaros verdugos,
Sin libertad, sin patria, arrodillados.»

Así gritó la inmensa muchedumbre:
Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchado
Guerra! sonaron los profundos valles,
Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.

¿Visteis tal vez en el hercúleo Estrecho
Chocarse dos corrientes encontradas,
Por los opuestos vientos impelidas?
Mayor era el fragor: mayor estruendo
La Ciudad augustísima asordaba,
Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Áquilo y Noto combatidas.
Crece el marcial clamor; y entre las voces,
De Palafox resuena el ronco acento;
Tal como trueno en tempestad horrísona,
Que el mar acalla y el sañudo viento.
Resuena; y con la diestra no domada,
La flecha ensangrentada
¡Fiera señal de guerra!

Arroja al enemigo campamento ¹³.
¡Cuánto trance cruel, de aquel momento,
Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
Y mengua agena y propio vencimiento!
Cada luz, nueva lucha; debelados
Vió cada luz los bárbaros guerreros,
Desde el Vístula al Tíber celebrados ¹⁴.

¿Quién domó su altivez, ó quién refrena
Su preciado valor? Endeble valla
De leve polvo y deleznable arena,
Los flacos torreones, sostenidos
En endeble cimientó
Que, al sacudir el viento
El cañon estruendoso, titubea;
¿Serán potentes á atajar la furia
De los que al mundo locos pregonáran
Su irresistible esfuerzo en la pelea?
¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha:

¡Ay! que ya derruidos
Eos vacilantes muros, cae deshecha
La alzada torre, que á la hueste fiera
Terror y espanto fuera ¹⁵.

¡Tú tambien! ¡Tú tambien, Sancha divina¹⁶;
Honor y prez de Iberia, tú cercada
De la atroz muerte y la espantosa ruina!
Sálvate por piedad: ¿no oyes el ruido?
¿No ves el aire arder? ¿Cómo levanta
Montes de escombros la preñada bomba,
Y con horror la tierra
Hace tremer bajo tu débil planta?
Sálvate, por piedad; que no tan bella
Formó natura tu graciosa mano
Para inflamar con ella
El horrendo cañon; ni pudo insano
Las Furias hospedar el blanco pecho,
Para las Gracias hecho.

No mas lucha, no mas: el vasto mundo
Lleno está de tu nombre y de tu fama;
Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
Lidiar te mira, y ya en el occidente
Apénas luce su apagada llama.

Llega la noche: Vénus tras las huellas
Del fugitivo sol desaparece;
Y en los opacos cielos resplandece
El trémulo fulgor de las estrellas.
A su confusa luz, de la trinchera

Vése salir á la cobarde hueste,
Que á merced de las sombras y el silencio,
Quiere en sangre saciar la rabia fiera.

¿Quién el horror de la tremenda noche,
La ciega confusion, el crudo estrago,
Osará describir? Diez veces fueron
Las que sañudos los feroces Galos
Al arruinado fuerte arremetieron;
Diez las que en polvo y sangre denegridos,
De los altos escombros derrocados
Con ímpetu cayeron.

Así débil bajel, despedazado,
La prora abierta, en medio de las aguas,
Resiste entre las rocas encallado:
La mar en vano con furor impío
Bate el roto costado;
Crecen las olas, álzanse á las nubes;
Y en los frágiles leños estrelladas,
En leve espuma bajan y en rocío.

¿Ni cómo numerar tantos guerreros,
Que en el horror de la timiebla oscura,
En las contrarias haces confundidos,
Tiñeron con mil sangres los aceros?
Cada cual es un dios; ardientes rayos
Lanza en torno de sí: muy mas que todos
Impávida, animosa,
La inmortal heroína,
De heridos y cadáveres cercada,

La fuerte diestra intrépida fulmina.
 Salve, divina Sancha : amor sublime
 De patria y libertad, tu dulce mágia,
 Tu imperio soberano
 Bendiga eternamente el labio humano.
 ¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,
 Almo don de los cielos! Tú solamente
 El brazo castellano
 Alzárás contra el bárbaro Tirano;
 A tí España sus triunfos, á tí debe
 Sus lauros Zaragoza... ¡Ay, qué trocada
 De la que fuera un día,
 En sempiterno duelo sepultada,
 Resiste al hado; y de la adversa suerte
 La implacable sentencia desafía!
 Llegó el plazo cruel: el negro trono,
 Sobre pálidos huesos asentado,
 Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,
 Blandiendo con el brazo descarnado
 La terrible segur, corre y asuela;
 Y el contagio letal los puros aires
 Inficiona con sopro envenenado.
 Los tristes habitantes en sus venas
 Sienten la sangre arder, y ponzoñosa
 Hinchar los flacos miembros denegridos;
 Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,
 Y los cárdenos labios encendidos.
 No fuera mas terrible el diente agudo

De víbora traidora, cuando vierte
 Su veneno fatal, y con la sangre
 Rápido corre su licor de muerte.
 Así la vírgen yace, así el anciano,
 La esposa, el niño, el jóven, el guerrero;
 Y en convulsiones hórridas luchando,
 Lanzan el ¡ay! postrero.
 La hermana del hermano
 Bebe el hálito infesto, y al sepulcro
 Abrazados descenden; tierna madre
 Del hijo, al espirar, la ardiente mano
 Oprime contra el pecho;
 Y ¡oh triste! el mismo lecho,
 La tumba misma unidos los recibe.
 Luto do quier y muerte: el hambre escava
 Mas huesas que el contagio; enflaquecida,
 Los amarillos miembros agitando,
 Lenta carcome el mísero cimiento
 De la angustiada vida;
 Y en eterno tormento
 A los invictos héroes aquejando,
 Hunde en la tumba víctimas sin cuento.
 ¿Dó los arcos de flores, las columnas,
 Los altos monumentos?
 ¿Dó el bélico clamor de los valientes?
 Lánguidos, macilentos,
 Rastrando van por las desiertas calles
 Los exánimes cuerpos, sostenidos

En la robusta lanza; triste llanto,
Mortal silencio, lúgubres gemidos
Suceden ¡ay! al armonioso canto;
Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,
Vense solamente huesas y sepulcros.

Blanda la tierra os sea,
Héroes de bendicion; siempre sereno,
No el cielo turbe vuestra quieta tumba
Con rayo abrasador ni ronco trueno.
Yaced, yaced en paz: Ebro en sus hondas
Concavidades gima congójoso;
Y al correr por el pie de los sepulcros,
Béselos respetoso,
El bramido acallando de sus ondas.

¡Una, mil y mil veces bienhadados
Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
Fijar pudísteis en la libre patria!
No la vereis arder; ni destruida
Buscar entre sus ruinas los despojos
El Vándalo feroz; ni ensangrentados
Los santos templos; y la tierna esposa
Al triunfal carro, y los queridos hijos,
Y los ancianos padres amarrados.
Tan aciago momento
Natura entristecida
Presagió con agüeros pavorosos:
La faz mostrando en sangre enrojecida,
El sol se oculta, y las opuestas nubes

Tiñe con mil celages horrorosos;
De pálida corona circuida,
La luna brilla apénas, y se pierde
En medio de los cielos tenebrosos;
Y es comun voz que por los aires vagan
Pálidas luces, que en la triste noche
Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;
Y á los mortales siguen,
Si huyen con pie medroso; y raudas vuelan,
Si con osada planta las persiguen¹⁸.

De tan tristes auspicios amagada,
Vé impávida acercarse el fin tremendo
La heroica Zaragoza: derruidos
El mal trabado muro y torreones,
En pálidos espectros convertidos
Los fieros campeones;
¿Qué valladar enfrenará el impulso
De las fieras falanges enemigas?
Cobardes, sí, cobardes,
Ni medir osan el traidor acero
Con el débil guerrero
Que apénas mueve el paso mal seguro,
Ni penetrar por el deshecho muro;
Y ¡oh mengua! ¡oh vilipendio! los que osáran
Señores proclamarse de la tierra,
Las célebres legiones¹⁹
Que desde el Nilo al Báltico llevarán
La asolacion y espanto de la guerra,

Los ínclitos caudillos cuya fama
Temblar hiciera tronos y naciones²⁰,
No asaltar osan las augustas ruinas
De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo
Contrasta invicta cuantas crudas plagas
Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.

¡ Eterna maldición al primer hombre
Que al arte diera y la cobarde astucia
Lo que al valor y esfuerzo fue negado !
Nunca, nunca naciera; y victoriosa
Aun nos mostrára su divina frente
La noble Zaragoza.

¡ Ay misera ! ¡ cuál arde ! ¡ cuál incendian
Mil y mil bombas los dorados techos²¹ !
Arcos, columnas, cúpulas, gimnasios,
Y alcázares y templos y edificios
Desplómanse deshechos.

Sopla sañudo el Abrego, y derrama
El fuego asolador; entre humo y polvo.
Sube ondeando la sonante llama;
Las nubes rompe con radiantes sulcos,
Y el negro cielo con su lumbre inflama.

Crece el voraz incendio; resplandece
La abrasada Ciudad, cual una hoguera;
Y el horror aumentando el sacro rio,
En su móvil espalda reverbera
El trémulo fulgor, y arder parece.

¡ Por qué le fuera dado al hombre insano,

Con ánimo perverso,
Trocar en destruccion cuanto fecundo
Para su bien le ofrece el universo?
¡ Por qué, buen Díos, bajo su torpe mano
Natura esclavizada
Servirá á su furor ? ¡ Ay ! sorprendida
La madre tierra en sus profundos senos,
La asolacion abriga y el estrago
De los héroes del Ebro; conmovida
Por el profundo incendio, se estremece
Con súbito fragor; ardientes minas
Horrisonas revientan; piedras, arcos,
Al cielo arroja la esplosion tremenda;
Todo es incendio y ruinas;
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
Cien pórticos, y junto
Derrúmbanse cien torres en un punto.

Víctimas inocentes

Bajo rotos escombros oprimidas
La muerte invocan; sus agudos ecos
Retumban en los huecos
De las confusas ruinas, y se hiela
La sangre al escucharlos: busca el hijo
Bajo los propios techos arruinados,
Bajo los techos que nacer le vieran,
El paterno cadáver insepulto;
Y ante sus mismos ojos tierna madre
Vé hundirse para siempre

Las prendas de su amor en el profundo.
 ¿La constancia, el furor, el heroísmo
 Serán de algun valer? Otra vez y otra
 El horroroso abismo
 Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
 ¿A dónde, á dónde huir? Bajo la planta
 Resuenan roncós truenos;
 Y al estampar la huella, entre humo y polvo,
 Por medio de la tierra dividida
 Muestra la eternidad sus hondos senos.
 ¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
 Del profundo cimiento, se estremece
 De polo á polo la Ciudad divina;
 Y vacila, y desplómase, y su ruina
 De espanto cubre á las legiones fieras.
 Así en tremendo día
 Bramó el hórrido viento furibundo;
 El eterno equilibrio
 Perdió la tierra en la region vacía;
 La mar inundó el mundo;
 La Atlántica se hundió; y al sumergirse,
 Pavorosos los vientos se aplacaron,
 Y los mares sus aguas enfrenaron.
 Fue Zaragoza, fueron sus valientes,
 Su esplendor fue; su célebre renombre
 Resta tan solo... ¡Oh Dios! Si allá hasta el cielo
 Sube la humilde voz del débil hombre,
 Acoge mi plegaria bondadoso:

Nunca el arado tan sagradas ruinas
 Llegue á romper, ni el venerando suelo
 Con tantos hechos ínclitos famoso.
 Goce, antes de morir, en negra noche,
 Solo de algun relámpago alumbrada,
 Visitar sus escombros respetoso:
 Allí posará el alma; dulce llanto
 Descargará mi pecho comprimido;
 Y en las opacas ruinas escondido
 El pavoroso buho
 Me adulará con su agorero canto.
 Allí sumido entre el horror y espanto,
 En meditar profundo,
 Recorreré los siglos, la caída
 De cuanto ufano presentára el mundo.
 ¿Qué es ya de la Ciudad que al suelo ibero
 Dió dulce libertad en santas leyes?
 ¿La que ostentaba en su palacio augusto
 Tantos despojos de vencidos reyes?
 ¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
 El hervir de la gente, el ronco estruendo
 Del parche temblador? ¿Cómo no truena
 El horrísono bronce sobre el muro?
 Largas calles por tierra derribadas,
 Lúgubre soledad, mustio desierto,
 Ruinas ensangrentadas
 La vista anublan, y el cabello erizan.
 ¿Quién ya el ciego furor del Galo fiero

Quebrantará en la lid? ¿Quién pondrá linde
Al ímpetu feroz de su venganza?
¿Quién?... Torna, Palafox, torna á la vida,
Caudillo triunfador; vibra el acero;
Blande la dura lanza;
Acomete, destruye
Cien legiones y ciento;
Acorre al patrio suelo, que oprimido
En bárbaro tormento,
Contra el yugo inhumano
Implora tu favor, y clama en vano.

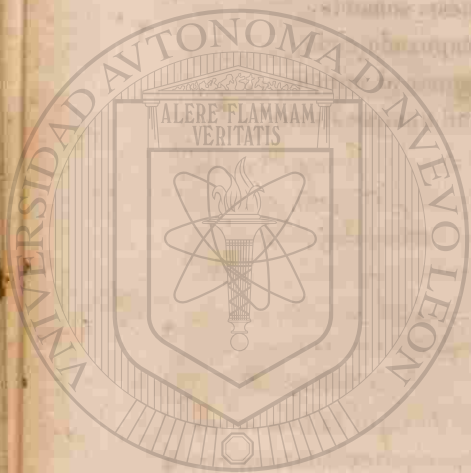
En vano, triste patria; que luchando
Entre los yertos brazos de la muerte,
Ya, ya en el linde del sepulcro umbrío,
Respira apenas tu adalid valiente²³.
En su lívida frente
Impreso está el furor; hierve su pecho;
Y con mortales ansias apoyado
En la débil siniestra,

Asir intenta la invencible espada
Que al lado pende del aciago lecho.

¿A qué aguardais, ó Vándalos? Heridos,
Moribundos, cadáveres, escombros,
¿Os podrán resistir? Entrad, crueles...
Entraron... ¡ay!... entraron los verdugos...²⁴

No mas: perdona, oh Musa; no me es dado
El canto proseguir de horror y muerte;
Triste el laud resuena destemplado,

Al pulsarle mi mano estremecida;
Y los hondos sollozos y gemidos
Que unidos á mi voz hieren el viento,
El canto truecan en discorde acento.
La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando,
Bajo el oscuro, encapuzado cielo,
Bastára solo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan amargo duelo²⁵.



NOTAS.

1. El primer sitio de Zaragoza duró desde el día 15 del mes de junio del año de 1808 hasta el 14 de agosto.
2. Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallén y Gallur, á principios de junio del mismo año.
3. La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el día 15 de junio: tropas sin vestir ni disciplinar pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.
4. En el mes de julio dieron los Franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.
5. El día 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los generales Verdier y Lefevre.
6. Distinguiéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.
7. Los enemigos levantaron el sitio al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.
8. Los Franceses huyeron en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.
9. El rey D. Alonso 1.º de Aragon conquistó á Zaragoza de los moros, despues de un obstinado sitio y de una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.
10. La accion del 21 de diciembre (día en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fue de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exactamente, al describirla, el parte oficial contenido en las gacetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripcion topográfica del terreno.
11. D. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.

12. El día 22 de diciembre de 1808 intimó el mariscal Moucey la rendición á Zaragoza.

13. El mismo día contestó Palafox en una carta llena de valor y patriotismo.

14. Hubo varias acciones, entre las cuales se debe distinguir la del 25 de diciembre, mandada por el general Oneil, y la de caballería, de 31 del mismo, mandada por el brigadier Butron, contra la brigada mandada por el general Girard.

15. El fuerte de san José, que hizo una defensa heroica, y fue evacuado por nuestras tropas cuando ya estaba demolido.

16. Manuela Sancha, natural de Plénas en la Serranía, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.

17. Son increíbles los horrores del contagio que afligió á Zaragoza: los Franceses confiesan en sus boletines que hallaron trece mil enfermos en los hospitales, y que morían quinientas personas diarias.

18. Propiedades de los fuegos fátuos, que suelen encenderse en los cementerios.

19. Comparando todos los documentos, se puede calcular que el ejército enemigo ascendía á treinta mil hombres.

20. Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moucey, Mortier, Junot, Lannes, el célebre general de ingenieros Lacoste, (que murió de un balazo el 1.º de febrero) Suchet, Laval, Girard, Gazan, Dédon ainé, etc.

21. Dédon ainé, general de artillería, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma en el sitio de Zaragoza; y en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

22. Viendo los Franceses que no podían de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; pero aun atacados de esta manera irrisis-

tible, manifestaron los Zaragozanos un heroísmo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las gacetas de Madrid de aquella época.

23. Cuando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hallaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

24. El día 19 de febrero de 1809 capituló Zaragoza, y el 21 entraron los Franceses en la ciudad arruinada.

25. El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las gacetas publicadas en esta Ciudad, las de nuestro Gobierno y los mejores periódicos de la Península, las relaciones dadas por los enemigos en las gacetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente el boletín 33.º del ejército grande de España, el *Journal du soir* de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, etc.



LOS ZELOS INFUNDADOS,

ó

EL MARIDO EN LA CHIMENEA,

COMEDIA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA.

Hace ya algunos años que compuse esta comedia, no con ánimo entonces de ofrecerla al público, sino por mero pasatiempo, y para ejercitarme en el difícil arte del diálogo: cambió despues mi situación; perdióseme el manuscrito; y cuando al cabo de largo tiempo recobré los primeros borradores, ni siquiera tuve aliento para coordinarlos, cuanto menos para corregirlos.

Restituido al fin á mi patria y hogar, se me ocurrió la idea de presentar esta obra en el teatro de Granada, estimulándome principalmente á ello el deseo de contribuir, en cuanto estuviese á mi alcance, á aumentar el producto de un *beneficio*, destinado á socorrer establecimientos piadosos. Verificóse así en efecto; y el buen éxito que tuvo esta comedia en aquella ciudad, éxito muy superior á mis esperanzas, me determinó por último á enviarla á la Corte para que tentase allí fortuna, sometiéndola á la dura prueba de la impresion, si salia airosa de las tablas.

PERSONAS.

DON ANSELMO.
D^a. FRANCISCA.
DON CARLOS.
DON EUGENIO.
JUAN.
PEPA.

La escena es en Cádiz en casa de Don Anselmo.

El teatro representa una sala mediana con puerta á cada lado, una que conduce á la calle, y otra á las habitaciones interiores de la casa: en el testero de la sala habrá una chimenea francesa, que denotará estar apagada y cubierta con una mampara fácil de abrir y cerrar: habrá un bufete con recado de escribir, sillas y adornos decentes.

LOS ZELOS INFUNDADOS

ó

EL MARIDO EN LA CHIMENEA,
COMEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO Y
DON CARLOS.

(Doña Francisca aparecerá cosiendo, y al ver á su hermano se arroja en sus brazos: don Eugenio, y detrás don Carlos, en la acción de entrar.)

DON EUGENIO.

¡Frasquita!

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay hermano mio!

DON CARLOS.

Eso me gusta: otro abrazo,

Otro por mí... pero, ¡calle!

¡ A qué viene ahora ese llanto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible que te veo
Al cabo de tantos años?

DON EUGENIO.

Sí; ya me tienes aquí.

DON CARLOS.

Y tan gordo y colorado

Como un.....

DOÑA FRANCISCA.

¿Vienes bueno?

DON EUGENIO.

Algo cansado

De navegar mes y medio...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y padre?

DON CARLOS.

¿El tío?... tan guapo.

DOÑA FRANCISCA.

(A don Carlos.)

Yo no te esperaba á tí...

DON EUGENIO.

Si se le puso en los cascos

El venir á acompañarme,

Y no hubo remedio humano...

Deja solo al pobre viejo,

Su escritorio abandonado...

DON CARLOS.

¿Pues vengo á estarme algun siglo?

En viendo á Cádiz me marchó.

DON EUGENIO.

Y mientras... Mas de lo hecho

No hay que hablar. (Siéntanse.)

Se me hace extraño

El no ver á tu marido...

DOÑA FRANCISCA.

Salió esta tarde temprano

A esperarte; y yo no sé...

DON EUGENIO.

Está el muelle tan poblado

De gente...

DOÑA FRANCISCA.

Pues fue al instante

Que de la torre avisaron

Que llegaba la fragata...

DON EUGENIO.

Padre le celebra tanto,

Que deseo conocerle...

DON CARLOS.

Yo tambien.

DOÑA FRANCISCA.

No te ha engañado;

Es honrado, generoso,

De buen fondo...

DON CARLOS.

¿Qué apostamos

A que tiene una gran falta?

DON EUGENIO.

¿Qué sabes tú?

DON CARLOS.

¿Pues no es claro?

¡Muger propia, y tanto elogio!

Solo intenta abrir el paso

A algun pero... y pero grande...

DOÑA FRANCISCA (*suspirando*).

¡Ay!

DON CARLOS.

¿Lo ves?

DON EUGENIO.

Pero sepamos

Qué defecto... ¿No lo dices?

DON CARLOS.

¿Es un poco aficionado

Al juego?

DOÑA FRANCISCA.

Ni vé los naipes.

DON CARLOS.

¿Se suele alegrar, hablando

A estilo de caballeros,

Por no decir si es borracho?

DOÑA FRANCISCA.

Nada, menos.

DON CARLOS.

No lo digas,

Que voy á dar en el clavo:

Le gustan mucho las hijas

De Adan.

DOÑA FRANCISCA.

Jamás lo he notado...

DON CARLOS.

Pues prima, si eso es así,

¿Hay mas que canonizarlo?

Ni juega, ni se embriaga,

Ni le gustan picos pardos...

DON EUGENIO.

¿No te quiere?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¡ojalá

Que no me quisiera tanto!

DON CARLOS.

¡A Dios! ¿Es zeloso el pobre?

Pues buen trabajo le mando:

Marido entrado en edad

Y muger de pocos años,

¿Qué había de suceder?

En verdad hemos andado

Muy torpes.

DON EUGENIO.

Tienes razon;

Pero tú...

DOÑA FRANCISCA.

Jamás le he dado

El mas mínimo motivo;

Pero él vive atormentado,
Y me hace infeliz á mí.

DON CARLOS.

¿Y no hay medio de curarlo
De esa manía?

DOÑA FRANCISCA.

Ninguno.

DON EUGENIO.

Yo le hablaré.

DOÑA FRANCISCA.

Será en vano;
Le convencerás, y luego...

DON EUGENIO.

Tiene juicio, y se hará cargo
De la razon.

DON CARLOS.

¡Gran proyecto!
¿Razones á un loco? ¡Bravo!

DON EUGENIO.

¿Pues qué remedio?

DON CARLOS.

Uno solo:

A un zeloso un desengaño.

DON EUGENIO.

¿Pero cuál?

DON CARLOS.

Hacerle ver
Que con rejas y candados

La muger puede pegarla,
Aunque la guardára el diablo:
Que no es bueno descuidarse;
Pero que tambien es malo
Incitar á las ofensas
Con recelos infundados:
En fin, que un marido cuerdo
Es como el que tiene al canto
Del camino real un huerto;
Conviene que esté al reparo
Y tome sus precauciones,
Que eso es muy propio de un amo;
Pero viva persuadido
A que si el mismo hortelano
Da la fruta y no la guarda,
Fiesta tendrán los muchachos.

DOÑA FRANCISCA.

Si te oyera mi marido...

DON CARLOS.

Si lo dejais á mi cargo,

Yo me atrevo á convencerle...

DON EUGENIO.

¿Pues no dijiste?...

DON CARLOS.

¿Y acaso

Intento yo convertirle
Con sermones? Ni soñarlo:
Al que adolece de zelos,

Si no le cura algun chasco
De que él propio se avergüence,
Es enfermo desahuciado.

DOÑA FRANCISCA.

Pues temo que mi marido
Se encuentre ya en ese caso.

DON EUGENIO.

¿De cierto?

DOÑA FRANCISCA.

Tú lo verás:

Cortés, afable en su trato,
De buena conversacion,
De talento despejado;
Pero en tocando á ese punto,
Le vuelven de arriba abajo:
Da lástima... y lo peor
Es que un maldito criado
Le da cuerda á su manía,
Y acaba de trastornarlo.

DON EUGENIO.

¡Bribon!

DOÑA FRANCISCA.

Le estafa, le engaña,
Le cuenta embustes forjados
En su cabeza; me acecha,
Me va siguiendo los pasos,
Y despues le mete chismes...

DON CARLOS.

¡Vaya! Es preciso curarlo;
No hay recurso; yo lo haré:
Lo primero, es necesario
Que conozca á ese tunante...

DOÑA FRANCISCA.

Varias veces lo he intentado,
Pero en balde: ¡está tan ciego!...

DON CARLOS.

Pues yo voy... ¿Pero quedamos
En qué corre de mi cuenta?...

DOÑA FRANCISCA.

¿El qué?

DON CARLOS.

Dejar cuerdo y sano
Al loco de tu marido.

DON EUGENIO.

¡Cosas tuyas!

DON CARLOS.

¿Qué apostamos?

DOÑA FRANCISCA.

No es obra fácil.

DON CARLOS.

Pues antes
He de hacer otro milagro:
¿Ves á ese espía, mas fiero
Que un eunuco de serrallo?
Pues le he de hacer corredor

De amores contra su amo.

DOÑA FRANCISCA.

No le conoces.

DON CARLOS.

Yo sé

Lo que son esos bellacos:

Son como perros de puerta;

A una sombra, á un espantajo,

Le ladran, se avanzan, muerden:

Viene un ladrón disfrazado,

Les echa un poco de pan,

Y le dejan libre el paso.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué humor tienes!

DON CARLOS.

A la prueba:

Yo ya he dicho que me encargo

De la empresa, y estoy cierto...

DON EUGENIO.

Pero, ¿cómo?

DON CARLOS.

Estoy pensando...

Y me ha ocurrido... ¿Quereis

Que yo me finja tu hermano?

(A doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Para qué?

DON CARLOS.

Lo vereis luego...

DOÑA FRANCISCA.

Eso no.

DON CARLOS.

¿Pues qué arriesgamos

En ello?

DON EUGENIO.

¿Pero á qué fin?...

DON CARLOS.

Dejadme á mí: yo le hablo;

Finjo que eres un amigo

Que me viene acompañando;

Tu caro esposo se avispá;

Seducimos al criado;

Y cuando esté todo á punto,

Le damos un desengaño...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no me atrevo...

DON CARLOS.

¿Por qué?

Es verdad, tendrá un mal rato;

Pero despues...

DOÑA FRANCISCA.

Ni por pienso.

DON CARLOS.

Él mismo tiene que darnos

Las gracias...

DOÑA FRANCISCA.

¡Y he de inquietarle!..

DON CARLOS.

¿Pero con quién? Con tu hermano.

DOÑA FRANCISCA.

Despues se avergonzará...

DON CARLOS.

Pues eso es lo que buscamos.

DOÑA FRANCISCA.

No me resuelvo.

DON CARLOS.

Supon

Que nos salga bien el chasco:

Rabiará dos ó tres dias;

Pero queda luego sano,

Y por fuerza ha de alegrarse...

¿Nos sale mal? aguantamos

Que se ria á costa nuestra,

Y esa diversion le damos:

Él siempre gana.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si mientras

Sucediere algun fracaso?

DON CARLOS.

¿Y qué puede suceder?

¿No está siempre en nuestra mano

Hacerle ver, cuando quiera,

Que el amante es su cuñado,

Que yo soy un primo loco,
Que le ha vendido el criado,
Que tú eres muger de bien?...

DOÑA FRANCISCA.

Mientras duda...

DON CARLOS.

¡Buen reparo!

¿Y qué dudará? ¿Unos dias?
Conozco yo mas de cuatro
Maridos que dudan siempre,
Y no están tristes ni flacos.

DOÑA FRANCISCA.

(A don Eugenio.)

¿Pero tú, qué dices?...

DON EUGENIO.

¿Yo?

Que este lo encuentra muy llano,
Y despues...

DON CARLOS.

¿Mas tú qué hallas

Difícil?...

DON EUGENIO.

Mucho.

DON CARLOS.

Veamos.

DON EUGENIO.

Lo primero y principal,
Que no soy yo para el caso.

DON CARLOS.

¿Pues tú qué tienes que hacer?
Para el enredo yo basto;
Tú no harás sino callar.

DON EUGENIO.

¿Y he de estar siempre callado?

DON CARLOS.

No tal.

DON EUGENIO.

Pues lo echo á perder.

DON CARLOS.

¿Y no hay remedio?... Finjamos
Que eres algo sordo: así
Hablas poco, muy despacio,
Piensas antes lo que dices,
Y en viéndote en un mal paso,
Recurres á la sordera,
Callas y te haces morlaco.

DON EUGENIO.

Para hacer bien el papel...

DON CARLOS.

Tienes mucho adelantado:
Naturalmente eres serio,
Y poco hablador.

DON EUGENIO.

Al cabo

Tengo que fingir amores...

DON CARLOS.

¡Por cierto que es gran trabajo!
¿Hombre, no te da vergüenza?
Si me dieran un ducado
Por cada vez que los finjo,
Tuviera ya un mayorazgo.

DON EUGENIO.

Pide talento...

DON CARLOS.

Eso sí;

Pide un talento tan raro,
Que la mozueta mas tonta
Da leccion al mas pintado.

DON EUGENIO.

Pero al fin, ¿no tengo yo
Que seducir al criado?

DON CARLOS.

¡Gran empresa! Ni la toma
De Granada costó tanto.

DON EUGENIO.

Es preciso ir poco á poco...

DON CARLOS.

Ponle una bolsa en la mano,
Y escusa andar con rodeos;
En diciéndole tú claro,
Esto quiero, ya verás
Si él sabe proporcionarlo.

DOÑA FRANCISCA.

En dejándote á tí hablar...

DON CARLOS.

Pues ya me vais enfadando
Con tantas dificultades.

DON EUGENIO.

¿Y si por un raro acaso
Sospechára don Anselmo?...

DON CARLOS.

¿Cómo puede sospecharlo?
No nos ha visto en su vida;
Digo que soy su cuñado;
Su muger misma lo apoya;
Tú, á pesar de ser su hermano,
Poco ó nada le pareces...
Pues aunque se vuelva diablo,
¿Cómo puede recelar?...

DOÑA FRANCISCA.

¿Quién sabe!

DON CARLOS.

Entonces nos damos
Por vencidos.

DON EUGENIO.

Mucho temo...
Que á las primeras de cambio...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no quisiera...

DON CARLOS.

Pues ya

Lo hemos de ver.

DON EUGENIO.

Suenan pasos...

DON CARLOS.

Con efecto...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, y es él..

Yo ya estoy toda temblando;
Mejor fuera...

DON CARLOS.

Chito, hermana,
Que yo soy mayor y mando.

ESCENA II.

DICHOS Y DON ANSELMO.

*(Levántanse todos: don Carlos se adelanta á dar
la mano á don Anselmo; este saluda á don
Eugenio, que le contesta con gravedad.)*

DON ANSELMO.

¡Hola!... Dispéñeme usted,
Si he estado fuera de casa...

DON CARLOS.

Ya nos debemos tratar

DOÑA FRANCISCA.

En dejándote á tí hablar...

DON CARLOS.

Pues ya me vais enfadando
Con tantas dificultades.

DON EUGENIO.

¿Y si por un raro acaso
Sospechára don Anselmo?...

DON CARLOS.

¿Cómo puede sospecharlo?
No nos ha visto en su vida;
Digo que soy su cuñado;
Su muger misma lo apoya;
Tú, á pesar de ser su hermano,
Poco ó nada le pareces...
Pues aunque se vuelva diablo,
¿Cómo puede recelar?...

DOÑA FRANCISCA.

¿Quién sabe!

DON CARLOS.

Entonces nos damos
Por vencidos.

DON EUGENIO.

Mucho temo...
Que á las primeras de cambio...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no quisiera...

DON CARLOS.

Pues ya

Lo hemos de ver.

DON EUGENIO.

Suenan pasos...

DON CARLOS.

Con efecto...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, y es él..

Yo ya estoy toda temblando;
Mejor fuera...

DON CARLOS.

Chito, hermana,
Que yo soy mayor y mando.

ESCENA II.

DICHOS Y DON ANSELMO.

*(Levántanse todos: don Carlos se adelanta á dar
la mano á don Anselmo; este saluda á don
Eugenio, que le contesta con gravedad.)*

DON ANSELMO.

¡Hola!... Dispéñeme usted,
Si he estado fuera de casa...

DON CARLOS.

Ya nos debemos tratar

LOS ZELOS INFUNDADOS.

Con toda la confianza
De hermanos.

DON ANSELMO.

Con mucho gusto:

Fui al muelle...

DON CARLOS.

Me lo acaba

De decir esta.

DON ANSELMO.

Mas viendo

Que usted tanto se tardaba,
Le pregunté á un marinero
Que vi llegar en la lancha,
Y me dijo que ya habia
Dejado á usted en la plaza.

DON CARLOS.

Con efecto, así que pude,
No perdí tiempo : las ganas
De pisar tierra eran muchas;
Y el abrazar á una hermana
Tan querida...

DON ANSELMO.

Eso es muy justo;

Tambien ella lo anhelaba...

DON CARLOS.

Crucé el muelle; nos dejamos
Ahí en la fonda de Malta
El equipage; y un mozo

ACTO I, ESCENA II.

Nos trajo aquí sin tardanza.

DON ANSELMO.

¿Y este caballero?

DON CARLOS.

¡Oh!

Es mi amigo y camarada,
Muy estimado de padre...

DON ANSELMO.

Yo celebraré que haya
Ocasión en que servirle...

DON CARLOS.

No le ha dado á usted las gracias,
Porque quizá no lo ha oído.

DON ANSELMO.

¿Pues qué?...

DON CARLOS.

Es que tiene la falta

De ser un poco teniente.

DON ANSELMO.

¡Qué dolor!

DON CARLOS.

Si no le hablan

Con trompetilla, es en balde.

DON ANSELMO.

Y tan mozo...

DON CARLOS.

Y de una casa

Tan principal : es quizá

El mas rico de la Habana...

Don Felix de Uganorrea...

DON ANSELMO.

¿Es así como se llama?

DON CARLOS.

Si señor.

DON ANSELMO.

¿Es vizcaíno?

DON CARLOS.

Solo el nombre lo declara;

Nació en el mismo Bilbao.

DON ANSELMO.

¿Será muy noble?...

DON CARLOS.

¡Ahí es nada!

Sabe usted que hasta los hongos

Nacen nobles en Vizcaya.

Pero él no hace caso de eso:

Con su talento le basta;

Aunque así parece un bruto...

DON ANSELMO.

¡Hombre!

DON CARLOS.

Si no oye palabra:

En no alzando mas la voz,

Se queda como una estatua.

DON ANSELMO.

Pues es lástima; que es jóven,

Y tiene muy buena traza...

DON CARLOS.

Aun son mejores sus prendas;

Solo le notan la falta

De ser muy enamorado...

DON ANSELMO.

Los mozos tienen á gala

El serlo.

DON CARLOS.

Pero no así;

Si no hay soltera ó casada

Que esté á salvo...

DON ANSELMO (*interrumpiéndole*).

Me parece

Que quizá tendrá usted ganas

De descansar, ó si gusta

De que allá dentro le hagan...

DON CARLOS.

No señor... pues, como digo...

DON ANSELMO.

Con navegacion tan larga...

DON CARLOS.

Pero ha sido divertida :

Las horas se nos pasaban

Oyéndole relatar

Los lances que les jugaba

A los padres y maridos...

Ya se vé; con buena estampa,

Muchos doblones, talento,
Y hasta yo no sé qué gracia
Que le presta la sordera...
Ello es una extravagancia;
Pero al fin mugeres.

DON ANSELMO.

Cierto.

DON CARLOS.

¿No llevo razon, hermana?

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué se yo!...

DON CARLOS.

Todas sois unas;

Yo digo las cosas claras.

DON ANSELMO.

¿Qué tienes?

DOÑA FRANCISCA.

Nada.

DON ANSELMO.

Creí...
Como estabas tan callada.

DOÑA FRANCISCA.

Me sorprendió el verle entrar...

DON ANSELMO.

No es extraño; os aguardaba
Connigo.

DOÑA FRANCISCA.

Así... de repente...

DON CARLOS.

Despues de una temporada
De seis años... Pues á padre
Aun ya le parece larga
La ausencia de pocos meses.

DON ANSELMO.

Siempre con su buena pasta,
Y tan gordo... ¿No es así?

DON CARLOS.

Ya verá usted por sus cartas
Su buen humor... en trayendo
El equipage...

DON ANSELMO.

Me agrada

Aquel genio tan alegre...

DON CARLOS.

Siempre está como unas Pascuas:
¡Vaya! si le viera usted
Riyéndose á carcajadas

Con los lances de don Felix...

Bien que los cuenta con gracia.

DON ANSELMO.

Pues parece taciturno.

DON CARLOS.

En tomando confianza

Con la gente... verá usted

Los ratos que nos aguardan

Con él; se reirá usted mucho...

¿Y tú por qué ne le hablas,

(A doña Francisca.)

No estrañe?...

DON ANSELMO.

(A don Eugenio con viveza.)

¿Está usted cansado?

DON EUGENIO.

¿Casado yo? No, á Dios gracias;
Afiicionado no mas.

DON CARLOS.

¿Qué! si por allá le llaman
Heródes de los maridos...

Ya se vé, como que arma
Tal degüello de inocentes!

DON ANSELMO.

¿Pues no tiene mala fama!

DON CARLOS.

Y la merece... quisiera
Que ahora mismo nos contára...

DON ANSELMO.

Ahora no... en otra ocasion...

DON CARLOS.

Si él en eso no se cansa...

Sentémonos.

DON ANSELMO.

(A don Eugenio.)

Tome usted...

DON EUGENIO.

Está muy bien empleada...

DON ANSELMO.

Suplico á usted...

DON CARLOS.

Toma esta...

Aquí, al lado de mi hermana.

DON ANSELMO.

Es que...

DON CARLOS.

Fuera ceremonias;

Con este son excusadas.

(Al tomar las sillas intenta don Anselmo, como por via de cumplimiento, alargar una á don Eugenio, y colocarse entre él y su muger; don Eugenio finge rehusarlo cortestamente, y don Carlos hace que quede don Eugenio junto á doña Francisca, y que don Anselmo se sienta junto á él, llamándole continuamente la atencion.)

Yo le trato como á hermano;

Y por eso, aunque él pensaba

Buscar un alojamiento...

DON ANSELMO.

Hay escelentes posadas

En Cádiz; yo sé de una...

DON CARLOS.

Como él nunca se separa

De mí...

DON ANSELMO.

En esta misma calle...

DON CARLOS.

Y sé que tanto os agrada
La franqueza...

DON ANSELMO.

Con efecto;

Si quiere dinero, cama,
O muebles...

DON CARLOS.

No es menester;

Yo le he ofrecido esta casa...

DON ANSELMO.

Usted es muy dueño de ella;

Pero...

DON CARLOS (*interrumpiéndole*).

Yo siempre contaba
Con esa respuesta.

DON ANSELMO.

Pero,

Aunque parece tan ancha...

DON CARLOS.

Pues es bastante espaciosa.

DON ANSELMO.

Lo aparenta la fachada,
Mas en el fondo...

DON CARLOS.

(A don Eugenio.)

¿Qué tal?

DON EUGENIO.

¿Eh?

DON CARLOS (*recio*).

¿Ves el lujo que gastan
Los comerciantes de Cádiz?
Mi buen hermano se halla
Estrecho en este palacio...

DON EUGENIO.

¡Oh! ¡Pues es hermosa casa!

DON ANSELMO.

(Recio á don Eugenio.)

Es muy incómoda; mucho.

DON EUGENIO.

Pues siendo cómoda, basta.

DON ANSELMO.

(A don Carlos.)

Es ya sordo de remate.

DON CARLOS.

(A don Anselmo.)

Suele estar como una tapia;

Pero en hablándole recio...

Mi hermano siente en el alma

(Alto á don Eugenio.)

No alojarte cual quisiera;

Pero ofrece...

DON EUGENIO.

Muchas gracias;
Yo en cualquier parte estoy bien.

DON CARLOS.

(Alto á don Eugenio.)

Es tan grande su eficacia,
Que con nada está contento.

DON EUGENIO.

Yo no sé cómo pagára
Tanta fineza...

DON ANSELMO.

(Alto á don Eugenio.)

Por mí...
Pero la alcoba es tan mala...

DON EUGENIO.

Usted, señor, me confunde;
Yo no me marezco nada.

DON ANSELMO.

(Alto á don Eugenio.)

Muy calorosa en verano...

DON EUGENIO.

¡Qué! Viniendo de la Habana,
No se estrañará el calor...

DON ANSELMO.

(Alto á don Eugenio.)

Y acude luego una plaga
De mosquitos...

DON EUGENIO.

Yo me pongo
Mi mosquitero en la cama,
Y no les temo.

DON ANSELMO *(alto)*.

Mi esposa

Durmió en ella una semana,
Y no pudo resistir...
¿No es verdad?

(A doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA.

Cierto.

DON ANSELMO.

Pasaba

Unas noches... que lo diga...

DOÑA FRANCISCA.

Es así.

DON ANSELMO.

(Recio á don Eugenio.)

Yo me alegrára

Tener otra proporcion;
Pero...

DON EUGENIO.

Me faltan palabras
Para decir cuánto aprecio...

DON CARLOS.

Me parece que ya basta
De cumplimientos, señores.

DON ANSELMO.

(A don Eugenio.)

Mejor fuera...

DON EUGENIO *(interrumpiéndole).*

Gracias; gracias.

DON CARLOS.

(A don Anselmo.)

¿No ofrece usted lo que tiene?

¿Pues qué mas? En una sala

Podemos vivir los dos...

Tú lo dispondrás, hermana,

Como mejor te parezca,

Que ahora vamos á que traigan

El equipage. *(Levántanse todos.)*

DOÑA FRANCISCA.

Está bien.

DON CARLOS.

(A don Anselmo.)

Si usted no se incomodára,

Y quisiera acompañarnos...

DON ANSELMO.

Vamos.

DON CARLOS.

Porque esa canalla

De mozos, en conociendo

Forasteros, los estafan.

DON ANSELMO.

Es así.

DON CARLOS.

(A don Eugenio.)

Si tú no quieres

Venir...

DON EUGENIO.

Bueno.

DON CARLOS.

No haces falta,

Que mi hermano va conmigo.

DON ANSELMO.

Es que siempre acomodára...

DON CARLOS.

¿Para qué?

DON ANSELMO.

Si son el diantre;

Y la pegan, aunque haya

Cien testigos...

DON CARLOS.

No haya miedo.

DON EUGENIO.

¿Con que no voy?

DON CARLOS.

(A don Eugenio.)

Nos aguardas

Aquí.

DON ANSELMO.

(A don Eugenio, que finge no oírle.)

Bien podeis venir.

DON CARLOS.

A la otra puerta.

DON EUGENIO.

¿Qué?

DON CARLOS.

Nada.

Que estás gordo.

DON EUGENIO.

Si soy sordo,

¿Qué le hemos de hacer?

DON CARLOS.

Ya escampa.

DON EUGENIO.

Harto siento incomodar...

DON ANSELMO.

En hablándole en voz alta...

Que venga usted con nosotros.

(Muy recio á don Eugenio.)

DON EUGENIO.

Bien...

DON CARLOS.

(En igual tono á don Eugenio.)

O si no tienes gana,

Y quieres quedarte...

DON EUGENIO.

Bien.

DON ANSELMO *(interrumpiéndole).*

Mientras hablamos, se pasa

El tiempo... Vamos, don Felix.
(Cogiéndole amistosamente del brazo.)

DON CARLOS.

Pues yo me quedaré en casa,
Y eso gano; ustedes van...

DON ANSELMO.

¡Viva, viva! Así me agrada,
Con franqueza.

DON EUGENIO.

(A don Carlos.)

¿Y tú no vienes?

DON ANSELMO.

*(Recio á don Eugenio.)*Quiere estarse con su hermana
Hablando de la familia.

DON EUGENIO.

Bien hecho.

DON ANSELMO.

(A don Eugenio.)

Vámonos.

DON CARLOS.

Vayan

Ustedes con Dios... ¡Ah! Oye:

*(Llamando recio á don Eugenio y deteniéndote.)*Cuenta alguna de tus gracias
Por el camino.

DON EUGENIO.

Otro día...

DON CARLOS.

(A don Anselmo.)

Oirá usted sus humoradas...

DON ANSELMO.

Bueno.

DON CARLOS.

Os dará mucho gusto

El ver cómo tiene maña

Para tanto enredo... á cuatro

Engañaba en una casa.

DON ANSELMO.

¡Cuatro mugeres, y juntas!...

No puede ser.

DON CARLOS *(con rapidex).*

Dos hermanas,

Madre y tia, ¿cuántas son?

DON ANSELMO.

Es difícil.

DON CARLOS.

(Recio á don Eugenio.)

Le contaba

Lo de las cuatro...

DON EUGENIO.

¿Qué cuatro?

DON CARLOS.

(Recio á don Eugenio.)

Cuando á un tiempo enamorabas...

DON EUGENIO.

No eran cuatro.

DON ANSELMO.

(A don Carlos.)

¿Lo vé usted?

DON CARLOS.

Pues...

DON EUGENIO.

(Presentando los dedos de la mano.)

Cinco con la criada.

DON ANSELMO.

(Llevándose de un tiron á don Eugenio.)

Queden ustedes con Dios.

¡Maldita sea tu casta!

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA Y DON CARLOS.

(Siéntanse.)

DON CARLOS.

¡Qué vanderilla que lleva!

No es el susto para menos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ves lo que yo te decía?

Si yo conozco su genio.

DON CARLOS.

No pensé que fuera tanto;

Es mucho asunto.

DON CARLOS.

(A don Anselmo.)

Oirá usted sus humoradas...

DON ANSELMO.

Bueno.

DON CARLOS.

Os dará mucho gusto

El ver cómo tiene maña

Para tanto enredo... á cuatro

Engañaba en una casa.

DON ANSELMO.

¡Cuatro mugeres, y juntas!...

No puede ser.

DON CARLOS *(con rapidex).*

Dos hermanas,

Madre y tia, ¿cuántas son?

DON ANSELMO.

Es difícil.

DON CARLOS.

(Recio á don Eugenio.)

Le contaba

Lo de las cuatro...

DON EUGENIO.

¿Qué cuatro?

DON CARLOS.

(Recio á don Eugenio.)

Cuando á un tiempo enamorabas...

DON EUGENIO.

No eran cuatro.

DON ANSELMO.

(A don Carlos.)

¿Lo vé usted?

DON CARLOS.

Pues...

DON EUGENIO.

(Presentando los dedos de la mano.)

Cinco con la criada.

DON ANSELMO.

(Llevándose de un tiron á don Eugenio.)

Queden ustedes con Dios.

¡Maldita sea tu casta!

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA Y DON CARLOS.

(Siéntanse.)

DON CARLOS.

¡Qué vanderilla que lleva!

No es el susto para menos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ves lo que yo te decía?

Si yo conozco su genio.

DON CARLOS.

No pensé que fuera tanto;

Es mucho asunto.

DOÑA FRANCISCA.

Mas siento

Su mal rato que no él.

DON CARLOS.

Ha sufrido en sus adentros

El martirio... se notaba

Que estaba el pobre violento.

DOÑA FRANCISCA.

Yo ya estuve si descubro...

DON CARLOS.

Pues buena la hubieras hecho.

DOÑA FRANCISCA.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Todo se perdía.

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte nada espero.

DON CARLOS.

Yo sí.

DOÑA FRANCISCA.

Verás cuál te engañas.

DON CARLOS.

Pronto tenemos de verlo :

El principio salió bien;

Él se ha tragado el anzuelo,

Y lo lleva... ¿No notaste

Sus excusas y rodeos

Por deshacerse del huésped?

;Pues no digo el otro aprieto

De dejarle aquí contigo!

Yo tuve por buen acuerdo

Que toser, por no reirme;

Pero el don Felix tan serio,

Que por poco hasta yo mismo

Dudo si es sordo en efecto.

DOÑA FRANCISCA.

Yo me hallaba tan turbada,

Que si llego á hablar...

DON CARLOS.

Por eso

Yo estaba siempre á los quites.

DOÑA FRANCISCA.

Trabajo en balde.

DON CARLOS.

Veremos.

DOÑA FRANCISCA.

Si no puedes tú creer...

Yo le estimo como debo,

Conozco sus buenas prendas,

Le quiero... pero hay momentos

Que casi, casi... Bien sé

Que nace de mucho afecto

Su manía; mas con todo,

Es un continuo tormento.

Si salgo y viene conmigo,

Va á mi lado sin sosiego;

Si él no puede, va el criado;
 Y algunas veces de intento
 Me deja ir sola, y despues
 Me va siguiendo á lo lejos.
 ¡Pues no digo en el teatro!
 Si miro al patio, si vuelvo
 Los ojos á cualquier parte
 O saludo á algun sugeto,
 Ya está en ascuas; y al contrario,
 Si siquiera pestaño
 Por atender á la escena,
 Se le viene al pensamiento
 Que algun cómico me gusta.

DON CARLOS.

Eso no es vivir.

DOÑA FRANCISCA.

Prefiero

Casi siempre estarme en casa;
 Pero ¿qué? Cuando yo pienso
 Que fue al negocio mas grave,
 Vuelve con cualquier pretexto...
 Ya se le ofreció un papel.
 Ya se le olvidó el pañuelo;
 Y mientras mas disimula,
 Por no mostrar sus recelos
 Y disgustarme, peor;
 Él se pudre en sus adentros,
 Y me quema á mí. — «¿Quién vino?—

Nadie—Pensé... pues encuentro
 Esta silla en otro sitio...
 Y está caliente el asiento.»
 Suelo enfadarme, y entonces
 Conoce el pobre su yerro,
 Y dice que fue una chanza...
 Por lo demas, nada tengo
 De que quejarme; me adora,
 Me da gusto en cuanto quiero...

DON CARLOS.

Pues es lástima que un hombre
 Tan cabal, tenga un defecto
 Tan ridículo...

DOÑA FRANCISCA.

Es así.

DON CARLOS.

Y si encontrára á lo menos
 Algun motivo...

DOÑA FRANCISCA.

Seguro.

DON CARLOS.

Pero en picándose en zélos,
 Se vuelven tontos los hombres...
 ¿Y qué adelantan con eso?

DOÑA FRANCISCA.

Nada; si quisiera una...

DON CARLOS.

Ahora mismo se está viendo:

(En este punto va á salir por la puerta interior el criado, pero se detiene y se pone á escuchar lo que hablan los dos; mientras ellos continúan sin echarlo de ver.)

Despues de tanto trabajo,
Fue tu marido contento
Porque se llevaba al otro;
Y está el pobre muy ageno
De que yo no soy tu hermano...

DOÑA FRANCISCA.

Pues cuando llegue á saberlo...

DON CARLOS.

¿Qué importa? Ya será tarde.

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte mucho temo

Que lo llegue á recelar...

DON CARLOS.

¿Somos acaso tan lerdos?

DOÑA FRANCISCA.

Pero él es muy malicioso.

DON CARLOS.

En logrando nuestro objeto,

Mas que despues lo malicie.

DOÑA FRANCISCA.

Quizá él no caiga tan presto;

Pero si entiende el criado...

DON CARLOS.

¿Pues acaso es muy discreto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué discreto! Un animal,

Tan pícaro como necio.

(Al llegar aquí siente el criado venir á Pepa; vuelve la cara y sale; viene ella detras, y doña Francisca y don Cárlos suspenden la conversacion.)

ESCENA IV.

DOÑA FRANCISCA, DON CARLOS,
JUAN Y PEPA.

JUAN.

(¿A buena ocasion!)

PEPA.

Señora,

Yo no he encontrado allá dentro

La llave de la despensa.

DOÑA FRANCISCA.

Aquí está.

PEPA.

(Al oído á doña Francisca.)

Os estaba oyendo

Ese bribon; yo le ví...

DOÑA FRANCISCA *(tambien bajo).*

¿Habrá estado mucho tiempo?

PEPA (*bajo*).

No lo sé. (*Alto*.) Voy á sacar...

DOÑA FRANCISCA.

Tómala, y traémela presto.

ESCENA V.

Los mismos, menos PEPA.

DOÑA FRANCISCA. (*A Juan.*)

¿Qué busca usted?

JUAN (*buscando por el fondo de la escena*).

Un papel;

Y por aquí no lo encuentro...

No sé dónde se ha caído...

DOÑA FRANCISCA.

(*Esta parte del diálogo la dicen uno y otro en tono bajo, como reservándose del criado.*)

Lo oyó todo.

DON CARLOS.

No lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

Lo verás.

DON CARLOS.

Pues fuera chasco.

DOÑA FRANCISCA.

Tan al principio...

DON CARLOS.

No pierdo

La esperanza todavía...

DOÑA FRANCISCA.

El diablo mismo lo ha hecho.

DON CARLOS.

(*En tono alto, viendo acercarse á Juan.*)

Pues padre me encargó mucho...

JUAN.

Nada, nada, no lo veo...

DOÑA FRANCISCA.

En la cocina...

JUAN.

No está.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ni en los otros cuartos?

JUAN.

Menos;

Él ha de estar por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

¿Por qué no lo buscáis luego?

JUAN.

Es la cuenta... ¿y quiere usted

Que esté con tanto sosiego?

(*Se aleja buscando.*)

DOÑA FRANCISCA.

(*Bajo á don Carlos.*)

¿Ves su malicia?

DON CARLOS.

(Bajo á doña Francisca.)

Él se aguarda

Por ver lo que coge al vuelo...

DOÑA FRANCISCA.

(Bajo á don Cárlos.)

Pues ha de llevarse chasco. —

¿Vamos al otro aposento,

(Alto.)

Y en el balcón?...

DON CARLOS. *(Levántanse.)*

Dices bien:

Allí se verá á lo ménos

Pasar gente; y cuando venga

Mi cuñado...

(Juan tose con malicia.)

DOÑA FRANCISCA.

(Bajo á don Cárlos.)

¿Ves?

DON CARLOS.

(Bajo á doña Francisca.)

Ya veo.

DOÑA FRANCISCA.

(Bajo á don Cárlos.)

Todo se perdió.

DON CARLOS.

(Bajo á doña Francisca.)

¿Por qué?

Ya se encontrará remedio.

(Al irse los dos, sale Pepa, da la llave á doña Francisca, y se dirige hácia Juan.)

ESCENA VI.

PEPA Y JUAN.

PEPA.

*(A doña Francisca.)*Tome usted. *(A Juan.)* Muy afanado

Está un hombre.

JUAN.

Yo no tengo

Que dar cuenta á usted ni á nadie.

PEPA.

Por si fuere de provecho...

JUAN.

A cien leguas de distancia.

PEPA.

Yo no he visto un caballero

Mas galan con las mugeres...

JUAN.

¡Mugeres! En todas fuego.

PEPA.

¡Vaya! Ese es mucho rigor,

Señor don Juan.

JUAN.

Yo me entiendo.

PEPA.

¿No habrá una escepcion siquiera?

JUAN.

Todas dentro de un mortero,
Y la mejor...

PEPA.

¿La dejais?

JUAN.

Para hacer el bota-fuego.

PEPA.

Gracias por tanto favor.

JUAN.

Es justicia á palo seco.

PEPA.

¿Pero no hay buena ni una?

JUAN.

Ni media.

PEPA.

Pues yo no puedo
Creer que todas...

JUAN.

Si al nacer,

Ya traen al diablo en el cuerpo...
No hay que reirse; á la prueba;
Los muchachos son traviesos,
Es verdad; pero no gastanMalicia alguna en sus juegos:
Corren, saltan, se divierten
A la pelota, al hoyuelo,
Con el trompo ó la pandorga,
Segun lo requiere el tiempo:
Pero ¿las niñas?... ¡Ya va!
Aun no se las vé en el suelo,
Y ya juegan á visita,
A hacerse mil cumplimientos,
A hablar de novios y modas,
Y responder á un requiebro.—
Que crecieron en edad;
Aun no echan bien un remiendo
Ni saben poner la olla,
Y hablan ya de casamiento...
La risa, el llanto, el amor,
Las rabiets y los zelos;
Mentira todo, mentira,
Para echar la red á un tiempo
A cien novios, y en la bulla
Dejar al mas tonto dentro.—
Pues, señor; ya se casaron...

PEPA.

¿No acaba usted con su cuento?

JUAN.

Pues, como digo, se casan;
¿Pero se enmiendan por eso?
Al contrario, andan mas sueltas,

Y echan á lucir su genio.
 ¿Para qué es fingir? Ya el pobre,
Velis, nolis, está preso;
 Y ha de morir con la cruz,
 Si no las mata primero.
 Pues que sufra ó que reviente;
 Luzcan ellas su cortejo,
 Y calle el pobre marido,
 O tenga en casa un infierno.

PEPA.

¿Pero todas?...

JUAN.

 Sí señora,
 Todas; y las que creemos
 Con mas juicio, es porque saben
 Ocultar mejor el juego.—
 Pero á mí no me la pegan;
 Yo, hija mia, las entiendo...

PEPA.

¿Y por qué lo dice usted?

JUAN.

Piensan que me mamo el dedo;
 Pero ya verán...

PEPA.

No sé...

JUAN.

Ni yo.

PEPA.

Pero ¿qué hay de nuevo?

JUAN.

Nada.

PEPA.

Por si era de ahora...

JUAN.

No señora: es ya muy viejo
 El haber encubridoras
 Donde quiera que hay rateros.

ESCENA VII.

*Dichos, DON ANSELMO, y unos mozos que
 conducen equipage.*

DON ANSELMO.

(A los mozos.)

Cuidado al entrar... *(A Pepa.)* Vé tú,
 Y condúcelos adentro.

ESCENA VIII.

DON ANSELMO Y JUAN.

JUAN.

¡Señor, señor!... ¡qué traicion!

DON ANSELMO.

¿Qué dices, hombre?

JUAN.

No puedo

Explicarme mas.

DON ANSELMO.

¿Qué hay?

JUAN.

Si no puede usted creerlo...

DON ANSELMO.

Vamos, dílo.

JUAN.

¿Qué traicion!

¡Y con un señor tan bueno!

DON ANSELMO.

Pero habla claro.

JUAN.

¡Bribones!

Ya está todo descubierto...

DON ANSELMO.

¿Qué?

JUAN.

¡Y usted tan confiado!

DON ANSELMO.

Vaya, acaba, majadero,

Que estoy ya...

JUAN.

Lo sabrá usted...

DON ANSELMO.

Dilo pronto.

JUAN.

No me atrevo...

DON ANSELMO.

Acaba.

JUAN.

¿Lo digo?

DON ANSELMO.

Sí.

JUAN.

¿Y si os pesa?

DON ANSELMO.

Dilo presto.

JUAN (*con frialdad*).

Nada: que os la pega el ama.

DON ANSELMO.

¡Hombre, calla, que me has muerto!

JUAN.

¿Pues no quiso usted?...

DON ANSELMO.

¿De veras? [®]

Piénsalo bien.

JUAN.

Estoy cierto.

DON ANSELMO.

¿Quién te lo ha dicho?

JUAN.

¿A mí?... nadie.

DON ANSELMO.

¿Pues quién lo ha visto?

JUAN.

Yo mismo.

DON ANSELMO.

No mas, Juan.

JUAN.

Con estos ojos.

DON ANSELMO.

¿Y cuándo?

JUAN.

No ha mucho tiempo.

DON ANSELMO.

¿Dónde?

JUAN.

En esta misma sala.

DON ANSELMO.

¿Con quién?

JUAN.

Con el forastero.

DON ANSELMO.

(Respirando recio.)

Hombre de Dios, si es su hermano.

JUAN.

¿Su hermano?... como mi abuelo.

DON ANSELMO.

No hablo del que fue conmigo...

JUAN.

Del que se quedó; ya entiendo.

DON ANSELMO.

Pues ese...

JUAN.

No es tal hermano.

DON ANSELMO.

Juan, ¿estás loco?

JUAN.

Muy cuerdo.

DON ANSELMO.

Pero ¿quién pudo decirlo?

JUAN.

Ellos mismos lo dijeron.

DON ANSELMO.

Y ¿quién lo oyó?

JUAN.

Esta persona.

DON ANSELMO.

¿Cómo?

JUAN.

Sin notarlo ellos.

DON ANSELMO.

¿Dónde estabas?

JUAN.

En la puerta.

DON ANSELMO.

¿Lo oíste bien?

JUAN.

Si hablaban recio...

DON ANSELMO.

¿Pero qué hablaban?

JUAN.

Lo dicho.

DON ANSELMO.

¿Nada más?

JUAN.

¿Y es poco eso?

DON ANSELMO (con énfasis).

¿Dijo que no era su hermano?

JUAN.

Si señor.

DON ANSELMO.

Pues no lo creo.

JUAN.

¿Lo vé usted?

DON ANSELMO.

Tú te engañaste.

JUAN.

¡Yo engañarme!

DON ANSELMO.

No hay remedio.

JUAN.

Me lleva el diablo...

DON ANSELMO.

Cuidado

No salga luego un enredo...

JUAN.

¿Es ese el pago que saco?

¡Yo enredador y embustero!

DON ANSELMO.

No digo tal...

JUAN.

Pero á bien

Que yo la culpa me tengo;

Y en callando lo demas...

DON ANSELMO.

¿Pues qué mas hay?

JUAN.

Si yo miento...

DON ANSELMO.

No, Juan.

JUAN.

Si será otro chisme...

DON ANSELMO.

Por Dios, Juanito, y te ofrezco

Un doblon...

JUAN.

Y creará usted

Que lo hago por el dinero.

DON ANSELMO.

No, Juan mio; dílo todo.

JUAN.

Pues señor, ellos dijeron
Que van á engañar á usted:
La señora tiene miedo
De que usted descubra el ajo;
Pero el otro caballero
Dice que en logrando...

DON ANSELMO.

¡Calla!

JUAN.

Y despues del asno muerto...

DON ANSELMO.

Calla, por Dios.

JUAN.

Si lo oí...

DON ANSELMO.

¡Mi Frasquita!... Yo no puedo
Persuadirme...

JUAN.

Tal vez sean
Unos amores añejos...

DON ANSELMO.

Pero...

JUAN.

Quizá desde niños...

DON ANSELMO.

Ello es preciso saberlo.

JUAN.

¿Pues os queda alguna duda?

DON ANSELMO.

Sí, Juan; yo te lo confieso.

JUAN.

¿No basta que yo lo diga?

DON ANSELMO.

Sí; pero con todo, quiero
Averiguarlo yo mismo...

JUAN.

¿Para qué?

DON ANSELMO.

Así me convenzo.

JUAN.

¿Duda usted de mí?

DON ANSELMO.

No, Juan;

Pero no puedo creerlo.

JUAN.

¿Por qué?

DON ANSELMO.

Si es casi imposible...

Si ellos saben que yo puedo,
A la primera sospecha,
Descubrir todo el enredo...

JUAN.

Pues señor, lo dicho dicho.

DON ANSELMO.

Saben que yo estoy impuesto
 En toda su parentela,
 En los asuntos secretos
 De su casa, en sus negocios;
 Y que al mas leve recelo,
 Con dos preguntas no mas...

JUAN.

Yo en mis trece me mantengo.

DON ANSELMO.

¿Pero, y las cartas que trae?

JUAN.

¿Las dió ya?

DON ANSELMO.

Las dará luego.

JUAN.

¿Pues!...

DON ANSELMO.

¿Y habian de atreverse!...

JUAN.

¿Qué sé yo!

DON ANSELMO.

Pues no lo creo.

La verdad, Juan, no te enojés:

Tú has bebido sin remedio

Algún traguillo de mas.

JUAN.

Si hace un mes que no lo pruebo.

DON ANSELMO.

Vamos, confíesalo, hombre...

JUAN.

Señor, que me caiga muerto...

DON ANSELMO.

No jures.

JUAN.

Si no he bebido...

DON ANSELMO.

Eso no es ningún defecto;

Y en diciéndome que sí,

Me vuelves el alma al cuerpo.

JUAN.

¿Si no lo he probado, dale!

DON ANSELMO.

Y aun me parece que advierto

En tus ojos...

JUAN.

¿Hay tal tema!

DON ANSELMO.

La verdad, ¿cuántas cayeron?

JUAN.

¿Por fuerza he de estar borracho? [®]

DON ANSELMO.

Si yo mismo lo estoy viendo!

JUAN.

¿Qué vé usted?

DON ANSELMO.

Si lo confiesas,
Te pago un tonel entero.

JUAN.

Pues digo que no, que no.

DON ANSELMO.

¿Con que te afirmas en ello?

JUAN.

Si señor.

DON ANSELMO.

Pues oye, Juan:

Yo voy con maña primero
A tentar el vado...

JUAN.

Bien.

DON ANSELMO.

Si tu aviso sale cierto,
Cuenta con un buen regalo;
Pero si no...

JUAN.

Nada temo.

DON ANSELMO.

Mira que te acuerdas, Juan.

JUAN.

Si digo que me convengo.

DON ANSELMO.

Que voy ahora mismo...

JUAN.

Ahora.

DON ANSELMO.

Que quedas por embustero...

JUAN.

A buen seguro.

DON ANSELMO.

Pues vamos...

JUAN.

No hay que andar, que salen ellos.

ESCENA IX.

DON ANSELMO, JUAN, DOÑA FRAN-
CISCA Y DON CARLOS.

*(Salen los mozos descargados, pasan por detrás
de los actores, y se van por la otra puerta.)*

DOÑA FRANCISCA.

Te esperábamos allí;
Y como tardabas tanto...

DON ANSELMO.

Iba ya; pero tenía
Que darle á Juan un recado...

DON CARLOS.

¿Y don Felix?

DON ANSELMO.

Vendrá luego;

DON ANSELMO.

Si lo confiesas,
Te pago un tonel entero.

JUAN.

Pues digo que no, que no.

DON ANSELMO.

¿Con que te afirmas en ello?

JUAN.

Si señor.

DON ANSELMO.

Pues oye, Juan:

Yo voy con maña primero
A tentar el vado...

JUAN.

Bien.

DON ANSELMO.

Si tu aviso sale cierto,
Cuenta con un buen regalo;
Pero si no...

JUAN.

Nada temo.

DON ANSELMO.

Mira que te acuerdas, Juan.

JUAN.

Si digo que me convengo.

DON ANSELMO.

Que voy ahora mismo...

JUAN.

Ahora.

DON ANSELMO.

Que quedas por embustero...

JUAN.

A buen seguro.

DON ANSELMO.

Pues vamos...

JUAN.

No hay que andar, que salen ellos.

ESCENA IX.

DON ANSELMO, JUAN, DOÑA FRAN-
CISCA Y DON CARLOS.

*(Salen los mozos descargados, pasan por detrás
de los actores, y se van por la otra puerta.)*

DOÑA FRANCISCA.

Te esperábamos allí;
Y como tardabas tanto...

DON ANSELMO.

Iba ya; pero tenía
Que darle á Juan un recado...

DON CARLOS.

¿Y don Felix?

DON ANSELMO.

Vendrá luego;

Quedó en la fonda cuidando
Del resto del equipage...

DON CARLOS.

Usted se habrá molestado...

DON ANSELMO.

No señor.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué tienes?

DON ANSELMO.

¿Yo?

DOÑA FRANCISCA.

Tienes el rostro alterado...

DON ANSELMO.

No es cosa...

DON CARLOS.

Y descolorido...

DON ANSELMO.

Me dí al subir un golpezo...

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué parte?

DON ANSELMO.

En la rodilla,

Que vi estrellas.

DON CARLOS.

Unos paños

Con aguardiente...

DON ANSELMO.

A la noche.

DOÑA FRANCISCA.

¿Para qué es tardar? ¿Los saco?

DON ANSELMO.

No; luego.

DON CARLOS.

Es que si se enfria...

DON ANSELMO.

En dando aquí cuatro pasos...

Ven, Juan.

JUAN.

Apóyese usted.

(Don Anselmo se pasea cojeando, apoyado en el brazo de Juan, y dirigiendo la palabra á don Carlos, que estará al lado de doña Francisca, á quien hará señas con disimulo cuando los otros dos hablen aparte, que será cuando esten mas distantes; lo que formará un juego de teatro.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Se va el dolor mitigando?

DON ANSELMO.

Un poco: si doy mas recio,

Me quedo cojo en el acto. —

Yo conocí á vuestro tio...

DON CARLOS.

Aquel se encojó bailando,

DON ANSELMO.

Es verdad.

DON CARLOS.

Se lo oí mil veces.

DON ANSELMO.

¿No se llamaba?

DON CARLOS.

Don Pablo

Escamilla.

DON ANSELMO.

Con efecto.

DON CARLOS.

(Con suma rapidez.)

Él estaba emparentado

Con nosotros por dos partes:

Mi abuelo y su padre hermanos;

Él nuestro tío segundo;

Y luego estuvo casado

Con nuestra prima carnal,

Doña Gertrúdis Montalvo,

Hija de tia Isabel,

A quien pasó el mayorazgo

Por estinguirse las líneas

De los Méndez y los Castros...

DON ANSELMO.

Me lo contó vuestro padre...

DON CARLOS.

¡Toma si os lo habrá contado!

En tocándole á esa tecla...

Me hizo aprender todo el árbol

Genealógico.

DON ANSELMO.

(Aparte á Juan.)

¿Ves, hombre?

DON CARLOS.

Lo sé como un papagayo.

DON ANSELMO.

¿Y aquel tío que fue á Lima

Y gastaba gran boato?

DON CARLOS.

Buen comerciante español:

Su padre juntó los cuartos;

Él quiso hacerse marqués;

Y andan sus hijos descalzos.

DON ANSELMO.

(Aparte á Juan.)

¿Ves, Juan?

JUAN.

(En tono bajo.)

Sonsáquele usted.

DON CARLOS.

El menor pega un petardo

Al mas diestro.

DON ANSELMO.

Harto me escuece.

DON CARLOS.

Orden traigo de abonaros

Por cuenta de padre...

DON ANSELMO.

¿Cómo?

DON CARLOS.

Si padre quiere pagarlo.

DON ANSELMO.

¿Para qué se mete en eso?

DON CARLOS.

Diez mil quinientos y tantos...

DON ANSELMO.

(A don Carlos.)

Cabalmente. — ¿Oyes, bribon?

(A Juan en tono bajo.)

JUAN.

(A don Anselmo en tono bajo.)

Señor...

DON ANSELMO.

(A Juan en tono bajo.)

Mira que te mato.

DON CARLOS.

En la cuenta de la azúcar...

DON ANSELMO.

Como usted guste. — ¿Y los paños

Se vendieron bien?

DON CARLOS.

Los finos

Sí señor; pero los bastos...

DON ANSELMO.

Eran...

DON CARLOS.

Treinta y siete piezas.

(Don Anselmo tira un pellizco á Juan, que se queja.)

JUAN.

¡Ay!

DON ANSELMO.

(A Juan.)

Calla...

(A don Carlos.)

¿Con que, baratos?

DON CARLOS.

Sí señor. no hubo otro arbitrio.

DON ANSELMO.

¿No se acuerda usted á cuánto?...

DON CARLOS.

Me parece... no estoy fijo;

Pero es muy fácil mirarlo.

DON ANSELMO.

Quisiera...

DON CARLOS.

Pronto se sabe;

Todas las cuentas las traigo

En el cofre mas pequeño...

DON ANSELMO.

No os incomodeis...

DON CARLOS.

Al cabo

Tengo que abrirlo despues,
Y me entretengo este rato.

ESCENA X.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO
Y JUAN.

Oiga usted...

DON ANSELMO.

Vete, tunante.

JUAN.

¿Pero...

DON ANSELMO.

Pronto.

JUAN.

Voy...

DON ANSELMO.

Volando.

JUAN.

¡Por las ánimas benditas!

DON ANSELMO.

No quiero hablar con borrachos.

ESCENA XI.

DON ANSELMO Y DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

¿Estás enfadado?

DON ANSELMO.

No;

Pero este Juan, en bebiendo

Un trago, está tan penoso...

Y no quiere conocerlo

Y recogerse.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y la pierna?

DON ANSELMO.

Ya me va doliendo menos.

DOÑA FRANCISCA.

Pues te noto un no sé qué...

DON ANSELMO.

La verdad, traigo un proyecto

Hace rato en la cabeza...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y no puedo yo saberlo?

DON ANSELMO.

Sí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues por qué no lo dices?

DON ANSELMO.

Si te empeñas...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no tengo

Mas empeño que tu gusto.

DON ANSELMO.

Vas á pensar que son zelos...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no.

DON ANSELMO.

Y es curiosidad...

DOÑA FRANCISCA.

Está bien.

DON ANSELMO.

Si no me atrevo...

DOÑA FRANCISCA.

Dílo.

DON ANSELMO.

Te vas á reir.

DOÑA FRANCISCA.

No me reiré.

DON ANSELMO.

¿Y has de hacerlo?

DOÑA FRANCISCA.

Segun fuere.

DON ANSELMO.

Es un antojo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Puedo yo?...

DON ANSELMO.

Sí.

DOÑA FRANCISCA.

Pues lo ofrezco.

DON ANSELMO.

Tanto me ha hablado tu hermano
Del dichoso forasteroY su don de enamorar,
Que me ha ocurrido el deseo
De ver yo mismo su maña...

DOÑA FRANCISCA.

Él te dirá...

DON ANSELMO.

Si no es eso.

¿Qué gracia tiene el oírle,
Como quien escucha un cuento?
Yo quiero verle en los lances,
Sin que él sepa que le veo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y cómo?

DON ANSELMO.

De un modo fácil:

Él ha de venir muy presto;
Me escondo: te encuentra sola;
Piensa que te habla en secreto;

Y si es cual le pinta el otro,
Te empieza á hundir á requiebros...

DOÑA FRANCISCA.

Déjate de tonterías.

DON ANSELMO.

¿Pero qué se pierde en eso?

DOÑA FRANCISCA.

Y si no me dice nada?

DON ANSELMO.

Mejor, me quedo contento.

DOÑA FRANCISCA.

Pero, ¿no conoces?...

DON ANSELMO.

Sí,

Que es necesidad, lo confieso...

Pero si soy muy curioso...

DOÑA FRANCISCA.

Si fuera así... pero veo

Que eso es dudar aun de mí.

DON ANSELMO.

¿De tí! ¿Pues no te lo advierto?

A él solo se le arma el lazo;

Tú sabes que estoy oyendo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que te obstinas?...

DON ANSELMO.

Muger,

Te compro un rico aderezo

Como me des ese gusto...

DOÑA FRANCISCA.

Si es tu gusto, me convengo.

DON ANSELMO.

Pues bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y dónde has de estar?

DON ANSELMO.

Ya lo he pensado: me meto

Dentro de esa chimenea...

DOÑA FRANCISCA.

¡Hombre!

DON ANSELMO.

Verás como quepo.

DOÑA FRANCISCA.

Vas á estar como en un potro...

DON ANSELMO.

Es mi gusto, y no lo siento.

DOÑA FRANCISCA.

Con todo...

DON ANSELMO.

Míralo ahora.

(Alza la mampara de la chimenea, va á meterse,
y al sentir pasos vuelve á cerrarla.)

DOÑA FRANCISCA.

Que viene gente...

DON ANSELMO.

A buen tiempo.

ESCENA XII.

*Dichos y JUAN.*JUAN (*con timidez*).

Señor...

DON ANSELMO.

A dormir el lobo.

JUAN.

¿No es verdad?...

DON ANSELMO.

○ Ya estoy en eso.

JUAN.

¿Está usted desengañado?

DON ANSELMO.

Sí, Juan, estoy satisfecho.

JUAN.

Es que yo...

DON ANSELMO.

Si te disculpo.

JUAN.

No fui yo...

DON ANSELMO.

Tu compañero.

JUAN.

¿Qué compañero?

DON ANSELMO.

Después...

JUAN.

¿Me oirá usted?

DON ANSELMO.

Cuando estés fresco.

JUAN.

¿Con que eso es decir que estoy?...

DON ANSELMO.

¿Dale, bola! ¿Otra te pego?

JUAN.

Haga usted pruebas, señor.

DON ANSELMO.

¿Te acuestas, Juan, ó te encierro?

JUAN.

Ensartaré treinta agujas...

DON ANSELMO.

Mas que ensartaras un ciento.

JUAN.

Míreme usted en un pie...

(Al ponerse estribado en un pie, vacila y se apoya en el otro.)

DON ANSELMO.

¿Lo ves que te estás cayendo?

JUAN (*con la acción*).[®]

Otra vez...

DON ANSELMO.

(Apartando con enfado la vista).

No mas.

JUAN.

Ahora...

DON ANSELMO.

¿Te vas, bribon, ó te echo?

ESCENA XIII.

DOÑA FRANCISCA Y DON ANSELMO.

DON ANSELMO.

Gracias á Dios que se fue...
Así que me esconda dentro,
Te sientas delante, y hablas...

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

No me andes con peros;
¿No lo has ofrecido?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

¿Quieres?

DOÑA FRANCISCA.

Bien.

DON ANSELMO.

Pues que hables recio,

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué digo?

DON ANSELMO.

Cualquier cosa;

Si es solo á ver si la entiendo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me siento?

DON ANSELMO.

Ahí delante.—

Vamos á ver... ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué es eso?

DON ANSELMO.

No es cosa.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te has hecho mal?

DON ANSELMO.

Fue un golpecillo ligero;

Pero ya... ¡Bravo!

DON ANSELMO.

¿Estás bien?

DOÑA FRANCISCA.

Como un alcalde en su asiento.

A hacer la prueba.—A Dios, hija.

(Segun van denotando los versos, al esconderse don Anselmo en la chimenea se da un golpe en la cabeza, pero sigue y se coloca en una postura ridícula; cierra despues; doña Francisca se sienta delante con la costura, y él quita ó pone la mampara, segun que habla con su mu-

ger, ó que haga pruebas á ver si oye lo que esta dice fingiendo hablar con otro.)

DOÑA FRANCISCA.

« Buenas tardes, caballero... »

DON ANSELMO.

¿Has hablado ya?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, hombre.

DON ANSELMO.

Pues nada se oye de adentro.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué arbitrio?

DON ANSELMO.

Hablar mas alto.

(Ya que tiene ese defecto

El general enemigo,

Vamos á sacar provecho.)

(Cierra otra vez.)

DOÑA FRANCISCA.

« No está mi marido en casa;

Fue á un asunto de comercio. »

DON ANSELMO *(abriendo la mampara).*

Muger. ¿estás ronca?

DOÑA FRANCISCA.

¿Yo?

DON ANSELMO.

Si apenas percibo el eco.

DOÑA FRANCISCA.

Pues hablé claro, muy claro.

DON ANSELMO *(limpiándose los oídos).*

¡Vaya qué sordo me he vuelto!...

Así me voy á abrasar.

(Saliendo fuera.)

DOÑA FRANCISCA.

Pues déjalo.

DON ANSELMO.

Ni por pienso;

Ello ha de ser. Si pudiera...

¡Escelente pensamiento!

DOÑA FRANCISCA.

¿Cuál?

DON ANSELMO.

¿Querrás?

DOÑA FRANCISCA.

Si no lo has dicho.

DON ANSELMO.

Díme tú que sí primero.

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

Es muy fácil.

DOÑA FRANCISCA.

Lo haré.

DON ANSELMO.

¿Lo prometes?

DOÑA FRANCISCA.

Lo prometo.

DON ANSELMO.

Pues oye : yo vi en Madrid

Llevar algunos cocheros

Un cordon de seda atado,

Y tirarles desde adentro

Del coche para llamarlos...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué tenemos con eso?

DON ANSELMO.

Que si quisieras...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué? sigue...

DON ANSELMO.

Aquí es muy fácil hacerlo...

DOÑA FRANCISCA.

¿El qué?

DON ANSELMO.

Yo te ato una cinta...

DOÑA FRANCISCA.

¡A mí!

DON ANSELMO.

Sí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero á qué efecto?

DON ANSELMO.

¿No lo has comprendido?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Es sencillo.

DOÑA FRANCISCA.

No te entiendo.

DON ANSELMO.

¿No quiero estar escuchando?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

¿No quiero que hables recio,
Para oirlo todo?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

Bien :

Pues así que desde adentro

Te tire un poco, es señal

De que en ayunas me quedo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué cosas tienes!

DON ANSELMO.

Si es fácil:

En abriendo un agujero

A la mampara, por él

Entra la cinta, y le observo...

DOÑA FRANCISCA.

Por Dios, hombre...

DON ANSELMO.

Así descanso,

Y satisfago el deseo.

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

¿La cinta? Aquí hay una,
Que ni de molde.
(Sacándola del tabaque de la costura.)

DOÑA FRANCISCA.

No es eso.

DON ANSELMO.

¿El pasarla? ¡Gran trabajo!
Mira... así... bien... ya está hecho.
(Coge las tigeras, abre el lienzo de la mampara,
y pasa la cinta.)

DOÑA FRANCISCA.

Si lo que digo...

DON ANSELMO.

¿No quieres?

DOÑA FRANCISCA.

De pensarlo me avergüenzo.

DON ANSELMO.

¿Qué vergüenza? ¿Y quién lo sabe?
En entrándome en mi puesto,
Te colocas tú muy cerca,

Prendes en el brazo izquierdo

La cinta con este lazo...

(Con el extremo de la cinta echa un lazo á propósito, y se lo da á doña Francisca, la que á su tiempo hace lo que han expresado estos versos.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si se vé?

DON ANSELMO.

¿Y el pañuelo

Y la silla no la ocultan?

Tú finges que estás cosiendo;

Viene, hablais... pero cuidado

Que en tirándote con tiento,

Es que levantes la voz...

DOÑA FRANCISCA.

Ya estoy.

DON ANSELMO.

Si tiro mas recio,

Es que no oigo una palabra...

¿Me entiendes?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

Pues á ello.

(Va á meterse dentro de la chimenea, pero se detiene para decir lo que sigue.)

¡Ah!... si te tiro tres veces,

Es que ya aguantar no puedo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

DON ANSELMO.

Despedirle.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

DON ANSELMO.

Con cualquier pretesto.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si no se fuere?

DON ANSELMO.

Salgo,

Y echo á rodar los trebejos.

DOÑA FRANCISCA.

Esto ya raya en locura...

DON ANSELMO.

Gente suena... Vamos presto.

(Don Anselmo se mete en la chimenea, cierra la mampara, y tiene desde adentro cogido uno de los extremos de la cinta, atada al brazo de doña Francisca.)

ESCENA XIV.

Dichos y DON EUGENIO.

(Después de sonar ruido de pasos, entran los mozos cargados, y cruzan la escena: detrás sale don Eugenio, á tiempo que doña Francisca le dirige la palabra, cuidando ambos en este día-

logo de esforzar siempre la voz, excepto en las palabras que van entre comillas, que deben decirse en voz baja.)

DOÑA FRANCISCA.

(A los mozos.)

Dentro estará la criada;

Dejadlo en el mismo cuarto...

Señor don Felix, mi esposo

(A don Eugenio.)

Dejó al salir encargado

Que le dijese á usted...

(Hace con disimulo una seña de que está en la chimenea.)

DON EUGENIO.

¿Con qué ha salido?...

DOÑA FRANCISCA.

Hace rato.

DON EUGENIO.

Lo celebro mucho.

DOÑA FRANCISCA.

Dijo

Que en dejando despachado

Un asuntillo muy breve,

Iba á la fonda á buscaros.

DON EUGENIO.

Yo siento que se moleste;

Mas si tengo de ser franco,

El placer que ahora disfruto

De poder veros y hablaros...

DOÑA FRANCISCA.

Quizá esté allá...

DON EUGENIO.

Y no es de ahora

El tenerlo deseado:

Los elogios que oí hacer

A vuestro padre y hermano,

Me dejaron de tal suerte,

Al verlos hoy confirmados...

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted que ya habrá ido...

DON EUGENIO (*sin atender á lo que ella le dice*).

Que me ha parecido un año

El tiempo que he estado fuera;

Y ya que por dicha hallo

Ocasión tan oportuna...

(Toma una silla y se coloca á su lado.)

DOÑA FRANCISCA.

No hay duda; estará esperando...

« Por Dios, hombre. »

DON EUGENIO.

Fuera un crimen

Dejarla pasar en claro. —

« Que la pague. » Os lo confieso :

Llegar, veros, admiraros,

Y sentir ya...

DOÑA FRANCISCA.

Caballero,

Usted está acostumbrado

A la lisonja, y no gusto...

DON EUGENIO.

¡Lisonja decís! ¡qué engaño!

Con veros solo una vez,

Se grabó vuestro retrato

Donde el tiempo ni la ausencia

Lograrán nunca borrarlo.

« Duro en él. »

DOÑA FRANCISCA.

Esos obsequios

Están mejor empleados

En las solteras; nosotras...

DON EUGENIO.

¡Ah! ¿Por qué maligno hado

Llego tan tarde á este pueblo?

No; ninguno fuera osado

A disputarme un tesoro...

¿Mas qué he de hacer en mi caso?

Verlo, callar con respeto,

Y cuando mas envidiarlo.

DOÑA FRANCISCA.

« Calla por Dios. »

DON EUGENIO.

(Alzando la voz con vehemencia.)

Y fortuna

De que en su casa me hallo,

Que la veré á todas horas,

Que oiré su acento...

DOÑA FRANCISCA.

Cuidado

No os oiga alguno, y presuma...

DON EUGENIO.

¿Pues para qué habláis tan alto?

DOÑA FRANCISCA.

Como usted...

DON EUGENIO.

No soy tan sordo;

Puede usted hablar mas bajo.

DOÑA FRANCISCA.

Antes noté...

DON EUGENIO.

¿Y comparáis

El acento destemplado

De vuestro esposo, con ese

Tan apacible y tan grato?

Nunca, nunca los oídos,

Cuando oye el alma, son tardos.

DOÑA FRANCISCA.

Yo le ruego á usted... «Que tira.»

DON EUGENIO.

Si habláis recio, los criados

Se enterarán... «No te entiendo.»

DOÑA FRANCISCA.

«Que estoy atada del brazo.»

DON EUGENIO.

(A los mozos que pasan y salen.)

Id con Dios; yo voy detrás...

¿Qué gallegos tan pesados!

DOÑA FRANCISCA.

Repito á usted que mi esposo...

DON EUGENIO.

(Colocándose mejor en la silla.)

Es por cierto afortunado

En gozar siempre la dicha

Que gozo este breve rato.

«¿No lo quiere? pues que sufra.»

DOÑA FRANCISCA.

Sin duda se le hará extraño

Que no volváis con los mozos...

«Que aprieta»

DON EUGENIO.

Yo los alcanzo.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted que van de prisa...

«Que tengo ya hinchado el brazo.»

DON EUGENIO.

Sin llevar una esperanza,

No me es posible dejaros...

DOÑA FRANCISCA.

Yo ruego á usted que se vaya...

«Que va de dos.»

(Así en este como en los demas pasages semejantes

se debe percibir el movimiento de tirarle don Anselmo del brazo.)

DON EUGENIO.

Si retardo

Obedecer vuestra orden,
Culpad solo á vuestro encanto...
Pero si habeis de sentirlo,
Obedezco, sufro y callo.

(Levantándose.)

DOÑA FRANCISCA.

• Qué va de tres. » Id con Dios.

DON EUGENIO *(despidiéndose)*.

Ya cumplo vuestro mandato;

Y sacrificio mi gusto

Al temor de disgustaros..

(Don Eugenio hace que se va: don Anselmo abre la mampara para salir, y al advertir que el otro vuelve desde la puerta, cierra precipitadamente y se esconde.)

¡Ay! ¡Si llevara el consuelo!...

Pero soy muy temerario;

¿No es verdad? — Mas á lo menos,

No olvidéis á un desdichado.

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA Y DON ANSELMO.

(Doña Francisca se levanta y saca del brazo la cinta; don Anselmo sale de la chimenea lleno de polvo y colérico.)

DON ANSELMO.

¡Esto es una picardía!

Y yo no quiero aguantarla.

DOÑA FRANCISCA.

(Yendo á sacudirle el polvo.)

¡Jesus, cuánto polvo! Espera...

DON ANSELMO.

¡Pues salgo yo para gracias!

DOÑA FRANCISCA.

Pero yo, ¿qué culpa tengo?

DON ANSELMO.

¿Y yo á ti te digo nada?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues á quién?

DON ANSELMO.

Luego me oirás

Con tu hermanito del alma...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y él acaso?...

se debe percibir el movimiento de tirarle don Anselmo del brazo.)

DON EUGENIO.

Si retardo

Obedecer vuestra orden,
Culpad solo á vuestro encanto...
Pero si habeis de sentirlo,
Obedezco, sufro y callo.

(Levantándose.)

DOÑA FRANCISCA.

• Qué va de tres. » Id con Dios.

DON EUGENIO *(despidiéndose)*.

Ya cumplo vuestro mandato;

Y sacrificio mi gusto

Al temor de disgustaros..

(Don Eugenio hace que se va: don Anselmo abre la mampara para salir, y al advertir que el otro vuelve desde la puerta, cierra precipitadamente y se esconde.)

¡Ay! ¡Si llevara el consuelo!...

Pero soy muy temerario;

¿No es verdad? — Mas á lo menos,

No olvidéis á un desdichado.

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA Y DON ANSELMO.

(Doña Francisca se levanta y saca del brazo la cinta; don Anselmo sale de la chimenea lleno de polvo y colérico.)

DON ANSELMO.

¡Esto es una picardía!

Y yo no quiero aguantarla.

DOÑA FRANCISCA.

(Yendo á sacudirle el polvo.)

¡Jesus, cuánto polvo! Espera...

DON ANSELMO.

¡Pues salgo yo para gracias!

DOÑA FRANCISCA.

Pero yo, ¿qué culpa tengo?

DON ANSELMO.

¿Y yo á ti te digo nada?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues á quién?

DON ANSELMO.

Luego me oirás

Con tu hermanito del alma...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y él acaso?...

DON ANSELMO.

De por fuerza
Quererle meter en casa...

DOÑA FRANCISCA.

Escúchame, y no te enfades...

DON ANSELMO.

Sabiendo sus malas mañas...

DOÑA FRANCISCA.

Mira que estás engañado...

DON ANSELMO.

¡Vaya el sordo en hora mala!

DOÑA FRANCISCA.

Yo ya estoy arrepentida...

DON ANSELMO.

Si contigo no va nada...

DOÑA FRANCISCA.

Pues óyeme...

DON ANSELMO.

¡Juan!

DOÑA FRANCISCA.

Escucha...

DON ANSELMO.

Yo soy dueño de mi casa.

DOÑA FRANCISCA.

Que es mi hermano...

DON ANSELMO.

Mas que riña

Con él y toda tu casta.

DOÑA FRANCISCA.

Si es una equivocacion...

DON ANSELMO.

¡Juan!... si no que está en la cama...

¡Juan!!!

JUAN (*desde lejos*).

¡Señor!

DON ANSELMO (*á doña Francisca*).

Vete tú adentro.

DOÑA FRANCISCA.

Oye solo dos palabras...

DON ANSELMO.

Si voy al instante... ¡dale!

Espérame en la otra sala.

(*Durante esta escena don Anselmo discurre por el teatro con suma agitacion, y doña Francisca le sigue como para aplacarle, hasta que al fin se va esta á tiempo que sale Juan por la misma puerta.*)

ESCENA XVI.

DON ANSELMO Y JUAN.

DON ANSELMO.

(*Despues de una corta suspension.*)

Juan, ahora sí.

JUAN.

¿No lo dije?

DON ANSELMO.

No creyera tal infamia.

JUAN.

Yo sí.

DON ANSELMO.

Dime con franqueza:

¿Podrás llevar una carta?

JUAN.

¿Por qué no?

DON ANSELMO.

Pero, cuidado

No la pierdas ó te caigas...

JUAN.

¡Dale!

DON ANSELMO.

Míralo primero.

JUAN.

¿Volvemos á las andadas?

DON ANSELMO.

No te enfades; si tú puedes,
Vas al instante á llevarla.

JUAN.

Con mucho gusto; y si es...

DON ANSELMO.

Para echar fuera de casa
Al tal huésped...

JUAN.

Muy bien hecho.

DON ANSELMO.

Aquí... con cuatro palabras...

(Siéntase á escribir en un bufete; Juan en el interin se pasea por el teatro, entretenido en su conversacion.)

JUAN.

No que no; bueno anda el tiempo

Para dormirse en las pajas...

Lejos es y sopla el diablo;

Con que, en estando arrimada

La estopa al fuego, ¿qué tal?...

Si usted un poco se tarda,

Estrechan el parentesco

El hermanito y la hermana.

Pero quiso Dios que pronto

Se descubrió la empanada;

Y aunque usted no me creyó...

DON ANSELMO *(hablando consigo)*.

Poca prosa... y cuentas claras...

JUAN.

Al fin ha abierto los ojos:

Yo por mí, si me casára,

Aunque fuera mi muger

Horrible, vieja y beata,

(Que es tener en una pieza

Los enemigos del alma)

Ni de mi propia camisa,

Con ser mia, me fiára.

Y aun así... No hay que cansarse;

Ningun marido se escapa:

¿Es bonita la muger?...

Le dan hasta que la ablandan:

¿Es fea?... Mucho peor;

Busca cortejo, y lo paga.

¡Ah Juan! escarmienta en otros...

DON ANSELMO (*leyendo la esquela*).

No va mal... con esto basta.

(*Cerrándola.*)

¿Con que estás en que la llevas

Ahí á la fonda inmediata?...

JUAN.

Ya estoy.

DON ANSELMO.

Preguntas primero...

JUAN.

¿Pero á quién he de entregarla,

Si está ahí dentro?

DON ANSELMO (*levantándose de pronto*).

¿Cómo dentro?

JUAN.

Si le he visto en la otra sala...

DON ANSELMO.

¿A quién?

JUAN.

Al supuesto hermano.

DON ANSELMO.

Juan, ¿te dura la borrasca?

JUAN.

Si le he visto : ¡hay tal profía!...

DON ANSELMO.

Vamos, vuélvete á la cama...

JUAN.

Yo voy á perder el juicio;

Si está allí, junto á unas arcas,

Revolviendo sus papeles...

DON ANSELMO.

Si no es ese.

JUAN.

Yo pensaba...

Como comprendí que era

El que enamoraba al ama...

DON ANSELMO.

Pues bien.

JUAN.

¿Y no está allá dentro?

DON ANSELMO.

Si es el otro camarada...

JUAN.

¡Oiga! ¿Los dos van á medias?

DON ANSELMO.

¿Juan, ó demonio, no callas?

JUAN.

Ya callo.

DON ANSELMO.

Pues chito, y oye:

Vas, preguntas si está en casa
 Don Felix... del apellido
 No me acuerdo... él acababa
 Así... en cosa de gurréa...
 Però á bien que no hace falta:
 Preguntas por un sugeto
 Que ha llegado de la Habana,
 Jóven, alto, un poco sordo...

JUAN.

Bien está.

DON ANSELMO.

Le das la carta

De mi parte.

JUAN.

En propia mano.

DON ANSELMO.

Y te vuelves sin tardanza.

JUAN.

Así lo haré.

DON ANSELMO.

Porque luego

Tengo que salir de casa,
 Y es preciso que te quedes...

JUAN.

Eso sí; ponerle guardas
 Al corral, y el lobo dentro.

DON ANSELMO.

Bien, lo que quieras; despacha.

JUAN.

Pero, ¿no tengo razon?

DON ANSELMO.

Ya lo veremos mañana;

Anda, corre.

JUAN.

Quizá ahora

Esten pelando la pava...

DON ANSELMO.

¡Maldito sea tu vino!

¿No vas?

JUAN.

Ya voy.

DON ANSELMO.

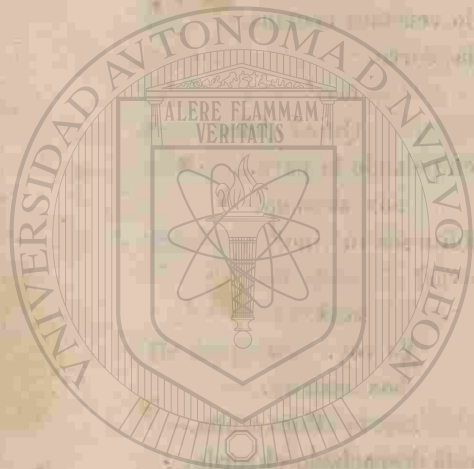
Pues acaba.—

Ya está despachado el sordo...

El cuñadito nos falta.

*(Vase Juan por la puerta que conduce á la calle,
 y don Anselmo se entra por la de enfrente á
 tiempo de decir los dos últimos versos.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

(Es de noche: el teatro representa un gabinete; en el fondo un balcon cerrado; á la izquierda de los espectadores una puerta, que denota conducir á la calle; y á mano derecha dos puertas que dan entrada á lo interior de la casa: entre ambas habrá una mesa con libros, labores mugeriles, y dos bujías encendidas.)

ESCENA PRIMERA.

DON ANSELMO, DON CARLOS Y DOÑA FRANCISCA.

(Doña Francisca estará hojeando un libro al lado de la mesa, y los otros dos en pie.)

DON CARLOS. ®

No señor, yo he de ir allá.

DON ANSELMO.

¿Pero á qué?

DON CARLOS.

¿Con que usted piensa
Que voy á dejarlo así?

DON ANSELMO.

Y yendo, ¿qué se remedia?

DON CARLOS.

Averiguar la verdad,
Confundirle en mi presencia,
Exigir satisfaccion...

DON ANSELMO.

Vamos, tenga usted mas flema,
Y no tome tan á pecho...

DON CARLOS.

¿Y es usted quien lo aconseja?

DON ANSELMO.

Y el ofendido tambien.

DON CARLOS.

¡Pues alabo la paciencia!

DON ANSELMO.

Al pronto me incomodé;
Pero así que un hombre piensa...

DON CARLOS.

Pues debiera usted pensarlo
Antes de darme las quejas.

DON ANSELMO.

Bien lo conozco... la sangre
Se me subió á la cabeza,
Pero no quise agraviaros...

DON CARLOS.

Yo no ando con etiquetas,
Ni estoy con usted sentido...

DON ANSELMO.

A bien que ya con mi esquila
Está remediado todo.

DON CARLOS.

Para que otra vez aprenda
A respetar cual se debe
Una casa como esta.

DON ANSELMO.

En no volviendo á pisarla,
Él allá se las avenga.

DON CARLOS.

¿Y á usted le basta?

DON ANSELMO.

A mí sí.

DON CARLOS.

Pues á mí no; que en materias
De honor...

DON ANSELMO.

Como es un amigo...

DON CARLOS.

Por eso es mayor la ofensa:
Yo le traigo, le celebro;
Usted le brinda, le estrecha
A vivir aquí conmigo,
Y casi á admitir le fuerza...

DON ANSELMO.

Así pasó.

DON CARLOS.

Y el ingrato
Os va á pagar la fineza
Con una accion tan villana...

DON ANSELMO.

En verdad, la cosa es fea.

DON CARLOS.

¿Y quiere usted que la deje
Sin castigo?... Mas que fuera
Mi propio hermano, eso no:
Y por fin, si se dijera:
«Fue despues de mucho tiempo,
Cedió al cabo á la violencia
De una pasion reprimida...»
Vaya muy en hora buena,
¡Pero llegar y pegar!..

DON ANSELMO.

Yo, si usted no se ofendiera,
Le diria...

DON CARLOS.

Diga usted.

DON ANSELMO.

Que los que tanto celebran
Sus lances...

DON CARLOS.

Tienen la culpa:

¿No es así?

DON ANSELMO.

Como usted quiera.

DON CARLOS.

No lo niego; y yo tambien...

DON ANSELMO.

A mí me causó sorpresa
Que os hicieran tanta gracia
Sus cosas...

DON CARLOS.

¿Y quién creyera
Que hasta conmigo?...

DON ANSELMO.

Por eso
Cuando á un marido le juegan
Alguna burla pesada,
Los solteros la celebran;
Pero en entrando en el gremio,
No se rien tan de veras.

DON CARLOS.

Tiene usted razon; soy franco;
Pero usted verá mi enmienda;

Y si aplaudí sus locuras,

Tambien sabré contenerlas.

DON ANSELMO.

No señor; ya se acabó...

DON CARLOS.

¡Acabarse! Ahora se empieza.

DON ANSELMO.

Yo estoy por medio...

DON CARLOS.

¡Eso no!

DON ANSELMO.

¿Y si la hermana se empeña?

DON CARLOS.

Mas que fuese...

DON ANSELMO. (*A doña Francisca.*)

Habla, muger,

Que parece que estás muerta.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué quieres tú que diga? (*Levántase.*)

DON ANSELMO.

¡Miren por dónde resuella!

¿Pues qué, no te has enterado?

DON CARLOS.

Mi hermana tiene vergüenza,

Y hace muy bien en sentir

Una infamia como esa.

DON ANSELMO.

Pero ¿qué muger se libra

De que un hombre se le atreva?

DON CARLOS.

¿Con que no debe afligirse?

DON ANSELMO.

¿Y qué culpa tiene ella?

Vamos, sosiégate, hija;

(Acércase á doña Francisca.)

Mira que me causa pena

El verte así... ¿Quieres algo?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Levanta la cabeza;

Habla, ámate... Si todos

Conocemos tu inocencia...

DOÑA FRANCISCA.

Si no tengo nada...

DON ANSELMO.

¡Hay cosa!

Mire usted lo que me quema...

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

Si yo me enojára,

Si enfadado le dijera

Una palabra mal dicha...

DON CARLOS.

Déjela usted que lo sienta.

Haces, Frasquita, muy bien;

Pero corre de mi cuenta

Tu desagravio, y sabré

Dejar tu opinion bien puesta.

DON ANSELMO.

¡Esta es otra! ¿Pues quién tiene

Ni la duda mas ligera?...

DON CARLOS.

Sosiega y fia en tu hermano;

Yo sé cómo se manejan

Estos lances...

DON ANSELMO.

Pero hombre...

DON CARLOS.

Cuerpo, á cuerpo, donde él quiera...

DON ANSELMO.

Hermano, ó yo no me esplico,

O usted no entiende mi lengua.

DON CARLOS.

Yo entiendo muy bien las cosas.

DON ANSELMO.

Pero óigame usted siquiera...

DON CARLOS.

Despues de ir allá y vengarme...

DON ANSELMO.

No saldrá usted por mis puertas.

DON CARLOS (*en ademan de querer irse*).

Ánimo, hermana, que pronto

Vas á quedar satisfecha...

DON ANSELMO.

Detenle, muger, por Dios,

No suceda una tragedia.

(*Don Anselmo detiene á don Carlos, á tiempo que ven llegar al criado.*)

ESCENA II.

Dichos y JUAN.

DON ANSELMO.

(*A Juan.*)

¿Por qué no tardaste mas?

JUAN.

Me esperé por la respuesta...

DON ANSELMO.

¿Qué respuesta?

JUAN.

Aquí la traigo...

(*Dale una carta.*)

Y tambien me dió esta esquela

Para usted...

(*A don Carlos.*)

DON CARLOS.

¿Veis qué osadia?

DON ANSELMO.

Verémos qué dice en ellas.

(*Lee para sí.*)

DON CARLOS.

¿Qué ha de decir? Disculpar

Su mala correspondencia.

DON ANSELMO (*sigue leyendo*).

Con efecto.

DON CARLOS.

Pues á mí,
Aunque me escriba una resma
De papel... (*Lee.*)

JUAN.

(*Acercándose á doña Francisca.*)

¿Qué tiene usted?

DOÑA FRANCISCA.

Estoy un poco indispueta.

JUAN.

¿Y lo deja usted así?
Si acaso fuere jaqueca,
Con chocolate ó café...

DOÑA FRANCISCA.

Luego en lugar de la cena...

JUAN.

Mas vale ahora mismo... Voy.

DOÑA FRANCISCA.

Despues.

JUAN (*con sigilo*).

Es que me interesa
Que esté usted de buen humor...

DOÑA FRANCISCA.

No os entiendo.

JUAN (*con sigilo*).

Tiempo queda.

DON CARLOS (*guardando la carta*).

Disculpas todo, disculpas;

Mas conmigo ni por esas...

DON ANSELMO.

(*A Juan.*)

Véte á dentro.

JUAN.

Ya me iba.

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO
Y DON CARLOS.

DON ANSELMO.

Su carta está muy atenta;
Y á no saber tan de fijo...

DON CARLOS.

¿Serán excusas?

DON ANSELMO.

Se empeña

En persuadirme que es falso
Lo que le digo en mi esquila;
Y lo atribuye á algun chisme...

DON CARLOS.

¿Pero la cosa es tan cierta
Que no deje duda?

DON ANSELMO.

¿Duda?...

Ni por asomo siquiera.

DON CARLOS.

Usted tendrá allá sus datos.

DON ANSELMO.

De seguro.

DON CARLOS.

Pero cuenta

No esté usted mal informado...

DON ANSELMO.

Si os digo que no.

DON CARLOS.

Pudieran

Haber entendido mal
Alguna chanza ligera...

DON ANSELMO.

Pesadas y muy pesadas;
Y no chanzas, sino veras.

DON CARLOS.

¿Y es de fiar quien lo dijo?

DON ANSELMO.

Yo no sé que nunca mienta.

DON CARLOS.

Con todo... ¿lo fia usted?

DON ANSELMO.

Como si yo mismo fuera.

DON CARLOS.

Mucho crédito os merece;

Y á veces el que uno piensa...

DON ANSELMO.

Pues suponga usted que fui.

DON CARLOS.

Es que hay mucha diferencia
De ser usted mismo ú otro...

DON ANSELMO.

Pues fui yo.

DON CARLOS.

Ya no me queda

Rastro de duda: tan solo
Que no entiendo la manera
De que usted pudiese oirlo...

DON ANSELMO.

Esas ya son otras cuentas:
Repito que lo escuché...

DON CARLOS.

Pero si no estabais cerca...

DON ANSELMO.

Estaba allí mismo.

DON CARLOS.

¿Y cómo

Quiere usted que yo lo crea?
Por atrevido que fuese,
De un marido en la presencia...

DON ANSELMO.

¡Dale! Si no me veía...

DON CARLOS.

Estariais en la puerta...

DON ANSELMO.

No señor.

DON CARLOS.

Pues no sé dónde...

DON ANSELMO (con impaciencia).

Estaba en la chimenea.

DON CARLOS.

¿De veras?... ¡Cosa mas rara!

DON ANSELMO.

Cuando á un hombre le interesa...

DON CARLOS.

Decís bien; pero si yo

No supiera vuestras prendas,

Pensára que erais zeloso,

Y en extremo lo sintiera.

DON ANSELMO.

Pues no lo soy.

DON CARLOS.

Será cierto;

Mas una accion como esa...

DON ANSELMO.

Fue mera curiosidad;

Si no que lo diga ella...

(A doña Francisca.)

¿Estás muda?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Pues habla,
Porque tu hermano sospecha
Que soy zeloso...

DOÑA FRANCISCA.

¿Tú?... no...

DON ANSELMO.

Mas despacio.

DON CARLOS.

Que no sea
Esto ocasion de disgustos.

DON ANSELMO.

No señor; pero me vuela
Que no digan la verdad,
O que la digan á medias.

DOÑA FRANCISCA.

Si dije que no, ¿qué mas?

DON ANSELMO.

Pero un no... de veinte leguas.

DON CARLOS.

Basta con que usted lo afirme.

DON ANSELMO.

Es que siento que usted crea...

DON CARLOS.

Yo no puedo imaginar
Que usted tenga esa flaqueza.

DON ANSELMO.

Haceis bien.

DON CARLOS.

Y con efecto,
No os puedo dar mejor prueba
Que creer lo que me decís,
Aunque mi amigo lo niega.

DON ANSELMO.

Pasó así.

DON CARLOS.

Si no lo dudo;
Mas ya que se echa por tierra
El don Felix, y usted mismo
Me aconseja la prudencia...

DON ANSELMO.

Mas vale.

DON CARLOS.

Si usted se aviene,
Yo por mi parte quisiera...

DON ANSELMO (con viveza).

¿Volverle á meter en casa?

DON CARLOS.

No señor; que usted hiciera
Un sacrificio en mi obsequio...

DON ANSELMO.

Segun y conforme sea.

DON CARLOS.

Nunca puedo yo exigir
Cosa que os fuere molesta;
Es solo en bien de la paz:

Ya no es decente que vuelva
A vivir aquí don Felix...

DON ANSELMO (interrumpiéndole).

Ni soñarlo.

DON CARLOS.

Mas su ofensa
Se le debe perdonar
A su edad y á su flaqueza...

DON ANSELMO.

No tengo en ello reparo.

DON CARLOS.

Por lo tanto conviniera
Hablarse y quedar amigos...

DON ANSELMO.

Os juro que no me queda
Ningun rencor.

DON CARLOS.

Pues no basta;

Es menester que él lo sepa.

DON ANSELMO.

Se lo diréis de mi parte.

DON CARLOS.

¿Y no le hiciera mas fuerza
Oirlo de usted?... Eso sí
Que fuera darle una prueba
De generoso y de noble.
¿No os quiso ofender? Pues vea
Que usted lo olvida, y se brinda

A servirle en cuanto pueda.

DON ANSELMO.

Fuera de casa, en un todo.

DON CARLOS.

Si usted conmigo viniera

A la fonda...

DON ANSELMO.

¿Cuándo?

DON CARLOS.

Ahora:

No cabe mejor respuesta

A su carta.

DON ANSELMO.

Bien... mañana.

DON CARLOS.

¿Y por qué? La gracia es esa;

Al momento de nacer,

Cortar las desavenencias.

DON ANSELMO.

Me cuesta dificultad...

DON CARLOS.

En eso está la grandeza

De alma, en vencerse á sí mismo;

Él tiene honor y vergüenza;

Y al ver ese proceder,

Ha de ser mayor su pena.

DON ANSELMO.

Es que...

DON CARLOS.

Vamos... usted sabe

Las relaciones que median

Entre los dos, la amistad

Que mi padre le profesa,

Y el obsequio es á nosotros...

DON ANSELMO.

Pues vamos en hora buena.

DON CARLOS.

¡Viva!—¡Qué marido, hermana!

DON ANSELMO.

Sin duda usted se chancea:

¿Qué mérito tengo en eso?

DON CARLOS.

Mucho mas del que usted piensa:

Ya todo está concluido,

Todo.

DON ANSELMO. (*A doña Francisca.*)

Tan solo nos resta

Que tú estés también alegre...

DOÑA FRANCISCA.

Estaré como tú quieras.

DON ANSELMO.

¡Juan!

JUAN (*desde adentro.*)

¿Manda usted?

DON ANSELMO.

Sal al punto.

ESCENA IV.

Dichos y JUAN.

DON ANSELMO.

(A Juan.)

Ten cuidado con la puerta,
Que voy á salir.

JUAN.

Muy bien.

DON ANSELMO.

(A don Carlos.)

Es que estos dias se suenan
Tantos robos por ahí...

DON CARLOS.

Nunca es mala la cautela.

DON ANSELMO.

(A Juan con secreto.)

Como siempre.

JUAN.

(A don Anselmo con secreto.)

Ya.

DON ANSELMO.

(A Juan con secreto.)

¡Cuidado!

JUAN.

(A don Anselmo con secreto.)

No hay miedo.

DON ANSELMO.

(A Juan con secreto.)

¡Pero, ojo alerta!

DON CARLOS.

(A doña Francisca en secreto.)

Haz lo que te diga Juan.

DOÑA FRANCISCA.

(A don Carlos en secreto.)

Y si luego...

DON CARLOS.

(A doña Francisca en secreto.)

Nada temas.

Con que, *(recio)* ¿quieres algo?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON CARLOS.

(A don Anselmo.)

Pues vamos, cuando usted quiera.

DOÑA FRANCISCA.

Vayan ustedes con Dios.

DON ANSELMO.

A Dios, hija, hasta la vuelta.

ESCENA V.

DOÑA FRANCISCA Y JUAN.

(Doña Francisca se pone á leer y se manifiesta distraida, mientras Juan se le va acercando poco á poco y hablándole cada vez con mas interes.)

JUAN.

Siempre usted con esos libros,
Siempre bordando ó leyendo...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

JUAN.

Yo no soy
Adulador ni embustero;
Porque, como dijo el otro,
Cada cual tiene su genio...
Pero yo no he visto un ama
Como usted... salud, dinero,
Hermosura, pocos años,
Y no andar en pasatiempos,
Sino estar siempre en la casa
Cuidando de su gobierno...
¡Vaya! en todo el mapa-mundi
Quizá no se halle otro ejemplo.

DOÑA FRANCISCA.

No tanto, Juan.

JUAN.

¿Cómo no?

Y muy corto que me quedo.
Y no pienso así de ahora;
Siempre he pensado lo mesmo;
Aunque usted haya creído
Sin el menor fundamento
Que me arrimo mas al amo...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no.

JUAN.

Mucho lo celebro,
Porque sintiera en el alma
Lo contrario... pero advierto
Que usted no es franca conmigo,
Que me mira con recelo...

DOÑA FRANCISCA.

Es aprension.

JUAN.

Y quisiera
Que llegase con el tiempo
Una ocasion...

DOÑA FRANCISCA.

No lo dudo.

JUAN.

Pero un asunto de empeño,
En que se prueban los hom...

DOÑA FRANCISCA.

Por ahora...

JUAN.

Ya lo veo;

Pero entonces, á fé mia

Que viera usted lo que es bueno,

Eso sí, yo tendré faltas;

Pero á guardar un secreto

Y á ser fiel, nadie me gana;

Y por usted al infierno.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias.

JUAN.

Y ya sabe usted

Que yo no soy zalamero,

Ni porque esté usted delante

Le digo lo que no siento;

Mejor hablo á las espaldas.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias.

JUAN.

No hace mucho tiempo,

Que lo mismo C por B

Se lo dije á un caballero...

Bien que el tal ya lo sabia;

Q como tiene talento,

instante que vió á usted,

No mó ese mismo concepto...

¿No acierta usted de quién hablo?

DOÑA FRANCISCA.

No caigo.

JUAN.

Él es un sugeto

De mérito, hermoso jóven,

Y habla con tanto gracejo...

DOÑA FRANCISCA.

Por esas señas...

JUAN.

Pues no,

No habrá muchos en el pueblo

Que le lleguen... ¿qué llegarle!

Hasta un ligero defecto

Que tiene, le agracia mas...

DOÑA FRANCISCA.

¿Es acaso el forastero?

JUAN.

El mismo que viste y calza:

Vamos, señora, me alegro

De que usted lo haya acertado...

DOÑA FRANCISCA.

Casualidad.

JUAN.

Por supuesto:

Pero, aquí para los dos,

¿No es verdad que le celebro

Con razon?

DOÑA FRANCISCA.

¿Y yo qué sé?

JUAN.

¡Qué buen mozo! ¡qué discreto!

¿Y quién resiste á su labia?

Yo soy franco, y lo confieso:

Me ha cautivado aquel hombre

Con solo hablarle un momento.

¡Con qué suavidad me dijo:

« Amiguito, mucho siento

Que su amo de usted me dé

Este mal rato... mas creo

Que aquella amable señora

No tendrá tan mal concepto

De mí: si me conociese!...

Pero quisiera á lo menos

Hablarle una sola vez;

Porqué estoy con el recelo

De que para indisponerme,

Le fragüen algun enredo.»

DOÑA FRANCISCA.

¿Y usted no le dijo?...

JUAN.

¡Toma!

Le hice mil cargos primero;

Le dije que era imposible,

Que estais como en un convento,

Que no pensase en tal cosa...

DOÑA FRANCISCA.

Muy bien dicho.

JUAN.

Pero luego

Se puso el hombre tan triste,

Que tomé por buen acuerdo

El darle alguna esperanza...

DOÑA FRANCISCA.

¡De hablarme á mí!... Muy mal hecho.

JUAN.

¿Y qué pude hacer, señora?

No es uno decirlo ó verlo.

Y aun así, dudé gran rato;

Pero dije en mis adentros:

¡Qué sé yo!... quizá traerá

Algun encargo secreto

Del padre de la señora...

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte no lo creo...

JUAN.

¿No puede ser?

DOÑA FRANCISCA.

Ya...

JUAN.

Pues bien:

Y sobre todo, ¿qué riesgo

Hay en hablarle un instante?...

DOÑA FRANCISCA.

Mucho.

JUAN.

Pues yo no lo encuentro:
El amo ha salido ahora,
Y no ha de volver tan presto;
Usted habla aquí con él;
La criada está allá dentro;
Yo al cuidado...

DOÑA FRANCISCA.

¿Está usted loco?

JUAN.

Pero, ¿quién ha de saberlo?

DOÑA FRANCISCA.

Cualquiera.

JUAN.

¿Cualquiera?... Nadie.

Él viene; le abro con tiento;
Hablan ustedes á solas;

Se va como vino, y cierro.

DOÑA FRANCISCA.

No hay que soñarlo siquiera...

JUAN.

Pero, ¿por qué?

DOÑA FRANCISCA.

No me atrevo.

JUAN.

Si fuera alguna accion mala:

Pero con un fin honesto...

Lo primero que le dije:

«Usted es un caballero,
Y ha de obrar como quien es,
Porque si no, reñiremos.»
Eso sí, seor Juan Zapata,
La honradez es lo primero;
Y antes morirme de hambre
Que ser del orden tercero.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

JUAN.

¿Pues á qué viene
Tener usted tanto miedo?
¿Con que voy?...

DOÑA FRANCISCA (*levantándose*).

¿Dónde?

JUAN.

A llamarle.

DOÑA FRANCISCA.

Yo por mí no me resuelvo;
Que diga á usted lo que quiere...

JUAN.

¿A mí? ¿Lindo pensamiento!
¿Y si es cosa reservada?

DOÑA FRANCISCA.

Entonces...

JUAN.

¿Voy?

DOÑA FRANCISCA.

Ya veremos...

JUAN.

Es que la ocasion es calva;

Y si este lance perdemos...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y no es lo mismo otro día?

JUAN.

Si está el pobre sin sosiego;

Si da compasion, señora...

Aqui me vino siguiendo,

Y en ese portal del lado...

DOÑA FRANCISCA.

¿Ahi está?

JUAN.

Pero encubierto.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si alguien le vé al entrar?...

JUAN.

¿Y quién puede conocerlo?

DOÑA FRANCISCA.

Usted todo lo halla fácil;

Pero...

JUAN.

Cuando yo me arriesgo...

¿Pillarme á mí?... En buenas manos

Está, señora el pandero.

DOÑA FRANCISCA.

No acabo de resolverme...

JUAN (*en ademan de irse*).

Voy por él, y al punto vuelvo.

DOÑA FRANCISCA.

No, Juan.

JUAN.

Siquiera por mí...

DOÑA FRANCISCA.

¿Por qué teneis tanto empeño?

JUAN.

Porque me pinto yo solo

Para servir á un sugeto.

DOÑA FRANCISCA.

Pero en estas cosas...

JUAN.

¿Cómo!

Si no estuviera yo cierto

De que su intencion es sana,

No anduviera de por medio:

Hasta me da el corazon,

Al ver su vivo deseo,

Que es un caso de conciencia...

DOÑA FRANCISCA.

Pues bien, Juan, entonces cedo.

JUAN.

Ama mía, voy volando...

Vale usted un reino entero.

(Echando á correr.)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA.

(Después de una pausa, se sienta.)

¡Lo que es el delito!... Sé

Que á mi marido no ofendo,

Y hasta la mera apariencia

Basta á quitarme el sosiego.

Nunca, en mi vida, jamás

He estado así... sudo, tiemblo,

Y aun ir á hablar con mi hermano,

Me causa inquietud y miedo.

¿Si álguien lo verá?... ¡Dios mio!

¡Con qué imprudencia me he espuesto

A estos disgustos!... Y al cabo

Si se lograra el objeto...

Pero temo que á mi primo

Le engañe su buen deseo,

Y que por ser yo tan dócil,

Tenga que llorarlo luego.

ESCENA VII.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO
Y JUAN.

JUAN.

(A don Eugenio, al entrar.)

Con tiento que no nos oigan...

Mas le temo á la criada

Que á cien cotorras de Indias;

¡Y ella me tiene unas ganas!

DON EUGENIO.

No hay miedo...

JUAN.

Acérquese usted,

Que allí está leyendo el ama...

¡Qué hermosa está! ¿No es verdad

Que hago bien en celebrarla?...

¡Señora!...

DON EUGENIO.

(A doña Francisca: levántase esta.)

Dispense usted

Que me atreva á incomodarla;

Pero un asunto muy grave...

JUAN.

(A doña Francisca en secreto.)

¿Por qué está usted tan turbada?

Respóndale usted...

JUAN.

Ama mía, voy volando...

Vale usted un reino entero.

(Echando á correr.)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA.

(Después de una pausa, se sienta.)

¡Lo que es el delito!... Sé

Que á mi marido no ofendo,

Y hasta la mera apariencia

Basta á quitarme el sosiego.

Nunca, en mi vida, jamás

He estado así... sudo, tiemblo,

Y aun ir á hablar con mi hermano,

Me causa inquietud y miedo.

¿Si álguien lo verá?... ¡Dios mio!

¡Con qué imprudencia me he espuesto

A estos disgustos!... Y al cabo

Si se lograra el objeto...

Pero temo que á mi primo

Le engañe su buen deseo,

Y que por ser yo tan dócil,

Tenga que llorarlo luego.

ESCENA VII.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO
Y JUAN.

JUAN.

(A don Eugenio, al entrar.)

Con tiento que no nos oigan...

Mas le temo á la criada

Que á cien cotorras de Indias;

¡Y ella me tiene unas ganas!

DON EUGENIO.

No hay miedo...

JUAN.

Acérquese usted,

Que allí está leyendo el ama...

¡Qué hermosa está! ¿No es verdad

Que hago bien en celebrarla?...

¡Señora!...

DON EUGENIO.

(A doña Francisca: levántase esta.)

Dispense usted

Que me atreva á incomodarla;

Pero un asunto muy grave...

JUAN.

(A doña Francisca en secreto.)

¿Por qué está usted tan turbada?

Respóndale usted...

DOÑA FRANCISCA.

Ya Juan

Me lo ha dicho...

JUAN.

(A doña Francisca en secreto.)

Con mas alma:

Valor, señora, valor...

DON EUGENIO.

Yo tanto lo deseaba,

Que no he querido perder...

JUAN.

*(¡Este es otro que bien baila!)**(¿Tambien es usted cobarde?...**(A don Eugenio al oido.)*

Pues así, poco se alcanza.

DON EUGENIO.

Ya que la ocasion se brinda...

JUAN.

(¡A Dios, qué sierra nevada!)

Mas fuego, señor, mas fuego.

(A don Eugenio.)

DON EUGENIO.

(A Juan.)

Si no me ocurren palabras...

JUAN.

(A don Eugenio.)

Cualquier cosa... Estais tan seria,

(A doña Francisca.)

Que el enfeliz se acobarda...

DOÑA FRANCISCA.

*(¿Y qué he de hacer?)*JUAN *(en secreto).*

Alentarle,

Echarle algunas miradas,

Así... así... ya usted me entiende:

Como el que cae y se agarra.

Vamos, espíquese usted,

(Pasando á hablar á don Eugenio.)

Que ya la he puesto mas blanda.

Le he dicho cuanto hace al caso:

(A doña Francisca, en voz alta.)

Que usted, por sí, se negaba

A hablarle; pero que yo

Insté con tanta eficacia...

DOÑA FRANCISCA.

Con efecto...

JUAN.

Y suponiendo

Que era cosa de importancia...

DON EUGENIO.

Para mí sí.

JUAN.

Algún encargo

Que traiga usted de la Habana...

Pero yo no soy curioso,

Y esas cosas no se hablan

Con escucha; voy...

DOÑA FRANCISCA.

¿A dónde?

JUAN.

A cuidar de que no salgan...

DOÑA FRANCISCA.

No es menester.

DON EUGENIO.

Vaya usted...

DOÑA FRANCISCA.

Haga usted lo que le mandan.

JUAN.

¿El señor?...

DOÑA FRANCISCA.

Yo.

JUAN.

Bien está.

¿Lo dice usted enfadada?

(Al oído á doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

JUAN.

Con la boca chiquita;

Y de los dientes no os pasa.

Me parece que yo cumplo.

(A don Eugenio al oído.)

DON EUGENIO.

Mas de lo que yo esperaba.

JUAN.

Solo por usted..

DON EUGENIO.

Lo estimo.

JUAN.

(Recio al irse.)

¿Qué pareja!... Ni pintada.

(Durante esta escena VII, doña Francisca y don Eugenio habrán fingido cortedad y timidez. Juan habrá pasado alternativamente á hablar en secreto á uno y á otro para alentarlos, formando todo un juego de teatro.)

ESCENA VIII.

DOÑA FRANCISCA Y DON EUGENIO.

DON EUGENIO.

¡Bribonazo!

DOÑA FRANCISCA *(acercándose)*.

¿Ves qué hombre?

DON EUGENIO.

Con treinta palos no paga.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no puedo mas, Eugenio...

DON EUGENIO.

¿Pero no es todo una chanza?

DOÑA FRANCISCA.

Lo conozco; y sin embargo...

DON EUGENIO.

Tiemblas como una azogada...

DOÑA FRANCISCA.

No lo puedo remediar;

Ni yo sé lo que me pasa.

DON EUGENIO.

Pero, dí ¿qué temes?

DOÑA FRANCISCA.

Todo.

DON EUGENIO.

Pues no debes temer nada:

Cárlos sabe que he venido,

Y él dispondrá lo que falta.

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO

Y JUAN.

(Don Eugenio hace como que habla en secreto con doña Francisca, cuya mano tiene cogida; Juan lo advierte al salir, suspéndese, y dice para sí los primeros versos.)

JUAN.

¡Hola!... Mire usted la niña...

¡Y se me hacia la santa!

La muchacha era glotona,

Y su madre la atestaba...

Voy á hacer ruido al salir...

(Pisa recio, tose y sale como mirando distraído al techo; don Eugenio suelta la mano de doña Francisca, y se aparta un poco.)

Pepa está adentro ocupada;

No hay que temer cosa alguna...

Sigán ustedes en gracia

De Dios, que yo estoy alerta,

Y avisaré lo que haya.

DON EUGENIO.

Bien está; ¡pero cuidado!...

JUAN.

Eso á mí no se me encarga:

De niño estuve seis años

En un melonar de guarda.

ESCENA X.

DOÑA FRANCISCA Y DON EUGENIO.

DON EUGENIO.

Déjalo tú; que si sale
El lance como se aguarda,
Curamos á tu marido
A costa de ese gran maula.

ESCENA XI

Dichos y JUAN.

*(Suenan la campanilla, como de llamar á la puerta.)*JUAN *(al acto de salir).*

¡Ya la hicimos!

DON EUGENIO.

¡Qué tragedia!

JUAN.

Al primer tapon zurrapas.

DON EUGENIO.

¿Y qué partido tomamos?

JUAN.

De esta vez me hacen tajadas.

DON EUGENIO.

¿Me escondo?

JUAN.

¿Dónde?

DON EUGENIO *(señalando una de las puertas).*

Ahí adentro.

JUAN.

Si ahí dentro está la criada...

DON EUGENIO.

¿Pues qué hacemos?

JUAN.

Yo, morirme.

DOÑA FRANCISCA.

Por usted...

JUAN.

¿También el ama?...

Ya que me miran ahorcado,

Tiran todos de las patas.

DON EUGENIO.

(A doña Francisca, que se habrá sentado junto á la mesa.)

¿Por qué tiembles tú?...

DOÑA FRANCISCA.

No sé...

(Suenan otro campanillazo mas fuerte.)

JUAN.

¡Hasta que el brazo se caiga!

DON EUGENIO.

¿Pero qué hacemos?

JUAN.

(Acercándose á la puerta y gritando.)

Ya van;

¡Que está la cuerda enredada!

Éntrese usted pronto...

(Señalando á don Eugenio una de las dos puertas de la derecha.)

DON EUGENIO.

Bien.

JUAN.

Hallará á oscuras la sala...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Después una escalera...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Y una puerta entornada...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Que es la despensa...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

¡Qué bien, ni qué calabaza!...

(Hablandole recio.)

Mal y muy mal.

DON EUGENIO.

¿Qué he hecho mal?...

JUAN.

Esto solo me faltaba...

¡Quién te abriera los oídos

Con un cañon de metralla!...

(Le lleva á la puerta, y le indica por señas que suba por aquella escalera, que abra la despensa y se esconda, entre tanto que continúa cada vez mas recio el repique de la campanilla.)

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA.

Por mas esfuerzos que hago,

Estoy tan sobresaltada

Que me lo van á notar

Solo con verme la cara...

¡Qué va á ser de mí, Dios mio!

Hasta el aliento me falta...

ESCENA XIII.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO,
DON CARLOS Y JUAN.DON ANSELMO *(al salir)*.

¿Estabas muerto?

JUAN.

Me eché

A descansar en la cama...

DON ANSELMO.

¿Ves lo que yo te decia?...

JUAN.

¡Si no he bebido ni aun agua!

DON ANSELMO.

Pues si estás como un difunto...

JUAN.

Tengo la cabeza mala...

DON ANSELMO.

¿Qué has de tener?...

JUAN.

¡Esta es otra!

DON ANSELMO.

Abrasadas las entrañas. —

¿Qué te has hecho tú, Frasquita?

DON CARLOS (*recio*).

Mi hermana siempre aplicada...

¿Vino? (*Con sigilo*.)DOÑA FRANCISCA (*con sigilo*).

Sí.

DON CARLOS (*con sigilo*).

¿Dónde está?

DOÑA FRANCISCA.

Adentro.

DON ANSELMO.

(A Juan, mientras este le toma el sombrero y el baston.)

¿Quién ha venido?

JUAN.

Ni un alma.

DON ANSELMO.

¿De hijo?

JUAN.

Por estas cruces...

DON ANSELMO.

Con que tú lo digas, basta.

(Suenan un gran estrépito, como de romperse vidriado en la despensa.)

DON ANSELMO.

¿Qué es eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay de mí!...

DON CARLOS (*en secreto*).

No temas.

JUAN.

Tiró el diablo de la manta.

DON ANSELMO.

¿Quién está arriba?

JUAN.

¿Quién?... Pepa...

ESCENA XIV.

*Los mismos y PEPA.*PEPA (*saliendo corriendo por la otra puerta*). ®

¡Jesus! ¿Que se hunde la casa!...

DON ANSELMO.

¿Pues no decías, bribon?...

JUAN.

¿No es Pepa?... Será la gata...

DON ANSELMO.

Yo lo veré.

DOÑA FRANCISCA (*yendo á arrodillars e*

Esposo mio,

¡Perdon!...

DON ANSELMO.

¿Qué haces, desdichada?

DOÑA FRANCISCA.

Soy inocente...

DON ANSELMO.

¡Inocente!...

Tú, tú misma te delatas.

DON CARLOS.

Óigame usted...

DOÑA FRANCISCA.

¿Que es mi hermano!...

DON ANSELMO.

Quítate, aparta, malvada.

DOÑA FRANCISCA.

¡Oye por Dios!...

DON ANSELMO.

Ya vereis

Si á un hombre de honor se ultraja. —

Nadie ha de salir de aquí

Sin que pase por mi espada.

DON CARLOS. (*A Pepa.*)

Sostenla tú, mientras voy

A impedir una desgracia.

(*Don Anselmo cierra con llave la puerta de la sala que conduce á la calle: aparta con violencia á Juan, que intenta detenerle: coge una luz en la mano, y se encamina apresuradamente por la misma puerta por donde entró don Eugenio: cae doña Francisca desvanecida, y Pepa la coloca en la silla que hay junto á la mesa: don Carlos sigue los pasos de don Anselmo.*)

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA, PEPA Y JUAN.

PEPA.

Señora... ¡Pobre ama mia!

JUAN.

(*Dando vueltas por el teatro, y buscando azorado donde esconderse.*)

Ya me han cogido en la trampa...

PEPA.

Tráete un poco de vinagre...

JUAN.

Y con la puerta cerrada...

PEPA.

¿Te dura la borrachera?

JUAN.

Si vuelve el amo, me mata.

PEPA.

¿No vas?

JUAN (abriendo el balcón).

Yo me echo á la calle,

Aunque me rompa una pata...

¡Ay!

(Al tirarse por el balcón se queda cogido de un hierro, y con medio cuerpo vencido para fuera: Pepa acude al instante, le sujeta por una pierna, y le impide arrojar-se.)

PEPA.

¿Qué te llevas, ladrón?

JUAN.

¿Que me he cogido en las bragas!

PEPA.

No te has de escapar, infame...

JUAN.

¡Por Dios, Pepa de mi alma!

Que me caigo de cabeza...

PEPA.

Ojalá que te estrellaras...

DON ANSELMO (desde adentro).

¡Aguardad!

DON EUGENIO (desde adentro).

¡Tened!

DON CARLOS (desde adentro).

¿Qué hacéis?

PEPA (gritando recio).

¡Que este pícaro se escapa!...

(Oyese el ruido de bajar los tres precipitadamente por la escalera: don Eugenio sale delante, y se coloca al lado de su hermana: don Carlos sale deteniendo á don Anselmo, y se interpone entre ambos: Pepa tira de Juan y consigue meterle adentro: él se escabulle de entre sus manos, y se esconde á gatas bajo la mesa, mientras Pepa cierra el balcón y va á buscar agua para su ama.)

ESCENA XVI.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO,
DON EUGENIO, DON CARLOS Y
JUAN.

DON EUGENIO.

¡Hermana mía!...

DON ANSELMO.

¡Su hermana!

DON EUGENIO.

¿Ves, Carlos, lo que hemos hecho?

DON CARLOS.

No te apures... Oiga usted
Por su vida, don Anselmo...

DON ANSELMO.

¿Qué quereis?...

DON CARLOS.

Yo solo soy
El culpado en este enredo...

DON ANSELMO.

¿Qué enredo?...

DON CARLOS.

Oiga usted siquiera
Con un poco de sosiego.

DON ANSELMO.

Pronto : acabad.

DON CARLOS.

El que veis
Es vuestro cuñado Eugenio...

DON ANSELMO.

¡Mi cuñado!...

DON CARLOS.

Yo su primo...

DON ANSELMO.

¿Qué primo?... Yo no comprendo
siquiera lo que decís...

DON EUGENIO.

Despues os lo aclararemos,
Como es justo; pero ahora
No perdamos un momento
En socorrer á mi hermana...

DON ANSELMO.

¿Estoy soñando, ó despierto?...

ESCENA XVII.

Dichos y PEPA.

DON EUGENIO.

¡Frasquita!...

(A Pepa.)

Dale esa agua...

Id en tanto recorriendo

(A don Anselmo.)

Esas cartas de mi padre,
Y quedaréis satisfecho:—

¡Frasquita mia!

PEPA.

¡Señora!

DON ANSELMO (*hojeando las cartas*):

Ella es su letra...

DON CARLOS.

Y apuesto

A que hace de mí un elogio
Mayor del que yo merezco.

DON ANSELMO (*leyendo*).

«Va con aquel primo loco...»

DON CARLOS.

Servidor de usted.

DON ANSELMO (*leyendo*).

«Y espero

Que atenderéis á los dos...»

DON CARLOS

Al sordo y su compañero.

DON ANSELMO (*después de una pausa*).

¡Usted es Eugenio!...

DON EUGENIO.

El mismo;

Y con alma y vida siento

Haberlos dado un pesar...

DON CARLOS.

Por mis benditos consejos.

DON ANSELMO.

¿Pero, á qué fin?...

DON CARLOS.

¿No está claro?

Para curaros de zelos.

DON ANSELMO.

¿Y quién os pudo decir?...

DON CARLOS.

Eso queda para luego;

Lo que urge, es que sepa usted

Que no ha sido nuestro intento

Agraviarle : que tan solo

Nos llevamos por objeto

Que conocierais las mañas

De un bribon; que cayó el necio

En la red que le tendimos...

Leed esta carta, que Eugenio

Me escribió desde la fonda,

Y estais al cabo del cuento.

DON ANSELMO (*lee en alta voz la carta siguiente*).

«Mi querido Cárlos: al ver el mal rato que hemos dado á mi cuñado, casi estoy arrepentido; pero ya es preciso concluir nuestra empresa, por si se coge el fruto, y mas cuando se presenta la mejor ocasion... Seguí tu consejo; nuestro hombre cayó en el lazo, y él propio se ha brindado á llevarme á hablar con mi hermana, diciéndome que su marido tiene que salir esta prima noche... Yo iré á la cita; preven á mi hermana, y dispon lo demas como mejor te parezca. — A Dios. hasta luego. — Tu Eugenio.»

DON EUGENIO.

¿Os queda ya alguna duda?

DON ANSELMO.

Frasquita mia... ¡Qué peso

Se me ha quitado del alma!...

Disculpádmeme... yo no puedo

Mas...

DON EUGENIO.

¿Y de qué os sonrojais?...

Antes dejad que admiremos

Un corazon tan honrado.

DON ANSELMO.

Soy yo, Frasquita... No tengo

Contra tí queja ninguna...

Soy yo... mírame...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué he hecho,

Buen Dios!...

DON ANSELMO.

Nada.

DOÑA FRANCISCA (*levántase*).

¿Me perdonas?

DON ANSELMO.

¿De qué, hija mía?... No hablemos

Mas de eso.

DOÑA FRANCISCA.

Tu bondad misma

Me está traspasando el pecho...

¡Yo soy una ingrata!...

DON ANSELMO.

Deja...

DOÑA FRANCISCA.

En mi vida pagar puedo

El disgusto que te he dado...

DON ANSELMO.

Ya se acabó.

DOÑA FRANCISCA.

¿Estás impuesta

De todo?...

DON ANSELMO.

De todo, sí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y me perdonas mi yerro?

(*Va á echarse á los pies de don Anselmo y este la sostiene y levanta.*)

DON ANSELMO.

¿Qué vas á hacer?... Alza, hija...

DOÑA FRANCISCA.

Acércate mas, Eugenio;

Dale la mano á mi esposo...

Así, juntas... ¡Qué consuelo

Recibe mi corazon!...

Ya por dichosa me tengo.

DON ANSELMO.

Y yo tambien...

DON EUGENIO.

En mi vida

Tuve un gusto tan completo.

(*Doña Francisca ha reunido en sus manos las de don Anselmo y don Eugenio, quienes las estrechan amistosamente, abrazándose luego los tres.*)

DON CARLOS.

Dí, Pepa, y nosotros dos

¿Nos morimos, ó qué hacemos?

PEPA.

Morirnos no.

DON CARLOS.

Dices bien:

Mas vale seguir su ejemplo.

PEPA.

¡Alto allá!...

DON EUGENIO.

Ten juicio, Cárlos...

PEPA.

¡Jesus mil veces!...

DON ANSELMO.

¡Qué veo!

(Al ir don Cárlos á abrazar á Pepa, retirase esta, va á defenderse con la mesa, y al tirar de ella con violencia, descúbrese á Juan en cuclillas, que se arrodilla luego en ademan de pedir perdon.)

DON EUGENIO.

Malvado...

JUAN.

¡Por san Francisco!

DON CARLOS.

Ya puedes decir el credo.

JUAN.

¡No lo haré mas en mi vida!

DON CARLOS.

Eso yo te lo prometo.

DON ANSELMO.

Si no mirára, hombre vil...

DOÑA FRANCISCA.

Déjale, que harto tormento

Sufre ya...

PEPA.

Seor Juan Zapata,

¿Alcahuetico es el viejo?

DON CARLOS.

Tráete un lazo corredizo,

Y al balcon le colgaremos.

JUAN.

¡Pepa, por las once mil!...

PEPA.

¡Qué Judas va á hacer tan feo!

ESCENA XVIII.

Los mismos, menos PEPA.

DON EUGENIO.

Alza, bribon...

JUAN.

¿Manda usted?

DON EUGENIO.

Márchate á la calle luego.

JUAN.

¿Por dónde?

DON CARLOS.

Por la ventana

Yo te haré bajar mas presto...

JUAN.

¡Por Dios!

DON EUGENIO.

¡Carlos!

DON ANSELMO.

Toma y véte,

Antes que haga un escarmiento.

(Le arroja la llave, mientras don Eugenio hace ademán de contener á don Carlos.)

JUAN.

O la llave se ha torcido,

O no encuentro el agujero...

DON CARLOS.

¿Qué es eso, te tiembla el pulso?

JUAN.

No señor... si es que no veo...

DON CARLOS.

(Levantando en alto una silla, y encaminándose hacia él.)

Yo te alumbraré...

JUAN.

Mil gracias...

Si de esta escapo y no muero...

DON CARLOS.

¿Qué rezas ahí entre dientes?

JUAN.

Nunca mas bodas al cielo.

(Abre la puerta y escápase.)

ESCENA XIX.

Dichos, menos JUAN.

DON CARLOS.

¿Cómo va el tio Tabernas!

DON EUGENIO.

No vi un bribon con mas miedo.

DON ANSELMO.

Y yo tan ciego con él,

Que por sus chimes y enredos

Te he dado á tí mil disgustos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y á qué viene ese recuerdo?

Ya todo está concluido:

¿No me has dado tú el ejemplo

Perdonándome mi falta?

DON ANSELMO.

Si yo propio me avergüenzo...

DOÑA FRANCISCA.

¿De qué?

DON ANSELMO.

Pero á bien que siempre

Llega un desengaño á tiempo.

DON CARLOS.

¿No ves, prima, cómo ha obrado

El cáustico sus efectos?

DON EUGENIO.

Calla, loco.

DON ANSELMO.

(A doña Francisca.)

Desde hoy

Vida nueva.

DOÑA FRANCISCA.

Y yo te ofrezco

Quererte mas cada dia.

DON ANSELMO.

¡Si vieras qué placer tengo

En oírlo de tus labios!

(*Estrechando con ternura las manos de doña Francisca.*)

Sí, Frasquita; viviremos

Felices...

DOÑA FRANCISCA.

Como en la gloria...

DON ANSELMO.

Sin inquietud, sin recelos;

Con solo una voluntad,

Un alma y un pensamiento...

DON CARLOS.

(*Llevándose del brazo á don Eugenio.*)

Vámonos, que aquí estorbamos...

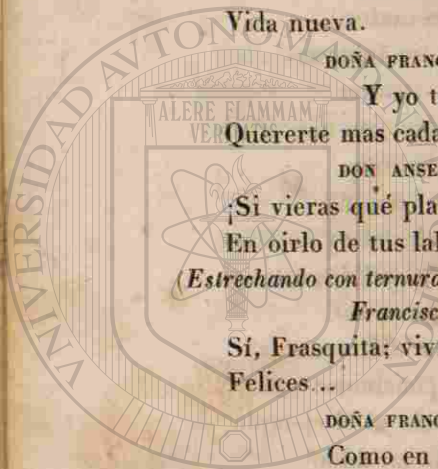
Buenas noches, don Anselmo.

LO QUE PUEDE

UN EMPLEO!

COMEDIA

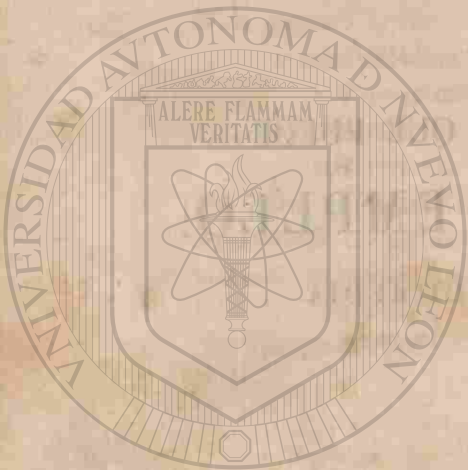
EN PROSA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



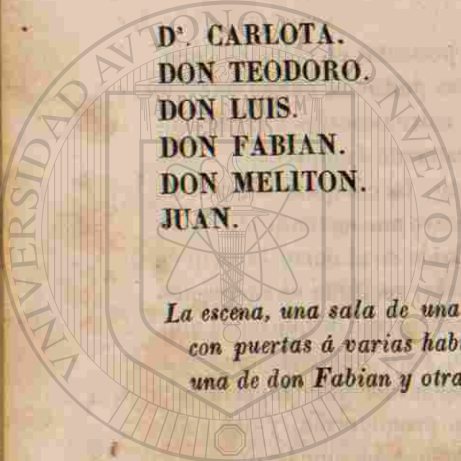
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA.

El vivo deseo de presentar en el teatro á cierta clase de hipócritas políticos, que so color de religion se oponen entre nosotros á las benéficas reformas, me estimuló á emprender, como un mero pasatiempo, la composicion de esta comedia. Primer ensayo mio en tan difícil ramo, proyectada y coucluida en el corto espacio de una semana, y sin haber recibido ni correccion ni lima, no puedo lisongearme de que tenga ningun mérito literario; pero habiendo merecido en el teatro unos aplausos, muy superiores á los que jamas pude prometerme, y habiendo hecho reír á costa de los que, por ignorancia ó por malicia, intentan desacreditar las nuevas instituciones; me he decidido á imprimirla, deseando contribuir de todos modos á que el público conozca á los enemigos de nuestra libertad. ®

PERSONAS.



D. CARLOTA.
DON TEODORO.
DON LUIS.
DON FABIAN.
DON MELITON.
JUAN.

*La escena, una sala de una posada de Alicante,
con puertas á varias habitaciones, entre ellas
una de don Fabian y otra de don Luis.*

LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

COMEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DON TEODORO.

¿Y así te vas, Carlota mia?... ¿Sin decirme nada?... ¿Ni una palabra, ni una mirada de amor?

DOÑA CARLOTA.

Deja, déjame, y no aumentes mi pena.

DON TEODORO.

Pero, ¿de dónde puede provenir mudanza tan repentina? ¿En qué ha podido ofenderte quien te ama mas que á su corazón?

DOÑA CARLOTA.

¡Amarme!... ¡Ah! yo lo creia, y era feliz; pero al cabo, me he desengañado, no sé si por mi fortuna ó mi desgracia.

DON TEODORO.

¡No te amo!

DOÑA CARLOTA.

No, no me amas; te lo repetiré mil veces. Quien no modera, en mi obsequio, la viveza de su carácter; quien por frívolas disputas ha exasperado á mi buen padre, hasta el punto de perder su concepto, de que me prohiba todo trato contigo, y hasta la esperanza de ser tuya algun dia...

DON TEODORO.

Pero, ¿qué ha pasado? Aclárame de una vez tantos misterios.

DOÑA CARLOTA.

Nada, nada: anoche, despues de irte en medio de la acalorada disputa sobre esas malditas ideas liberales, que os han trastornado la cabeza, quedó mi padre suspenso por gran rato, con un semblante tan colérico, cual no le he visto nunca. Yo estaba á alguna distancia sin atreverme á hablarle una palabra, ni á levantar los ojos para mirarle. De pronto se pone en pie, y con una voz terrible y amenazadora: «Hija, me dice, todo se acabó: no hay que pensar mas en boda con Teodoro, si no quieres quitarme la vida :yo le creia un jóven juicioso y moderado, capaz de harcerte feliz;

pero ya has visto: sus ideas son las peores del mundo; el trato con esos locos de liberales le ha quitado el juicio, y se ha vuelto un revolucionario... un jacobino... » ¿Qué sé yo?... Así... dijo una porcion de nombres, todos malos... todos malos...

DON TEODORO.

¡Inocente!

DOÑA CARLOTA.

Yo creí que se serenaria, y le hallaria por la mañana vuelto á su natural afabilidad y buen carácter; pero nada de eso: esta mañana se levantó mas colérico y enfadado que anoche; me repitió el sermon en términos mas agrios, y muy agenos del amor que me profesa. No quiero (me dijo) ni aun estar bajo el mismo techo que ese revoltoso filosofado; ahora mismo voy á buscar otro cuarto, y á mudarme, aunque sea á la peor posada de Alicante; y ya que he despachado mis negocios, al primer viento nos vamos á Cádiz, en diferente buque... No quiero ir ya con ese loco y el iluso de su padre; para siempre acabamos, para siempre... »

DON TEODORO.

¿Y esa es la causa de tu esquivez y enojo para conmigo?

DOÑA CARLOTA.

¿Y te parece corta?... Cuando, despues de haber perdido la mayor parte de nuestros bienes y de abandonar nuestra casa, por no someternos á esos feroces enemigos, prófuga con mi padre, no tenia mas consuelo que ir en tu compañía, partir contigo todos mis peligros, los riesgos y penalidades de la navegacion... y al fin, tener el gusto de llamarme tuya... entonces, entonces, te empeñas en atormentarme, en hacerte aborrecible á los ojos de mi padre, en causar nuestra separacion, y quizá para siempre!...

DON TEODORO.

¿Con que te mudarás á otra posada?

DOÑA CARLOTA.

Si mi padre me lleva...

DON TEODORO.

¿Y te embarcarás en otro buque?

DOÑA CARLOTA.

Si así me lo mandan...

DON TEODORO.

Ya se vé: llegarás á Cádiz probablemente antes que yo... allí habrá tanto jóven, tanto oficialito...

DOÑA CARLOTA.

¡Ah! ¡eso no!... mi padre mandará en mi

persona, en mi vida; mas no en mi corazon: ese es siempre tuyo.

DON TEODORO.

¡Carlota de mi alma! (*Estrechándole la mano.*) Guarda tu amor y tu constancia, que el enojo de tu padre pasará bien presto: es naturalmente bondadoso, y sus defectos nunca nacen de su corazon, sino de los errores de su educacion, de las malas ideas que le han imbuido...

DOÑA CARLOTA.

Es verdad: mi padre es la bondad misma; pero al mismo tiempo, en llegando á tomar una resolucion, es tan constante en ella! Le ha hecho creer don Meliton, que esas ideas liberales traen revuelta á España, y van á arruinar nuestra religion santa... Ya se vé: mi padre con su sencillez cree todo lo que el otro le dice; y como lo juzga tan sabio, y por otra parte, tú te acaloras en las disputas...

DON TEODORO.

Pero, ¿quién ha de tener paciencia, al ver á ese egoista abusar de la credulidad de tu padre, pagarle la hospitalidad y tantos beneficios con llenarle la cabeza de preocupaciones, hasta el punto de hacerle risible para con las gentes sensatas?... En fin, ya

410 LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

estoy resuelto; es menester tomar un partido y quitarle las ganas á ese hipócrita...

DOÑA CARLOTA.

¿Qué piensas? dímelo; no me ocultes nada.

DON TEODORO.

No causará mas disgustos á la persona que mas amo.

DOÑA CARLOTA.

¿Qué airado te pones! Por tu amor, no me ocultes nada... Mas ¡ay de mí!... alguien viene... mi padre...

ESCENA II.

Dichos y DON FABIAN.

DON FABIAN.

¿Con que ello, no ha de haber forma de que haga usted lo que su padre le manda? Será menester tomar otras medidas...

DON TEODORO.

Señor, una casualidad...

DON FABIAN.

Con usted no va nada, señor mio; yo reprendo á mi hija, porque soy su padre, y tengo el derecho de hacerlo.

ACTO I, ESCENA III.

411

DON TEODORO.

Por si yo era la causa...

DON FABIAN.

La causa á usted no le importa: ¿entra tambien en las ideas liberales, despues de revolver el mundo, revolver las casas de los hombres de bien, y hacer á las hijas inobedientes?

DON TEODORO.

Me parece que no merezco sere insultado...

DON FABIAN.

(A su hija.)

¿Qué espera usted?

DOÑA CARLOTA.

Como estaba usted aquí...

DON FABIAN (imitando su voz con cólera).

Como estaba aquí este caballero... Pronto, á su cuarto

ESCENA III.

DON FABIAN Y DON TEODORO.

DON FABIAN.

En fin, señor mio, es tiempo de hablar claro: ya puede usted olvidarse de que ha conocido á mi hija y á mí; y en no viéndo-

nos ni oyéndonos, tan buenos amigos; cada alma en su palma... ¿Está usted?

DON TEODORO.

¿Y se podrá saber la causa de una mudanza tan repentina, despues de la palabra que dió usted á mi padre?

DON FABIAN.

Su padre de usted la sabrá ahora mismo, y usted tambien: ¿les parecerá que yo me muerdó la lengua? No señor; la causa es muy sencilla, mucho... No quiero casar á mi hija con un liberal, y ver á mi yerno en tablillas.

DON TEODORO.

Usted es muy dueño de su voluntad; pero no de insultarme...

DON FABIAN.

Soy muy dueño de mi casa, de mi hija, y de no casarla con un hombre... Bien, que yo á usted no lo culpo; los pocos años, esos malditos libros modernos, cuatro charlatanes que le han llenado de viento la cabeza... Pero su padre de usted, con cincuenta años á la cola, mucho mundo, y dos baños de corte... y maldito si entiende una palabra... ¡Sobre que está abobado con esas reformas! Yo por mi parte, le compadezco; pero no quiero que ni á mí, ni á mi hija nos coja el

carro: yo sé lo que pasa por ahí, y siento nacer la yerba... Sí señor; ya les llegará á los liberales su san Martin; y entonces, entonces veremos quién ha sido el tonto... Por fin, ustedes harán lo que gusten; y en llegando el trueno gordo... ¡Bomb! consolarse con las filosofías.

ESCENA IV.

Dichos y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿No es cierto que tengo razon?

DON MELITON.

Yo, la verdad, no he oido lo que usted decía, pero desde luego me atreveré á apoyarlo, confiando en la prudencia de usted...

DON TEODORO.

Y en su mucha bondad en franquear la sopa...

DON FABIAN.

No sea usted insolente, señor mio...

DON MELITON.

Es menester disculpar á estas cabezas acaloradas... El sufrir las desvergüenzas es propio de la moderacion y sabiduría.

DON FABIAN.

Muy cierto.

DON TEODORO.

¡Oh! el miedo es muy prudente.

DON FABIAN.

Déjese usted de bachillerías : nosotros vamos á cortar cuentas para siempre; ahora mismo, ahora mismo... ¡Juan! ¡Juan!

ESCENA V.

Dichos y JUAN.

JUAN.

¿Mande usted?

(Fabian lo lleva aparte, y le habla en secreto.)

DON TEODORO (hablándole bajo).

Don Meliton usted parece que se ha empeñado en indisponerme con el señor don Fabian, y en estorbar mi union con su amable hija...

DON MELITON.

Yo... jamas hablo mal del prógimo, ni falto á aquella caridad...

DON TEODORO.

Usted vé que acabo de cumplir veinte y cinco años; que tengo el genio un poco vivo; que amo con locura... ya usted me enten-

derá; y que en un momento de pasion, si me empieza á hervir la sangre, y el diablo las carga... Como, por otra parte, no he de sufrir que impunemente me priven de lo que mas amo, porque usted abuse de la ignorancia y sencillez de su padre, imbuyéndole unas ideas...

DON MELITON.

Cada cual tiene las que le acomoda; y ustedes que tanto defienden la libertad de opiniones políticas, no debian ser tan intolerantes.

DON TEODORO.

Usted puede tener cuantas preocupaciones le diere gana, y rebatir las opiniones que crea desacertadas; pero si usa de armas prohibidas, y acusa de impiedad y libertinage á quien lo confunde con razones; si sigue ese sistema hipócrita, que tanto va cundiendo entre los suyos, y continúa inquietando á dos amantes, que iban á ser dichosos... créame usted; olvidaré mi moderacion.

DON FABIAN (volviéndose ácia ellos).

¿Qué es eso?

DON MELITON.

Nada; una mera disputa de literatura, sobre derivacion de unas voces griegas.

DON FABIAN.

(A Juan.)

¿Estás?

JUAN.

Voy corriendo.

DON FABIAN.

Que al instante; que lo estoy esperando...
 Ahí en la botica inmediata; en el corro de
 noveleros...

JUAN.

Ya estoy.

DON FABIAN.

Que urge mucho, muchísimo.

ESCENA VI.

Dichos, menos JUAN.

DON FABIAN.

Parece que estaban ustedes un poco aca-
 lorados con la disputa.

DON MELITON.

Es resabio que nos ha quedado de las au-
 las: como allí pueden tanto los pulmones!

DON FABIAN.

¡Ah, señor don Meliton! ¡qué lástima que
 no ocupe usted una cátedra!

DON MELITON.

Usted me confunde (*pavoneándose*) con
 elogios que no merezco.

DON FABIAN.

Si todos los que van á las universidades,
 sacáran el fruto que usted!

*(Durante este diálogo está echando miradas ma-
 lignas á Teodoro, que se muestra enfadado é
 inquieto.)*

DON MELITON.

Ya se vé...

DON FABIAN.

Y no, que hay algunos, que están por allá
 una porcion de años, gastan el caudal á sus
 padres, y vuelven tan ufanos; sin que nunca
 se les oiga ni una palabra en latin:

DON MELITON.

Cierto.

DON FABIAN.

Como es mas fácil leer cuatro libretes en
 pasta (que el mas grande cabe en un bolsí-
 llo de reloj) que no echarse al cuerpo las
 Pandectas con la glosa magna...

DON MELITON.

Seguro.

DON FABIAN.

Tienen la fortuna de dar con padres bo-
 balitones, que se cuelan ruedas de molino,

y se contentan con cuatro bachillerías á la moderna...

DON MELITON.

¡El amor paternal ciega tanto!

DON FABIAN.

Yo... no me contraigo á nadie... porque cada uno allá se entienda... En echando el cuerpo fuera, y limpiando mi arroyo... salud.

DON MELITON.

Seguramente, la murmuracion es un gran defecto...

DON TEODORO (*con viveza*).

No tanto como la hipocresía.

DON FABIAN.

Pues, hablando así en general... como iba diciendo, ya no se escriben tantos tomos en folio, como antiguamente... pero los jóvenes cada vez mas hinchados.

DON MELITON.

Da lástima el oírlos.

DON FABIAN.

Empeñados en reformar el mundo.

DON MELITON.

Desprecian á los que tratan de desengañarlos.

DON TEODORO.

Señor mio, si tolero las impertinencias del

señor don Fabian, porque respeto su buen corazon, y compadezco la candidez de que usted abusa; estoy muy lejos de sufrir las malignas invectivas que usted me dirige. Válgale el hallarse en compañía de un sugeto á quien debo mil consideraciones, y no me exaspere hasta el punto de atropellar todos los respetos. Y usted, señor don Fabian, disponga lo que quiera con respecto á su hija; en la firme inteligencia, de que su corazon es todo mio; y que ni la autoridad de usted, ni todos los obstáculos del mundo, bastarán á estorbar nuestro enlace.

ESCENA VII.

DON FABIAN Y DON MELITON.

DON FABIAN (*riéndose*).

¡Cómo va el pobre hombre!

DON MELITON.

Vea usted lo que son estos liberales; al instante se encienden como una pólvora, y allá va eso... Yo tengo la fortuna de refrenar tanto mi carácter...

DON FABIAN.

Eso es grandeza de alma.

DON MELITON.

Capaz soy de oír dos horas de desvergüenzas, sin salir de mi natural mansedumbre.

DON FABIAN.

Esos liberales son gentes tan levantiscas y mal sufridas!

DON MELITON.

Estoy para decir, que son peores que los franceses...

DON FABIAN.

No, amigo; eso no: ¿cómo los franceses? eso no: nada malo es capaz de igualarlos.

DON MELITON.

Tiene usted mil razones; y me ha corregido acertadamente: en acordándome yo de que han quitado los beneficios simples!

DON FABIAN.

Yo olvido todo lo mío, que Dios á nadie le falta... pero lo que han hecho con nuestro buen rey, las atrocidades que cometen en los infelices pueblos...

DON MELITON.

Mi renta no era mucha, porque usted sabe que la capellanía estaba tan mal cuidada... Pero al fin, al fin, para pasarlo un hombre decentemente, si no hubiera sido por esos pícaros...

DON FABIAN.

¡Habiendolos recibido como amigos, y asolar ellos á la pobre España!

DON MELITON.

Ni un olivo me habrán dejado... dice usted bien: todo asolado, todo; me han dejado por puertas...

DON FABIAN.

Pagar así la hospitalidad y generosidad española!

DON MELITON.

Yo doy á usted mil gracias por las que me dispensa; y cuento siempre con sus favores...

DON FABIAN.

Yo no hablaba de eso, porque no gusto de repetir las cosas: usted sabe que mientras tenga un pedazo de pan, le partiremos como buenos hermanos.

ESCENA VIII.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué le ha dado á usted, para traerme con tanta prisa? ¿Qué tenemos de bueno?

DON FABIAN.

Nada de bueno; mucho, y muy malo: su hijo de usted...

DON MELITON.

Capaz soy de oír dos horas de desvergüenzas, sin salir de mi natural mansedumbre.

DON FABIAN.

Esos liberales son gentes tan levantiscas y mal sufridas!

DON MELITON.

Estoy para decir, que son peores que los franceses...

DON FABIAN.

No, amigo; eso no: ¿cómo los franceses? eso no: nada malo es capaz de igualarlos.

DON MELITON.

Tiene usted mil razones; y me ha corregido acertadamente: en acordándome yo de que han quitado los beneficios simples!

DON FABIAN.

Yo olvido todo lo mío, que Dios á nadie le falta... pero lo que han hecho con nuestro buen rey, las atrocidades que cometen en los infelices pueblos...

DON MELITON.

Mi renta no era mucha, porque usted sabe que la capellanía estaba tan mal cuidada... Pero al fin, al fin, para pasarlo un hombre decentemente, si no hubiera sido por esos pícaros...

DON FABIAN.

¡Habiendolos recibido como amigos, y asolar ellos á la pobre España!

DON MELITON.

Ni un olivo me habrán dejado... dice usted bien: todo asolado, todo; me han dejado por puertas...

DON FABIAN.

Pagar así la hospitalidad y generosidad española!

DON MELITON.

Yo doy á usted mil gracias por las que me dispensa; y cuento siempre con sus favores...

DON FABIAN.

Yo no hablaba de eso, porque no gusto de repetir las cosas: usted sabe que mientras tenga un pedazo de pan, le partiremos como buenos hermanos.

ESCENA VIII.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué le ha dado á usted, para traerme con tanta prisa? ¿Qué tenemos de bueno?

DON FABIAN.

Nada de bueno; mucho, y muy malo: su hijo de usted...

DON LUIS.

¿Le ha dado algun accidente? ¿dónde está?

DON FABIAN.

Todavía peor.

DON LUIS.

Vaya, despáchese usted... ¿Ha tenido algun lance?

DON FABIAN.

Repeor.

DON LUIS.

¿Me va usted á pegar un tabardillo, don Fabian ó don Diablo? ¿Qué ha sucedido vamos...

DON FABIAN.

Se lo diré á usted en dos palabras : su hijo de usted es liberal, y no quiero darle á mi hija.

DON LUIS.

Acabára usted de reventar! ¿Y para eso me manda una embajada, me hace venir des-empedrando calles, y dejar una agradable compañía, en el momento crítico de leer las noticias que ha traído el correo de esta mañana? Usted está tocado de la cabeza; no hay remedio... ¡Para una friolera semejante!

DON FABIAN.

¿Con que á usted le parece una friolera?

DON LUIS.

Y grandísima.

DON FABIAN.

¡Friolera el acabarse la boda!

DON LUIS.

Como yo no iba á casarme...

DON FABIAN.

Pues en estos casos...

DON LUIS.

El chasco es para los novios...

DON FABIAN.

Me achicharra usted con esa flema.

DON LUIS.

¿Quiere usted un polvo?... ¿No? ¿Usted, señor don Meliton?...

DON MELITON.

Por no despreciar el favor de usted.

DON FABIAN.

Pues, en verdad, que su hijo de usted ha sentido mucho mi resolucio...

DON LUIS.

La muchacha estará hecha una vinagre... ¡esto de llevar palma! ¡Ya se vé; son tan pesadas las palmas!

DON FABIAN.

Yo he estimado á usted toda mi vida, y le tenia por hombre de mas pulso... pero ya está visto : con esos proyectos de reforma, y

LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

Los principioes liberales, se le ha trastornado el cerebro... Eso, dirá usted, que no cuenta mias; pero, como una prueba de nuestra antigua amistad...

DON LUIS.

Gracias.

DON FABIAN.

En lo que yo debo entender, y mando, ya he tomado mi resolución; porque veo venir el nublado... y una hija no es cosa que se deba esponer... que al cabo, al cabo, si se vuelven las tornas, no es un grano de anís esto de tener un sambenito en la familia.

DON LUIS.

Aquí el señor don Meliton pudiera estenderle á usted una especie de profesion de fé, y en presentándose un novio para la muchacha, sondearlo á fondo, á ver si tiene lo mas mínimo de liberal... No, el proyecto es sencillo y fácil... con cuatro preguntitas estaba acabado el negocio: «¿Maldice usted de la libertad de imprenta? — Sí maldigo. ¿No es mejor ser mandado por un bajá de tres colas, que tener Córtes y tanta barahunda?...» Así, por este estilo, una docena de preguntillas al alma... ¿No es verdad, don Meliton?

DON MELITON.

Usted lo dice por burla; pero yo lo creo con todo mi corazon.

ACTO I, ESCENA VIII.

DON LUIS.

¡Ya se vé; con esta malita libertad de imprenta se descubren tantos pastelones!... Porque así como suena, dura un enredo meses y meses, se cruzan las intriguillas, los empeños; y cuando se creia la cosa mas secreta... tras! tira el diablo de la manta; y con cuatro letras carcomidas, seis pliegos de mal papel, y un muchacho pelon que eche tinta en los moldes, se le planta una banderilla al lucero del alba. La cosa, por supuesto, que no es graciosa; y no estraño yo que pongan los gritos en el cielo.

DON FABIAN.

Acá no se venga usted con soflamas; que no nos mamamos el dedo... Esa libertad de imprenta va á perder á España, y ya está causando miles de escándalos...

DON MELITON.

Ya leyó usted el otro dia, cómo ponian de tonto á un Lector en artes...

DON FABIAN.

¡Bribonazos!

DON MELITON.

Esa libertad de imprenta es cosa de hereges; y si no se le cortan los vuelos... pero todo se remediará: si este maldito poniente dejára de soplar, ya que ha concluido usted

sus asuntos, y nos pusieramos en Cádiz en cuatro dias...

DON LUIS.

¡Buen refuerzo les espera!... Há! há!

DON MELITON.

Usted podrá reirse lo que guste; pero yo no dejaré de gritar contra esa diabólica libertad, mientras tenga el alma en mis carnes: ¡eso no! Primero es la conciencia que todos los respetos del mundo; aunque supiera indisponerme con mil personas, y acusar de Jansenistas á media España... ¡Bonito soy yo!

DON FABIAN.

¡Bravo! bravo! Si no fuera por gentes como usted, ¿dónde íbamos á parar?

DON MELITON.

Hasta que me oigan los sordos...

DON FABIAN.

Duro en ellos; y al que le escueza, que tenga paciencia...

DON MELITON.

Que reviente.

DON LUIS.

Pero, hombre, ¿y la caridad cristiana?...

DON MELITON.

¡Primero la tendria con los franceses!...

Vaya; perdonen ustedes, que no sé lo que me digo: en tocándome á éstos puntos...

DON LUIS.

Pues, serénese usted; y mudemos de conversacion: otro polvo...

DON MELITON.

Gracias.

DON LUIS.

Pues, mudando de registro, empecé á decir á ustedes...

DON FABIAN.

Nada tiene usted que decirnos: la boda se acabó, se acabó...

DON LUIS.

¡Si no voy á hablar nada de boda, ni con mil leguas! Empecé á decir, que cuando llegó la embajada me hallaba oyendo las noticias, que ha traído el correo de Cádiz...

DON FABIAN.

Estaría usted tan contento, rodeado de liberales...

DON LUIS.

Cabalmente.

DON FABIAN (*burlándose*).

¡Y gente gorda, que habria entre ellos!

DON LUIS.

¿Me dejará usted proseguir mi cuento?

Las noticias no caben mejores: se va restableciendo el orden...

DON MELITON.

¿No lo decia yo? Ese desorden de los liberales no podia durar mucho tiempo: ¿han dado fin de ellos?

DON LUIS.

Por el pronto, se ha promulgado la Constitucion, sancionada por las Córtes; ha sido un dia de júbilo, de locura... El pueblo ha empezado á conocer sus verdaderos intereses, y á respetar las leyes que lo van á librar en adelante del látigo de sus opresores.

DON FABIAN.

¡El pueblo... ya va... el pueblo!

DON LUIS.

Sí, señor, el pueblo: ¿le parece á usted que es tan ciego, que no vé la verdad, cuando se la muestran? ¿O lo cree tan estúpido, que no sienta los males que ha sufrido, y que no conozca la causa de su infelicidad? Está usted muy equivocado; los que le enseñaban la linterna mágica, y lo tenian á oscuras para que no viera mas que las figurillas que le presentaban, se han llevado un gran chasco, y pueden aprender otro oficio.

DON FABIAN.

Ya no es menester aprender oficio: (con ironía estúpida) con la nueva Constitucion á nadie le faltará que comer.

DON LUIS.

Crea usted que no habrá tantos infelices.

DON MELITON.

¡Vaya, vaya!... No será menester ya ni sembrar los campos...

DON LUIS.

Por lo menos, habrá menos gorriones que se coman el trigo... Habia en esta España tal plaga de langosta!... ¿He dicho algo, don Meliton?

DON MELITON.

No sé.

DON LUIS.

¡Tanto zángano!!!

DON MELITON.

Yo no me meto á averiguar vidas ajenas...

DON LUIS.

¡Como salta á la vista, que hay pocos que trabajen!...

DON FABIAN.

Sí, con la nueva Constitucion, vamos á vivir en la isla de Jauja... no hay remedio. ¡Vaya! es cosa que me lleva el diablo el oír á usted y á otros mentecatos, que no pare-

ce sino que hasta ahora hemos vivido como brutos... Yo, por lo que me toca, sé decir que cerré mis sesenta años, sin haber oído en mi vida ni la palabra *Constitucion*; y no me ha hecho maldita la falta: he sido un buen padre de familias; he tenido once hijos, y un malparto...

DON LUIS.
¡Hombre!

DON FABIAN.

Y un malparto de mi pobre Blasa me quitó el completar la docena... ¡Ya se acordará usted: fué poquito sonado!

DON LUIS.

No me acuerdo, á fé mía.

DON FABIAN.

¿Con que no se acuerda usted, cuando malparió mi muger por aquel susto tan gracioso? Vea usted, don Meliton, que al ir la pobre á abrir un escaparate viejo, en que guardábamos nuestros cartapacios, vió saltar á una rata, que le estaba royendo la ejecutoria!... ¡Y poquito ruidoso que fué el lance! Hasta el mala lengua del cirujano compuso unas coplillas que cantaban los muchachos por la calle, hasta que un alguacil lo tomó de su cuenta... Decían así... á ver si me acuerdo... así empezaban:

Sin mérito no hay nobleza;

Lo demas es papelon:

¡Pobre nobleza, si pende

De los dientes de un raton!

Y seguian las malditas coplillas por ese estilo, y cada dia cundian mas, que si no se lo digo á mi primo el Familiar, las hubieran plantado de letra de molde.

DON LUIS.

Pues de nada de eso me acuerdo; estaria entónces en Madrid.

DON MELITON.

¡Ay, amigo, y qué tiempos aquellos! Aquello era vivir, y lo demas es chanza! Bonita falta nos hacian las Constituciones! Yo lo pasaba como un duque, sin acordarme de las capellanías.

DON LUIS.

Yo me consentí en ver á usted canónigo... como le veia tan introducido en casa de don Cosme...

DON MELITON.

En un tris estuvo; pero tuve la desgracia de que en los cinco años que le hice la corte, no le cogí un rato de buen humor; y diga usted, que estaba bien informado de mis méritos, porque cada dia le entregaba un papelon impreso; y por otra parte, era un

buen señor, y me veía hecho un mártir, haciéndole la partida de mediator á la tía que tenía baldada; que era menester una paciencia de un santo. Yo aunque salí de Madrid, nunca he dejado de escribirle, porque soy hombre agradecido, y me daba el corazón que siempre había de hacer figura, y tendría en él un apoyo: y aunque el buen señor, no me ha contestado nunca, porque me trata con confianza y no repara en cumplimientos, le he enviado al salir de Aragon dos cartapacios con seis memoriales cada uno, por si se estravia alguno en el correo; y ya le advertía que iba en compañía de usted, y las muchas prendas que le adornan, para que no le cogiera desprevenido nuestra llegada...

DON FABIAN.

Estimo los buenos oficios de usted.

DON LUIS.

Siempre es bueno hallar hecha la cama.

DON MELITON.

¡Hecha!... ¡Ahí es nada! De esta no escapa mi colocacion; que no siempre ha de andar uno á cargo de los amigos...

DON FABIAN.

Déjese usted de eso... Pero, ¿qué hora será?...

DON MELITON.

Segun mi estómago, son las tres de la tarde.

DON LUIS (*sacando su reloj*).

Hora y media va adelantado el reloj estomacal: yo tengo la una y veinte... ¿Será que ayuna usted?...

DON MELITON.

Ayunar, no... lo que es ayunar... pero con tanto quebradero de cabeza, y los pasados estudios, siento siempre una debilidad á estas horas...

DON FABIAN.

Pues vamos á comer lo que haya. ¿Gusta usted acompañarnos? Lo cortes no quita á lo valiente.

DON LUIS.

Gracias por el favor de usted.

(*Don Fabian y don Meliton entran en su cuarto; don Luis va despacio al suyo, y al ir acercándose á él, sale su hijo.*)

ESCENA IX. ®

DON LUIS Y DON TEODORO.

DON TEODORO.

Padre mio!

(Cogiendo la mano á su padre, y besándosela afectuosamente.)

DON LUIS.

¿Qué es esto, Teodoro? ¡Qué descompuesto el semblante! Serénate...

DON TEODORO.

Esperaba con ansia el momento de hablarle á usted, para desimpresionarle de las malas ideas que le hayan imbuido contra mí...

DON LUIS.

¡Cuidado muy propio de veinte y cinco años! ¿Con que temias que me llevasen á su bando un hombre bondadoso, pero preocupado, y un taimado egoista? No, hijo mio: conozco el mundo mas que tú; te conozco bien, y te amo como mereces.

DON TEODORO.

Ya sabrá usted que don Fabian me niega á Carlota, despues de habernos hecho tantas promesas...

DON LUIS.

¿Y bien?

DON TEODORO.

Carlota, sin embargo, me quiere con la misma constancia...

DON LUIS.

Es muy buena muchacha...

DON TEODORO.

Ya... pero, si su padre se obstina... y no hubiere otro remedio... aunque sea un paso violento...

DON LUIS.

¿Qué quieres decir con eso?

DON TEODORO (con vehemencia).

Que si usted me ama, si aprecia la vida de su hijo, si no quiere hacerme infeliz para siempre... Sí, no se debe perder instante; se pide auxilio á la justicia, la depositan, manifiesta su libre voluntad, nos casamos...

DON LUIS.

Y haces infeliz á un padre... ¿No es eso? ¿Y perdemos un buen amigo, que lo ha sido muchos años de toda la familia; y arraigamos un odio para siempre, cuando habria otros medios suaves de componerlo todo?... ¿Parece que te has quedado un poco suspenso? ¿No era buen plan el que me proponias?

DON TEODORO.

Mi ligereza... el mucho amor que le tengo... desesperanzado de hallar otro partido...

DON LUIS.

¿Y por qué no pones tu suerte en mis manos? ¿Nada fias en la prudencia de un padre, ni en su mucho amor?

DON TEODORO.

¡La quiero tanto! El solo recelo de perderla basta para quitarme el juicio.

DON LUIS.

No la perderás; será tu esposa, y yo tendré en mi vejez una hija mas que me consuele.

DON TEODORO.

Ah padre mio! Es tan obstinado don Fabian!... Está tan preocupado por ese hipócrita!...

DON LUIS.

¿Pues hay mas que desengañarle?

DON TEODORO.

Es imposible, imposible: no escucha la razon; el temor de faltar á la religion lo hace sordo á todas las reconvenciones; en vano tratará usted de persuadirle.

DON LUIS.

Hijo, confia siempre en persuadir con la razon á los que tienen un buen fondo de alma, y solo pecan de entendimiento: un engaño basta para volverlos de su extravío tan de buena fé como antes erraron. Solo son incurables hombres, como don Meliton, que defienden las preocupaciones por interes y egoismo. Sin mas patria, mas religion, ni mas moral que su conveniencia pro-

pia, tienen siempre en los labios estos sagrados nombres; y aborrecen las reformas, porque se mantienen de abusos. Al contrario, los seducidos por su ignorancia y sencillez, como nuestro buen amigo, quieren siempre lo mejor, aunque tal vez se equivoquen; y en mostrándoles que sirven de instrumento á los malvados, se pasan al bando de la razon y la justicia. Hijo, ven á comer tranquilo; que todo corre de mi cuenta, y serás dichoso.

DON TEODORO.

Esas palabras de bondad me vuelven la vida.

DON LUIS.

Vamos, hijo mio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON TEODORO.

¡Dormir!... ¡dormir!... ¡estando enamorado y con pocas esperanzas! No es posible, Teodoro; ni vivirás ya tranquilo, mientras no estés seguro de llamar esposa á tu Carlota... ¿Qué hará en este instante? Quizá ahora mismo su padre la está reprendiendo, y ella le está jurando no volver á hablarme, olvidar tanto amor... ¡Qué injusto soy! Pero ¿cuándo no se halla inquieto un amante? ¿Qué estará haciendo?... Si pudiera verlo... (*Acércase á la puerta, y mira por el agujero de la llave.*) Allí está... ¡y qué hermosa! parece algo pensativa... Yo me determino á llamarla: seguramente su padre y su incómodo acompañante estarán durmiendo en la alcoba inmediata... nada me detiene. (*Llama quedito.*)

ESCENA II.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA (*abriendo la puerta*).

Teodoro!

DON TEODORO.

Sal, amor mio, sal al instante...

DOÑA CARLOTA.

Si despierta mi padre...

DON TEODORO.

Tanta timidez se aviene mal con el mucho amor: quizá en otros tiempo no hubieras temido tanto la reprension de tu padre.

DOÑA CARLOTA (*saliendo del cuarto*).

Está tan colérico estos dias... tan irritado contra tí...

DON TEODORO.

Y por eso su humilde hija cree que no cumple con sus deberes, si no se muestra esquivia con su infeliz amante...

DOÑA CARLOTA.

¿No me basta sufrir el ceño de mi padre? ¿Quieres tambien afligirme con injustas convenciones, en vez de consolarme y de sos-

tener mis esperanzas? Me parece que siento pasos...

DON TEODORO.

No tengas cuidado: es mi padre.

ESCENA III.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

Esto es lo que á mí me gusta; ver á los jóvenes tan bien avenidos... Y luego que los padres se rompan la cabeza trazando planes; que riñan muy serios; que se opongan... ¿Muchachos y con amor? No hay mas que dejarlos.

DON TEODORO.

Hacia un momento que nos hallábamos aquí...

DON LUIS.

Ya... el calor del cuarto los ha echado á ustedes fuera... ¿No es así?

DOÑA CARLOTA.

Pues mire usted, hace un calor como si fuera una siesta de agosto...

DON LUIS.

Tambien los disgustillos lo habrán hecho mas insufrible; pero no es lo raro que uste-

des no hayan dormido; que al cabo son las partes interesadas, se quieren mucho, y están en todo el fuego de la pasión y de la juventud. Pero yo, pobre de mí, que me acosté para sosegar un rato, y no he podido descansar ni un instante, acordándome de dos tristes enamorados... Y diga usted, que ya debía haberseme olvidado lo que son estos cuidadillos de amor; pero nada de eso: yo parecía el novio, cavilando y dando vueltas; proyecto por acá, proyecto por allá... y todo ¿para qué? bien, que no es una friolera, hacer dichosos á dos amantes, y desengañar á un hombre de bien alucinado.

DON TEODORO.

¿Podremos esperar?

DON LUIS.

Y muy pronto.

DOÑA CARLOTA.

En usted tengo otro padre: ¿me querrá usted como á hija?

DON LUIS.

Sí, Carlota mía; viviréis felices, y haréis menos penoso el último resto de mi vida. Tu buen padre gozará también esta fortuna...

DOÑA CARLOTA.

¡Ay señor!

DON LUIS.

No hay porque suspirar; un desengaño bastará para volverlo á la razón, y yo me encargo de la empresa. Me parece, señores enamorados, que hago bien el papel de confidente; por ustedes no duermo, por ustedes salgo con todo el peso del sol...

DON TEODORO.

¿A qué va usted, padre mío?

DON LUIS.

Esa es mucha curiosidad; un poquito de paciencia, y confianza en mí. Pero ante todo, ¿cuál será el premio de todos mis afanes?

DOÑA CARLOTA.

Gratitud y amor por toda la vida.

DON LUIS.

Y me basta: nada más apetezco.

DON TEODORO.

¿Pero podremos saber?...

DON LUIS.

Ustedes podrán detenerme; pero quizá se malogre todo.

DON TEODORO (con suma viveza).

Vaya usted con Dios, padre mío.

DON LUIS.

¿Qué prisa te das para despedirme!...

DON TEODORO.

Yo porque tarde usted menos, y vuelva antes...

DON LUIS.

Ya te entiendo: á Dios, hijos. Cuidado no sorprenda el señor don Fabian á los pobres novios, eche su reprension á la niña, y descargue una nube de piedra sobre el liberal enamorado.

ESCENA IV.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA.

¡Cuánta bondad!

DON TEODORO.

Tengo en mi padre al mejor de mis amigos: ¿quién no sacrificaría hasta la vida por un padre semejante? Si alguna vez mi ligereza y mis pocos años me estravian, lejos de reprenderme con aspereza, ni de castigarme con el rigor de un tirano; me desengaña, me muestra la razon, me obliga á avergonzarme yo mismo de mis defectos, y á corregirme por mi propio interes. ¡Ah! ¿qué pocos hijos habria malos ni desgracia

dos, si fueran todos los padres tan prudentes!

DOÑA CARLOTA.

El mio es sumamente bondadoso, y me ama en extremo: ya sabes cuán feliz era en su compañía, admirando siempre su corazon compasivo. Nunca le ví irritado; nunca dejó de darme cuantos gustos apetecia; y por último, me concedió el que mas anhelaba mi corazon, que era ser tu esposa... Solo ese egoista pudiera haber mudado su carácter, hasta el punto de hacer que mire con desconfianza á una porcion de gentes; que se haya entibiado la amistad que profesaba á tu padre, y que se oponga á nuestra union apetecida.

DON TEODORO.

Constancia, Carlota; que mi corazon leal me está anunciando que van á cesar nuestros disgustos.

DOÑA CARLOTA.

El mio, por el contrario, se halla cada vez mas inquieto; quizá estás tú mas tranquilo, porque me amas menos.

DON TEODORO.

¿Volvemos á los zelillos?

DOÑA CARLOTA.

Cuando se desea con ansia una cosa, pa-

rece imposible que se ha de llegar á conseguirla.

DON TEODORO.

Tengo tanta confianza en mi padre!

DOÑA CARLOTA.

En nadie debe confiar un amante...

DON TEODORO.

¿Ni en su querida?

DOÑA CARLOTA.

Ni en su querida, cuando no le tenga el amor que yo á tí.

DON TEODORO.

Todas dicen lo mismo...

DOÑA CARLOTA.

Pero no dan tantas pruebas.

DON TEODORO.

¿Has oído?

DOÑA CARLOTA.

Sí: se han levantado; véte, por Dios... Si nos encuentran juntos...

DON TEODORO.

A Dios, no me olvides...

DOÑA CARLOTA.

Es inútil tu encargo: véte...

DON TEODORO.

No me olvides ni un instante...

DOÑA CARLOTA.

Que van á salir...

DON TEODORO. (*Vase prontamente á su cuarto.*)

A Dios, vida mía.

DOÑA CARLOTA.

Me parece que me lo han de conocer en la cara.

ESCENA V.

DOÑA CARLOTA, DON FABIAN
Y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿Qué hacías aquí, Carlota?

DOÑA CARLOTA.

Oí un gran ruido de campanillas, como de coche de colleras, y salí por ver lo que era... la curiosidad...

DON FABIAN.

Por curiosear se han perdido mas de cuatro niñas.

DOÑA CARLOTA.

Pues bien, no volveré á asomarme, aunque se hunda la posada.

DON FABIAN.

Con que oigas la llave del cuarto inmediato, no podrás contenerte. No hay que poner la cabeza de novicia, ni hacerte la

mogigata: ¿te parece que no conozco lo enamorada que estás de Teodoro?

DOÑA CARLOTA.

Nunca le hubiera dado entrada en mi corazón, si usted no hubiera consentido, y aun aplaudido nuestros amores: si habiendo encontrado en él las mejores prendas, y arraigado nuestro cariño con el continuo trato, quiere usted que le olvide, exige de mí que sea veleidosa é inconstante; si me manda que finja indiferencia, cuando estoy mas enamorada, me precisa á ser hipócrita y embustera.

DON FABIAN.

Bravo, señora doctora! ¿Habrá usted quedado tan hueca con su parrafito de filosofía? No se ha perdido el tiempo al lado del señor liberal... Esto es lo que yo digo, señor don Meliton; hasta á las mugeres ha llegado el contagio de estos malditos tiempos: con cuatro novelas y versillos ya las tiene usted hechas unas bachilleras, charlando como cotorras, y mandando billetes á sus queridos, que merecen ponerse de estampilla... ¡Ay amigo! ¡Qué tiempos los antiguos! Ninguna escribía dos renglones á su novio, aunque la matáran; porque sus padres habian tenido buen cuidadito de que

no supieran tomar la pluma en la mano, ni conocieran el A B C. Pero ahora, ahora!... Ya ha oido usted el párrafo liberal, que me ha espetado esta mocosa, que si hubiera nacido en otra época, estaria haciendo un dechado en la amiga.

DON MELITON.

No tiene usted por que enfadarse: esta señorita es muy dócil, y no hará mas que lo que usted le mande. No estraño yo que Carlotita no conozca los poderosos motivos que obligan á su padre á separarla de ese jóven,preciado de sabio. Las ideas liberales tienen un aparente brillo, que oculta el veneno, y las hace agradables á los incautos, estendiendo su seducccion hasta al bello sexo. Pero los que, por nuestra edad y vastos conocimientos, sabemos quitarles su positizo oropel, y descubrir lo pernicioso de esas doctrinas, que solo contribuyen á favorecer la carne y la sangre, y á convertir en república hasta el imperio del gran Mogol; debemos desengañar á los seducidos, y aconsejar á los padres...

DON FABIAN.

Yo doy á usted mil gracias por sus buenos consejos; que si no ha sido por ellos, me dejo llevar de mi bobería, doy mi hija

á ese atolondrado liberal, y al cabo de una docena de años me encuentro la casa llena de nietezuelos liberalitos, capaces de revolver un mundo. ¡Bonita la hubiéramos hecho! Tú tambien, Carlota, debes dar las gracias á nuestro sabio amigo, y tener presente lo que acaba de decir magistralmente sobre los malos efectos de las ideas liberales. ¿Lo has entendido bien?

DOÑA CARLOTA.

¿Yo?...

DON FABIAN.

¿Yo? Sí señora, usted; que siempre me estás quebrando la cabeza, hablando por los codos; y cuando es menester, te estás callada como una muerta.

DOÑA CARLOTA.

Pero, si yo no entiendo nada de carne ni de sangre, ni de oropes, ni venenos, ni de ninguna de esas cosas liberales... Yo queria á Teodoro, porque me gustaba, y le hallaba muy comedido en su conversacion, y me parecia muy hombre de bien, y me decia que me queria tanto, y que seríamos tan felices...

DON FABIAN.

Otra y, otra y, con dos mil diablos!

DOÑA CARLOTA.

Si usted se enfada, mentiré.

DON FABIAN.

No quiero que mienta usted; sino que sea obediente, como Dios manda.

DON MELITON.

Me parece que estaríamos mas cómodos, sacando unas sillas...

DON FABIAN.

Dice usted bien; que en el tal cuartito estamos ahogados; y aquí respiraremos mas libremente. Pero, no se incomode usted. (*Va don Meliton por las sillas.*) Ya sabes lo mucho que te quiero; (*A Carlota*) y que toda mi vida no he trabajado sino para hacerte feliz. Si quieres darme gusto, y mostrarme tu cariño, trata con el mayor respeto al señor don Meliton, y escúchalo como á un oráculo. ¿Estás?... y no, que con ese silencio, esa cabeza baja y la carita avinagrada, me estás quemando la sangre. ¡El diantre de estas muchachas parece que están tambien de revolucion!

DOÑA CARLOTA.

Si no me ocurre nada que decir...

DON FABIAN.

Valias un Potosí, para entrar en Cartuja!

DOÑA CARLOTA.

Bien; me esforzaré...

DON FABIAN.

Cuidadito conmigo, que no soy todo miel; y si llego á enfadarme, habrá fiesta de toros. (*Saca don Meliton tres sillas.*) Ahora pegaba bien (*A don Meliton en voz baja*) un sermoncito, que la tengo mas blanda que un guante, y podemos convertirla de un todo.

DON MELITON (*tambien con voz baja*).

Descuide usted.

DON FABIAN. (*Siéntanse todos.*)

Lo que hemos hablado muchas veces: las niñas no quieren creer que sus padres desean lo mejor para ellas, y saben lo que les conviene; nada de eso: llega un jovencito almidonado, les hace cuatro señajos, dice cuatro secretillos, su suspiro al canto, y si es menester, una lagrimita, y ya tenemos á las muchachas rabiando por casorio. Se ha puesto el mundo de manera, que es menester morir.

DON MELITON.

No es eso lo peor; sino que creo que hasta las mugeres se van volviendo liberales.

DON FABIAN.

Pródigas, debía usted decir.

DON MELITON.

Y si las mugeres se ponen del bando con-

trario, no hay remedio; triunfan los liberales, y quedamos frescos.

DON FABIAN.

Por eso urge mas el desengaño; y no dorminos sobre las pajas.

DON MELITON.

Ya tengo preparada una disertacion. con notas en latin, en que pruebo *usque ad evindentiam*, que todos los liberales huelen á azufre; y que la muger que se casa con uno de ellos, aunque tenga un pilon de agua bendita junto á la cama, está espuesta á que una noche se la lleven las brujas.

DOÑA CARLOTA.

Las brujas... Há, há! ¿Está usted en su juicio? Eso se dice para asustar muchachos.

DON MELITON.

Se conoce, señorita, que no las ha visto usted, como una tia mia, que murió de noventa y seis años: mil veces se lo oí contar; y que si no hubiera sido porque les descubrieron el nido, y quemaron á seis docenas, hubieran llovido brujas como mosquitos.

DOÑA CARLOTA.

Todo eso será verdad; pero yo no lo creo.

DON FABIAN.

Calla, niña; que nosotros no tenemos ta-

lento, para meternos en tantas honduras; y cuando el señor don Meliton lo dice...

DON MELITON.

Toma, si lo digo! Y lo voy á imprimir en llegando á Cádiz, con cada letra como un panecillo. Y que vengan los liberales á disputárselas conmigo! que á la primera rociada que lleven, no les he de dejar hueso sano.

DON FABIAN.

Mucha falta hace usted por allá; es menester atacarlos de firme.

DON MELITON.

Capaz soy, segun me siento inflamado, de confundirlos á desvergüenzas.

DON FABIAN.

Metralla en ellos; y no darles cuartel, hasta que pidan perdon.

DON MELITON.

Perdon!... ya voy: hasta verlos fritos. Por eso me alegro, señorita, de la prudente determinacion de su padre de usted, que la ha libertado de verse mañana en un apuro. Teodoro parece buen muchacho; que al cabo, yo no soy amigo de hablar mal, ni de quitar la estimacion al prógimo. Pero no es todo oro lo que reluce; esos principios á la moderna van corrompiendo insensiblemente

el corazon; y podia usted, cuando menos pensase, encontrarse gato por liebre.

DON FABIAN.

Eso mismo es lo que yo digo. ¿Me darás gusto en todo? Vaya, no hay para que afligirse; tú tienes juicio, y no me darás que sentir. Pero, el plomo de Juan tarda mucho en traer las cartas: ¿en qué se habrá detenido?

DOÑA CARLOTA.

¿Lo ha mandado usted por ellas?

DON FABIAN.

En cuanto acabamos de comer.

DON MELITON.

Pues, si lo acabo yo de ver tendido, en el banco de adentro, roncando á pierna suelta!

DON FABIAN.

No hay que encargarle nada; hasta que duerme los dos cuartillos de tinto, es hombre perdido. (*Levántase y se acerca á la puerta.*) Juan! Juan! ¿No te has de levantar hasta mañana?

ESCENA VI.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Me habia quedado un poco vencido del sueño, con el humillo de la comida...

DON FABIAN.

Con el humazo de las botellas. Al fin, ¿no has hecho lo que te mandé? Y yo, esperando las cartas con mucha paciencia. Esto es lo que sucede en teniendo criados antiguos, y que toman mucha confianza. Lo mandé por las cartas, no va; lo envió esta mañana á llamar á don Luis, y se está por esas calles hasta las tantas, sin acordarse de comida, ni de nada del mundo.

JUAN.

Vaya, señor; que no parece sino que me entretuve en la taberna ó en alguna cosa mala! Vea, usted, señor don Meliton, que me arrimé al corro de noticias en que estaba don Luis; que al cabo, á todos nos interesa saber si se matan franceses; y allí se me pasó la hora, oyendo cosas buenas. Decian aquellos señores, que las Córtes habian mandado que á nadie se ahorease, porque

todos somos hijos de Dios, y de carne y hueso, y por ser pobres no nos habian de colgar, como á perros; y que á ningun infeliz lo pudrieran en la cárcel por frioleras; ni lo descoyuntasen en el potro como hacian antiguamente; y que en adelante, los reyes no harán en España, sino lo que sea justo y regular, conforme Dios manda...

DON FABIAN.

¿Acabará esta tarde? ¿Qué entiendes tú de esas cosas, majadero?

JUAN.

¿Y eso qué tiene que entender? Lo bueno se está cayendo de su peso; y lo que á uno le tiene cuenta, no necesita muchas retóricas para entenderlo.

DON FABIAN.

Anda, vé por las cartas, y vente al instante.

JUAN (*yéndose*).

Si oigo hablar de las Córtes, no vuelvo en dos horas.

ESCENA VII.

Dichos, menos JUAN.

DON MELITON.

Esto es lo que tienen las ideas liberales:

las gentes simples, que no ven las cosas sino por el forro, creen que es lo mejor del mundo lo que á ellas les acomoda. El pueblo es el mismo en todas partes; y si no se le ata corto, se quiere subir á las barbas.

DON FABIAN.

Ese es el fruto de las filosofías, de las Constituciones, y de toda esa barahunda: y en el mundo siempre ha habido pobres y ricos; y ni los dedos de la mano son iguales; y allá van leyes dó quieren reyes...

DON MELITON.

No señor, que ya los modernos quieren señalarles hasta lo que deben gastar, que no parece sino que son niños de escuela y necesitan tutores.

DON FABIAN.

¡Heregías como las que se oyen en estos tiempos!

DON MELITON.

Pues no lo quiere creer la gente; y se burla de los que lo decimos. Porque dije yo el otro dia en la plaza que el rey es señor de vidas y haciendas, por poco me silban: ahora la que está de moda, es la señora ley: todos deben ser juzgados conforme á la ley: los reyes deben gobernar arreglados á la ley... Malditas sean las leyes, amen!

DON FABIAN.

Otro, por si falta, amen... Pero, ¿á qué volverá el postema de Juan, sin ir á lo que le he enviado? Juan de dos mil santos, ¿no vas al correo?

ESCENA VIII.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Si el cartero ha traído las cartas; para usted no hay mas que esta, que me la ha dado al salir la moza de la posada.

DON FABIAN. (*Toma la carta y arroja el sobre.*)

Si hubieras ido por ellas hace dos horas...

JUAN.

No hubiera ganado un par de cuartos el pobre cartero. (*Vase.*)

DON FABIAN.

Pues no conozco la letra: veamos lo que dice. (*Saca los anteojos y lee.*)

«Cádiz 31 de marzo de 1812.

Señor don Fabian... y tal.

Muy señor mio: aunque no tengo el honor de haber conocido á usted, lo que me seria de mucha satisfacción, por las noticias

que me ha dado mi íntimo y sabio amigo don Meliton... »

DON MELITON (*se levanta, y se arrima á leer*).

¿Qué dice de mí? Será algo bueno; lea usted, lea usted...

DON FABIAN (*lee*).

«Amigo don Meliton, que me escribió venia en compañía de usted á esta ciudad, y que recomendaba sus pretensiones...

DON MELITON (*arrebátandole la carta*).

Está usted ya muy torpe para leer; yo la leeré mas aprisa. ¡Ay, Dios mio! ¡Del señor don Cosme! Qué bueno era aquel caballero! (*Lee*) «sus pretensiones, lo he hecho con tal eficacia, conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle... » (*Al llegar á estas palabras, pasa la vista por lo restante de la carta, y empieza á pasearse enagenado por el teatro, gritando:*) ¡Ay, Dios mio!... Sesenta mil de pico!... Y con escelencia!... Escelesentísimo señor!

DON FABIAN.

Señor don Meliton, ¿qué le ha dado á usted? ¿Ha perdido el juicio?

DON MELITON.

No me detengo en nada, aunque no haga viento; ¡por vida del poniente!... Me voy á

Cádiz corriendo... quiero cumplir con mi obligacion... Mis sesenta mil!... mis sesenta mil!...

DON FABIAN.

Acabe usted de sacarme de cuidado... ¿qué dice la carta?

DON MELITON.

Ya las cosas se van arreglando, y se echa mano de los hombres de mérito... Voy á ver la veleta: quizá ha empezado ya el levante; y yo entonces no me detengo por usted, ni por nadie.

DON FABIAN (*deteniéndole*).

¿Quiere usted decirme lo que es?

DOÑA CARLOTA.

Parece que al señor don Meliton le ha picado la tarántula...

DON MELITON.

Sesenta mil tarántulas son las que me han picado. —Vaya, oiga usted. (*Lee*) «Conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle individuo del tribunal supremo protector de la libertad de imprenta, con tratamiento de escelencia, y sesenta mil reales de sueldo, por lo apurado de las circunstancias. Lo cual me ha servido de mucho contento, por haber yo dado todos los pa-

462 LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

sos; y sabiendo por dicho señor que quizá se detendrían ustedes en Alicante, para evacuar asuntos propios, me he tomado la libertad de dirigir á usted estas cuatro letras, deseoso de que llegue cuanto antes la agradable noticia al señor don Meliton, á quien no las dirijo, por ser usted persona mas conocida en todo levante, y con menos peligro de que se estravie la carta. Con este motivo, me ofrezco á la disposicion de usted, deseoso de que apresuren su viage etc. — Cosme Zugarramurdi »

DON FABIAN.

¿Y quién es ese caballero tan revesado?

DON MELITON.

¡Con que no oyó usted á don Luis los favores que recibia yo en Madrid de ese caballero! ¡que hacia entonces y está haciendo ahora un gran papel!

DON FABIAN.

Pues aunque haga mas papel que siete batanes, le digo á usted que es un solemne tonto.

DON MELITON.

¿Tonto?...

DON FABIAN.

Tonto, ó quizá un grandísimo pícaro. ¡Haber pretendido para usted un destino

ACTO II, ESCENA VIII. 463

como ese! ¿Qué concepto le merece usted, que lo quiere ver de protector de la libertad de imprenta?... La carta de desvergüenzas que le habia yo de enviar!

DON MELITON.

¿Está usted en su juicio?

DON FABIAN.

¡Cómo si fuera usted algun liberalillo de tres al cuarto; sin hacerse cargo de que la mucha prudencia y sabiduría que adornan á usted, le hacen aborrecer esa diabólica libertad de imprenta, y cuanto huela á moderno con cien leguas...

DON MELITON.

¡Sesenta mil reales!

DON FABIAN.

Creeria el muy bobo que iba usted á caer en ese anzuelo... mal conoce la probidad de usted...

DON MELITON.

De forma es, y de manera... si el viento mudára... En pocos dias llegaba á ver á ese señor...

DON FABIAN.

Para hartarlo de desvergüenzas...

DON MELITON.

Para darle mil millones de gracias.

ESCENA IX.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

Buenas tardes, señores.

DON MELITON.

Déme usted un abrazo, que en estos casos todos los disgustillos se acaban, y pelillos á la mar.

DON LUIS.

Pero ¿qué hay de bueno?

DON MELITON.

¡Ahí es una friolera! No sabe usted eon el hombre que está hablando: lea usted, lea usted. *(Dale la carta, y don Luis la lee en silencio.)*

DON FABIAN.

Estoy aturdido sin entender á usted, ni saber lo que le pasa...

DON MELITON.

Pues es muy sencillo; que estoy loco de contento... Carlota, á usted le apearé el tratamiento, que no quiero engreirme: nosotros, señor don Fabian, siempre amigos.

DON FABIAN.

¿Con qué usted va á tomar el empleo?

DON MELITON.

A dos manos... ¡Pues no, que seria uno tonto á los cuarenta años!

DON LUIS *(devolviéndole la carta)*.

No me atrevo á darle á usted la enhorabuena, porque creo que es insultarle: el destino es asombroso para hombres que piensan como yo, y ven en la libertad de imprenta el principal apoyo de toda justa libertad. Pero las opiniones son libres; y una vez que usted la juzga perniciosa y casi herética, no habrá dudado sobre el partido que debe tomar...

DON MELITON.

¡Yo dudar!... Nada de eso.

DON LUIS.

Con una simple renuncia del empleo cumple usted con su conciencia, y no se mezcla en cosas que cree opuestas á la hombría de bien...

DON MELITON.

La verdad, señor don Luis, yo esta mañana me acaloré un poco hablando de esa libertad, y quizá se me deslizara de la lengua algun disparate: cuando la legítima autoridad dice que es buena, y la permite en España, sus razones tendrá, y no será tan mala como yo creia...

DON LUIS.

¡Declamaba usted tanto contra ella!

DON MELITON.

Todo es bueno y malo en este mundo, según la clase de hombres que anda en ello: si pusieran á proteger esa libertad á cuatro liberales sin seso, sería la ruina de España; pero habiendo nombrado hombres de pulso, pongo la comparacion, (aunque parezca mal que yo lo diga) no hay que temer. Además, yo no tengo que meterme á averiguar, si es buena ó mala esa libertad: yo debo obedecer á las legítimas potestades, como me manda la ley de Dios; y ya que me han dado ese empleo, sacrificarme por la patria, y trabajar por ella hasta el fin de mi vida.

DON LUIS.

Habla usted con mucha prudencia.

DON MELITON.

Ya, lo de menos era renunciar el empleo, que todos los destinos no traen mas que desazones; pero si renunciára, dirían las malas lenguas que era por estarme ocioso, y hecho un holgazan como hasta ahora. Y por cierto, que no ha sido culpa mia; que yo he puesto todos los medios para trabajar, aunque hubiera sido en una canongía; pero no ha querido la suerte que hasta ahora haya

sido útil al Estado... en fin, mas vale tarde que nunca.

DON LUIS.

Me parece, don Fabian, que está usted cabizbajo y pensativo, sin tomar parte en la patriótica alegría de este caballero... ¿Qué tiene usted?

DON FABIAN.

Nada.

DON MELITON.

Ciertamente es extraño; pero no tenga usted cuidado, que en llegando allá, tambien se calzará usted su gran empleo.

DON FABIAN.

Yo no quiero nada, nada.

DON LUIS.

Me parece que el señor don Meliton va desertando del partido de ustedes; y al fin se ha de pasar al bando de los liberales.

DON MELITON.

Yo siempre soy del que manda, como buen vasallo.

DON FABIAN.

En verdad que no era usted tan obediente hace algunas horas. Mientras mas amigos mas claros: le confieso á usted que me he llevado un gran chasco: yo creí que usted aborrecia esas reformas y proyectos libera-

les, porque los creía contrarios á su conciencia; y ahora veo, que con la golosina del destino, le faltan á usted dos dedos no mas para hacer la apología de la libertad de imprenta.

DON LUIS.

¿Conozca usted lo que puede un empleo!

DON FABIAN.

Para los hombres de bien no puede nada, si comprometen en ello las opiniones que han manifestado, y aprecian mas su buen concepto que el bajo interes. La verdad, repito á usted, don Meliton, que me he llevado un gran chasco, y que creía á usted mas consecuente.

DON MELITON.

Yo hago lo que me acomoda, y no tengo que dar cuenta á nadie: sírvale á usted de gobierno.

DON FABIAN.

Parece que va usted alzando el gallo, y no ha diez minutos parecia una ovejita. Pues yo para nada le necesito, que no pienso imprimir sino es alguna papeleta de convite ó de entierro.

DON MELITON.

Yo soy hombre agradecido; pero no me dejo pisar de nadie.

DON LUIS.

Usted es un grandísimo hipócrita, que ha tenido engañado á mi bondadoso amigo, que ahora empieza á conocerlo. Vea usted, don Fabian, por qué especie de hombre iba á romper nuestra antigua amistad, y hacer infelices á dos pobres muchachos. Pero aun es tiempo de remediarlo todo.

DON MELITON.

A mí nada me importa; que ya gracias á Dios, no tengo que estar á cara de nadie, y lo pasaré como un príncipe, en tomando posesion de mi empleo.

DON LUIS.

Vaya usted á que estienda el título el mancebo de la botica inmediata.

DON MELITON.

¿Qué mancebo?

DON LUIS.

El mismo que le ha enviado la buena noticia.

DON MELITON.

Hombre... ¿qué dice usted?... Acabe usted de explicarse...

DON LUIS (con admiracion y frialdad).

¿Con que usted habia creído lo del empleo?

DON MELITON.

Pues ¿no está aquí la carta?...

DON LUIS.

Por señas que yo la he notado, valiéndome de lo que dijo usted esta mañana; y el mancebo de la botica me hizo el favor de escribirla, haciéndolo tan á mi gusto, que le regalé medio duro. Y le debe usted estar muy agradecido, que yo no le señalaba mas que treinta mil reales de sueldo, y el muchacho fue tan rumboso que le dobló la tara.

DON MELITON.

Usted... se chancea...

DON LUIS.

Ahí cerca está el mancebo que no me dejará mentir; y la moza de la posada á quien entregué la carta y una peseta para alfileres, con encargo de que dijese á Juan que la habia traído el cartero.

DON MELITON (*recogiendo el sobre de la carta*).

Don Fabian ó don Macho, ¿no vió usted que el sobre no traia ningun sello?

DON FABIAN.

Si usted no lo vió y le interesaba, ¿me habia yo de parar en esas menudencias?

DON MELITON.

Yo... como habia escrito á don Cosme...

y no conocia su letra... y el correo habia llegado esta mañana... Pero, de todos modos, señor don Luis, esto no se hace con ningun hombre blanco; y puede usted ir con sus chanzas pesadas á quien se las sufra: si no mirára que no quiero perderme... Por vida de!...

ESCENA X.

Dichos y DON TEODORO.

DON TEODORO.

¿Qué voces son estas?

DON LUIS.

Nada de cuidado; aquí el señor don Meliton que está á punto de desafiarme...

DON TEODORO.

Deje usted que yo lo tranquilice...

DON LUIS.

Juicio, Teodoro: cuando los amantes están delante de sus queridas, no deben tratar mas que de enamorarlas: ahí tienes á tu Carlota; dile algunas ternezas, que el señor don Fabian no está ahora para reparar en pelillos.

DON FABIAN.

Déjeme usted; que la burla ha sido tambien para mí.

DON LUIS.

La burla ha sido para el taimado egoista, que la ha merecido; para usted no es mas que el desengaño.

DON FABIAN.

Un poco picante...

DON LUIS.

Peró muy provechoso. Ahora empezará usted á conocer á muchos de los que tratan de estraviar al pueblo, inquietando á las gentes sencillas, y pintándoles como nocivas al Estado y contrarias á la religion las mas saludables reformas; solo porque se oponen á su propio interes.

DON FABIAN.

Le juro á usted no llevarme otro chasco en mi vida.

DON MELITON.

Creo, señor don Fabian, que esta broma que yo he procurado seguir, fingiendo lo mejor posible, no entibiará nuestra amistad....

DON FABIAN.

¿Quiere usted insultarme, despues de haberme espuesto á la risa de todos, y á que

hiciera infeliz á mi hija? Vaya usted con Dios, y no abuse de mi paciencia: que la culpa me tengo yo, por haber dado oidos á un hipócrita tan perjudicial.

DON MELITON.

¿Ello es que no hay remedio?

DON FABIAN.

Ni soñarlo.

DON MELITON.

Pues mire usted: ahora mismo voy á dar cuenta á la justicia, de que don Luis es un falseador de cartas, y voy á perder á todos ustedes... Burlarse de mí! y si no tengo nada de que acusarlos, los delato á todos por Fracmasones.

ESCENA XI.

Dichos, menos DON MELITON.

DON TEODORO.

Déjenme ustedes, que yo le haré ir mas de prisa... ®

DON LUIS.

Estáte quieto; que harto trabajo tienen esas gentes con ser conocidas. La lástima es, que no siempre hay cartas y empleos fingi-

dos, ni todos son tan dóciles para recibir un desengaño, como lo ha sido nuestro honrado amigo.

DON FABIAN.

Y desengaño que nunca olvidaré.

DON LUIS.

¿De veras?

DON FABIAN.

Voy á darle á usted una prueba de mi conversion: Teodoro, abraza á tu Carlota.

DON TEODORO (*abrazándola*).

¿Ves, cómo han cesado nuestros males?

DOÑA CARLOTA.

¡Qué placer tan inesperado!

ESCENA XII.

Dichos Y JUAN.

JUAN.

Nada mas tengo que saber: señorita, cuidado con mi regalo de boda.

DOÑA CARLOTA.

Sí, Juan; y será tan cumplido, como lo es ahora el contento de mi corazón.

DON FABIAN.

¿Y para mí no hay abrazo, Teodoro?

DON TEODORO (*acercándose*).

Con toda mi alma.

DON LUIS.

No se acerque usted, don Fabian; mire usted que el muchacho es liberal, y huele á chamusquina.

DON FABIAN.

No me avergüence usted, ni me recuerde nunca mi anterior necesidad.

DOÑA CARLOTA (*A don Luis*).

Ya llegó el feliz instante de que me llame usted *hija mia*.

DON LUIS.

Y con mil amores.—Pero ahora vamos á dar un paseo antes que anochezca: los muchachos irán hablando de su boda, como es natural; y nosotros, aunque no conocemos mucha gente en este pueblo, iremos notando en los que pasen, algunos don Melitones.

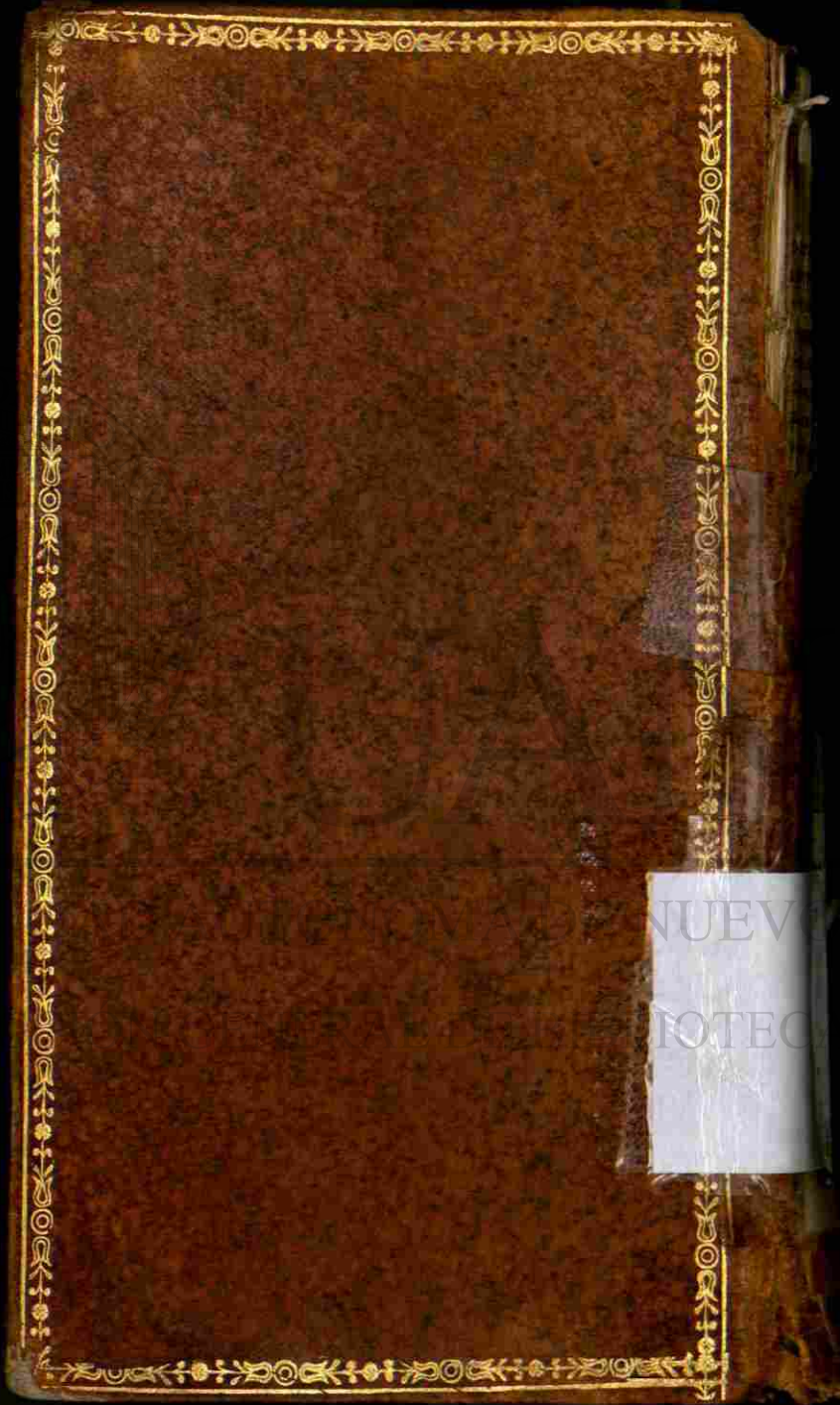
DON FABIAN.

Creo que no faltarán.

DON LUIS.

Usted ya los ha conocido; ¡ojalá á todos les suceda otro tanto!

FIN.



NUEVA

BIBLIOTECA